



UNIVERSIDAD DEL SALVADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA Y PSICOPEDAGOGÍA

DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

Decana de la Facultad: Dr. Gabriela Renault

Director del Doctorado: Prof. Dr. Ignacio Barreira



TESIS:

PSICOLOGÍA DE LA MUJER EN SITUACIONES DE VIOLENCIA DE GÉNERO

USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

Para la obtención del grado académico de: Doctor en Psicología

Presentado por: **David Aguirre Panta**

Director: **Prof. Dr. Ignacio Barreira**

Buenos Aires - Argentina

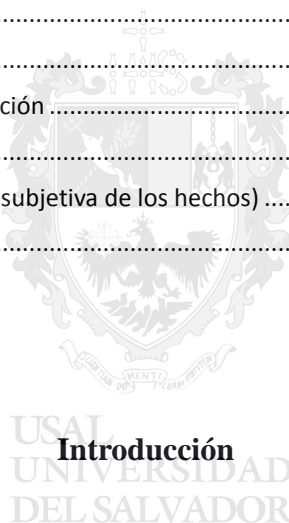
2018

Índice

Introducción.....	4
1. Identificación del Proyecto:	6
1.2 Resumen del proyecto:	6
1.3 Duración del proyecto:.....	7
1.4 Clasificación del proyecto:	7
1.5 Descripción del proyecto	7
1.5.1. Presentación de la temática a tratar:	7
1.6 Hipótesis	9
1.7 Objetivos.....	10
1.7.1 Objetivo General	10
1.7.2 Objetivos Específicos	10
1.8 Metodología.....	10
1.8.1 Plan de tareas:	13
1.8.2 Relevancia del proyecto:	14
1.8.3 Estado actual del conocimiento:	15
1.8.4 Fundamentación del instrumento de campo.....	17
1.8.5 Epistemología de la investigación	21
2. Marco teórico	22
2.1 La violencia de género	22
2.2 Los tipos de violencia de género.....	28
a) Violencia física	28
b) Violencia Psíquica	28
c) Violencia Sexual.....	30
d) Violencia Económica.....	33
e) Violencia en el desarrollo personal	36
2.4 La violencia de género e impacto en el ámbito familiar	37
2.5 Violencia de género: la víctima y el agresor	41
2.6 Violencia de género e impacto en la víctima	46
2.7 La importancia de la resiliencia en la víctima de la violencia de género	52
2.8 Los antecedentes familiares típicos de las víctimas de violencia de género.....	54
2.9 Causas habituales de la persistencia en la situación de violencia de género	60
2.10 El apoyo familiar y la violencia de género	64
2.11 Irregularidades en las que crecen los hijos de las víctimas y el victimario	67
3. El perfil del victimario en la violencia de género	71

3.1 La relación de la víctima con el victimario desde una perspectiva psicológica.....	74
3.2 El perfil del victimario en la violencia de género	78
3.3 La relación de la víctima con el victimario desde una perspectiva psicológica.....	87
3.4 La Asistencia a las víctimas de violencia de género	101
3.5 La violencia de género como un problema de salud pública en Argentina	105
3.6 El abordaje institucional de la violencia de género	107
3.7 Modelo ecológico del abordaje institucional de la violencia de género.....	109
3.8 Herramientas para la intervención psicológica.....	111
3.9. La estrategia perversa del agresor	112
3.10 La intervención psicológica	119
3.11 Algunas estadísticas descriptivas asociadas a la violencia de género.....	125
4. El femicidio como expresión máxima de la violencia de género.....	146
4.1 Femicidio y feminicidio: definiciones y origen de los términos	146
4.2 Tipologías del femicidio	150
4.3 Origen y causas del femicidio	154
4.4 Grupos vulnerables	159
4.5 El femicidio y su impacto social	160
4.6 El Femicidio y las cifras alarmantes. Caso Ecuador	163
4.7 El caso del femicidio en Argentina.....	166
4.8 Algunas campañas para prevenir el femicidio	172
4.9 La Lucha internacional contra el femicidio y legislaciones para minimizar los casos de femicidio.....	177
4.10 El femicidio en Argentina: impacto en la sociedad y mecanismos aplicados en el caso argentino en pro de erradicar este tipo de violencia	184
4.11 Las estrategias de intervención que permiten prevenir el femicidio desde el punto de vista social.....	190
4.11.1 Eje de prevención	191
4.11.2 Eje de atención	193
5. Impacto concreto del femicidio en el desarrollo de los núcleos familiares/sociales. El feminicidio como última instancia de la violencia de género.	196
5.1 Principal grupo de mujeres expuestas al riesgo de ser víctima de femicidio: casos de violencia íntima o intrafamiliar.	196
5.1.1 La estigmatización como factor que contribuye a la perpetración del feminicidio.	197
5.1.2 Diferencia etaria como factor que contribuye a la perpetración del feminicidio.	199
5.1.3 La presencia de niños y adolescentes en entornos de riesgo de consumación del femicidio.	200
5.4 Prevención social del femicidio. Estrategias, políticas y planes para combatirlo.....	208
6. Presentación de Resultados	211
6.1 La muestra	217
6.2 Resultados de entrevista directa	218
6.3 Entrevista semi dirigida (evaluación subjetiva de la situación).....	222
7. Análisis de entrevistas a víctimas de violencia de género	228
7.1 Violencia de género	228

7.2 Violencia de género en las relaciones de pareja	228
7.3 Tipos de violencia que se presentan de manera frecuente en las relaciones de pareja	231
7.4 Incidencia de la violencia en la dinámica de la familia	235
7.5 Incidencia de la violencia de género en la víctima y en su entorno familiar	239
7.6 Resiliencia en la víctima de la violencia de género	241
7.7 Antecedentes familiares de las víctimas de violencia de género	244
7.8 Causas habituales de la persistencia en la situación de violencia de género	245
7.9 Apoyo familiar que poseen las víctimas de la violencia de género	246
7.10 Perfil del victimario en la violencia de género	248
7.11 Relación víctima – victimario en el contexto de la violencia de género desde la perspectiva psicológica	256
7.12 Asistencia recibida por las víctimas de la violencia de género	258
7.13 Violencia de género en Argentina, un problema de salud pública	260
7.14 Herramientas utilizadas durante la intervención psicológica en el caso de violencia de género	262
7.15 Estrategia perversa utilizada por el agresor con el fin de someter a su pareja	264
8. Conclusiones	268
9. Transferencia de Resultados	278
10. Aporte Original y Futuras Líneas de Investigación	279
11. Anexos.....	280
Anexo 1: Entrevista Semi-Dirigida (Evaluación subjetiva de los hechos)	280
Bibliografía	281



Introducción

La palabra “violencia” está relacionada etimológicamente con los términos “violento”, “violar”, “violentar”, según la Real Academia Española. Así se tiene que, quien ejerce la violencia, es un individuo que trata de aplicar una fuerza o violentar los derechos o integridad física de la otra persona, a fin de vencer su resistencia y forzarlo a que haga su voluntad.

Sin embargo, el término “violencia” resulta muy amplio, complejo y posee muchas aristas; la violencia, no siempre se asocia con la fuerza humana, pues puede asumir una gran variedad de formas y de características a partir del sometimiento que se trate de emplear e incluso, según el ámbito en el que sea aplicado (familiar, laboral, escolar, personal, entre otros).

En todo caso, en las situaciones de violencia, e independientemente de su naturaleza y del contexto en el que tenga lugar, siempre existen dos actores fundamentales: la víctima, caracterizada por

aquella persona sobre la cual se ejerce la presión, y el agresor, quien a través de la presión física o psicológica transgrede los derechos del otro individuo a fin de mantenerlo sometido.

Ahora bien, esta investigación se centrará particularmente en la violencia de género, la cual es definida por la Organización de la Naciones Unidas (1993) como aquella en la que se presenta cualquier acto de violencia que produzca un daño físico, sexual, o psicológico, bien sea para la mujer o para el hombre a partir del sexo al cual pertenezca. Cabe destacar que este tipo de violencia ocurre más frecuentemente hacia las damas, a quienes los hombres suelen coaccionar o privar de forma arbitraria de su libertad como individuo, tanto en la vida pública como privada.

En todo caso, la violencia de género abarca múltiples e híbridas problemáticas. Asimismo, puede presentarse dentro de la familia o en cualquier otra relación interpersonal. Ahora bien, existe una alarma social, cuando se analizan las estadísticas con relación a la violencia de género: las víctimas de violencia consumadas por la pareja o expareja admiten una tasa de más de 3 mujeres por millón; y la proporción más alta de víctimas se registra en el trecho de edad comprendido entre los 15 y los 24 años de edad (5 mujeres por millón), es decir, cada día las víctimas de este tipo de violencia suelen ser más jóvenes.

Incluso, esa violencia suele presentarse a partir de diversas maneras, entre ellas: física, psíquica, sexual, financiera o económica y de desarrollo personal. Aunado a ello, se tiene que la violencia de género suele presentarse frecuentemente en el ámbito familiar, por ello, este tipo de violencia se constituye en un infierno existencial para el individuo que la padece y su entorno privado, por lo cual existe una tendencia generacional a que esa conducta sea transmitida y reproducida de generación en generación de forma irremediable.

Ese hecho resulta neurálgico: si la violencia se instaura en la familia, esta dejará en cada miembro una huella imborrable, que será para siempre parte de su historia personal (Hirigoyen, 1999). Por ello, desde el punto de vista individual ese individuo tenderá a asumir actitudes, comportamientos, conductas o patrones vistos como “normales” según su experiencia; sin embargo, en realidad esos patrones “normales” asimilados por el individuo representarán un atentado contra su bienestar y el de las personas que le rodean.

De igual manera, en ese círculo familiar, donde prevalezca la violencia (más aún la de género), se manifestarán diversas formas de dominación (física, psicológica o sexual), además de un desequilibrio de la autoridad, el cual evidenciará un dominio desde el “miembro más fuerte de la familia” hacia el más débil (generalmente desde el esposo a la mujer, con incidencia en los hijos).

Incluso, Miller (1985) va más allá, pues plantea que los niños sometidos a esos desequilibrios de autoridad se tornarán incapaces de rebelarse, por ello se silenciarán e, inclusive en algunos casos, pueden perder la conciencia.

En todo caso, resulta de gran importancia caracterizar las particularidades de los actores que forman parte de la violencia de género, como lo afirma Soler (2008). En todo caso, tanto la víctima como el agresor, suelen poseer un perfil psicológico ampliamente analizado, desarrollado y abordado por los investigadores. A su vez, esos individuos, suelen tener antecedentes familiares que los predisponen a repetir patrones de conductas nocivas, que les dificultan establecer relaciones armoniosas, sanas, e incluso verdaderamente “amorosas”, basadas en el respeto y la tolerancia. Los actores de la violencia de género, también, suelen experimentar diversos trastornos mentales, sesgos cognitivos desfigurados sobre los roles sexuales, o incluso otros problemas ocasionados por la misma situación de violencia en el caso de la mujer o debido a traumas de la niñez: depresión, autoestima baja, estrés postraumático, etc.

Es por ello que, con el presente estudio se tratará de indagar de qué manera se presenta la violencia de género en la dinámica familiar, así como la caracterización que poseen las víctimas y los agresores; también se indagará de qué forma existen antecedentes familiares o predisposiciones que inciden en la “normalización” o en la asimilación de conductas violentas.

Asimismo, se abordará de qué manera, la Psicología, como disciplina, puede servir como un instrumento que permita favorecer la recuperación del individuo, la reconstrucción de su vida y la superación de esa violencia.

Identificación del Proyecto:

1.1 Denominación del proyecto:

“Psicología de las mujeres en situaciones de violencia de género”.

1.2 Resumen del proyecto:

La presente tesis doctoral tiene como objetivo el estudio psicológico y personológico de mujeres que han estado en situaciones de violencia. Se pretende analizar conceptos generales ligados a la subjetividad de la mujer en situación de violencia de género que expliquen las dificultades de esta de romper con este tipo de relaciones.

Siendo una tesis cualitativa, se adaptó el instrumento de la Entrevista Conductual de Echeburúa E. Y de Corral P. (1998) del Manual de Violencia familiar para dar cuenta de los puntos principales subjetivos que suceden en las mujeres y la dificultad para salir de estas relaciones

1.3 Duración del proyecto:

El tiempo estimado para la realización del proyecto doctoral será en 17 meses, desde octubre del 2015 hasta marzo de 2016

1.4 Clasificación del proyecto:

Disciplina localizada para el desarrollo del proyecto:

Disciplina: Psicología

Subdisciplina: Psicología Social / Psicología Clínica

Especialidad: Violencia de género.

1.5 Descripción del proyecto

1.5.1. Presentación de la temática a tratar:

- A lo largo de la historia, han ocurrido profundas transformaciones culturales, que han afectado a los individuos como sociedad, pero también sus estilos de vida, y sus relaciones entre sí. Y es así, que la posmodernidad con sus múltiples caras y *gadgets* han desfragmentado al sujeto exponiendo sus interrogantes sobre el ser, la sexualidad y el “quehacer” de su sexo.

No obstante, el Ser Mujer, siempre ha sido un enigma, a través de la historia, la religión, las diferentes ciencias e inclusive la vida cotidiana, no teniendo consistencia, en su modo de tratar y su modo de participación en la sociedad, y por ende la cultura; siempre la feminidad y principalmente la sexualidad femenina han sido un interrogante que por años el hombre ha intentado de resolver, pero siempre ha fracasado.

Ese cuerpo femenino, tiene una historia física, estética, política, ideal y material que en cada época ha generado una problemática. No era lo mismo ser Eva que Adán, no era lo mismo ser Medea que ser Edipo, no era lo mismo ser Juana de Arco que Bedford el Papa, que la condecoró como hereje.

- En relación a la familia, Claude Lévi-Strauss (1956) señalaba que la interacción familiar está presente prácticamente en toda la sociedad humana, incluso en aquellas cuyas costumbres sexuales y educativas están muy distantes de las nuestras, y que socialmente aprobada de un

hombre, una mujer y sus hijos, es un fenómeno universal, presente en todos los tipos de sociedades. Afirma que lo que diferencia realmente al hombre del animal es que, en la humanidad, una familia no puede existir sin sociedad.

Y la familia de por sí, ocupa un lugar de mirada frente a la época que se está viviendo, era entonces impugnada, rechazada, declarada funesta para la expansión del deseo y la libertad sexual, y es en épocas patriarcales que exigía una opresión de algunos vicios: prohibía a las mujeres el goce de su cuerpo, a los niños del autoerotismo, y a los marginales el derecho a desplegar sus fantasmas y prácticas perversas.

Lo interesante en relación con las épocas represivas familiares fue que se generó un mayor estudio sobre el sexo, codificándolo, medicalizándolo, exponiéndolo, midiéndolo, inclusive peritándolo, lo que muestra una época que gozó del sexo expuesto, pero a su vez se avergonzaba.

Lévi-Strauss concluirá su trabajo afirmando que la llamada familia conyugal “nuclear” o “restringida”, tal como se la conoce hoy en Occidente, será la culminación de esa larga evolución del siglo XVI al siglo XVIII, en ese transcurso de la cual el núcleo es padre-madre-hijos.

Considerando tres grandes periodos en la evolución familiar:

- a) la llamada familia tradicional: asegura la transmisión de un patrimonio, los casamientos se arreglan entre los padres sin tomar en cuenta la vida sexual y afectiva de los futuros esposos.
- b) La familia moderna: este modelo se impone a fines del siglo XVIII y mediados del siglo XX, fundada en el amor romántico, sanciona a través del matrimonio la reciprocidad de sentimientos y deseos carnales, pero a su vez también valoriza la división del trabajo entre cónyuges.
- c) La Familia contemporánea o “posmoderna”: une un periodo de extensión relativo a dos individuos en busca de relaciones íntimas o expansión sexual. Y comienzan más problemáticas respecto a la autoridad. Y así como la familia evolucionaba en su interrelación, asimismo ocurría la violencia y el abuso hacia sus miembros.

Se podría nombrar un primer momento de violencia familiar, y este lo registra la Biblia. En el asesinato de Abel por Caín, se juega la primogenitura y la rivalidad fraternal por obtener el deseo del Padre.

En Tótem y Tabú (1948) Freud ya anuncia el asesinato del padre de la horda, este mito registrará el asesinato como algo que propicia la asunción de la ley. Incluyendo también a Edipo, comete asesinato contra su padre sin saberlo y desposa a su madre.

Y es así que la violencia familiar empieza a hacerse cada vez más pública. En las últimas décadas, sin pensar por ello que no existía, pero se encontraba oculta bajo diferentes caras, incluyendo la familia patriarcal y el derecho a la privacidad, el maltrato era un tema familiar, que tenía que ser tratado dentro de casa, jamás afuera, ya que avergonzaba, y ese silencio se daba en el intento de preservar una imagen o por temor a las represalias (Perrone y Nannini, 1997).

Considerando las causas de la violencia doméstica por parte de los hombres, se encuentra de base la impotencia. Masotta (1974) dirá que el padre terrible es un mensaje de la madre fálica. La pregunta que va a dirigir todo el trabajo es cómo se ha pasado del amor cortesano, al acto violento y la posición de goce de la mujer desvalorizada.

Eduardo Gruner (1999) afirma que será un error considerar la violencia intrafamiliar como una enfermedad que hay que extirpar y no un síntoma de las fallas de la Ley, falla que es constitutiva de la Ley.

En razón a lo anterior, a lo largo de la presente investigación, se revisarán diferentes aspectos psicológicos y rasgos de personalidad en las víctimas de violencia de género que, como consecuencia, reflejan una mayor permanencia en relaciones donde exista abuso y violencia. Así mismo, se evidenciará cómo este tipo de agresión en contra de la mujer, dentro de una relación de pareja, se puede dar en cualquier contexto socio cultural y se encuentra directamente condicionado por la subjetividad con que la víctima enfrenta dicha situación, así, una vez el fenómeno hace presencia al interior de una familia, es común encontrar que, no sólo la mujer es víctima, sino también los hijos y todo aquel que deba cohabitar en dicho ambiente de violencia, por lo cual, esta situación tiende a prolongarse y permanecer constante tanto en la relación de pareja como en el entorno familiar.

1.6 Hipótesis

La violencia de género, se relaciona con características propias de la subjetividad de la víctima, que conducen a la persistencia y prolongación de relaciones violentas.

De esta forma la hipótesis planteada, pretende establecer y develar cuales son aquellas características constantes en la subjetividad de las mujeres víctimas de violencia de género, analizar el contexto previo a las circunstancias que terminan por desencadenar este tipo de situaciones, y que

ponen en riesgo la integridad tanto física como psicológica de mujeres e hijos, relacionados con el victimario y su proceder violento; y finalmente identificar el momento determinante en la conducta violenta, que conduce a que la víctima inicie un proceso de abandono de la situación, buscando y adaptándose a entornos y procesos resilientes, que le permitan iniciar una nueva etapa y superar las situaciones denigrantes que marcan el sentir de la víctima de violencia de género. Dicho esto, se plantean los siguientes objetivos de investigación, con el fin de atender las cuestiones anteriormente descritas de la forma más clara y coherente posible.

1.7 Objetivos

1.7.1 Objetivo General

- Identificar y caracterizar los aspectos de la subjetividad que hacen que una persona persista en una relación violenta.

1.7.2 Objetivos Específicos

- Analizar la vivencia de la violencia de género por parte de la víctima de abuso, determinando aquellos factores que influyen significativamente en las víctimas, al momento de enfrentarse a la decisión de continuar al lado de su victimario, o por el contrario asumir el desafío que representa abandonarlo y dar así comienzo a todo un proceso de resiliencia.
- Caracterizar los tipos de violencia de género que sufre la víctima de abuso.
- Evaluar los argumentos que brindan las víctimas de abuso en situación de violencia de género para persistir en la relación afectiva violenta.
- Establecer la capacidad que tienen las personas de reconocerse como víctimas de violencia de género, y su disposición a un posible abandono de esta situación.
- Revisar la disposición que tienen las víctimas para acudir en busca de ayuda psicológica y su respectiva persistencia en el tratamiento sugerido.

1.8 Metodología

Abordar, investigar y analizar un tema tan complejo y relevante como lo es la “violencia de género”, implica para el investigador la necesidad de acudir a datos obtenidos desde la experiencia real sufrida por las víctimas de este fenómeno, es por esto que el presente proyecto acude a la metodología descrita a continuación, amparado en el marco teórico que lo sustenta, en continuidad con la línea

investigativa con que se han desarrollado trabajos previos, y la presentación de datos contundentes y verídicos ofrecidos por entidades como la ONU (1993), la Organización de Estados Americanos (1994) y la UADE (2015), los cuales reflejan la realidad de las mujeres víctimas de “violencia de género” a partir de la construcción estadística de sus vivencias y experiencias padecidas durante diferentes lapsos de tiempo bajo el yugo de sus victimarios.

Se tomará como base el método establecido por Enrique Echeburúa y Paz del Corral (1998), basado en la aplicación de la entrevista conductual, que abrió el camino a diferentes análisis del fenómeno en estudio y que, a lo largo del tiempo en el cual se ha aplicado reiteradamente, le ha permitido a los investigadores obtener importantes resultados que conducen tanto al tratamiento de las víctimas como a la prevención y mitigación de la violencia de género en la sociedad actual especialmente la ejercida contra la mujer. Se hace por lo tanto imprescindible, en primera instancia, realizar una revisión y estudio de los fundamentos y criterios que llevaron a dichos autores a la implementación de esta metodología.

En su propuesta, los autores contemplan uno a uno los diferentes aspectos que deben ser tenidos en cuenta a la hora de analizar dicha problemática, así mismo, el modelo de entrevista por ellos planteados nos permite, como investigadores, escudriñar en nuevos aspectos referentes a la violencia de género, ampliando de esta manera el espectro investigativo que facilita actualmente valorar el fenómeno desde diferentes perspectivas, convirtiéndose lo anterior en la razón principal por la cual se optó por la aplicación de esta estrategia metodológica de investigación, teniendo presente que en principio fue necesario ir modificando los ítems de la entrevista sugerida por Enrique Echeburúa y Paz del Corral de acuerdo con los objetivos propios de este proyecto

Fue así como, en una prueba piloto donde se aplicó la entrevista original a una pequeña muestra de cinco mujeres víctimas de la violencia de género, se pudo evidenciar que al abarcar tantos aspectos referentes al fenómeno esto se convertía en un impedimento para el análisis de la situación puntual que ocupa esta investigación y que está relacionada principalmente con la subjetividad manifestada por las víctimas de violencia de género, por lo tanto, para llegar al instrumento final que apoya este trabajo investigativo se debió adecuar la entrevista de manera que fuera consecuente con la propuesta inicial, sin perder de vista la riqueza estructural que en su conjunto propone la matriz original.

En consecuencia, la metodología que se utilizará para el desarrollo de la tesis doctoral será la adaptación de la Entrevista Conductual de Echeburúa Y de Corral (1998) del Manual de Violencia familiar; se tomará como muestra 20 víctimas de abuso que hayan sufrido situaciones de violencia de

género de entre 25 y 45 años en los últimos 12 meses, partiendo entonces, de una propuesta metodológica de tipo cualitativo en atención a la capacidad analítica que se obtiene de sus resultados y la facilidad que ofrece de interpretarlos de una manera lo más cercana posible a la realidad y cotidianidad de los participantes, en especial, por la complejidad del tema que abarca el proyecto y la multiplicidad de factores que convergen respecto a él. Adicionalmente, se enmarca dentro del tipo metodológico observacional pasivo o, como lo denomina López (2006), “no-experimental y de evaluación sistémica”, que se enfoca de manera abierta al objeto de estudio sin la pretensión de establecer conclusiones fijas y cerradas, sino por el contrario, dando paso a la posibilidad de escrutar diferentes planteamientos en el campo investigativo una vez sean evaluados sus resultados.

Así mismo, el método elegido se considera consecuente con los objetivos que se propone alcanzar la investigación a la luz del marco teórico previamente establecido, toda vez que por ser de carácter cualitativo disminuye la brecha de lo paradigmático y confiere la posibilidad de ir abriendo un camino más amplio de investigación de manera tal, que las respuestas obtenidas por parte de las participantes, en lugar de encasillar la problemática que representa en la actualidad la violencia de género, aporte nuevos significados a los planteados por otras investigaciones, en otras palabras, le otorga a la investigación un enfoque que le permite establecer nuevas variables de conocimiento al respecto, hacer una comparación analítica con las ya existentes y aún más importante, generar estrategias de intervención ante un fenómeno que va en aumento y que afecta un importante sector de la población femenina del país.

Conviene subrayar la relevancia que para el sujeto de estudio representa esta metodología, la cual le permite al investigador adentrarse en las realidades de las participantes con el objetivo de ir descubriendo pregunta tras pregunta nuevos aportes respecto a la conducta, sentimientos, pensamientos y motivaciones que enmarcan la situación que viven y que, desde la particularidad de cada caso, se van enlazando hasta poder establecer factores comunes que conduzcan al planteamiento de un marco de representación; así como aquellas características que son propias e individuales para cada caso analizado y que no pueden juzgarse como una condición general atribuida a la violencia de género (López, 2006).

Por lo anterior, y con el fin de recolectar información de primera mano, es decir, con víctimas reales de la violencia de género, se recurrió a la aplicación de entrevistas previamente diseñadas, aplicadas a 20 participantes, las cuales constan de 39 preguntas, las primeras 24 de entrevista directa y las otras quince son del tipo entrevista semi-dirigida subjetiva. Esto con el objetivo de dilucidar y

discernir cuál es el perfil característico de las mujeres víctimas de este tipo de violencia y cuales las circunstancias que rodean estas situaciones, así mismo, determinar las posibles consecuencias generadas tanto en los hijos como en el entorno familiar que las rodea y determinar también, los principales tipos de violencia que afectan las relaciones de pareja y la capacidad resiliente de las víctimas a partir de las diferentes formas de apoyo que encuentran en la sociedad.

Adicionalmente es importante aclarar que las entrevistas están diseñadas con preguntas de estilo abierto, para no limitar la respuesta de las participantes, por cuanto se contempla que cada situación es particular y única, aun cuando se encuentren dentro de una problemática de contexto generalizado. De esta manera, tal y como lo indica López (2006), se da paso a la interpretación de resultados desde una perspectiva epistemológica que permita realizar un análisis pormenorizado, respecto a todos los aspectos que contempla la violencia de género en la realidad argentina.

Dirigir y aplicar este procedimiento mediante la metodología cualitativa permite indagar y escudriñar en la historia de vida, la dinámica social, la interacción y participación en diversos grupos de apoyo, la referenciación que se ha hecho frente al aporte que ofrecen las diferentes instituciones y la posibilidad de acceder a ellas por parte de las participantes, para, de esta manera, realizar el análisis de datos desde dos perspectivas: la primera basada en las conjeturas que puedan surgir de una revisión inicial general, y la segunda, en la profundización y análisis de cada respuesta para, bien sea, dar fortaleza a la hipótesis que se plantea en el presente trabajo investigativo, o por el contrario, y como resultado del proceso analítico, desvirtuar la postura planteada y abrir la posibilidad de establecer nuevos significados.

Todo esto será resultado de un proceso llevado a cabo en tres fases: trabajo de campo, análisis de resultados y por último la confrontación con el marco teórico.

1.8.1 Plan de tareas:

		2015		2016					
		SEPT OCT	NOV DIC	ENE FEB	MAR ABR	MA Y JUN	JUL AG	SEP T OCT	NOV DIC
INTROD UCCIÓN AL TEMA	Revisión Bibliográfica	X							

ELEGIDO	Elaboración Proyecto de tesis	X							
	Construcción de Instrumento	X	X						
TRABAJO DE CAMPO	Identificación de problemática		X						
	Planificación de actividades para la muestra		X						
	Entrevistas para la evaluación de la muestra		X	X	X				
ANÁLISIS Y RESULTADO	Redacción y Reporte de los resultados del muestreo				X	X			
	Redacción de Tesis					X	X	X	X

1.8.2 Relevancia del proyecto:

El Proyecto de Investigación doctoral tendrá como aportes a los campos de las psicologías, la posibilidad de articular, desde la teoría psicoanalítica, los aspectos subjetivos que se presentan en las

víctimas de abuso que han estado en situación de violencia, a partir de un estudio metodológico de 35 víctimas de abuso, así como las variables que presentan en lo particular de cada caso y a su vez ubicar las transacciones que realizan con los hombres actores de dicha violencia.

1.8.3 Estado actual del conocimiento:

Con respecto al tema de la violencia en la pareja y la subjetividad, Mariela Andina, en su tesis de maestría “La subjetividad en el proceso de denuncia entre parejas por casos de violencia doméstica” (2014), abarca los procedimientos previos, presentes y posteriores al formalizar una denuncia por violencia doméstica, entendiendo esto como la acusación ante la violencia de un tercero, en aras de comprender las distintas experiencias de las víctimas de abuso al denunciar y reflexionar sobre las consecuencias implícitas que se dan al momento de la denuncia.

La población investigada se constituye de un grupo de contención mutua que se reúne en el hogar Marista en el camino Maldonado, kilómetro 16, sede contactada para esta investigación entre otros investigadores y sujetos afectados por el fenómeno. Allí serán utilizadas distintas metodologías de acción e intervención para el estudio y observación del grupo, entrevistando a las integrantes que han sufrido violencia de género y mostraron interés en ser entrevistadas para esta investigación.

La investigadora, en conjunto con las víctimas de abuso participantes de la entrevista examinan en conjunto el proceso de denuncia evaluando el grado de visibilización de la violencia ejercida y la constitución estructural subjetiva de las mujeres denunciantes dentro del proceso, revelando el imaginario social con respecto a la violencia de género dentro de las denuncias. Se estudió también cómo operan los conceptos anteriores sostenidos en la producción de actos de violencia doméstica y las consecuencias físicas y psicológicas.

Se tendrá en cuenta, asimismo, el análisis que la doctora Mireia Ayats Plana (2008) hace a las dinámicas de intervención de grupo dentro de un equipo de profesionales del hospital Mutua de Terrassa en Barcelona, la estructura de dicha intervención con métodos conductuales y cognitivos en víctimas de abuso que han sido sobrevivientes de violencia de género se lleva a cabo a lo largo de veinte sesiones de noventa minutos cada sesión, los siete grupos compuestos de seis a nueve víctimas de abuso por grupo se reúnen una vez por semana aplicando técnicas de incremento de autoestima, técnicas de control personal dentro de situaciones de riesgo, ansiedad y estrés, así como la concientización sobre la violencia de la que las participantes fueron víctimas.

Se realizaron evaluaciones personales a las participantes del proceso antes y después de la intervención, las evaluaciones consisten en recopilación de datos personales y estadísticos, perfil clínico y una entrevista evaluadora de la violencia según los individuos antes y después del tratamiento. Los resultados revelaron los beneficios en la medición de depresión, ansiedad e histeria.

Por su parte Carmen Andrea Pineda Cárdenas y Berenice de los Ángeles Blanco Mejía (2009) tomando dos casos particulares de víctimas de abuso maltratadas realizaron un estudio sobre el fenómeno del apego que pueden tener las víctimas de abuso involucradas en casos de violencia doméstica. Ambas víctimas de abuso se encontraban en una relación en la que sus parejas las violentaban; a través de entrevistas con metodologías fenomenológicas y dialéctica hermenéutica las investigadoras interpretaron los resultados y expresan la particularidad del apego observado en las entrevistadas, describiendo la relación de la víctima ante el abusador como un apego naturalizado debido al acostumbamiento paulatino ante una situación de precariedad, por medio del análisis de las descripciones otorgadas en las entrevistas, lo que permite profundizar en el historial familiar de las investigadas, se reconoce que, en ambos casos las víctimas de abuso provienen de hogares de características disfuncionales donde desde la infancia fueron testigos y víctimas de abusos verbales o físicos por parte de sus progenitores, reflejando entonces en las entrevistas la descripción maternal, en ambos casos, como la de mujer sumisa, en tanto que la figura paterna es descrita como autoritaria, indiferente con sus hijos y dominante, además, en el caso de la entrevistada número dos, tendiente al alcohol. Esto evidencia la relación traumática que tienen las entrevistadas con las figuras de autoridad desde la niñez, por lo tanto, las investigadoras concluyen con la teoría de que las víctimas de violencia doméstica presentan síntomas de ansiedad y buscan apegarse, compensando la precariedad de su situación con una alta preocupación por las apariencias de su entorno familiar, esto se demuestra por el apego que las víctimas de abuso generan por sus abusadores en los momentos de normalidad y respondiendo con ansiedad generada por los momentos de separación. Las entrevistadas demuestran inseguridad y desconfianza con respecto al entorno de contención ofrecido para su tratamiento y transfieren el apego ansioso a éste, buscando entablar relaciones de confianza con ellos, pero desconfiando al mismo tiempo por sus experiencias pasadas.

Abordando la cuestión desde el psicoanálisis Ariane Melanie Fehle Tena (2014) toma el caso de una mujer con neurosis histérica, paciente que a lo largo de diecinueve meses, (diciembre de 2012 hasta julio de 2014), se trató con terapia semanal trabajando en ella algunas características psíquicas determinantes que contribuyen a la estructuración de su psiquis, la paciente inicia terapia en un estado de depresión tras haber terminado una relación sentimental de 7 años, tras la cual la mujer procede a

relacionarse de manera esporádica y casual con distintos hombres a quienes conocía en sus muchas salidas. Eventualmente la paciente reconoce que es su padre, con quien tuvo contacto mínimo los últimos 3 años, de quien busca compensar el vacío que siente. Del análisis de sus interacciones con los hombres se procede a cuestionar el rol que la paciente tiene con respecto a otras víctimas de abuso: la paciente lo describe como de rivalidad, lo que le impide intimar con ellas al verlas como antagonistas y buscar competir con ellas, lo que la incapacita para crear vínculos satisfactorios. Más tarde durante la terapia la paciente reconoce que este problema se origina de la visión que ella tiene de su madre y de la relación filial que ha desarrollado con su progenitora. Por medio del proceso de terapia la mujer toma conciencia de sus visiones inconscientes y desde eso mejora sus relaciones familiares para conseguir la paz.

A partir de esta experiencia, Fehle Tena destaca la importancia de la figura paterna en la formación de relaciones inestables dentro de una pareja, en este caso provocando histeria femenina. Tomando como objetivo ante los casos de histeria edípica el analizar la insatisfacción en las relaciones problemáticas dentro de las parejas, considerando el historial familiar de las pacientes desde un punto de vista de causalidad terapéutica. La categoría de las relaciones filiales centradas en los vínculos paternos y maternos de las pacientes son consideradas los puntos de partida en el desarrollo de la histeria y la neurosis, lo que provoca el malestar dentro de las relaciones y la repetición de los fracasos interpersonales.

1.8.4 Fundamentación del instrumento de campo

El porqué de este instrumento de campo para abordar el tema de la violencia de género, encuentra su fundamento en la capacidad analítica que provee, por cuanto le concede al investigador la oportunidad de realizar una observación minuciosa de los participantes objeto de estudio, identificando las variables que considere más relevantes para su propuesta. De esta forma, a medida que va obteniendo la información de base, también entreteje sus hallazgos de manera que se pueda ir realizando una evaluación objetiva del contexto a analizar, sin hacer ningún tipo de intervención directa que pueda alterar los resultados. En palabras de López, (2006), en el método cualitativo de observación pasiva, o evaluación sistémica:

El investigador solamente observa a los sujetos bajo muchas condiciones propias, naturales y adquiridas, registrando los puntajes o el status correspondiente de los sujetos sobre un determinado número de variables asignadas (no activas). Luego estos puntajes se interrelacionan, pero en este caso, como se sabe, el investigador no hace ningún intento de imponer condiciones o provocar cambios

sistemáticos de tratamiento aleatorizados, sino tan sólo evaluar las variables sistemáticas asignadas que son propias de los sujetos de investigación (p. 111).

En concordancia con el caso que ocupa el presente proyecto, el instrumento de campo, es decir las entrevistas propuestas, permiten escudriñar variables tanto ya planteadas como nuevas que otorgan significados particulares a la condición propia de violencia de género que identifica a cada una de las participantes, así mismo, el investigador se ve obligado a ir interrogándose respecto a los hallazgos encontrados y proponiendo planteamientos de atención con cada avance realizado y que deberá ir atendiendo uno a uno, a fin de resolver los objetivos que se propone el presente estudio, así como formular nuevos aportes y futuras líneas de investigación a la disciplina.

De otra parte tal y como lo sugiere López, (2006), al encontrarse ante innumerables posibilidades de respuesta, se está también, frente a un campo exploratorio de indagación lo suficientemente amplio como para identificar aspectos característicos y determinantes que puede ser, en investigaciones pasadas no cobraban mayor importancia, pero que a la luz de lo que el fenómeno representa hoy en día sí deberían tenerse en cuenta al momento de pretender intervenir en un caso de violencia de género contra la mujer.

El planteamiento anterior, es quizás la mayor bondad que encontró la presente investigación en el método cualitativo de evaluación sistémica para el abordaje del fenómeno objeto de estudio, toda vez que, este permite buscar y establecer la incidencia e interacción que tienen las variables implicadas en el proceso, y en consecuencia, una vez realizado el respectivo análisis de la información obtenida fruto del trabajo de campo, podrá realizarse el planteamiento de nuevas y posibles estrategias de intervención y atención a las víctimas.

En razón a lo anterior se considera oportuno reconocer que, al aplicar las entrevistas a las participantes, desde la perspectiva cualitativa, se tiene la oportunidad de plantear cada pregunta de acuerdo con el objetivo investigativo, y así mismo segmentar la entrevista de manera que, al finalizar la investigación sea más comprensible la recopilación de la información, su tabulación y posterior análisis. Ejemplo de ello es este caso en particular, donde se decidió fragmentar la entrevista en tres segmentos, el primero donde se solicitan datos personales que permitan ir estableciendo una caracterización inicial de la participante. El segundo que hace un esbozo general de las circunstancias en que se da la violencia de género, los antecedentes que pudieren existir previos a la situación actual, los sistemas de apoyo que encuentra la mujer y la forma en que busca refugio o protección en ellos, y finalmente sus expectativas frente al futuro respecto a las posibilidades que tenga de abandonar la

situación de violencia de la cual es víctima. Y el tercero que se realizó a través de una entrevista semi – dirigida, con el objetivo de poder hacer una evaluación subjetiva de los hechos que rodean a cada participante y la manera en que se refieren a la situación con que conviven día a día.

Todo lo anterior se realizó, atendiendo la sugerencia hecha por López, (2006), quien señala que la utilización de este tipo de instrumentos de campo le facilita al investigador dirigir el planteamiento de las preguntas en atención al objetivo específico que se proponga resolver. Plantear un análisis correlacional donde pueda asociar la interdependencia que va surgiendo a partir de las variables que se identifican una vez realizada la entrevista y para finalizar, aclara que esta es el instrumento que le permitirá encontrar la importancia que tienen las variables y su incidencia en posibles tratamientos de atención, es decir, implícitamente el investigador puede ir generando aportes valiosos a la epistemología del caso y también puede establecer cuáles son esas futuras investigaciones que deben realizarse a fin de ir construyendo un todo sinérgico referente al objeto y al caso que atienda su estudio y análisis investigativo, y para ello es indispensable acudir a lo que el autor llama un sistema multivariado de investigación y análisis.

El valioso aporte que ofrece esta metodología en disciplinas específicas como la psicología es reconocido por el autor cuando afirma:

Existen en Psicología y en Ciencias Sociales un número significativamente grande de variables que son supuestamente independientes, pero también otro gran número de las que se sospecha y no se sabe nada a ciencia si están asociadas o en qué medida son dependientes entre sí, ni por qué razones. De cualquier manera, cada vez que se abre o se plantea un cuadro de estudio o un problema psicológico o psicosocial, y se pretende investigarlo mediante alguna metodología terapéutica, o, experimental, se abren un sinnúmero de variables que entran en escena por distintas vías de relación o asociación, y esto nos induce o nos obliga a plantearnos las posibilidades de barajar un esquema de análisis multivariado ya sea por la vía cualitativa o cuantitativa que es en sí insoslayable (López, 2006, pág. 137).

Revisado este planteamiento que hace López se puede afirmar que, para este caso específico de violencia de género, que se ha convertido en un problema psicosocial de gran envergadura, resulta absolutamente conveniente acudir al método señalado y su implementación desde la perspectiva analítica así como atender los resultados que confiere el análisis cualitativo y que contribuye a la obtención de nuevos métodos terapéuticos de atención a las víctimas.

En consecuencia, las preguntas que se plantean en el cuestionario de entrevistas fueron minuciosamente preparadas con el fin poder analizar detalladamente todos los aspectos que enmarcan

la connotación subjetiva de la mujer víctima de violencia de género y las consecuencias que esta situación puede llegar a desencadenar tanto en ellas como en sus hijos, así por ejemplo, cuando se les pregunta respecto a la dinámica familiar que caracteriza su hogar, se pretende establecer el nivel de conciencia y aceptación que tienen las mujeres respecto a su condición de víctima; de otro modo, si la pregunta se planteara en relación directa sobre si se considera o no víctima, sería un poco más complejo determinar este aspecto puesto que muchas de ellas no consiguen reconocerse como víctimas con facilidad y les cuesta llegar a esta identificación propia de la situación.

Así mismo, establecer una definición del concepto de violencia de género, resulta más idóneo partiendo de las respuestas otorgadas por la participantes en especial cuando se les indaga respecto a las condiciones y momentos específicos que ellas identifican como agresiones reales en contra de su integridad, esto es, la forma en que explican el maltrato al que se ven sometidas, la situación que tipifican como determinante para actuar frente a la situación, es decir, el incidente más grave que las conduce a buscar ayuda o denunciar, la frecuencia con que se da el maltrato y la conciencia que tienen respecto a la forma en que este tipo de violencia afecta también a sus hijos. Este objetivo no se podría lograr con la misma claridad si se les preguntara directamente qué entienden por violencia de género, porque para muchas, aun cuando aportan significativamente en la construcción de la definición, una vez se les refiere el término exacto, les resulta complejo comprender qué es en verdad la violencia de género.

Todavía cabe señalar, que no se podría analizar la vivencia de violencia relatada por cada participante si se les solicitará relatar a detalle cómo han experimentado esta situación, contrario a ello preguntas tales como: ¿Hay momentos o situación en donde el problema ha tenido menos intensidad o le ha afectado menos?, ¿Con qué frecuencia se da el maltrato?, ¿Cuáles son las sensaciones que experimentan mientras son violentadas?, entre otras, le permite al investigador ir estableciendo un parámetro real de las situaciones por ellas vivenciadas y por ende determinar cuáles son los factores más influyentes en las víctimas para decidir asumir un proceso de resiliencia y superación del conflicto.

De otra parte, preguntas tales como: ¿Qué hacía para solucionar el problema?, ¿Qué resultado obtenía?, ¿Hizo algo para enfrentarse a las agresiones?, ¿Qué obtuvo con ello?, ¿Ha tenido que abandonar su hogar debido al maltrato?, ¿Ud. considera que su pareja la amaba?, entre otras, permiten establecer claramente los argumentos más comunes que sustentan las mujeres para persistir en una relación afectiva de violencia de género. Lo anterior, si se abordará desde un cuestionamiento más directo respecto al por qué se persiste en una relación de este tipo, daría como resultado una

justificación desde el sentimiento de culpabilidad tan latente en las mujeres víctimas de violencia, que no permitiría que fueran ellas mismas quienes van aportando respuesta tras respuesta los argumentos reales de persistencia ante esta situación.

Finalmente, es válido afirmar que el instrumento de campo en conjunto y la forma en que se plantean las preguntas, permiten delimitar de manera más asertiva los rasgos de personalidad característicos en las mujeres que pueden llegar a ser más propensas de convertirse en víctimas de violencia de género, no con el fin de establecer un prototipo paradigmático de posibles víctimas, sino, de contribuir a la disciplina desde un enfoque diferente y subjetivo elaborado por las mismas víctimas.

1.8.5 Epistemología de la investigación

Relacionado con el planteamiento que llevó a definir la metodología anteriormente propuesta, se considera necesario, referirse al aspecto epistemológico que rodea toda la problemática de violencia de género, la cual, una vez revisada y estudiada la bibliografía que se encuentra al respecto podría decirse, ha partido desde un planteamiento socio constructivista o de construccionismo social, que conduce a comprender y limitar la elaboración del conocimiento respecto a este fenómeno enmarcado en un contexto social específico, ubicando al sujeto en un limitado campo de acción donde su interactuar y su participación en diferentes ámbitos socio culturales inmediatamente le condicionan como posible víctima de la violencia de género. En otras palabras, es muy común encontrar que la mayoría de los investigadores caracterizan a las víctimas, ubicándolas dentro de un grupo y marco de referencia casi de rigor absoluto.

En razón a lo anterior, esta investigación se propone ahondar en el carácter epistemológico del caso, aportando nuevos aspectos para la construcción del conocimiento referente a este fenómeno social, que hoy por hoy se hace presente en todos los sectores de la sociedad, sin distinción alguno. Por lo cual, no se encuentra conveniente trazar una línea rígida de caracterización para las víctimas, por el contrario, se sugiere estudiar y evaluar los significados particulares de cada caso, a fin de poder brindar verdaderas herramientas de apoyo que conduzcan a procesos de resiliencia fortalecidos desde la institucionalidad y especialmente desde el respaldo y el aporte que fruto de diversos estudios ofrece la psicología[Lóp06].

Lo anterior, de ninguna manera desvirtúa el importante aporte que ha venido realizando la perspectiva del construccionismo social, por el contrario, se apoya en ella para dilucidar nuevas fuentes de conocimiento, diferentes variables y aportes investigativos al respecto. Esta es una propuesta de abordaje desde la particularidad de los casos, tomando como referente la narración que realiza cada

participante de su propia situación, sin dejar de lado aquellos aspectos que son comunes al fenómeno de la violencia de género. Todavía cabe señalar que esta significación del objeto de estudio se hace indispensable en un momento de la historia donde contrario a tener la posibilidad de indicar la disminución representativa de los casos de mujeres víctimas de violencia de género, hoy se encuentra que este fenómeno sigue vivo y latente en la sociedad.

2. Marco teórico

2.1 La violencia de género

Antes de hablar de violencia de género, es necesario considerar lo que significa la palabra “violencia”, un término ligado a la forma de ofender y perjudicar a alguna persona de cualquier género, aplicando de forma colosal la fuerza y el poderío humano (Velázquez, 2003).

La palabra “violencia” tiene su origen etimológico en “violento”, “violar”, “violentar”, de manera que al ejercer violencia sobre alguien se aplica la fuerza para vencer su resistencia, forzándolo de alguna manera para que haga la voluntad del que la ejecuta y para que el otro haga lo que no quiere hacer (Velázquez, 2003). Sin embargo, este término posee un mundo muy amplio y no necesariamente se relaciona únicamente a la fuerza humana, en este caso se estaría limitando el término, ya que, existen otras formas inevitables y circunstancias humanas en donde la violencia está íntimamente presente (emocional, invisible, simbólica, económica), pues estas se ejercen por obligación social o por presión psicológica.

En este orden de ideas, tanto los hombres como las mujeres pueden tener comportamientos violentos, y de igual forma ser responsables de la violencia dentro de la familia. Cabe destacar que factores socioculturales como el sexismo influyen enormemente en que sea más común la violencia ejercida por los hombres hacia las mujeres con respecto a la ejecutada por las mujeres sobre los hombres, la cual sí se presenta, pero en proporciones muy por debajo a las dirigidas hacia las féminas (Ferrer, 2006).

En este sentido, Burin y Meler (2010) enfatizan que existen muchas investigaciones desde diferentes perspectivas, las cuales han demostrado que las mujeres, los niños y los ancianos son los grupos humanos más propensos a ser objeto de agresiones y maltratos.

Sin embargo, en este caso se considerará la violencia de género, tema que circunda a todos, tanto a mujeres como a los hombres, tanto a los niños como a los ancianos, pues es una cuestión inserta

en nuestra sociedad, incluso en ocasiones se logra ver o se logra manifestar y en otras tantas está como una silente aguja que cada día entierra a más y más heridos en una sociedad (ONU, 1993).

En este sentido, se puede mencionar lo destacado por la Organización de Naciones Unidas sobre la violencia de género:

La violencia de género es todo acto de violencia que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual y psicológico para la mujer, inclusive las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad tanto si se producen en la vida pública como en la privada (ONU, 1993, p. 58)

Es evidente que, la ONU tiene en claro la complejidad de las situaciones que produce la violencia de género, pues el sufrimiento o el daño a cualquier mujer está dado de manera arbitraria y en toda su integralidad como persona abarcando lo físico, sexual y psicológico.

Por otro lado, se puede mencionar lo referido en la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer, la denominada Convención de Belem Do Pará, la cual plantea: “La violencia contra la mujer es cualquier acción o conducta, basada en su género, que cause muerte, daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico a la mujer, tanto en el ámbito público como en el privado” (Organización de Estados Americanos, 1994, p. 3).

Así se tiene que, la violencia de género abarca múltiples e híbridas problemáticas, según esta Convención (Organización de Estados Americanos, 1994), entre ellas, la violencia física, sexual y psicológica, que puede presentarse dentro de la familia o en cualquier otra relación interpersonal y puede involucrar violación, maltrato, abuso sexual, acoso sexual en el lugar de trabajo, en instituciones educativas y/o establecimientos de salud (Organización de Naciones Unidas, 1993).

Por ello, la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer (Organización de Estados Americanos, 1994), considera también como violencia de género, la violencia ejercida por razones de ideología, así como de etnia y sexualidad, en los que aparece la tortura, la trata de personas, la prostitución forzada, el secuestro, entre otras.

Por otro lado, Heise (1994) expone que la violencia contra la mujer es un hecho de fuerza física o verbal como falta amenazadora para la vida, dirigida a la persona mujer o niña, que cause daño físico y psicológico, humillación o privación arbitraria de la libertad y que perpetúe la sumisión femenina.

Asimismo, la Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer de la Asamblea General de las Naciones Unidas (1993) destaca sobre el acto de violencia basado en el género que este

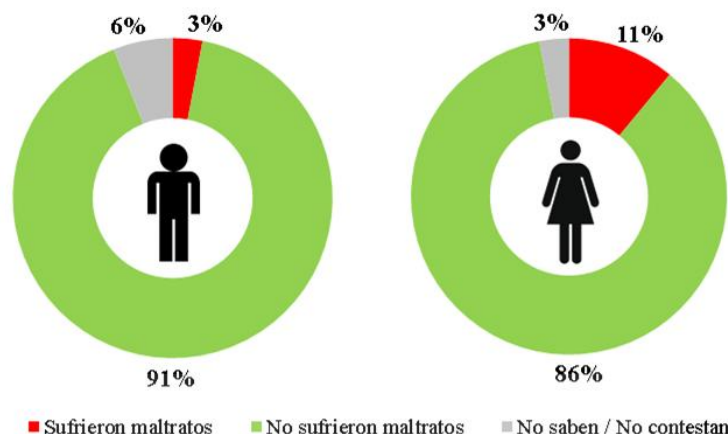
tiene como resultado posible o real un daño físico, sexual o psicológico, contenidas las amenazas, la sujeción o la carencia arbitraria de libertad, ya sea, que suceda en la vida pública o en la privada. Además esta abarca la violencia física, sexual y psicológica dentro del seno de la familia, incluidos los golpes, el abuso sexual de las niñas en el hogar, la violencia que incumbe a la violación por parte del marido, la amputación genital y otras prácticas tradicionales que atentan contra la mujer, la violencia practicada por personas diferentes del marido y la violencia relacionada con la utilización física, sexual y psicológica al nivel de la comunidad en general, incluidas las violaciones, los abusos sexuales, el hostigamiento y la amenaza sexual en el trabajo, en establecimientos educacionales y en otros ámbitos, el comercio de mujeres y la prostitución obligada.

Así se tiene que, de estas definiciones queda claro que los daños físicos, sexuales o psíquicos son considerados violencia de género y es de relevancia observar los aspectos físicos, sexuales y psicológicos, que evidentemente son dañados al momento de un hecho indebido que abarca la violencia.

Sarasua, Zubizarreta, Echeburúa y Corra (2007) y Expósito (2011) aseveran que la violencia y el género se convierten en un binomio de términos inseparables, ya que la primera se usa como mecanismo para obtener un plus y poder de presencia o influencia respecto a lo segundo, por otro lado se destaca que las mujeres víctimas de violencia de pareja en sus muchas particularidades (física, psicológica o sexual) constituyen un sector de la población muy numeroso.

Al momento de referirse a la violencia de género y a su impacto en la sociedad, es necesario considerar que en las estadísticas establecidas para ello se discrimina el sexo femenino como aquel en el que se presenta un mayor número de casos. En este sentido, el Centro de Investigaciones Sociales “Voices!” en conjunto con la Fundación UADE (2015) realizaron un estudio de opinión pública sobre la violencia de género en Argentina, en el cual entrevistaron a 1008 personas de todo el país y hallaron que un mayor porcentaje de mujeres (11% vs. 3%) reportó haber recibido maltratos perpetuados por su pareja afectiva (ver gráfico 1).

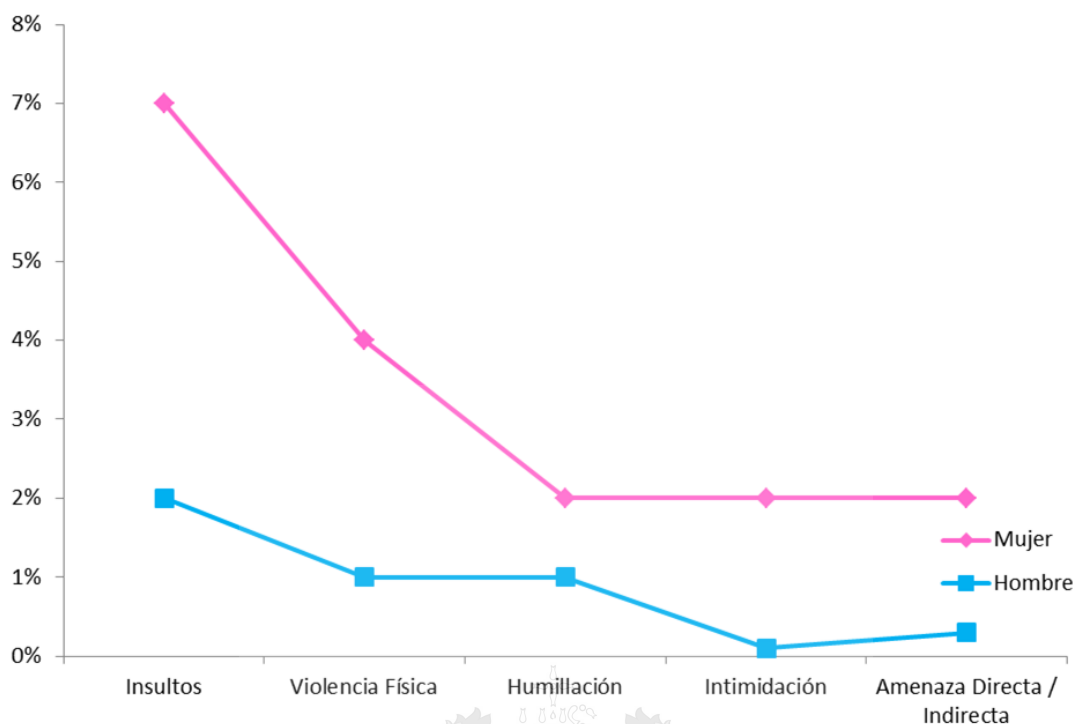
Gráfico 11. Porcentaje de personas que reportan ser maltratadas por su pareja afectiva, distribución por sexo.



Nota: Los datos usados para elaborar el gráfico fueron obtenidos del Centro de Investigaciones Sociales Voices! y la Fundación UADE (2015).

Se destaca que la cantidad de reportes de violencia por causa de género de las mujeres superan a los de los hombres en todas las categorías de violencia. Tal como se puede observar en el gráfico 2, el tipo de violencia más perpetuado en ambos grupos son los insultos (7% féminas y 2% varones), que a su vez es la categoría de maltrato de género que diferencia más estos grupos, esto es porque las mujeres reportaron 5% más que los hombres haber recibido insultos de sus compañeros afectivos. La violencia física es el segundo tipo más frecuente en ambos grupos, (4% en mujeres y 1% en hombres), junto con la humillación en los hombres (1%). La amenaza directa (a sí mismo) o indirecta (a alguien querido por la víctima), intimidación e humillación se reportaron en cantidades iguales en el grupo de mujeres (2% cada una), mientras que el grupo de los hombres reportó haber recibido más amenazas directas o indirectas (0,30%) que intimidaciones (0,10%).

Gráfico 12. Porcentaje de personas que reportan ser maltratadas por su pareja afectiva, distribución por sexo y tipo de violencia.



Nota: Los datos usados para elaborar el gráfico fueron obtenidos del Centro de Investigaciones Sociales Voices! y la Fundación UADE (2015) y corresponden con el desglose de la categoría “Sufrieron maltratos” mostrada en el gráfico 1 del presente documento.

Por otro lado, existe la alarma social, que se proyecta cuando se examinan los datos de las víctimas consumadas por la pareja o expareja, que admiten una tasa de más de 3 mujeres por millón. Conjuntamente, la proporción más alta de víctimas se registra en el trecho de edad comprendido entre los 15 y los 24 años (5 mujeres por millón), es decir, entre las víctimas más jóvenes. En este sentido y bajo la mirada de los autores Sarasua y col (2007) y Expósito (2011), la mujer es una de las víctimas más frecuentes en lo que corresponde a la violencia de género.

Por su parte, Sarasua y col (2007) destacan que la violencia por parte de la pareja existe afiliada a una impresión de amenaza tanto a la vida como al bienestar emocional, esto debido a los graves alcances psicológicos que origina. Por ello, con esto se instituye una causa de peligro para la salud mental, en un corto o largo plazo, tal y como ha quedado demostrado por distintos investigadores. Además, se indica que el maltrato aumenta en un grado ascendente en cuanto al peligro y la frecuencia de aparición de los hechos violentos. Asimismo, las conductas cabizbajas, denigrantes, ignominiosa y las actitudes de desvalorización tienen del mismo modo un signo intimidatorio.

Por su parte, Hirigoyen (2006) manifiesta que la violencia de género se puede presentar a través de maltratos físicos y psicológicos, y que ambos merecen atención, aun cuando hoy en día existan profesionales que señalan como imposible probar que exista la violencia psicológica.

Así mismo, Hirigoyen (2006) destaca que la violencia de género es un problema que se puede presentar en familias pertenecientes a cualquier estrato socioeconómico. Sin embargo, los grupos más vulnerables son los que se ubican en las categorías extremas, esto es porque el 14% y 12 % de las mujeres de clase alta/media alta y baja/media baja, respectivamente, reportaron haber sido víctimas de algún tipo de violencia de género; mientras que las cifras decrecen en el estrato medio, con 9% de reportes (¡Centro de Investigaciones Sociales Voices! y Fundación UADE, 2015).

Por otro lado, Arcas (2014) plantea que la violencia de género, específicamente la que ejerce el hombre sobre la mujer, se ha convertido en un grave problema psicosocial, por la frecuencia con la cual se suele presentar y por la elevación de números de casos denunciados ante instancias judiciales en centros de atención hacia la mujer por parte de mujeres que se han atrevido a denunciar a sus parejas agresivas.

Además, debido a que el maltrato genera serias consecuencias tanto en las mujeres como en los hijos, la violencia de género, desde el hombre hacia la mujer, es catalogada como un problema muy serio para la salud pública, porque los efectos psicológicos pueden desencadenar problemas de salud a largo plazo (Arcas, 2014).

Por consiguiente, la violencia de género si bien son términos que pueden abarcar casos de violencia dirigidos a cualquier ser humano, en la investigación se destaca la preponderancia del género femenino como principales víctimas de violencia. Esto se debe a que a nivel de resultados son mayor el número de casos de mujeres que de alguna u otra forma son el blanco para ataques violentos por parte, ya sea de sus parejas, exparejas, jefes, compañeros de trabajo, amigos, familiares, e inclusive cualquier integrante de la sociedad que atente física, psicológica, económica y emocionalmente.

De esta manera, cualquier acto de naturaleza intimidatoria por medio de palabras, ofensas, coacción, agresión o cualquier otro medio que viole o vulnere la integridad física y psicológica de las mujeres debe ser considerado como violencia de género. Por otra parte, aunque algunos profesionales destacan las dificultades para probar la existencia de violencia psicológica en casos particulares, este tipo de violencia es uno de los más comunes e impacta significativamente a nivel emocional en sus víctimas.

Por tales motivos, es fundamental la difusión de los tipos de violencia y las consecuencias para las víctimas de cada una de ellas, con la finalidad de marcar una tendencia en el trato que toda mujer debe recibir, sin importar, su edad, raza o religión, y dejar en claro que la violencia de género no sólo es

un término atribuible a las agresiones físicas o verbales, sino que tiene múltiples vertientes cuyas consecuencias son graves tanto psicológicas, físicas como emocionalmente.

2.2 Los tipos de violencia de género

Existen altos porcentajes de violencia de género en la sociedad actual. Esta, se manifiesta en cinco tipos de violencia: a) física, b) psíquica, c) sexual, d) financiero o económica y e) desarrollo personal.

A continuación, se destacaran los rasgos más relevantes que asumen esos tipos de violencia, a partir de la perspectiva de autores como Ferreira (1992), Hirigoyen (1999) y del Manual de Prevención de Violencia de Género (2009):

a) Violencia física

La violencia física es aquella que puede ser distinguida objetivamente por alguna otra persona, que deja huellas externas fáciles de reconocer a simple vista. Esta se representa por empujones, mordiscos, patadas, puñetazos, entre otros daños, causados con las manos o algún objeto o arma. Es la más visible, y por tanto facilita la toma de conciencia de la víctima si esta quiere manifestarse en primer plano como víctima, y como consecuencia, ha sido la más usualmente registrada social y legalmente, en relación fundamentalmente con la violencia psicológica (Ferreira, 1992; Hirigoyen, 1999; Manual de Prevención de Violencia de Género, 2009).

Asimismo, en esta situación de violencia física se encuentra que el agresor le niega el placer a la mujer, lo que representa una cuestión de egoísmo absoluto por parte de él, considerando que además de pellizcarla, la empuja, golpea, le da tirones, la sacude, la abofetea, le impide la respiración, le deja marcas en el cuerpo, le tira el pelo, la inmoviliza, le arroja objetos, la golpea en cualquier parte del cuerpo, la amenaza con cualquier objeto de la casa, utiliza un arma, la hace abortar, le hace tanto daño físico con golpes y más que la deja para llevarla al hospital o centro asistencial y en algunos casos le quiebra los huesos, le hace heridas físicas grandes y pequeñas internamente y externamente, la deja deformada o apaleada, e incluso puede llegar al homicidio.

b) Violencia Psíquica

La violencia psíquica aparece de forma irremediable y perenne cuando hay otro tipo de violencia. Supone amenazas, insultos, humillaciones, desprecio hacia la propia mujer, desvalorando su trabajo y opiniones. Además, constituye la indiferencia, apatía e indolencia, así como el silencio, los

cuales incitan en ella sentimientos de culpa, error e indefensión, acrecentando el control y la supremacía del agresor sobre la víctima, que es el objetivo último de la violencia de género (Ferreira, 1992; Hirigoyen, 1999; Manual de Prevención de Violencia de Género, 2009).

Dentro de este tipo de violencia se podría incluir otras subcategorías que emergen de esta y llevan aparejada pesadumbre psicológica para la víctima, ya que se utiliza las coacciones, amenazas y maniobras para lograr los fines del agresor.

En todo caso, la violencia psíquica, viene dada bajo criterios particulares de la cuestión, pues no se concibe en la mujer las realizaciones personales, aunado a gritos o alaridos que la definen con insultos y agravios.

Además, en la mayor parte de los casos, el agresor niega su mundo afectivo a la víctima, por tal motivo, se puede decir que el agresor la culpabiliza de todo y la critica repetidamente como mujer, amante, madre, trabajadora; el agresor exige tanta atención que compite con los hijos de la víctima y en algunos casos con sus propios hijos, en el caso contrario amenaza a la mujer con violencia exagerada y con maltrato a los hijos/as. Además, a la mujer se le veja y el agresor “inserta en la psiquis” de la mujer que ella no sirve y que ella no puede estar sin él, produciéndose en esta una dependencia extrema y un deseo de no escapar de su lado (Ferreira, 1992; Hirigoyen, 1999; Gobierno de España, 2009).

Por otro lado, y bajo esta situación, la mujer tiende a presentar depresión, así como síntomas de otros tipos de enfermedad, que en algunos casos provoca en la mujer el suicidio. La violencia psicológica es la que presenta maltratos más tenues, sin embargo, resultan muy dañinos, pues los efectos se dan de forma gradual. La utilización de la embestida emocional está a favor de la autoridad de la pareja, por ello ocasiona la ruina psíquica de la víctima, a través de diversos modos posibles y cotidianamente, con agravios, anulaciones, desprestigios y otros.

Cabe agregar que, de acuerdo con Hirigoyen (2006) resulta bastante preocupante que la violencia psicológica sea desestimada por algunos profesionales y que estos no le otorguen la atención merecida. Incluso, se considera alarmante el hecho de que existan víctimas de violencia psicológica que no sean capaces de detectar como maltrato algunos de los comportamientos de sus victimarios.

Por su parte, Arcas (2014) expresa que, si bien es cierto que este tipo de violencia es la más sutil en comparación con las otras categorías, esto no implica que sus consecuencias sean menos dañinas que la de las demás pues: “El ejercicio abusivo de poder como forma de violencia psicológica precede muchas veces a la violencia física, pero de ninguna manera es menor su incidencia nociva en el psiquismo de la víctima” (Arcas, 2014, p. 52).

La violencia psicológica se suele manifestar cotidianamente a través comentarios negativos, insultos, descalificaciones, burlas, bromas pesadas, así como también exponiendo a la mujer a la vergüenza frente a terceras personas (Arcas, 2014).

Otras formas de maltrato psicológico son: dominar a la víctima por medio del sustento económico, controlar su tiempo, prohibirle su autoexpresión, de manera que esta solo pueda cuidar a sus hijos y hacer oficios del hogar (Arcas, 2014).

A su vez, ese tipo de maltratos va mermando la autoestima de la víctima, volviéndola más fácil de dominar, más sumisa, menos segura de sí misma, más manejable, entre otros, al mismo tiempo que la va aislando de su red social (Arcas, 2014).

De esta manera, este tipo de violencia a pesar de que a diferencia de la mayoría no deja huellas físicas de agresión, las consecuencias psicológicas y emocionales de las víctimas, la convierten en un tipo alarmante y perjudicial de violencia. Esto se debe a que la acción psicológica del agresor convierte a la víctima en una persona sumisa, dependiente, temerosa, con sentimientos de culpa y de miedo. Generalmente, este tipo de agresiones van desde la desvalorización de la mujer en cualquiera de sus roles, las críticas abiertas que de alguna u otra forma afecten su autoestima, hasta otros tipos cuyos mencionados cuyos impactos colocan en riesgo inminente a las mujeres bajo el dominio de su agresor.

c) Violencia Sexual

En cuanto a la violencia sexual, se conoce que unos 120 millones de niñas de todo el mundo (algo más de 1 de cada 10) han sido forzadas a tener relaciones sexuales en algún momento de sus vidas (ONU Mujeres, 2017). Esta violencia es definida como aquella en que se ejerce mediante obligues físicas o psíquicas que intentan asignar una relación sexual no apetecida mediante imposición, amenaza o abandono. Aunque podría incluirse dentro del término de violencia física, se distingue de aquella en que el objeto es la libertad sexual de la mujer, cuestión tal que solo la mujer puede llegar a reconocer, ya que aquí se aborda no solo su integridad física, sino su integridad sexual. Es por esto que, hasta no hace mucho, la legislación no consideraba este tipo de acometidas como tales, si se producían dentro del matrimonio.

En este aspecto se devela que el agresor encierra *sexualmente* a la mujer en momentos inoportunos, la acusa de infiel, pone en duda su reputación, se burla de la sexualidad de la mujer.

Hirigoyen (1999), también afirma que el agresor ignora en momentos claves a la víctima y le niega sus necesidades, sentimientos o deseos sexuales; además, la toca de manera no grata y

esforzándola a quedarse fija o no en momentos placenteros para él, la fuerza a tocarlo o mirar lo que no desea como pornografía, critica el cuerpo de la mujer y su forma de hacer el amor.

Aunado a ello, en la violencia de tipo sexual, pueden darse casos en los que el agresor le posee actitudes con la víctima tales como: descarta cualquier gesto de cariño y de amor, demanda en ella sexo constantemente aunque ella quiera o no, la fuerza a desnudarse; sale con otras mujeres a divertirse y se lo cuenta a la víctima, exige sexo con amenazas, la fuerza a tener sexo con otros varones, le demanda sexo después de haberla golpeado o la golpea durante el sexo, utiliza objetos o armas sexualmente con el propósito de hacerle doler, puede llegar a matarla en el acto sexual (Hirigoyen, 1999).

Por otro lado, “la descalificación consiste en privar a alguien de todas sus cualidades. Hay que decirle y repetirle que no vale nada hasta que se lo crea” (Hirigoyen, 1999). Es por ello que, toma primacía el desprecio y la burla se dirige fundamentalmente hacia las mujeres. Los perversos sexuales, tienen una negación del sexo con la mujer victimaria. Además, aparece la condición masculina narcisistas que, por su parte, niegan la totalidad de la mujer, la niegan en tanto que es un ser humano y les divierten todas las bromas que se burlan de la mujer.

Además, se considera también que todo hecho de índole sexual es practicado por un individuo (habitualmente una persona del sexo masculino) en contra del deseo y la voluntad de otra persona (generalmente mujer o niña) y que se exterioriza como intimidación, delito, provocación y/o ataque, y se expresa en forma violenta, física, verbal y emocional será considerado violencia sexual.

Por lo antes expuesto, este tipo de violencia constituye un ataque vasto o figurado que perturba la independencia y el decoro de la víctima, produciendo en ella efectos a corto, mediano y largo plazo en la integridad física, moral y psíquica. Aunado a esto, el maltrato físico o sexual incrementa a más de doble el riesgo de tener un aborto, a casi el doble el de sufrir depresión y en algunas regiones, 1,5 veces más posibilidades de contraer el VIH. Además determinadas características de las mujeres, tal como su orientación sexual, discapacidad, etnicidad y algunos factores contextuales, como las crisis humanitarias, situaciones de conflicto y situaciones posteriores a él, pueden aumentar la vulnerabilidad de las mujeres a la violencia de género. Por esta razón 125 países aproximadamente tienen leyes sobre el acoso sexual y 52 tienen leyes sobre la violación conyugal. Sin embargo todavía queda mucho camino por recorrer en temas del cumplimiento de los estándares internacionales en esta materia (ONU Mujeres, 2017).

Por otra parte, Velázquez (2003) manifiesta que la violencia sexual en una relación de pareja es una cuestión que no es del todo aceptada por el colectivo. Sin embargo, en el contexto íntimo también

se presentan actos violentos, aun cuando se intenten justificar; de manera que, si el hombre utiliza la fuerza, el dominio o la autoridad para obligar a su mujer a tener relaciones sexuales en contra de su propia voluntad, a través de amenazas y maltratos físicos y psicológicos, entonces se trata de una violación.

Así mismo, Velázquez (2003) enfatiza que en las mujeres víctimas de este tipo de violencia, el impacto emocional que sufren cuando su pareja es el victimario, es mucho mayor al que pudieran sufrir si se tratara de un desconocido.

De igual forma, suele ser común que en sociedades eminentemente patriarcales, ante este tipo de actos violentos, se busque justificarlos basándose en la conducta femenina, con el fin de quitarle responsabilidad al agresor, e incluso se termina culpando a la mujer para desvanecer el hecho de que se trata de una violación, aludiendo a que esta no cumple con su deber conyugal cada vez que su marido se lo exige. De tal modo que, dentro de la cultura patriarcal no hay cabida al hecho de que la mujer tenga derecho a negarse a tener relaciones sexuales cuando no lo desee (Velázquez, 2003), pues: “Si se piensa que la mujer tiene problemas con el sexo, miente o exagera, se alivia la responsabilidad y la censura social y se busca una cadena de racionalizaciones que cierran en la desresponsabilización del agresor” (Velázquez, 2003, p. 66).

Adicionalmente, Velázquez (2003) enfatiza que la violencia sexual se suele manifestar de diversas maneras, como por ejemplo mediante abusos físicos, tales como golpes, cachetadas, empujones, entre otras lesiones; también se suele presentar como la presión para tener relaciones sexuales y/o para llevar a cabo prácticas sexuales que son rechazadas por la mujer, tales como el sexo anal, oral o con objetos.

La violencia sexual también se puede revelar a través de las palabras: el abuso verbal mediante insultos, descalificaciones y sarcasmos hacia la mujer (Velázquez, 2003).

Este tipo de violencia provoca que surjan en las mujeres sentimientos como la humillación, la vergüenza y la culpa, el aislamiento, pérdida de la autoestima, entre otros (Velázquez, 2003).

Hay que destacar que cuando el abuso sexual es continuo, puede ocurrir que la mujer se culpe así misma de padecer problemas como los de provocar a su pareja, de tener trastornos sexuales, de ser poco atractiva, entre otros, de manera que ello puede desencadenar en el hecho de que la mujer crea que se merece el maltrato y el abuso de su pareja en ese ámbito, por lo que debe aceptar esos actos para cumplir con su deber conyugal (Velázquez, 2003).

En este orden de ideas, es conveniente resaltar que “la posesión violenta por parte del agresor del cuerpo y de la sexualidad de la mujer la hace sentir pasivizada y vulnerable” (Velázquez, 2003, p. 68). Por ello, con el tiempo, su resistencia a los ataques reiterados será cada vez menor, debido a la fragilidad del *yo* generado por los maltratados prolongados, por la vergüenza y por la humillación (Velázquez, 2003).

Si bien la violencia sexual tiene muchas vertientes, cualquiera de sus tipos ya sea dentro de la figura conyugal o cualquier otro contexto del cual provenga, causa innumerables consecuencias para la víctima. Lamentablemente en las sociedades la discriminación sexista de la mujer, señala como una obligación cumplir con los requerimientos sexuales de su cónyuge, aun si no está de acuerdo; estas creencias justifican la violencia sexual intrafamiliar y culpabilizan al género femenino. Por tales motivos, con la finalidad de minimizar las cifras de víctimas de violencia sexual diversas organizaciones han alzado su voz para proteger la integridad y libertad sexual de la mujer, en cualquier contexto.

d) Violencia Económica

Se constituye en la limitación que se presenta en la mujer de ser independiente económicamente, pues no se le permite que tenga ingresos propios, ganancias por producción personal, por ello está sometida a lo poco que le da el agresor; tampoco, administra nada de los ingresos de la familia, ni dispone de nada solo hasta que tenga venia para hacerlo (Hirigoyen, 1999).

En este tipo de violencia, el agresor hace lo posible por vigilar y controlar el acceso de la víctima al dinero, por lo cual la reprime por trabajar a fin de evitar su independencia económica y le obliga a entregarle los ingresos que obtenga (trabajo, herencia, regalo). Como lo resume Mujeres en Igualdad (2009, p.10), la violencia económica se caracteriza porque “el agresor hace lo posible por controlar el acceso de la víctima al dinero, tanto por impedirla trabajar de forma remunerada, como por obligarla a entregarle sus ingresos, haciendo él uso exclusivo de los mismos”.

Dentro de este tipo de violencia, se han presentados casos extremos en los cuales el victimario abandona su empleo y dispone arbitrariamente del salario de la víctima, gastándolo de forma irresponsable; posteriormente, obliga a la mujer a buscar préstamos y ayudas económicas entre sus familiares, amigos, vecinos, compañeros de trabajo o en instituciones de asistencia social (Mujeres en Igualdad, 2009).

En esta área se agregan las múltiples desigualdades que enfrentan las mujeres en el ámbito laboral. En este sentido, Belen, Barrios y Tipaldo (s/f) señalan que históricamente la inserción de las mujeres en el mercado laboral se ha caracterizado por una menor participación y una mayor intermitencia (entrada y salida) que los hombres. Es posible que este patrón se dé por desigualdades de género en las condiciones laborales, en cuanto al monto del salario, informalidad y precariedad laboral.

De acuerdo con Belen, Barrios y Tipaldo (s/f), algunos especialistas señalan que las razones se encuentran en el ciclo vital de las mujeres (vinculado a la reproducción), la presencia de hijo/as, y los ingresos del cónyuge; sin embargo no se le da importancia a la desigual distribución de tareas domésticas y de cuidados no remunerados. Y el panorama se hace más oscuro para las mujeres con escaso nivel educativo, las cuales tienen menos posibilidades de conseguir un empleo formal y opciones laborales en comparación con los hombres, por lo cual suelen depender de una cobertura pública de cuidados, que muchas veces es escasa y deficitaria.

Las barreras de entradas a las que se enfrentan las mujeres en los entornos laborales son mayores que las que se enfrentan los hombres. Sin embargo, cada vez más aumentan las cifras de mujeres en cargos no sólo de naturaleza administrativa, sino en cualquier sector productivo. Así también, en la actualidad son muchas las mujeres que ocupan cargos presidenciales con marcadas responsabilidades. Si bien se observa que en los últimos 20 años hay una expansión de la fuerza de trabajo femenina, todavía hay una brecha marcada si son comparadas las cifras de participación y empleo entre hombres y mujeres.

De acuerdo con el Boletín de estadísticas de Género y mercado de trabajo (Observatorio de Empleo y Dinámica Empresarial del Ministerio Nacional de Trabajo, citado en Belen, Barrios y Tipaldo, s/f):

La tasa de actividad de las mujeres durante el primer trimestre del 2014 es del 46,7 por ciento (en comparación con el 71,8 por ciento de actividad de los varones). Es decir, la brecha en términos de participación en el mercado de trabajo es del 25.1 por ciento. Por su parte, mientras que las mujeres presentan una tasa de empleo del 42,6 por ciento, los varones tienen una tasa del 67,4 por ciento. La diferencia porcentual en este caso es de 24.7 por ciento. Respecto al nivel de desempleo para el primer trimestre del 2014, es posible advertir una diferencia de 2 puntos porcentuales entre varones y mujeres (6.3 y 8.3 por ciento respectivamente). (p.55)

Además, la historia no acaba en “ser contratada o no”, debido a que, al ser insertadas en el mundo laboral, las mujeres se enfrentan a otros tipos de comportamientos discriminatorios por género. Uno de ellos es la segregación horizontal, que se refiere a la extensión de los roles reproductivos (tradicionalmente asignados a las mujeres) en la esfera laboral, es decir, las mujeres son buscadas para llenar el personal requerido en rubros domésticos, enseñanza, servicios sociales, comunitarios y personales (como enfermeras o niñeras).

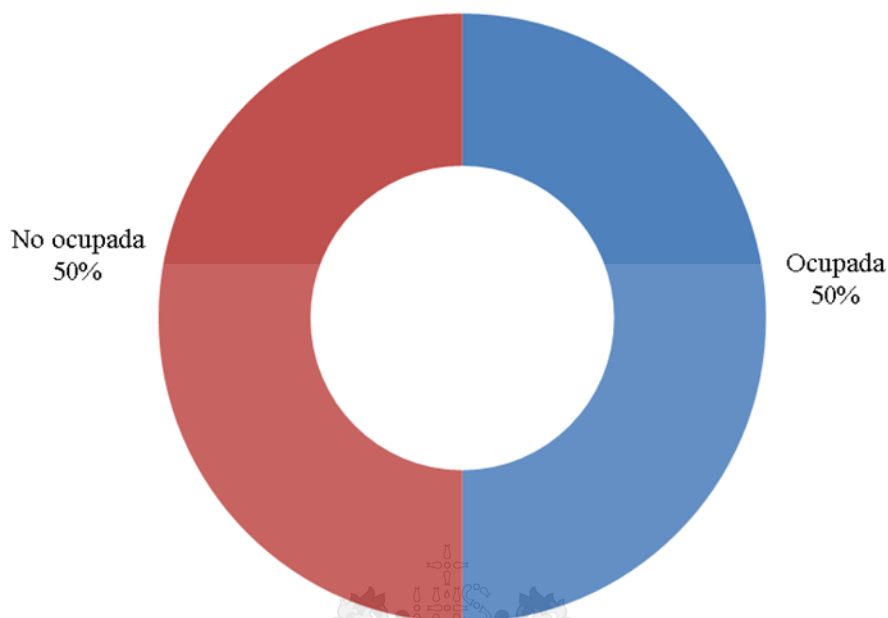
También se enfrentan a la segregación vertical; con ella se pretende hacer referencia a la escasa presencia femenina en cargos y puestos jerárquicos, incluso si la mujer cuenta con igual o mayor formación que sus pares varones. Esta inequidad en los puestos que son permitidos a las mujeres en el mercado laboral se traduce en menores ingresos percibidos al año. En palabras de Belen, Barrios y Tipaldo (s/f):

Según el Informe Mundial sobre Salarios 2014/15 de la Organización Internacional del Trabajo, las mujeres en Argentina ganan en promedio un 27,2 por ciento menos que los varones. Tal como sucede con otros indicadores sociales, la brecha salarial de género se amplía a menor nivel educativo de las mujeres, llegando al 50 por ciento de disparidad en el caso de aquellas sin ningún tipo de instrucción. (p. 55)

Por último, la situación laboral (empleada / desempleada) no se asocia con la probabilidad de sufrir maltratos por el género en el hogar, debido a que, entre las mujeres registradas por el Registro Único de Casos de Violencia contra la Mujer (Belen, Barrios y Tipaldo, s/f), el 50% trabaja y el otro 50% no lo hace (ver gráfico 3).

Gráfico 13. Porcentaje de casos de mujeres víctimas de violencia según la condición laboral, de acuerdo al Registro Único de Casos de Violencia contra la Mujer.

Casos de mujeres víctimas de violencia según situación



Nota: los datos del gráfico fueron obtenidos de Belen, Barrios y Tipaldo (s/f).

Basándose en lo anterior, se puede interpretar que si bien a nivel de registros las cifras de mujeres maltratadas no se relaciona directamente con la ocupación o independencia económica de las mismas; la dependencia económica es una de los principales factores que limita a las víctimas a actuar legalmente en contra de su agresor, o simplemente tomar la decisión de separarse. Por estas razones, muchos agresores utiliza la violencia económica como aliada para que la mujer se apegue a sus deseos, sin importar que los mismos vayan en contra de su integridad, física, psicológica, emocional o sexual.

e) Violencia en el desarrollo personal

Se presenta cuando el agresor no colabora con el cuidado y la crianza de los hijos, sean suyos o no, igualmente: exige que la mujer y los hijos le sirva en todo lo que le apetece, se niega a compartir las tareas domésticas y más aún las tareas escolares de los infantes, impide que la mujer pueda tener amistades para que esta no se relacione y tenga una vida social sin ningún problema, prohíbe la realización de actividades laborales o de estudio, no tiene en cuenta las opiniones de la esposa o la de los hijos, él anula cualquier deseo en todos los proyectos que puedan surgir en el entorno familiar, le prohíbe el desarrollo de actividades sociales y recreativas a los hijos, no le brinda a la esposa ayuda para que pueda dedicarse a actividades fuera de las domésticas, impide que la mujer y los hijos obtengan independencia económica, exige que se dediquen solo a las tareas del ámbito privado, utiliza

la legislación que lo favorece para lograr sus objetivos, no permite que su esposa exprese lo que piensa. Es por esto que, en este tipo de violencia prevalece es que el agresor impida a la víctima desarrollarse de manera plena, en lo personal, profesional, social y psicológico (Hirigoyen, 1999).

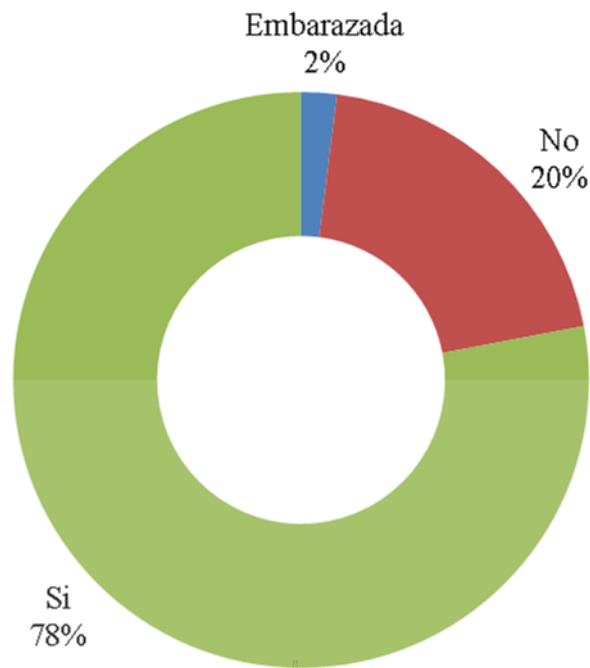
De esta manera, son muchos los tipos de violencia de género, si bien algunos tienen consecuencias visibles, como por ejemplo la violencia física, y la sexual, a los cuales corresponden el mayor número de reportes y denuncian en la materia; otros tipos de violencia se encuentran igual de presentes y traen consigo impactos negativos para sus víctimas. A menudo, es muy común ver que una persona víctima de violencia ha sido sometida a diferentes tipos de violencia, debido a que muchas veces los agresores se valen de la violencia económica, la violencia en el desarrollo personal, y la violencia psicológica para lograr que las mujeres se sometan a sus deseos causando en ellas sentimientos de culpa.

2.4 La violencia de género e impacto en el ámbito familiar

En Argentina, entre las facultades que la ley 26.485 otorga al Consejo Nacional de Mujeres (Art. 9º, inciso o), se encuentra la implementación de una línea telefónica de alcance nacional, gratuita y accesible. Dicha línea, a la cual se accede marcando 144, funciona desde 2013 brindando información, orientación y contención ante situaciones de violencia de género. En la mayoría de los casos, los llamados atendidos que se clasifican como casos de violencia de género, dan cuenta de la presencia de niños afectados por dicha situación, por tanto, la familia es una arista clave en el análisis de la violencia de género (Belen, Barrios y Tipaldo, s/f).

De acuerdo con los datos del Consejo Nacional de Mujeres (2016), 78% de los casos atendidos en la línea 144 eran de mujeres con hijos en la escena de violencia (ver gráfico 4). Esto incrementa el riesgo de la mujer (p ej. puede ser chantajeada a través de sus hijos y además puede experimentar dificultades para alejarse de una relación violenta por temor a perjudicar a los niños) y de los hijos propiamente, que pueden ser víctimas de violencia tanto física como emocional.

Gráfico 14. Porcentaje de casos que llamaron a la línea 144 por violencia de género, clasificados de acuerdo a la presencia de niños, niñas y adolescentes en la escena.



Nota: los datos del gráfico fueron obtenidos del Consejo Nacional de Mujeres (2016).

Según Burin y Meler (2010) la familia constituye el ámbito en el cual se presentan las interacciones sociales más íntimas, y a través de esta es posible formar y educar a las futuras generaciones. En ella se pueden desarrollar diversas acciones para dar respuesta a múltiples necesidades humanas como las educativas, sanitarias, sociales y éticas.

De ahí la importancia de que la familia promueva diversas conductas correctas, partiendo del ejemplo y de la educación de los padres (Burin y Meler, 2010). Sin embargo, debido a todas las concepciones y los estereotipos en torno al significado de familia, para el colectivo es difícil de aceptar que esta sea un grupo social en el cual se presente con mayor frecuencia comportamientos violentos (Patrón y Limiñana, 2005).

En este sentido, la familia forma parte importante de la sociedad y en ella deben propiciar un ambiente equilibrado para el desarrollo psicosocial de los niños, niñas, adolescentes y demás integrantes. Sin embargo, el problema se presenta cuando en la estructura familiar existen diferencias que afectan el equilibrio y estabilidad en las relaciones, alterando la armonía debido al incremento significativo de conflictos.

Por otra parte, al abordar la violencia, desde el círculo familiar, es necesario tener presente diversos enfoques de la situación. Según Hirigoyen (1999) una vez instaurada en la familia, la violencia de género se constituye un engranaje infernal difícil de frenar, pues tiende a transmitirse de generación

en generación de manera irremediable. Este asunto es neurálgico, ya que, desde el seno familiar, existen criterios propios que pudieran transgredirse y desde donde se podría disfrazar un tipo de violencia.

En este sentido, si la violencia se instaura en la familia, tiende a existir dentro de la misma con un embrague infernal, lo cual deja en cada miembro una huella imborrable, que será para siempre parte de su historia personal (Hirigoyen, 1999). Esto aún más papable en el caso del asesinato de la mujer violentada, situación cuyas cifras son alarmantes en el territorio argentino, debido a que, de acuerdo con Belen, Barrios y Tipaldo (s/f), desde el 2008 hasta el 2015, 2.518 hijos quedaron huérfanos de madre por causa del femicidio; 1.617 de ellos (64,2%) eran menores de edad en el momento del asesinato y en muchos casos el Poder Judicial estableció que su tutela quedaría a cargo del femicida.

Para Hernández y Limiñana (2005) la frase “violencia familiar” hace refiere a cualquier forma de dominación, ya sea físico, psicológico o sexual, y se da en lugar de una relación entre los miembros de una familia. Como todo abuso, involucra un desequilibrio de autoridad, y es practicado desde el más fuerte hacia el más débil, todo esto con el propósito ejercer un control sobre la relación.

En este sentido, cuando existe violencia en el seno de la familia según Miller (1985) los niños se tornan incapaces de rebelarse porque la fuerza y el poderío aplastante de los adultos, los silencian y pueden inclusive hacerles perder conciencia.

En este punto, se tiene que es necesario reaccionar y ocuparse de la atención de los niños que forman parte importante dentro de una familia bien compuesta, ya que, a los individuos envueltos en situaciones de violencia familiar se les estampa su vida, por lo que de manera innata este timbre les arroja física y psíquicamente, por ello con el tiempo no reaccionan frente a otro tipo de intimidación y al aparecer una fuerza mayor marcada por una autoridad aplastante el niño se siente silenciado ante la “fuerza” del otro (Miller, 1985).

Ahora bien, posterior a los casos de violencia familiar muchos niños y niñas reflejan alteraciones en su comportamiento y adoptan una conducta agresiva y nociva, exponiéndose a consecuencias mayores. Entre las principales consecuencias, se encuentra la adopción de conductas agresivas, violentas y antisociales, quedando propensa a la explotación física o sexual, la realización de actividades ilícitas, entre otras acciones que vulneran sus derechos etc., adicionalmente se encuentran expuestos a enfermedades, y a carencias socio-afectivas que repercuten en su salud psicológica, haciéndolos propensos a riesgos que afecten su integridad.

En el seno de la familia, los padres son quienes ejercen la figura de autoridad, además de poseer la responsabilidad de proteger y tutelar a los hijos, quienes no son objetos inertes, sino que por el contrario son personas de corta edad, que siente y padecen como cualquier otro humano.

Pero, Hirigoyen (1999) plantea que en las familias donde existe la violencia de género o familiar, los niños suelen concebirse un objeto vivo, utilizable y manejable, al que puede someter a las degradaciones que él mismo padeció en otro tiempo o que sigue padeciendo. Bajo este aspecto, la autora devela el traspaso de males de una generación a otra. Esto constituye una reacción negativa de la vida, debido a todo lo vivido, además de marcar de forma negativa al infante en las futuras relaciones que entablará.

Así se tiene que, cuando el niño crezca y se vincule con otra persona, aparecerá en su psiquis los padecimientos de su infancia. Estas vivencias, desde adulto no podrán desligarlas, ni borrarlas, porque están como una impronta en su historia personal. Aunado a esa “crisis personal” que experimenta cada individuo, la violencia de género en el núcleo familiar, suele instaurar una crisis en el ámbito familiar y en su dinámica.

Para Ferrer (2006), la crisis que sufre la institución familiar, muchas veces es forjada por los estresores externos y por los cambios a los que está sometida la convivencia familiar. Aunado a ello, las conductas que se asumen se derivan de un patrón conexo con la vida familiar, que no acrecienta con el tiempo. Es decir que, los comportamientos violentos una persona se constituyen en un esquema ya psíquicamente establecido que afectará la dinámica familiar. De esa forma, se instaura en los niños una “transferencia de males y parámetros negativos”, por ende, de adultos, cuando se conviertan en la autoridad, buscarán repetir los patrones negativos y “vengarse” por lo padecido en la infancia.

Aunado a ello, en la dinámica familiar de los hogares en los que existe violencia de género, también suelen aparecer sentimientos de frustración personal en los integrantes del núcleo familiar. Para Hirigoyen (1999), esos sentimientos brotan y surgen con el pasar de los días, debido al sufrimiento y la imposibilidad de no poder cambiar lo que ya pasó, lo que deja huellas en el cuerpo, los afectos y en la vida cotidiana. También, genera la vergüenza, que se padece en muchos casos porque un “otro” franqueó por el cuerpo (golpeó, abusó, violó) dejando su timbra de deshonra.

En este sentido, se destaca que en el seno familiar, en el que un infante padece de violencia, por ello se constituye en víctima. Y cuando las víctimas no son comprendidas, callarán y padecerán en el silencio de su intimidad las consecuencias psíquicas, físicas, sociales y personales producidas por la violencia. Según el contexto, entre los principales sentimientos y comportamientos adoptados por los

niños y niñas que presencian violencia de género, destaca, el miedo, la ansiedad, la tristeza, el desamor, además muchas veces dichas conductas pueden empeorar con el pasar del tiempo, reflejando conductas agresivas y antisociales, acompañada muchas veces de consumos de sustancias como las drogas o en otras ocasiones a la adopción de patrones de violencia similares en sus futuros hogares.

Por otra parte, de acuerdo con Burin y Meler (2010), en hogares violentos también suele ocurrir que el padre perciba a los hijos como rivales y como bienes de la mujer, lo que promueve el maltrato de estos niños por parte del hombre, principalmente cuando estos traen deseos infantiles reprimidos.

De esta manera, cabe señalar que todas las investigaciones realizadas en torno a esta variable coinciden en que los comportamientos violentos son conductas aprendidas en el seno del hogar, ampliamente vinculadas con las relaciones de poder y desigualdad entre hombres y mujeres, con las creencias culturales patriarcales que definen al género masculino como la autoridad y dominio, y al género femenino como seres en posturas de sumisión, dependencia y obediencia (Burin y Meler, 2010). En todo caso, como se trata de algo que se aprende, la conducta violenta también es propensa de ser modificada a través de un cambio en el sistema de valores y en el ejemplo que les otorguen los padres a sus hijos como modelos de relacionarse con otros y en su comportamiento social (Burin y Meler, 2010).

Finalmente, se puede observar que la mayoría de los esquemas disfuncionales que caracterizan al individuo son adoptados de manera temprana, como en los casos de los niños y niñas sometidos a experiencias traumáticas y agresivas causadas por la violencia de género dentro del seno familiar. Muchos de estos esquemas son mantenidos a lo largo de la vida, los mismos se manifiestan por la interacción de necesidades emocionales centrales no satisfechas en la infancia, por estas razones dichos esquemas son causantes de los sentimientos o conductas agresivas y nocivas.

2.5 Violencia de género: la víctima y el agresor

Según Soler (2008), cuando se plantea la violencia de género, resulta fundamental identificar en cada ente humano la posición que se asume y cuáles son sus características. En este sentido, en la violencia de género suelen existir dos actores: agresor y víctima.

Con respecto a los agresores, el Manual de Prevención de Violencia de Género (Gobierno de España, 2009) destaca que los mismos suelen tener dificultades mentales específicas, tales como sesgos cognitivos (pensamiento) desfigurados sobre los roles sexuales y la humillación de la mujer, además de dificultades en su formas de comunicación, frenesí, falta de control de los impulsos, celos patológicos o

el abuso de alcohol. Aunado a ello, los agresores son muy sentimentales a los fracasos, presentan destrezas de comunicación muy restringidas y carecen de estrategias para resolver distintas situaciones.

El Manual de Prevención de Violencia de Género del Gobierno de España (2009) agrega también que los hombres que son agresores en una situación de violencia de género, suelen exhibir trastornos psicológicos, tales como: el trastorno obsesivo-compulsivo de la personalidad, trastorno dependiente de la personalidad y el trastorno paranoide.

Asimismo, existe un perfil de un hombre altamente violento en el hogar, el cual se identifica por algunos signos de alerta: excesivamente celoso, posesivo, es impaciente fácilmente al colocarle límites, no controla sus impulsos, bebe alcohol en abundancia, culpa a los otros de sus dificultades, experimenta cambios groseros que muestran mal humor, al enfurecerse actúa con violencia y destroza cosas, además cree que la mujer debe estar siempre sometida al hombre (Gobierno de España, 2009). Todas estas son características persistentes del agresor innato y son rasgos muy fáciles de detectar.

Hay que destacar que, cuando el agresor posee una personalidad con características propias de un psicópata, los daños a nivel psicológico que genera en la mujer maltratada son mucho más graves, puesto que no es empático y no posee remordimiento alguno por sus acciones (Arcas, 2014).

En este sentido, se puede agregar que cuando el agresor es un psicópata inicialmente ejerce dominio de una forma muy tenue, y paulatinamente va desenvolviendo sus manipulaciones, hasta llegar al punto de dominación absoluta sobre la mujer, aislándola de su entorno social y haciéndola totalmente dependiente de él a nivel emocional (Arcas, 2014).

Por consiguiente, el agresor generalmente presenta conductas agresivas que aumentarán paulatinamente con el pasar del tiempo. La falta de autocontrol ante circunstancias externas, la facilidad para detonar de manera violenta contra objetos, la posesión por la pareja, la necesidad de que las personas dependan totalmente de ellos, la críticas constantes, el consumo frecuente de bebidas alcohólicas o estupefacientes, son algunas de las características que se pueden percibir de una persona agresiva.

Adicionalmente, en muchas ocasiones las personas agresoras presentan trastornos psicológicos que empeoran las conductas violentas, debido a que carecen de sentimientos de culpa o arrepentimiento por el daño que causan, además de que actúan de tal manera que no sólo anulan la opinión de sus víctimas, sino que recurren a la manipulación o chantajes emocionales con la finalidad de hacerlas sentir culpables de desencadenar tales comportamientos agresivos y perjudiciales.

Por otro lado, el otro sujeto involucrado en la acción de la violencia de género es la víctima, la cual, en muchas ocasiones ha sido periódicamente herida por sus progenitores, en algunas de las formas de abusos físicos, psicológicos o sexuales, o fue testigo de ellos. En la víctimas esos patrones de conductas fueron “asimilados desde niña”, por lo cual tiende a ceder al cumplimiento de la voluntad del varón, muchas veces personificado por la imagen paternal “dictadora y punitiva”. La víctima, generalmente asume un rol pasivo, de sometimiento y rendición en sus relaciones de pareja (Gobierno de España, 2009).

Al respecto, una persona con el esquema de abuso va a relacionarse, sin darse cuenta, con personas críticas, exigentes o controladoras, que abusaran de ella en cierta medida, lo que conducirá a la perpetuación del esquema. Es decir, inconscientemente la persona víctima de abuso selecciona patrones que marcaron la niñez, y por ende, es un esquema que se repite en el tiempo, debido a que buscan situaciones similares.

Así se tiene que, en su mayoría las víctimas de la violencia de género suelen ser del sexo femenino y son catalogadas en la relación como la “persona débil”, frente al hombre que será identificado como el agresor y la “persona fuerte”.

Asimismo, en muchos casos, la víctima está acostumbrada a conductas violentas, pues estas se han constituidos en conductas “normales y persistentes” en su contexto de vida. Este individuo, suele poseer problemas de autoestima, derivados de una niñez traumática, por lo cual trata de “intentar adecuarse” a una vida imperecedera de malos tratos. Además, posee una vida de subordinación, sujeción, un concepto del amor relacionado al sacrificio, la dependencia imperiosa de su pareja, esclavitud y falta de autonomía, es decir, llevan una vida en la cual solo buscan hacer felices a su pareja, sin importar si no se es feliz en la relación; incluso, la víctima tiende a percibir el “tormento” como un reto, se engañan a sí misma y se identifica a la pareja como la ideal (Gobierno de España, 2009).

Sarasua *et al.* (2007) agrega que la víctima tiende a presentar rasgos como: percibirse de manera negativa a sí misma, ser silenciosa cuando la pareja está presente, afirmar ser inexperta, inútil y creer carecer del poder real para solucionar sus problemas, cotejar perennemente sentimientos dicotómicos de odio y amor al mismo tiempo con respecto a su pareja, tener un profundo temor al futuro destierro, sobrevalorar el rol vigoroso del hombre y su valor hacia la familia. Asimismo, las víctimas que sufren maltrato presentan frecuentemente sintomatología ansioso-depresiva, un nivel bajo de autoestima, mal grado de adaptación a la vida diaria y un alto peligro de muerte debido a la violencia física que sufre o

a una autolesión. Aunado a ello, debe tomarse en consideración que las víctimas violencia de género, suelen tener un apoyo social muy escaso, debido al aislamiento que le impone el maltratador y que ella asume literalmente. Ahora bien, resulta fundamental la caracterización que plantea Hirigoyen (1999) de los actores involucrados en la violencia de género (ver tabla 1)

Tabla 1. Caracterización de los actores involucrados en la violencia de género.

Agresor	Víctima
- Perverso	- Es víctima porque así lo declara el agresor.
- Personalidad narcisista	- Blanco de violencia
- Exagerada exaltación de sí mismo.	- Las personas ajenas al hecho la considera cómplice de la situación
- Notable falta de interés por los demás	- Pasa por débil
- Ha sentido un odio pasajero destructor	- Para el agresor ella no tiene nada especial
- Tiene estrategias de utilización del otro	- Se convierte en objeto de odio
- Tiene estrategias de destrucción del otro	- Vulnerable y débil
- No tiene sentimientos de culpa	- Obligada a afrontar sus fallas.
- Le falta profundidad emocional y tiene incapacidad para entender las emociones de los demás	- Le buscan del germen de autodestrucción
- Falso	- Dominada
- Megalómano	- Participa de forma pasiva en el hecho
- Evita cualquier afecto	- Acepta su suerte
- Ataca con impunidad	- Está psicológicamente atada
- Se alimenta con la energía de la víctima	- Le resulta imposible aprovechar las alegrías de la vida
- Ataca la autoestima y la confianza del otro	- Participa de una relación sadomasoquista
- Irresponsable	- Sometida y débil
- Tiene hipertrofia del yo, orgullo y sentimiento de superioridad	- Destierra la posibilidad de decir “NO”
- Paranoico y toma el poder por la fuerza	- Acepta lo que le dicen al pie de la letra
- Aplaca tensiones interiores con el odio a los demás	- Siente vergüenza por no defenderse
- Utiliza la falla del otro	- Escrupulosa
	- Apegada al orden
	- No sabe poner límites

Basándose en lo anterior planteado, se puede interpretar que las víctimas de violencias muchas veces ha sido víctimas o testigos de violencia doméstica durante la edad temprana, percibiendo en ocasiones tales conductas abusivas como normales, y en otras ocasiones estableciendo de forma inconsciente esquemas que las hacen perpetuar los hechos. En este sentido, sea cual sea el caso, las víctimas de violencia actúan de forma sumisa, silenciosa, con miedo y total dependencia y obediencia hacia los mandatos del agresor.

Por otra parte, Arcas (2014) explica el ciclo de violencia del cual forman parte la víctima y el victimario, ciclo presentado en el año 1978 por la Dra. Leonor Walker, en el que se pueden identificar tres fases, las cuales son consecutivas y describen la dinámica con la cual se va desarrollando la de violencia de género.

La primera fase se caracteriza por el surgimiento de pequeños incidentes, que son las bases de un clima conflictivo dentro de la pareja, de manera que la tensión entre víctima y victimario va en aumento (Arcas, 2014). En esta fase se exhibe una elevación en la agresividad del hombre, que consecuentemente genera en la mujer mecanismos de defensa y autoprotección que resultan ineficientes; empieza el proceso de negación de la realidad y justificación de las actitudes violentas del hombre (Arcas, 2014) y la víctima se comporta de forma sumisa, lo que a su vez desemboca en desesperanza, episodios de depresión y ansiedad (Arcas, 2014).

Posteriormente, se presenta la segunda fase, en la cual la tensión es descargada sobre la víctima a través de agresiones y maltratos psicológicos mucho más severos, los cuales suelen ser en presencia de los hijos de la pareja (Arcas, 2014), por ello se presentan agresiones continuas y reiteradas, de manera que la mujer vive constantemente en un estado de vilo e incertidumbre ante lo que pueda suceder, lo que le genera una paralización emocional, de acuerdo con Arcas (2014). Así se tiene que:

Muchas veces la mujer tarda en reaccionar y denunciar el hecho por temor a una represalia mayor y se le suma en casos de situaciones más marginales la imposibilidad de acarrear la situación con sus hijos sola (Arcas, 2014, p.53).

Finalmente, se presenta la tercera fase del ciclo de violencia, la cual es denominada como la fase de luna de miel, tregua amorosa o reconciliación. Esta se caracteriza porque el victimario se muestra arrepentido por sus actos agresivos, y le promete a su víctima que no la volverá a lastimar

siempre y cuando ella no lo vuelva a provocar (Arcas, 2014). Esta fase no es muy duradera y además de ello, debido a que la mujer se encuentra confundida y tiene una percepción distorsionada de la realidad, por los sentimientos hacia su pareja, entonces se culpa a sí misma de ser la responsable de desencadenar la ira del hombre y por ende se siente provocadora y merecedora de los maltratos (Arcas, 2014).

Al mismo tiempo, la mujer víctima de violencia de género cree que es posible conservar la relación con el victimario, ya que siente que su pareja puede mantener un buen comportamiento siempre y cuando ella no lo vuelva a provocar, lo que alimenta las fantasías de que la relación se puede salvar si ella mejora en ese aspecto (Arcas, 2014).

Según Arcas (2014) ese es el principal motivo por el cual se perpetúa el ciclo de violencia dentro de una relación de pareja, las esperanzas que tiene la mujer, debido a los sentimientos que tiene hacia su pareja de que el vínculo pueda ser reparado. Por consiguiente, la violencia de género que ocurre en el seno familiar obedece a comportamientos cíclicos, donde siempre posterior a la agresión el agresor se muestra arrepentido y promete un cambio en su comportamiento y además manipula a su víctima de adoptar una conducta ajustada a sus deseos.

De esta manera, la víctima se resiste a abandonar al agresor o a denunciar sus abusos debido a la promesa de cambios. La víctima en ocasiones es aquejada por sentimientos de miedo, ansiedad, depresión y culpa, debido a que el agresor por medio de manipulación la hace responsabilizarse por desencadenar la conducta agresiva y violenta.

2.6 Violencia de género e impacto en la víctima

La dinámica de la violencia de género se ha presentado desde tiempos remotos, pero, con el pasar de la historia y a medida que la sociedad se ha vuelto más convulsa, se va apreciando mejor el panorama de este tipo de situaciones: en la actualidad existen más víctimas que manifiestan la situación y lo reconocen e incluso buscan ayuda.

Sarasua *et al.* (2007) expresan que los casos de violencia de género, cada día van en aumento, así como la cantidad de casos denunciados. Esto se refleja en las cifras oficiales del Ministerio Público Fiscal de la Ciudad de Buenos Aires (Struminger, 2017) que cuantifican el número de denuncias recibidas por causa de la violencia de género. Tales cifras pueden ser visualizadas en el gráfico 5. Se aprecia un aumento progresivo de la tasa de denuncias a través de los años 2010 al 2015, creciendo en 900 casos por año aproximadamente. Hubo un incremento acelerado el año 2016, debido a que se

registraron 16.883 denuncias por violencia de género, lo cual representa un aumento 9.596 casos, es decir, un incremento del 131,69 % con respecto al año anterior (2015). Se estima que las cifras del 2017 sean igualmente altas, debido a que se recibieron 8.982 llamados tan solo en los primeros meses, cifra mayor al total de denuncias por esta causa en el 2015 (7287 casos).

Gráfico 15. Cantidad de denuncias por violencia de género recibidas en el Ministerio Público Fiscal de la Ciudad de Buenos Aires en los años 2010 al 2016.



Nota: Los datos usados para elaborar el gráfico fueron obtenidos de Struminger (2017)

Por otra parte, para Sarasua *et al.* (2007), la víctima de la violencia de género suele estar en un “círculo violento” en el que se presentan ataques físicos y mentales, pero se halla “imposibilitada” para salir de esa situación según su razonamiento.

En este sentido, como se ha visto bajo la mirada de investigaciones científicas, los estudios han revelado que en la mayoría de los casos de violencia de género la víctima es mujer (¡Centro de Investigaciones Sociales Voices! y Fundación UADE, 2015). Asimismo, Sarasua (2007) demuestra la cantidad de asesinatos cometidos por parejas o exparejas han aumentado, y la proporción más alta de muertes son de individuos con edades comprendidas entre 15 y 24 años de edad.

Por otro lado, en la dinámica de la violencia de género, la víctima posee de forma intrínseca sentimientos negativos para el desarrollo normal de su personalidad, lo cual se va agudizando con el pasar del tiempo. Como primeros signos de la violencia de género, suele aparecer la humillación y la vergüenza, pues la víctima se siente degradada por el agresor (Sarasua, 2007). También se siente

sojuzgada (antes, durante y después del hecho de violencia), esto provoca en su interior un retraimiento por estar llena de apocamiento.

En este sentido, Arcas (2014) manifiesta que las damas condicionadas por el agravio dilatado diario suelen poseer una sucesión de razones y dogmas disfuncionales, por lo general sienten cobardía para revelar su rol de mujer golpeada ante la justicia, la familia o los allegados, por ello prefieren mantener a su familia “a cualquier precio”. Sin embargo, esto castra en ellas la posibilidad de sentirse libre de cualquier tipo de agresión y quedan enclaustradas en un escenario de agresión de forma inquebrantable, creyendo que sus condiciones de vida son inalterables.

Por otro lado y siguiendo la mirada únicamente de la víctima, existen autores que señalan que la víctima se presenta como masoquista en el escenario de violencia de género. Ante esto, Soler (2008) sostiene que la mujer, en ocasiones, se da aires de masoquista para darse aires de mujer, siendo la mujer de un hombre, a falta de ser la mujer. En virtud de ello, el amor deja de ser un complemento para constituirse en una amputación de su ser, define el campo de su rendición al otro y en una neurosis que redobla la alienación propia del sujeto.

En ese sentido, se destaca que existe otro aspecto dentro de la mujer que le hace padecer ante los agravios de los demás: deja de ser ella misma, se castra y apoca para que el otro sea, entonces aparece el campo del sometimiento al agresor, cuestión que le hacen de una alineación que redobla su alineación personal (Soler, 2008).

Sarasua (2007) recalca que los sucesos de violencia de género también despiertan en la mujer otros sentimientos negativos como el miedo y la preocupación. El miedo se convierte en un arma de doble filo, que se presenta en la víctima de manera inconsciente, horrorizándolas ante la situación. Mientras que, los sentimientos de culpa son dados en la víctima de manera falaz, según Arcas (2014), pues es habitual que la mujer adopte la culpa de la violencia conyugal por ser inapropiada para su pareja, y este autoengaño propicia que la violencia se eternice en el vínculo. Es evidente entonces que existe un autoengaño en la víctima que se puede complejizar cada vez más, cuando ella misma se atribuye el título de culpable ante un hecho agresivo que se perpetúa en el tiempo, cuando en realidad es la víctima.

Asimismo, la violencia de género deriva en que la víctima presente pérdida de control, confusión, todo esto enmarcado en un enamoramiento ficticio que aparece en su interior, cuestión que le dificulta a la propia víctima que se reconozca como tal (Sarasua, 2007). También aparece un malestar

emocional habitual, clarividencia de pérdida de control y posteriormente miedo a ser víctima en el ámbito jurídico-penal.

Además, la víctima padece otras situaciones mencionadas por Sarasua (2007) como depresión y el trastorno de estrés postraumático (TEPT), las cuales son descubiertas a largo plazo. La incidencia de estrés, posterior al trauma en víctimas de violencia de género, posee una cronicidad media de 10 años, registrada en una media de 45 y 50% de las víctimas evaluadas.

Velazquez (2003) afirma que estadísticamente en la Argentina el 78, 9% de la cantidad de víctima de la violencia de género son damas, con edades comprendidas entre 25 y 54 años, sin embargo, el grupo etario de mujeres con edades entre los 35 y 44 años de edad es el más afectado por este tipo de violencia. Por otro lado, el 22, 8 % de las mujeres que se dirigen a las instituciones que ayudan a las mujeres víctimas de violencia expresan que han convivido en un ambiente familiar violento entre 1 a 5 años, el 30, 5 %, desde hace 11 años o más; el 53, 9 % de esas mujeres es casada y el 86, 2 % tiene descendencias.

Por todo lo antes expuesto, puede afirmarse que la víctima de la violencia de género presenta un choque psicopatológico, un deterioro en su calidad de vida y problemas de salud, con un mayor riesgo de presentar dificultades psicosomáticas y un acrecentamiento en la periodicidad de las consultas con el médico familiar (Velázquez, 2003). Ante todas esas dificultades, resulta común que se presenten algunos mecanismos de defensa en la víctima.

Por ello, en primera instancia, la víctima debiera visitar a un psiquiatra o a un psicoterapeuta con el fin de recobrar la energía que le permita defenderse de su agresor. Sin embargo, a pesar de las circunstancias, muchas mujeres se niegan a aceptar la ayuda de los profesionales por miedo a agravar el conflicto; esto constituye una falta de conciencia sobre la gravedad de la problemática, pues reconocer que necesitas ayuda es imperioso en la víctima.

Hirigoyen (1999) destaca que la víctima como paciente debe mostrarse de acuerdo con su sufrimiento como una parte de sí mismo, además debe aceptarse como digna de estimación y de un mejor porvenir, por ello tiene que encontrar que le permita mirar su herida cara a cara: solo entonces podrá dejar de lamentarse o de ocultarse a sí mismo su propio mal. Es decir, la paciente debe asumir su postura frente a la situación y verse débil ante el agresor para que el terapeuta pueda convertirse en un ayudador.

Posteriormente, la persona sacrificada en una situación de violencia de género podrá razonar sobre todos sus padecimientos; cuando se reflexione de manera intrínseca y justa sobre su propio

problema, la agredida podrá entrar en el estado de recapacitar ante su propia vida, la cual se deteriora cada día más.

Además, de acuerdo con Mujeres en Igualdad (2009) las mujeres maltratadas suelen presentar problemas de salud como consecuencia de las agresiones tanto físicas como psicológicas y verbales. Entre ellos se pueden mencionar los siguientes:

- a) Somatizaciones (Síntomas físicos sin un origen detectado).
- b) Dolores de cabeza, de espalda y en las articulaciones.
- c) Trastornos del sueño, tales como insomnio, apnea, sonambulismo, entre otros.
- d) Trastornos alimenticios que pueden poner en riesgo su vida, tales como la bulimia y la anorexia.
- e) Trastornos en la menstruación, como por ejemplo amenorrea, dismenorrea, entre otros.
- f) Agotamiento continuo.
- g) Estrés, ansiedad y depresión.
- h) Aunado a ello, las mujeres maltratadas también pueden presentar sentimientos de culpa, vergüenza, temor, tristeza, lástima, entre otros (Mujeres en Igualdad, 2009).

De acuerdo con Hirigoyen (1999) el impacto de la violencia en las mujeres víctimas del maltrato se puede categorizar en dos fases: la fase de dominio y la fase de las consecuencias a largo plazo. Esta última engloba a todas las etapas que pasa la víctima luego de haberse dado cuenta de la relación abusiva en la cual está involucrada.

Así se tiene que, en la fase de dominio, las mujeres sufren de agotamiento mental, debido a que no comprenden lo que ocurre, comienzan a perder la autoestima, la identidad, se encuentran confusas, desorientadas, y en permanente tensión ante nuevas agresiones de su pareja. Además, en esta etapa la mujer solo ve aspectos positivos en su pareja, no es capaz de ver la realidad tal como es (Hirigoyen, 1999).

Cabe destacar que, según Hirigoyen (1999) la fase de dominio se caracteriza por la renuncia, la confusión, la duda, el estrés, el miedo y el aislamiento.

En cuanto a las consecuencias a largo plazo, se pueden mencionar la vergüenza, la apatía, el desinterés por emprender nuevos proyectos y, ante todo; además, las mujeres en esta etapa se encuentran cansadas, se sienten heridas luego del choque inicial con la realidad que atravesaron (Hirigoyen, 1999).

En este sentido, Hirigoyen (1999) manifiesta que a largo plazo se pueden diferenciar las etapas de choque, desequilibrio, separación y evolución.

Por otro lado, según Arcas (2014) el objetivo principal de toda violencia es coartar la autoexpresión de la mujer, bloquearla al punto de que ella quede tan vulnerable que no pueda activar mecanismos de defensa. Ello desencadena graves consecuencias en la autoestima de la mujer, de manera que esta puede llegar a culparse a sí misma de la conducta agresiva del hombre, así como también se puede auto responsabilizar por los actos violentos cometidos por su pareja.

Adicionalmente, se puede mencionar que una de las patologías que se suele presentar con mayor frecuencia, como se menciona anteriormente, en víctimas de violencia de género es el Trastorno de Estrés Postraumático, conocido como TPET, por sus siglas en inglés (Arcas, 2014). En palabras de Arcas (2014) el mencionado TPET puede ser descrito como:

un cuadro de ansiedad que aparece cuando una persona ha sufrido o ha sido testigo de una agresión física y/o psíquica donde vio amenazada su vida y cuya respuesta es el vivenciar de un miedo u horror intenso (Arcas, 2014, p.54).

De acuerdo con Arcas (2014), el TPET básicamente está conformado por tres elementos, los cuales son los que se presentan a continuación:

- a) Re-experimentación de las situaciones violentas que sufrieron. Por lo general se presentan pesadillas, recuerdos, *flashbacks* de las experiencias de agresiones y maltratos.
- b) Conductas para evitar tener algún tipo de contacto con elementos relacionados con la experiencia violenta, como por ejemplo lugares, situaciones o cosas asociadas con las situaciones traumáticas.
- c) Desarrollo de respuestas de hiperactividad. En este sentido, se suelen manifestar ciertos trastornos en cuanto a la concentración, al ciclo del sueño, a la irritabilidad, entre otros.

Sin embargo, como señala Arcas (2014), la respuesta psicológica de cada mujer, luego de haber sido objeto de maltratos continuos es diferente, puesto que inciden demasiadas variables subjetivas, así como también influyen enormemente la magnitud, cronicidad e intensidad de las experiencias traumáticas.

Otras variables que también influyen en las reacciones psicológicas de las víctimas de violencia de género son los factores de morbilidad, los recursos psicológicos propios que cada una de ellas haya utilizado como mecanismos de autodefensa y autoprotección, y, por último, pero no menos importante,

de la red de apoyo social con la cual cuenta la víctima para superar esa terrible experiencia de haber estado inmersa en una relación de pareja violenta (Arcas, 2014).

En este sentido, Sarasua *et al.* (2007), a partir de los resultados obtenidos en una investigación realizada con una muestra de 148 víctimas de violencia de género en un Servicio para Víctimas de Violencia Familiar, infieren que el TEPT suele presentarse con mayor frecuencia en víctimas jóvenes que en víctimas mayores, y a su vez las menores de edad son las que manifiestan más síntomas de depresión y de baja autoestima.

Adicionalmente, Sarasua *et al.* (2007), concluyeron que la gravedad de la patología está involucrada con las relaciones sexuales forzadas en el caso de las víctimas jóvenes, mientras que en el caso de las víctimas mayores, la gravedad del TEPT está vinculado con la percepción de amenaza de sus vidas.

De esta manera, el estrés postraumático es una de las tantas consecuencias que pueden acarrear las víctimas de violencia de género, estas manifestaciones de estrés generalmente pueden percibirse a corto, mediano o a largo plazo, dependiendo del individuo y con características particulares que permiten su identificación. En el caso de las personas de edades jóvenes que son de alguna u otra forma víctima de algún tipo de violencia se percibe una amplia influencia directa sobre su personalidad, donde destaca la disminución de su autoestima, ansiedad, depresión, la tendencia de revivir los episodios traumáticos, entre otros factores.

En este sentido, sin importar la edad de la víctima, la exposición a la violencia de género y los sentimientos de vulnerabilidad, miedo, vergüenza, culpa, y la sensación de amenaza inminente, son factores que impactan negativamente a la víctima, actuando de forma, a que la misma se mantenga dentro del círculo de violencia, muchas veces justificando al agresor, y otras sin percibir la posibilidad racional para salir de la situación en la cual, se encuentra envuelta. Por estas razones, es muy común que las mujeres víctimas de violencia se mantengan durante un largo periodo de tiempo bajo dominio de su agresor, esto se debe, a que la mayoría suprime su personalidad y actúa de forma sumisa ante la conducta violenta de su agresor.

2.7 La importancia de la resiliencia en la víctima de la violencia de género

Existen muchas aristas que plantea la violencia de género y diversos escenarios en los que la víctima pudiese llegar a resolver su estado emocional. Velazquez (2003) plantea que la situación

inicialmente dos escenarios: a) el de *quien padece*, quien ha vivido la situación, y b) el de *quien sabe abordar* de manera especializada la situación en atención al que lo ha padecido.

Ahora bien, *quien padece* constituye a la víctima de la violencia de género, que pide ayuda, reflexiona y cuenta lo ocurrido, y da permiso a la persona que clínicamente le atenderá, debido a que puede codificar aquello que refiere a la violencia que ha sufrido en cuerpo y mente (Velazquez, 2003). Esto implica que, quien ha padecido puede codificar la información y transmitirla, ponerle palabras al daño acaecido o mejor dicho, describir de manera verbal los daños que le han perpetrado a su cuerpo, cuestión que de manera difícil se podrá alcanzar para lograr describir el drama en general. Solo en ese momento, la persona que representa el saber técnico podrá intervenir.

Por otro lado, tradicionalmente, las conductas violentas se han sido vistas como tal, pero no siempre se han divisado sanciones para ellas en la sociedad donde se ejercían, por ello muchas de esas actitudes se percibían como conductas normales, que no requerían ayuda. Sin embargo, los cambios en los valores culturales han hecho que la violencia no sea vista como natural, sino más bien como un problema que hay que abordar y sobre todo prevenir, buscando por encima de todo el respeto propio y por los demás (Burin, 2010).

Ahora bien, en el seno de la familia se construyen y promueven esos valores, aun cuando en algunos casos presenten distorsiones o significaciones como vínculos violentos. Ante ello, para promover la prevención de la violencia de género, se debe evitar que el problema aparezca o abordarlo en sus etapas iniciales, de tal manera que, en caso de llegar a complejizarse, se pueda detener y la víctima a través de la resiliencia pueda enfrentar la situación adversa (Burin, 2010).

Por ello, el profesional de la salud que aborda la situación debe tomar en cuenta esos vínculos violentos-afectivos y reconocer que los hombres y las mujeres tienen formas implícitas y explícitas de maltrato. Estas informaciones subliminales se transforman cada día, a fin de asumir las nuevas circunstancias violentas, ya sea como víctima o como agresor (Hirigoyen, 1999).

Hirigoyen (1999) agrega que la evolución de las víctimas que se libran del señorío del otro demuestra que no se está ante un problema de perversión. Por el contrario, con mucha reiteración esta experiencia punzante y dolorosa sirve de lección, debido a que las víctimas aprende a resguardar su independencia, a desertar de la violencia verbal y a oponerse los ataques con el fin de favorecer su autoestima, es decir, fortalecen su resiliencia y su capacidad de superar las situaciones adversas.

Bajo este criterio de Hirigoyen (1999), y considerando que después que la víctima ha tenido ayuda profesional adecuada, la mujer aprende a proteger su autonomía y comienza en ella un proceso

de desligamiento afectivo para huir, afrontar o rechazar cualquier ataque que atente contra su autonomía y dignidad. De esta forma, contribuye a favorecer su autoestima, permitiéndole reconstruir su vida y afrontar situaciones adversas.

En este sentido, la resiliencia de la víctima de violencia es el fortalecimiento de su valía y autoestima, que le permitirá identificar, y rechazar de forma oportuna cualquier hecho hostil para su integridad. La persona resiliente, es una persona que muchas veces al ser víctima y al estar en contacto con una asistencia profesional adecuada y a tiempo, desarrolla herramientas para protegerse de situaciones similares a las que acaba de superar.

Por tales motivos, es fundamental recalcar que huir de la violencia de género perpetuada, ya sean dentro del seno familiar o fuera de él, a pesar de que es un paso importante, debe estar acompañado de la búsqueda de apoyo profesional, debido a que estar expuesta a constantes agresiones impacta negativamente de forma física y psicológica en las víctimas, las cuales, sólo con la ayuda necesaria lograrán fortalecer su resiliencia y superar los episodios vividos de la forma más asertiva posible.

2.8 Los antecedentes familiares típicos de las víctimas de violencia de género

En el siglo XVIII antes de la Revolución Industrial, las mujeres ocupaban un lugar importante dentro de la producción de bienes y servicios a nivel familiar, aun cuando dependieran económicamente del hombre (Burin y Meler, 2010).

Posteriormente, con la Revolución Industrial y su impacto en todos los ámbitos de la sociedad, se tuvo que la familia como institución dejó de ser una unidad de producción, transformando su índole a relacional y personal, debido a la expansión del trabajo extradoméstico que se presentó en la era fabril (Burin y Meler, 2010).

En ese sentido, el papel que venían desempeñando las mujeres se vio modificado, excluyéndolas de la ejecución de algunas acciones que estas anteriormente llevaban a cabo, y adjudicándole a estas mismas, actividades como limpieza, mantenimiento y cuidado del hogar, la crianza de los niños, la alimentación del esposo y de los niños, entre otras labores, formándose así la moral maternal, que no fue más que la domesticación de las féminas, un ideal y una realidad que se fue arraigando en las sociedades industrializadas. Por su parte, los hombres trabajaban de forma extra doméstica para poder mantener a sus familias (Burin y Meler, 2010).

Burin y Meler (2010) enfatizan que, con la división del trabajo desde la perspectiva sexual, así como también con la concepción de la familia nuclear, la mujer pasó a ser excluida e invisible del mundo laboral. Esto implicó que las mujeres tuvieran un papel importante en el desarrollo de los roles de género de los hijos del matrimonio. Y es que las madres son el principal progenitor y el principal encargado de los cuidados familiares, tanto de las niñas como de los niños (Burin y Meler, 2010).

Del mismo modo, el padre al estar distante tanto física como emocionalmente de los niños debido a su trabajo extradoméstico, tenía una poca intervención en la crianza de sus hijos, y, sin embargo, era el responsable principal de abusos físicos y sexuales en su núcleo familiar (Burin y Meler, 2010).

Por ello, en una sociedad meramente individualista y egoísta, los hombres que reprimieron ciertos deseos en su infancia y que tuvieron que asumir el rol de cabeza de hogar y proveedor (el cual le hizo sentir tener el dominio y el control de su hogar, lo que consecuentemente también les creó angustia y desgaste) desarrollaron percepciones erróneas en cuanto a los niños y la mujer, percepciones que favorecen y alimentan a la violencia (Burin y Meler, 2010).

De esta manera, la violencia de género es tan antigua como la violencia misma, la discriminación de la mujer de los entornos laborales y sociales, y su exclusión hacía las actividades domésticas, perpetuo de alguna u otra forma el dominio del hombre, debido a que la mujer dependía económicamente y de la figura de representación de un hombre para ser oída en la sociedad. Por ello, en la década de los setenta, grupos radicales feministas protestaban por lo que consideraban como condiciones opresivas en detrimento de las mujeres en medio de una sociedad eminentemente patriarcal (Burin y Meler, 2010).

De acuerdo con Hirigoyen (1999) la violencia intrafamiliar, entre la cual se puede mencionar a la violencia de género como un tipo de esta, suele ser transmitida de una generación a otra. Una vez instaurada en la familia, es muy difícil de frenar y evitar que se siga transmitiendo hacia los descendientes. Adicionalmente, la violencia de género se ve favorecida debido a la tolerancia de las víctimas frente a las agresiones, pues muchas de ellas crecieron en un entorno familiar violento.

En este sentido, Hirigoyen (1999) manifiesta que, en la mayoría de los casos, la tolerancia de las víctimas se debe a la tolerancia familiar que aprendieron en su hogar, por ello reproducen lo que uno de sus padres vivió; la mujer tiende a imitar la conducta sumisa de su madre y el hombre la conducta violenta de su padre.

En el primer caso, por lo general se registra no solo una conducta condescendiente, sino una especie de misión de reparar a la otra persona, como una forma de sacrificio que como esposa debe asumir, ya que así lo aprendió (Hirigoyen, 1999). Esto se debe, a que los niños y niñas a temprana edad se alimentan de las experiencias o patrones que viven en sus hogares, percibiéndolos como un comportamiento normal, lo cual, de alguna manera, adoptan comportamientos similares que los lleven a perpetuar el drama o en este caso la violencia.

Hirigoyen (1999) plantea diversos casos de pareja bajo nombres ficticios, para presentar este tipo de violencia. Uno de esos casos es el de Éliane y Pierre, quienes vivían una relación infernal que estaba afectando también a los niños que nacieron de ese matrimonio. Éliane constantemente se preguntaba qué tan responsable era ella de las actitudes violentas de Pierre y si era que acaso había algo en el comportamiento de ella que desencadenaba las agresiones de su esposo. Sin embargo, con el tiempo y con apoyo de especialistas, Éliane logró comprender que tanto ella como su esposo reproducían las actitudes aprendidas en sus respectivos hogares de origen, de manera que Pierre imitaba lo que él había padecido en su infancia y lo que había visto y aprendido de sus padres, al mismo tiempo que ella copiaba el papel de mujer reparadora que aprendió cuando era pequeña.

Incluso, inconscientemente Éliane se había enamorado de Pierre porque sintió una atracción por esa actitud de joven desgraciado necesitado de consuelo, ya que ella había crecido con esa cultura de que las mujeres deben cumplir el papel de reparadoras; entonces lo que un día la enamoró, después se convirtió en la razón por la cual estaba atrapada en una relación insana (Hirigoyen, 1999).

Hay que mencionar, además, que una gran cantidad de niños que forman parte de un hogar en donde reina la violencia, en su época de adultez probablemente reproducirán esa violencia de la que fueron testigo u objeto en la infancia y que no lograron metabolizar (Hirigoyen, 1999).

Así mismo, hay que agregar que la cultura patriarcal se basa en el poder de los hombres sobre las mujeres, y cuando una mujer pone resistencia al dominio o al ejercicio de ese poder, entonces eso significa una gran injuria que intenta ser restablecida mediante la violencia, y debido a esa valoración social, de cierto modo, esa violencia ha sido legitimada (Velázquez, 2003).

Finalmente, se puede agregar que, quienes señalan que las desigualdades y sistemas de jerarquías entre géneros se mantienen vigentes en el tiempo debido a:

La transmisión de rasgos de género que se incorporan temprana y profundamente a la subjetividad de hombres y mujeres y que afectan sus modos de desear, de pensar y sus conductas y elecciones a lo largo de toda su vida (Burin y Meler, 2010, p.417).

Por otro lado, Mujeres en Igualdad (2009) también coincide en que las mujeres víctimas de violencia de género, por lo general fueron maltratadas por sus padres, bien sea a nivel físico, sexual o psicológico, o estuvieron presentes en situaciones violentas dentro del hogar. Asimismo, al haber crecido en un ambiente patriarcal, las mujeres agredidas aprendieron a someterse a la voluntad de los hombres, por tanto, aprendieron a ser sumisas, pasivas y sometidas en sus relaciones interpersonales.

De igual forma, Mujeres en Igualdad (2009) destaca que, desde pequeñas se acostumbraron a las situaciones de violencia, a la conducta agresiva de los hombres, y como eso fue lo que vivieron en su hogar, lo perciben como algo normal. Además, debido a los traumas vividos en su infancia, estas mujeres tienen una baja autoestima y no suelen valorarse como ser humano y como mujer frente a los hombres, se sienten inferiores a estos, sobrevaloran el rol masculino dentro del seno familiar, entre otros; lo que conlleva a que estas tengan una vida marcada por la obediencia y la sumisión a su pareja (Mujeres en Igualdad, 2009).

Incluso, en muchos casos, el concepto que las víctimas poseen sobre el amor es distorsionado y totalmente alejado de su verdadero significado; creen que depender exclusivamente de su pareja está bien y que deben sacrificarlo todo por su pareja, además son mujeres que no son autónomas y para todo necesitan que su marido apruebe sus decisiones y comportamientos y creen en la idea errónea de que viven solo para hacer feliz a su esposo (Mujeres en Igualdad, 2009).

En todo caso, se cree que como lo afirman Burin y Meler (2010) el sistema de valores de la tradicional familia nuclear, fundamentado en el patriarcado y en las relaciones de poder del hombre sobre la mujer, hacen de la familia un ente portador y transmisor de la violencia, ya que los hijos posteriormente imitarán las conductas aprendidas, las cuales consideran como apropiadas y normales dentro de cualquier relación de pareja.

El sistema de valores de la cultura patriarcal se caracteriza por una diferenciación muy marcada entre los roles de género, donde el hombre es el jefe de familia, es quien tiene toda la autoridad, poder y dominio sobre los restantes miembros de la familia (Burin y Meler, 2010). Dicha posición se ve respaldada por el hecho de que generalmente es el principal o el único proveedor económico del hogar, y también porque al estar más relacionado en el ámbito público respecto de la mujer, entonces se desprende que es el más adecuado y capacitado para llevar las riendas de la familia (Burin y Meler, 2010).

Siguiendo dentro del contexto de la cultura patriarcal, con respecto al resto de los miembros de la familia y sus respectivos roles, se tiene que a las mujeres se les han asignado roles como el de

esposa, madre y ama de casa, y conjuntamente con los hijos, ocupan lugares inferiores al del hombre en cuanto a las relaciones de poder intrafamiliar (Burin y Meler, 2010).

Dichas relaciones de poder y subordinación entre los miembros de un hogar, así como también la asignación injusta de roles dentro de la misma, determinadas por la cultura patriarcal, conjuntamente con los vínculos conflictivos entre los mismos, dan pie y sustentación a las situaciones violentas (Burin y Meler, 2010).

Este sistema de valores erróneos y negativos influyen en el comportamiento y modo de relacionarse de los hijos, a corto, mediano y largo plazo, puesto que se transmiten a través del ejemplo y de la educación (Burin y Meler, 2010).

Por su parte, Patró, Limiñana y Martínez (2003) señalan que, entre las creencias y los valores de la sociedad asociados a la violencia de género, y que influyen en la supervivencia intergeneracional de la misma, destacan los siguientes:



- a) La función social de la mujer es criar a los hijos y cuidar el hogar.
- b) La función social del hombre es estudiar una profesión y desarrollar una carrera exitosa de manera que pueda sustentar económicamente a la familia.
- c) La mujer debe tener un comportamiento sumiso, debe ser dependiente del hombre, comprensiva, paciente, amigable, dulce, entre otros aspectos semejantes.
- d) El hombre debe tener un carácter fuerte, decidido, firme y seguro.
- e) El hombre es superior a la mujer en todos los aspectos, es considerado como más inteligente.
- f) Otra función social del hombre es la de encargarse de entablar las relaciones externas de la familia con la sociedad, ya que está mejor preparado que la mujer.
- g) El hombre es la cabeza de la familia, tiene el poder del hogar y es el único que tiene derecho a tomar decisiones y a controlar a los demás miembros, quienes deben obedecerlo sin cuestionarlo, ya que él está mejor preparado, más capacitado y es más inteligente.
- h) La violencia es algo normal, y su uso puede estar justificado, tal es el caso de cuando la mujer y los niños no obedecen al hombre cabeza de familia, o cuando este se encuentre enojado.
- i) El miembro más fuerte es quien controla a los demás, y además está en el derecho de castigarlos.
- j) El castigo no es predecible, se puede presentar por cualquier circunstancia.
- k) Los más débiles deben ser sumisos y obedecer al más fuerte.
- l) La mujer tiene la culpa de ser maltratada por el hombre, ya que debe obedecerlo siempre, ser sumisa, y además debe ser eficiente cumpliendo con sus obligaciones.
- m) El hogar no es un ámbito seguro.
- n) La mujer no puede proteger a los hijos de los castigos y maltratos del padre.

Por consiguiente, cabe agregar que, de acuerdo con Burin y Meler (2010) “Existen varios estudios que describen cómo los varones y las mujeres, en cuyas relaciones se incluyen formas implícitas de maltrato, se han criado, por lo general, en familias donde las diferencias de género estaban rígidamente pautadas” (p.408). Sin duda alguna, los antecedentes familiares tienen amplia influencia tanto en las víctimas de violencia de género y como en sus agresores. Durante años el modelo patriarcal caracterizado por el dominio total del hombre sobre la mujer, era considerado normal, lo cual, genera que la mujer adopte el rol de víctima aprendido dentro del hogar de crianza, donde de alguna u otra forma, anula su personalidad, su capacidad de opinar y sus propios deseos y centra toda su vida a satisfacer las necesidades de su esposo.

De esta manera, la mujer que creció bajo el modelo patriarcal adopta un comportamiento sumiso y apegado a lo que cree es el comportamiento ideal que toda mujer dedicada a su esposo

debería asumir. También, la mujer es encargada de la crianza de los hijos, a los cuales, les inculca las enseñanzas que ella, de alguna u otra manera ha aprendido y considera correctas; es muy común ver bajo este modelo como la madre inculca a sus hijas la obediencia y la sumisión a los requerimientos de su padre y sus hermanos y otorga a sus hijos varones el poder y dominio.

Finalmente, las influencias del modelo patriarcal han sido amplias y su presencia se ha trasladado de generación en generación, sin embargo, en la actualidad cada vez más son las iniciativas y organizaciones de orden gubernamental y no gubernamental, que fomentan la igualdad de géneros y repudian abiertamente cualquier tipo de violencia de género.

2.9 Causas habituales de la persistencia en la situación de violencia de género

Aunque, como señala Hirigoyen (2006), la violencia no tiene sexo, es decir, tanto hombres como mujeres pueden ser los responsables de ciertos actos violentos, el sexismo impulsa a que sean las mujeres las principales víctimas, debido a que tienen menos fuerza física que los hombres.

La violencia, así, se presenta como una forma de dominación de los más fuertes sobre los más débiles y culturalmente se ha considerado a la mujer como la más débil. Bajo este orden de ideas, hay que destacar que la violencia puede ser ejercida por cualquier persona sobre su pareja, ya sea heterosexual, bisexual u homosexual (Hirigoyen, 2006).

Aunado a ello, Hirigoyen (1999) enfatiza que en toda relación violenta primero se presenta un abuso de poder del victimario sobre la víctima, seguidamente ocurre un abuso narcisista que conlleva a que el agredido pierda toda su autoestima, y posteriormente se presentan los abusos físicos, y en algunos casos, los abusos sexuales.

No es fácil salir de una situación de violencia. Tal como señala Hirigoyen (1999), aun cuando terceras personas, ya sean familiares o amigos, le señalen a la víctima que están siendo objeto de agresiones y que su actitud ante la misma es la sumisión y/o condescendencia, pues estas en la mayoría de los casos se niegan a reconocerlo. Por ello, el primer paso para salir de una relación en la que haya violencia de género es identificar a la pareja como un agresor y evitar justificar los actos violentos.

De igual forma, la víctima tiene que desechar el ideal de que como mujer debe tolerar absolutamente todo a su pareja para evitar discusiones; eso implica, además, darse cuenta de que la persona que ama o que llegó a amar tiene trastornos de la personalidad que la afectan y que es un peligro potencial para ella; por ende, tiene que reconocer esa situación y entender que necesita protección (Hirigoyen, 2006).

Sin embargo, suele ser común restarle importancia a la violencia psicológica en una pareja, de manera que desde el punto de vista psicoanalítico se ha considerado como una relación de dominación en la cual la víctima es concebida como cómplice de dichos actos, e incluso hasta como el responsable (Hirigoyen, 1999). Esto supone negar la dimensión de la influencia o el dominio, que la paraliza y que le impide defenderse, y supone negar la violencia de los ataques y la gravedad de la repercusión psicológica del acoso que se ejerce sobre ella.

Esas agresiones son sutiles, no dejan un rastro tangible y los testigos tienden a interpretarlas como simples aspectos de una relación conflictiva o apasionada entre dos personas de carácter, cuando, en realidad, constituyen un intento violento, y a veces exitoso, de destrucción moral e incluso física (Hirigoyen, 1999, p.15).

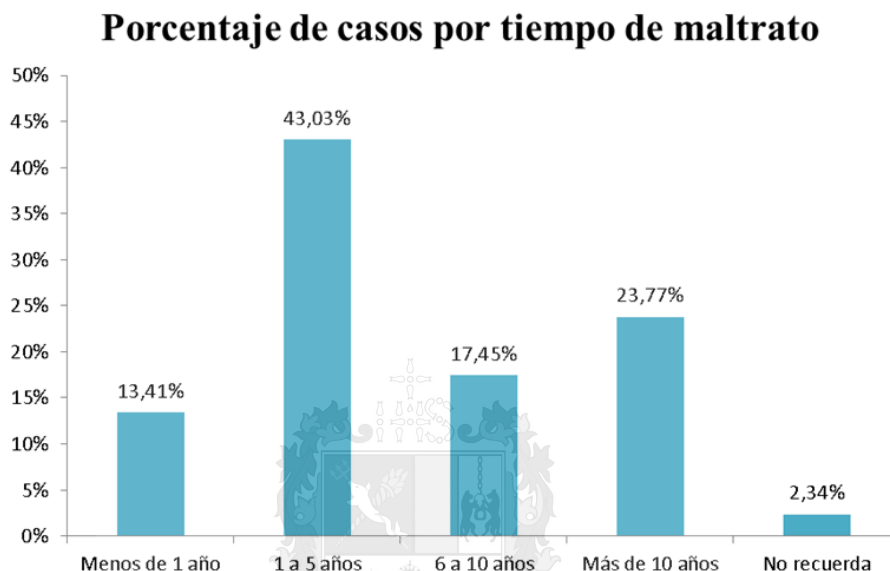
Por otra parte, Arcas (2014) manifiesta que las mujeres que han sido objeto de maltratos continuos y prolongados, por lo general construyen creencias e ideas erróneas respecto a la relación de violencia, y que, además, las mismas influyen enormemente en la persistencia de la relación con el agresor. Las mujeres sostienen creencias como la de que deben permanecer junto a su respectiva pareja porque los hijos de ambos requieren emocionalmente vivir junto a su padre y mantienen unida a la familia a cualquier costo. Así mismo, otras esconden la situación de violencia por cuestión de vergüenza, ya sea con sus familiares, amigos o con los representantes de la justicia (Arcas, 2014).

Otra creencia que algunas mujeres tienen como razón suficiente para permanecer junto a su pareja agresora, es el hecho de que han perdido su autoestima a tal punto de pensar que son incapaces de mantener y sacar adelante a sus hijos por sí solas; esto alimentado muchas veces por el hecho de que se apartaron de su vida laboral o no terminaron sus estudios, y, por lo tanto, se trata muchas veces de una realidad latente (Arcas, 2014). Adicionalmente, ese tipo de creencias paraliza a la mujer en cuanto a tomar la decisión y posteriormente a llevar a cabo la acción de abandonar a su pareja agresora y marcharse junto con sus hijos.

Por otro lado, muchas mujeres víctimas de violencia de género permanecen en la idea de que las agresiones de su pareja desaparecerán con el tiempo, mediante un cambio en su conducta, que solo ellas pueden generar mediante el amor. Sin embargo este pensamiento se encuentra en discordancia con la realidad, debido a que el Consejo Nacional de Mujeres (2016) reportó que en el 98% de las personas atendidas en la línea 144 reportaron haber sufrido violencia de género en más de una ocasión, mientras que para el 2% era su primera vez. En el gráfico 6 se muestra el porcentaje de casos que llamaron a la línea 144 de acuerdo con el tiempo que reportaron haber sido maltratados por causa del género. Es de

notar que casi la mitad de los casos (43,03%) informaron haber recibido maltratos durante los últimos 1 a 5 años; casi un cuarto de los casos (23,77%) informaron más de 10 años de maltratos; un 17,45% informaron 6 a 10 años; 13,41%, menos de 1 año y 2,34% no recuerda.

Gráfico 16. Porcentaje de casos que llamaron a la línea 144, clasificados de acuerdo al tiempo que reportaron haber sido maltratados.



Nota: los datos del gráfico fueron obtenidos del Consejo Nacional de Mujeres (2016).

Lamentablemente, es muy frecuente que la mujer se culpe a sí misma de las agresiones, al considerarse como insuficientes para sus esposos (bien sea a nivel conyugal, maternal o de las tareas domésticas), y por ende, como las detonantes de la violencia; dicho engaño da pie a que la violencia persista (Arcas, 2014).

Además, el hecho de que las mujeres no cuenten con mecanismos de resistencia suficientes, las hacen muy vulnerables al ciclo de violencia, y, por lo tanto, su capacidad de hacer frente o de detener la violencia de la cual son objeto, se ve disminuida (Arcas, 2014).

También, hay que resaltar que muchas mujeres no presentan denuncias ante la ley por temor a sufrir represalias mayores por parte de su pareja agresora (Arcas, 2014).

Por otra parte, Escudero, Polo, López y Aguilar (2005) manifiestan que los mecanismos de una persuasión coercitiva y consecuentemente las emociones que desencadena en la mujer víctima (culpa, temor, vergüenza, amor y soledad), conjuntamente con las acciones ejercidas por el victimario influyen enormemente en la decisión de la mujer en cuanto a darle continuidad a la relación violenta o abandonarla.

Aunado a ello, los sentimientos que surgen y se potencian a través de la violencia, tales como la vergüenza, el temor, la culpa y la sorpresa tienen un papel trascendental en la continuidad de la relación con el victimario (Escudero *et al.*, 2005).

Hay que resaltar que, el amor que la mujer tiene hacia su pareja, también influye en que la relación se mantenga (Escudero *et al.*, 2005). Pues, “en la violencia de género, la mujer intenta preservar la ilusión, y ante la realidad, sostener esa ilusión desde la “esperanza” de que surja un cambio en él” (Escudero *et al.*, 2005, p.5).

Asimismo, la soledad es otro sentimiento que surge durante y después de este tipo de situaciones, debido a que la víctima es aislada de su entorno social por su pareja y de él mismo también en el sentido de que no le brinda un verdadero apoyo emocional, sino que, a través de sus estrategias, hace que esta se desarrolle una absoluta dependencia de él. Una vez que la relación abusiva ha terminado, la mujer tendrá que hacer frente a la desolación y abatimiento que esa mala experiencia le dejó (Escudero *et al.*, 2005).

Adicionalmente, es válido mencionar lo que expone Arcas (2014) en cuanto a la perpetuidad del ciclo de violencia en una relación de pareja, y es que la mujer, a pesar de las agresiones sufridas, puede llegar a disculpar al victimario por sus actos (el cual puede llegar incluso a pedirle perdón y decirle que no volverá a maltratarla mientras ella no lo haga enojar), en lo que se conoce como la fase de tregua amorosa.

Esto último es posible porque la mujer no es capaz de ver la realidad tal y como es, sino que tiene una percepción distorsionada de la misma, porque está confundida, está desorientada, tiene sentimientos encontrados, tiene baja autoestima y además tiene sentimientos de culpabilidad y de responsabilidad de desencadenar la ira de su pareja, y consecuentemente se puede llegar a sentir hasta merecedora de esos maltratos (Arcas, 2014).

En este orden de ideas, son muchas las causas por las cuales las mujeres víctimas de violencia se mantienen bajo el dominio de sus agresores, sin embargo, entre las más frecuentes destaca, la justificación del agresor, generalmente este tipo de mujeres se siente culpable de desencadenar con su comportamiento inadecuado la violencia por parte de su pareja. La mujer víctima de violencia se caracteriza por poseer baja autoestima, por estas razones de alguna u otra manera se culpabiliza por los actos ocurridos.

Asimismo, otra de las causas es la dependencia económica o emocional, al depender totalmente de la figura masculina la mujer se piensa incapaz de independizarse y por ende, se hunde en el dominio

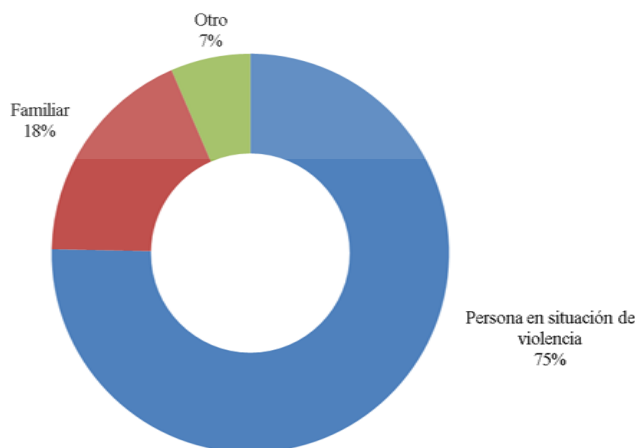
total del hombre sin percibir alguna salida racional. Por otra parte, una de las causas frecuentes también es la esperanza de que el hombre cambie su conducta violenta, debido a que después de agredirla, se muestra arrepentido y promete cambiar. Adicionalmente, uno de los problemas principales es que la mujer se niega a aceptar, ya sea por vergüenza, miedo, o complicidad, que es víctima de algún tipo de violencia, sin percatarse lo riesgos potenciales y la amenaza para su vida que significa continuar bajo el dominio de su agresor.

El apoyo familiar y la violencia de género

Por lo general, las víctimas suelen sentirse sin apoyo externo cuando forman parte de una relación de pareja violenta. A las víctimas les resulta difícil compartir la situación que están atravesando con familiares o amigos que tal vez la pudieran ayudar a modificar esa realidad (Hirigoyen, 1999). Diversos factores (como la culpa y la cultura del patriarcado) fomentan que las mujeres que sufren violencia de género denuncien a los agresores. En la mayoría de los países en los cuales se cuantifican las cifras referidas a los casos de violencia de género, menos del 40% de las mujeres que sufren maltratos por causa de su género buscan algún tipo de ayuda. Entre las mujeres que lo hacen, la mayoría recurre a personas cercanas (familiares y amigos), mientras que muy pocas de ellas acuden a instituciones oficiales, como la policía y centros asistenciales (ONU Mujeres, 2017).

De acuerdo con los datos del Consejo Nacional de Mujeres (2016), que pueden ser apreciados en el gráfico 10, mayormente, las personas que llaman a la línea 144 son las víctimas de violencia de género (75%); en algunas ocasiones lo hace un familiar de la víctima (18% de los casos) y en pocas ocasiones (solo un 7%) llama una persona que no pertenece a la familia de la persona maltratada.

Gráfico 7. Porcentaje de casos que llamaron a la línea 144 por violencia de género, clasificados de acuerdo con si es la persona en situación de violencia, un familiar u otro.



De acuerdo con Velázquez (2003), las víctimas de violencia de género por lo general se avergüenzan de su situación y prefieren ocultarla de sus familiares y amistades, lo que favorece que el victimario siga llevando a cabo los maltratos.

Sin embargo, también se han dado casos en que los allegados al tener conocimiento de lo que ocurre, prefieren mantenerse al margen de la situación, los denominados testigos o cómplices pasivos, que al no ayudar a la víctima aun estando consciente de lo que esta última está atravesando, están favoreciendo a la continuidad de las agresiones (Hirigoyen, 1999).

Según plantea Hirigoyen (1999) hay que tener mucho cuidado con los consejos de los amigos, familiares o demás personas cercanas que quieran servir de mediadores, debido a que su ayuda no es totalmente neutra, puesto que pueden tomar partido e inclinarse por la víctima o por el victimario, ya que ellos también pueden llegar a ser manipulados por los perversos.

Bajo este orden de ideas, Hirigoyen (1999) indica que este tipo de circunstancias permite reconocer con mayor facilidad a las verdaderas amistades; algunos allegados suelen ser manipuladas por el agresor o desconfían de la palabra de la víctima, otras simplemente por no comprender la realidad, prefieren no intervenir.

Realmente, en este tipo de circunstancias, los verdaderos y válidos apoyos son aquellas personas que, se ofrecen a prestar su ayuda sin emitir algún juicio, que se contentan de poder ayudar a la víctima, que están presentes y disponibles para cuando la necesiten; personas que pase lo que pase, no dejarán de ser auténticas y no se prestarán a manipulaciones de parte del victimario (Hirigoyen, 1999).

De acuerdo con Mujeres en Igualdad (2009) las víctimas, antes de recurrir a una instancia judicial o a un centro de atención, buscan ayuda entre las personas que forman parte de su entorno, empezando por sus familiares, amigos más cercanos, y en algunos casos, hasta pueden llegar a acudir a sus vecinos más confiables. Si la mujer no consiguen apoyo entre los miembros de su red social, pierden el valor de denunciar a su pareja por el miedo y la impotencia que su situación les genera, de manera que los familiares deben brindarles la ayuda emocional que ellas necesitan, deben respaldarlas, deben hacerlas sentir que no le están fallando, para que las víctimas no se sientan solas y pierdan el temor a enfrentarse a su victimario.

Es por ello que Mujeres en Igualdad (2009, p.6) afirma lo siguiente: “Erradicar la violencia machista no requiere solo beligerancia institucional, sino también sensibilidad, es decir, solidaridad

individual”. Así se tiene que el apoyo social y familiar es una red de sostén con la cual la víctima podría superar la situación de violencia y las consecuencias de la misma.

Sin embargo, cuando una mujer se desahoga con sus familiares, amigos o ante entidades policiales o judiciales, es vulnerable de recibir comentarios que, en vez de brindarle apoyo y comprensión, lo que buscan es criticarla y de cierto modo, intentan hacerla creer que fue la culpable de haber desencadenado los hechos violentos (Velázquez, 2003).

Además de ello, si bien es cierto que el apoyo social y familiar es importante para las víctimas de violencia de género, este generalmente es escaso, debido a que el victimario suele aislar socialmente a su pareja, controlan sus movimientos, supervisan lo que hacen, con quiénes habla y hacia dónde va las contadas veces que sale (Mujeres en Igualdad, 2009) Entonces, “si bien la mayoría de los familiares y amigos apoyan y acompañan a una víctima de violencia, otros suelen reprochar o acusar a quien fue violentada” (Velázquez, 2003, p. 171).

Por otra parte, Escudero *et al.* (2005) señalan que muchas veces las mujeres víctimas de violencia de género no buscan apoyo externo por temor a que no les creen; aunado a ello, cuando les creen, existe la posibilidad de que sean señaladas como las provocadoras de las agresiones, o es probable que tengan que lidiar con la reprobación de su familia, al señalarle que estos se oponían desde un inicio a esa relación, además de asumir las consecuencias de haber continuado con una relación que muchos le advertían como un error (Escudero *et al.*, 2005).

En fin, la mujer teme a ser juzgada moralmente, lo que se denomina como revictimización social, ya que la cultura patriarcal siempre descalifica a la mujer y avala o justifica al hombre. Por lo general suelen ser juzgadas como cobarde, débil, merecedora de los maltratos, entre otros (Escudero *et al.*, 2005).

En todo caso, la revictimización no es más que el señalamiento que la sociedad hace a través de diferentes sistemas como, por ejemplo, el familiar, así como también por agentes, tales como trabajadores sociales, terapeutas, abogados, jueces, entre otros. De igual forma la revictimización social también se fundamenta en atribuirle a la víctima la responsabilidad de los maltratos, al considerarla como la causante de los mismos, la que inició la relación o por mantenerse junto a su agresor -lo que se conoce como culpa o recriminación social.(Escudero *et al.*, 2005).

Por otra parte, los sentimientos de vergüenza ante los otros también representan un motivo muy fuerte por el cual las mujeres ocultan las agresiones de su pareja (Escudero *et al.*, 2005).

“La vergüenza en gran medida es la culpabilización a través de los demás. Pero los “otros” son diversos: familia, amigos, profesionales. Y la mujer tiene distintos posicionamientos ante los demás según su grado de relación” (Escudero *et al.*, 2005, p.14).

2.11 Irregularidades en las que crecen los hijos de las víctimas y el victimario

Los niños son seres que pueden ser manipulados muy fácilmente por las personas a las que aman, de manera que son capaces de perdonar todo lo malo que sus padres hagan, puesto que su tolerancia no tiene límites y siempre consiguen justificar las acciones de las personas más allegadas, especialmente a ambos progenitores (Hirigoyen, 1999).

Están dispuestos a perdonárselo todo a sus padres, a asumir su culpa, a comprenderlos y a intentar saber por qué su padre o su madre están disgustados. Para manipular a un niño, se utiliza frecuentemente el recurso del chantaje emocional (Hirigoyen, 1999, p. 36).

Para una madre, a veces, no resulta tan fácil identificar cuándo el padre de familia es una persona nociva para sus hijos, ya sea directa o indirectamente, porque ella es el primer objetivo del victimario y siendo sumisa difícilmente podrá reconocer su propia realidad (Hirigoyen, 1999).

Hirigoyen (1999) añade que cuando la víctima intenta separarse de su victimario, este último utiliza a los hijos de ambos (si es que los hay) como medios para el chantaje y las presiones que quiere hacerle llegar a la víctima. Esto debido a que el victimario utiliza las pocas conexiones que le quedan con la víctima para proseguir con las agresiones, y cuando hay hijos, sobre todo si aún son niños, la violencia pasa a través de ellos, por lo que los infantes terminan por recibir esa carga de odio que el agresor siente por su excónyuge.

Hay que agregar que cuando existen hijos, y, además, cuando estos son manipulados o utilizados para manipular a la víctima, esta última debe buscar protección para sí misma, primeramente, pero sin descuidar a los niños o hacerlos a un lado, para luego poder protegerlos realmente de esa relación perversa. En estos casos, los hijos cambian su comportamiento, se vuelven sarcásticos, pero esto no es más que su manera de reaccionar o resistir a los cambios que una posible separación de sus padres podría implicar (Hirigoyen, 1999); ese tipo de actitudes de los hijos deben ser ignoradas por la víctima para poder salir de la relación de pareja violenta en la cual está sumida.

Hirigoyen (1999) señala que los niños también se ven afectados por la violencia que el agresor ejerce sobre su cónyuge; igual que su progenitora, ellos son víctimas porque están ahí, están

presenciando la violencia y porque se niegan a alejarse de la madre agredida. Ellos son testigos de un conflicto que no les corresponde y reciben odio y maldad en su seno familiar.

En este sentido, Arcas (2014) indica que suele ser frecuente que los maltratos del hombre hacia la mujer se produzcan en presencia de los hijos. En algunos casos, puede ocurrir que la víctima desahogue con los niños toda la agresividad acumulada que tiene en contra del agresor y que no ha podido expresar ante el mismo. Y debido a las humillaciones y agravios continuos de su padre en contra de su madre, los niños tienden a aislarse, lo que impide que tengan un sano crecimiento (Hirigoyen, 1999).

Es decir, como se mencionó anteriormente, los niños que crecen en hogares donde reina la violencia, llevarán consigo durante toda su vida (si es que no logran por sus propios medios o con ayuda de especialistas superar esa experiencia negativa) una carga de dolor, heridas y sufrimientos que terminarán reproduciendo en otros lugares como en su nuevo hogar, en su trabajo, entre otros (Hirigoyen, 1999).

Además, los niños no solamente se aíslan, sino que también pierden la posibilidad de crear su criterio y pensamiento propio; esto debido a que el hecho de que el padre les enseñe que deben pensar de una determinada manera, y la madre le dice al niño que eso está equivocado y le enseña lo contrario, entonces el niño puede llegar a sufrir de graves trastornos (Hirigoyen, 1999). Y si el niño no recibe una ayuda de terceros que le aclare esa contradicción con la que convive, entonces esto puede derivar en la autodestrucción de su personalidad e identidad.

Por su parte, la persona agredida en la relación de pareja puede ayudar a sus hijos, escuchándolos, desahogar su sufrimiento y enseñándole a no justificar, ni a defender al agresor, por más que sea su padre (Hirigoyen, 1999).

Cabe destacar que, cuando el progenitor agredido se aleja de sus hijos para protegerse a sí mismo, está obligando al niño o niña a hacer frente a los desprecios y los maltratos de su padre de manera solitaria, lo cual agrava la situación violenta en la que están inmersos (Hirigoyen, 1999).

Hirigoyen (1999) agrega que los niños que son víctimas de este tipo de violencia, no tienen otro modo de defensa que la separación protectora y además, todo lo que vivieron en su infancia y que no lograron sobrellevar, reaparece en su adultez, manifestándose en acciones que se reproducen, de manera que, a pesar de que todos los niños víctimas o testigos de violencia intrafamiliar no llegan a ser padres maltratadores, con ello se da origen a una espiral de destrucción.

En este orden de ideas, Hirigoyen (1999) manifiesta que cada ser humano puede vaciar su violencia interna en otras personas, y aunque con el tiempo las víctimas olvidan las agresiones y maltratos que sufrieron, por otra parte, las imitan, ya sea sobre sí mismos, o sobre otras personas.

De acuerdo con Patró y Limiñana (2005) después de las mujeres, los hijos son las principales víctimas de la violencia de género. Estas autoras agregan que, si bien es cierto que se han desarrollado numerosas investigaciones referentes a la violencia de género en torno a las mujeres, no ha sucedido lo mismo con respecto a los niños.

En este sentido, Patró y Limiñana (2005) enfatizan que son graves las repercusiones que tiene el maltrato familiar en los infantes víctimas o testigos de la misma, puesto que son experiencias traumáticas que suelen influenciar en el comportamiento de los chicos.

Así mismo, Patró y Limiñana (2005) indican que, de las escasas investigaciones en torno a los niños que presencian el maltrato hacia sus madres o que también son objeto de estos, se desprende que estos últimos requieren de una ayuda específica para superar las consecuencias de haber crecido en medio de un hogar violento, inestable y traumático.

Aunado a ello, hay que destacar que la creencia cultural del patriarcado también ha legitimado el poder y dominación del hombre no solo sobre la mujer, sino también sobre los hijos. También, otra creencia que existe en torno a la violencia de género es que esta no representa un riesgo relevante para los hijos (Patró y Limiñana, 2005).

Sin embargo, es innegable que la violencia dentro del hogar repercute negativamente en el desarrollo emocional y social de los niños, tanto los que han sido testigos de esas acciones como los que han sido víctimas de las agresiones. Su bienestar físico y psicológico se ve altamente afectado por la violencia, debido, entre otras cosas, a que ellos pierden la seguridad y la confianza en las personas de su entorno, y consecuentemente del mundo (Patró y Limiñana, 2005).

La pérdida de los sentimientos de seguridad y confianza en las personas que los rodean tiene su máxima expresión cuando se trata de sus padres. Generalmente el progenitor es el agresor, lo que destruye toda seguridad en el niño, ya que el padre es visto por los hijos varones como su figura central y referencial, su ejemplo a seguir dentro del ámbito familiar (Patró y Limiñana, 2005). Así se tiene que:

El menor queda entonces a merced de sentimientos como la indefensión, el miedo o la preocupación sobre la posibilidad de que la experiencia traumática pueda repetirse, todo

lo cual se asocia a una ansiedad que puede llegar a ser paralizante (Patr6 y Limi6ana, 2005, p. 12).

Otros aspectos que se ven claramente afectados en los ni6os que crecen en un hogar violento son los siguientes: la concepci6n de que es un ser querido, digno de merecimientos y atenciones, as6 como tambi6n que puede tener control sobre su vida y los acontecimientos (Patr6 y Limi6ana, 2005).

Bas6ndose en diversas fuentes documentales, Patr6 y Limi6ana (2005) se6alan que los ni6os v6ctimas o testigos de violencia en el hogar, en comparaci6n con ni6os que crecieron en hogares m6s estables, tienden a comportarse de una manera m6s agresiva y antisocial, as6 como tambi6n f6cilmente se inhiben o sufren de ciertos temores, suelen tener un bajo rendimiento acad6mico, problemas de depresi6n y ansiedad, entre otros.

Por lo antes expuesto, hay que tener presente que los ni6os aprenden de lo que observan y viven; sus experiencias durante la etapa infantil influyen enormemente en su desarrollo como persona y como ser social. Es por ello que, al ser la familia el entorno m6s cercano a los ni6os, es catalogada como la primera entidad de socializaci6n de los infantes, al mismo tiempo en ella se instituyen los modelos de funcionamiento social (Patr6 y Limi6ana, 2005).

Con base en lo anteriormente expuesto, se tiene que el efecto m6s trascendental de la violencia en el hogar es que ese tipo de conducta es aprendida inconscientemente por los ni6os como modelo a seguir; este es uno de los factores m6s relevantes que inciden en que se ejerzan maltratos y abusos en contra de la pareja cuando se alcance la adultez (Patr6 y Limi6ana, 2005).

Cabe mencionar que la violencia de g6nero se transfiere de una generaci6n a otra debido a factores culturales y educacionales que influyen enormemente en esa supervivencia intergeneracional. (Patr6 y Limi6ana, 2005).

Es por eso que, valores y creencias que le otorgan autoridad y dominio a los hombres con respecto a las mujeres, as6 como tambi6n que aprueban el uso de la violencia para la resoluci6n de problemas, promueven el desarrollo de comportamientos sexistas y violentos en los ni6os que crecen en medio de este tipo de sistema de valores (Patr6 y Limi6ana, 2005).

Por otra parte, Patr6 *et al.* (2003) agregan que ese tipo de valores y creencias negativas presentes en los hogares violentos son interiorizados por los hijos de las mujeres maltratadas, dentro de las cuales se pueden destacar las siguientes:

- a) El hombre es la figura de autoridad en la familia, es el único con derecho a mandar y todos los restantes miembros del hogar deben obedecerlo.
- b) Las mujeres son seres que están por debajo de los hombres, y, por lo tanto, no tienen los mismos derechos que estos.
- c) Cuando un hombre golpea a una mujer, lo hace porque ella lo provocó o porque era merecedora de ese golpe.
- d) Golpear a las mujeres es algo común, es normal, es avalado por la sociedad, suele ser frecuente en las familias y no conlleva consecuencias.
- e) El respeto se gana a través de la violencia, si un hombre desea ser respetado, tiene entonces que ser agresivo.

Finalmente, bien sea como testigos, al ser hijos de una mujer maltratada por su marido, o en la condición de víctimas de maltratos también, los infantes aprenden de las situaciones vividas; en el caso de las niñas, estas aprenden a ser sumisas y a que deben obedecer a sus esposos y ser mantenidas por ellos. En el caso de los varones, estos interiorizan a la violencia como un medio válido para tener una postura de poder, dominio y autoridad dentro de la familia (Sarasúa, Zubizarreta, Echeburúa y Corral, 1996).

3. El perfil del victimario en la violencia de género

Una falta de respeto, una mentira o una manipulación, son ejemplos de actos perversos que se presentan cotidianamente (Hirigoyen, 1999). Hay que agregar que “el hombre que violenta deberá organizar sus formas de ejercer estos actos para disminuir la posibilidad de ser descubierto a la vez que asegura la eficacia de ejercer más poder y más violencia” (Velázquez, 2003, p.83).

La violencia perversa podría decirse que es una violencia no física, que surge en situaciones críticas, caracterizadas porque un individuo no cuenta con la capacidad de asumir importantes responsabilidades y tomar decisiones difíciles, entonces tiende a utilizar la violencia de forma indirecta, por lo general a través de una falta de respeto (Hirigoyen, 1999).

Según Velázquez (2003), cuando un hombre ejecuta hechos abusivos dentro del contexto de la pareja y/o de la familia lo hace porque tiene la errada concepción de que a través de dichos actos violentos podrá reafirmar su hombría. Además, al agredir a su víctima, también satisface sus perversiones narcisistas en cuanto a fuerza, dominio y poder.

Los victimarios apelan a una mal llamada racionalidad para justificar sus agresiones. Esta racionalidad se refiere al proceso psíquico que el agresor desarrolla: en primera instancia observa el

comportamiento de su víctima y en base a ello crea argumentos que posteriormente señala como los desencadenantes de su violencia, como una forma de justificar las acciones violentas para mantener su poder y a su víctima cerca (Velázquez, 2003). Esa racionalidad se apoya en el dominio y poder que el victimario necesita tener, y que la demuestra mediante el totalitarismo y las agresiones.

También, para describir un poco más al modo de pensar y actuar del victimario, Velázquez (2003) enfatiza que la cultura y la sociedad le ha adscrito al género masculino una serie de atributos como la fortaleza, el poder y el dominio. Como una forma de mantener esos atributos y de reafirmarlos, así como también por el temor a lo diferente, el victimario entonces apela al recurso de las agresiones en contra de quien pone en tela de juicio esos atributos.

Cuando los victimarios se sienten desobedecidos, descalificados o desautorizados, entonces sufren una frustración que los impulsa a llevar a cabo agresiones y actos hostiles en contra de quienes no lo obedecen (Velázquez, 2003).

El imaginario masculino adscribe a los varones una serie de atributos genéricos: fortaleza, dominio, poder. En el intento de sostener y reafirmar estos atributos y frente al temor a lo diferente, el hombre violento apelará al recurso de la violencia (Velázquez, 2003).

Más aún, un agresor se caracteriza por una noción de perversidad, la cual se refiere a usar a la víctima y posteriormente destruirla, sin sentir ningún tipo de remordimiento, pesadumbre o sentimiento de culpa. Un agresor se caracteriza por el narcisismo, el paso a la perversión, la megalomanía, el vampirismo, la irresponsabilidad y la paranoia (Hirigoyen, 1999).

En este sentido, cuando se establece la perversión en una persona narcisista, entonces es cuando se habla de perversión narcisista. Este tipo de personas, los perversos narcisistas, son descritos como psicóticos asintomáticos, que fueron lastimados en su infancia y que como una forma de supervivencia transfieren el dolor que no sienten a otros, así como también descargan sobre ellos las contradicciones internas que no aceptan o que no perciben; ellos suelen lastimar a los demás porque no saben cómo existir de otra manera, puesto que así lo aprendieron. Además, el descargarse con otros también es una forma que utilizan para valorarse y sentirse superior frente a los demás (Hirigoyen, 1999).

De acuerdo con Hirigoyen (1999) una persona narcisista presenta al menos cinco de las características que se mencionan a continuación:

- a) Tiene la creencia de ser una persona única y muy especial
- b) Se creen mucho más importantes que los demás
- c) Fantasean con el poder, el dominio y el éxito sin límites
- d) Necesitan excesivamente de la admiración de las demás personas
- e) No es empático
- f) Con mucha frecuencia envidia a las demás personas
- g) Cree que es merecedor de todo, que se le debe todo
- h) Establece relaciones interpersonales insanas, donde suele explotar a los otros
- i) Es sumamente arrogante y lo demuestra con sus actitudes y comportamientos

Por otra parte, con respecto a la megalomanía, otra característica de los agresores según Hirigoyen (1999), se tiene que son personas que les encanta colocarse como un patrón de referencia en cuanto a las conductas morales, en cuanto a lo que está bien y a la verdad; se jactan de demostrar unos valores morales para presentar una buena imagen de sí mismos frente a los demás. Aun cuando no sienten interés, ni empatía por los demás. Tienen un deseo irrefrenable de que las otras personas se interesen por ellos.

Criticar a todo el mundo y no admiten ninguna acusación ni ningún reproche (...)
Señalar los errores de los demás es una manera de no ver los propios, una manera de defenderse de una angustia de orden psicótico (Hirigoyen, 1999, p.102).

Con relación al vampirismo, Hirigoyen (1999) indica que esta característica se refiere al hecho de que el victimario es una persona muy envidiosa, que intenta apropiarse del narcisismo de su víctima; desea poseer lo que ella posee y el no, e incluso siente envidia hasta de la forma de ver la vida de esa persona. Ellos buscan llenar su vacío con otra persona, desean poseer esa cualidad o cualidades que tienen otros y que ellos no tienen, de manera que se alimentan de la energía de sus víctimas.

Esa apropiación puede ser de índole social, tal y como sucede cuando se acercan a alguien por querer entrar en el medio en el cual la víctima se desenvuelve, por ejemplo, la clase social y económica, el medio intelectual o artístico, entre otros. Lo que principalmente envidia un victimario de su víctima es su vida, sus éxitos, su energía; son personas pesimistas que buscan arrastrar al otro hasta hundirlo en una depresión, para posteriormente culparlo (Hirigoyen, 1999).

Lo que el perverso envidia rara vez se trata de bienes materiales. “Son cualidades morales difíciles de robar: alegría de vivir, sensibilidad, comunicación, creatividad, dones musicales o literarios...” (Hirigoyen, 1999, p. 105).

Puede concluirse que los perversos son personas irresponsables, por lo general suelen echarles la culpa a las víctimas de las circunstancias; nunca se ven a sí mismos como culpables, ni como responsables, le atribuyen a las otras personas sus fracasos y dificultades (Hirigoyen, 1999).

Por último, se puede mencionar a la paranoia como otra característica de las personas perversas. Este tipo de personas suelen ser muy moralistas y estar corrigiendo a los demás; siguiendo ese camino terminan asemejándose a las personas paranoicas (Hirigoyen, 1999). Además, una persona paranoica se suele comportar de la siguiente manera:

- a) Es muy orgullosa
- b) Se siente superior a los demás
- c) Es desconfiada
- d) Es poco tolerante
- e) Tiene dificultad para expresar emociones positivas
- f) Emite juicios erróneos interpretando eventos neutros como si se trataran de eventos adversos.

3.1 La relación de la víctima con el victimario desde una perspectiva psicológica

En una pareja, cuando se pierde el afecto o cuando se registra una proximidad excesiva e incluso invasiva de la libertad personal, comienzan las distorsiones en dicha relación. Cuando se habla de proximidad excesiva, se refiere a que el agresor intenta establecer una relación de dependencia, de propiedad y dominio, para sentirse superior a su pareja y para hacerle sentir que él tiene el control en la relación, y la víctima comienza a ser sumisa y tolerante para evitar conflictos en su relación (Hirigoyen, 1999).

Este proceso solo es posible gracias a la excesiva tolerancia de la persona agredida. Los psicoanalistas interpretan a menudo que esta tolerancia está relacionada con los beneficios inconscientes, esencialmente masoquistas, que la víctima puede obtener de la relación (Hirigoyen, 1999, p. 16).

De igual forma, esa tolerancia de la víctima frente a las agresiones de su pareja puede tener su origen en los antecedentes familiares de la misma.

Hirigoyen (1999) resalta que la relación entre la víctima y el victimario se pudiera entender en dos fases: la primera, una fase de dominio en la cual la víctima es paralizada, y posteriormente una fase de destrucción.

En la primera fase, la fase de dominio, se presentan en la víctima ciertas consecuencias, tales como la renuncia, la confusión, la duda, el estrés, el miedo y el aislamiento. En cuanto a la primera consecuencia, inconscientemente tanto la víctima como el victimario desarrollan una relación caracterizada por evitar los conflictos mediante una actitud de renuncia (Hirigoyen, 1999).

En este sentido, Hirigoyen (1999) señala que el victimario ejerce la violencia con pequeños actos o toques de forma indirecta para ir desestabilizando poco a poco a su víctima, de manera que no crea un conflicto de manera abierta; por su parte, la víctima, por temor a crear un conflicto que traiga consigo una ruptura con su pareja, se vuelve condescendiente y se somete a su victimario.

La víctima, ante la posible amenaza de separación, cede al percibir que no hay posibilidad de llegar a un acuerdo justo con el victimario. Se podría decir que la víctima asume una actitud preventiva para no poner en riesgo la relación, aun cuando se vea perjudicada, y cabe destacar que lo único que se consigue es conservar a la pareja, porque las condiciones que promueven los actos de violencia no se ven modificadas (Hirigoyen, 1999).

En otras palabras, se puede decir que en la primera fase las víctimas se someten a los abusos de sus victimarios a través de una alianza inconsciente y una resignación a los mismos. Sin embargo, aun cuando hay víctimas que llegan a identificar y a quejarse de las actitudes negativas de su pareja agresora, justifican la violencia que el agresor ejerce sobre ellas, resaltando los aspectos positivos de su personalidad (Hirigoyen, 1999).

Pero, con el tiempo, la víctima se va volviendo cada vez más sumisa a su agresor, y este último se va haciendo más dominante y va desarrollando sentimientos de poder sobre la víctima.

Con relación con la segunda consecuencia mencionada de la fase de dominio, la confusión, la víctima sufre de una anulación de sus facultades, no saben quejarse o no se atreve a hacerlo. La confusión que atraviesa la víctima es de tal magnitud que anula toda posibilidad de reacción en la víctima, aun cuando estén conscientes de que están siendo maltratada. El sometimiento frente al agresor se vislumbra como la única opción que tiene la víctima (Hirigoyen, 1999). Esta confusión consecuentemente trae consigo estrés y tensión, hasta el punto de inmovilizar a la víctima debido al elevado grado de incertidumbre.

En este aspecto, Hirigoyen (1999) agrega que según las propias víctimas lo que genera la angustia:

Lo que da lugar a la angustia no son tanto las agresiones más claras como las situaciones en las que no tienen la seguridad de no ser en parte responsables. Confiesan sentirse aliviadas cuando su agresor se quita la máscara (Hirigoyen, 1999, p.120).

Por lo que se refiere a la duda, se manifiesta cuando la víctima niega la realidad que enfrenta atribuyéndole sentimientos que el agresor no posee, como una forma de encontrarle una explicación lógica y una justificación a los actos violentos ejecutados abiertamente por el agresor.

Hirigoyen (1999) infiere que la duda es una consecuencia dentro de la fase de dominio porque la víctima busca entender el porqué del comportamiento agresivo de su pareja, tratando de hallar la razón por la cual el agresor la trata de esa manera. En esa búsqueda, la víctima comienza a sentirse como la responsable que desencadena esa violencia dentro de la relación, a desarrollar sentimientos de culpa alejados de lo que realmente sucede.

Por su parte, el victimario, ante los cuestionamientos de su pareja para tratar de comprender sus acciones violentas, esquivo de forma inmutable tales incertidumbres, lo que genera mayor impotencia en la víctima (Hirigoyen, 1999).

En cuanto al estrés, Hirigoyen (1999) plantea que es el precio que las víctimas pagan por aceptar la sumisión y acumular tensión interior. La víctima evita a toda costa generar un disgusto en el otro, y a calmarlo cuando este se altera, suprimiendo su propia reacción interna frente a ese tipo de situaciones, lo que le genera estrés.

Por ello, el cuerpo humano cuando se enfrenta a situaciones de estrés desarrolla un estado de alerta, una producción de sustancias bioquímicas y una supresión del sistema inmunitario; esta es la manera en como el organismo se adapta a situaciones de tensión. Cuando el estrés es afrontado y superado, el organismo vuelve a normalizarse. Pero si se sufren continuos episodios de estrés, se pueden presentar trastornos crónicos (Hirigoyen, 1999). Adicionalmente, la víctima se va agotando y desgastando, tanto a nivel físico como a nivel neurovegetativo, mientras que el victimario evade el estrés y el sufrimiento porque señala como responsable de todos sus trastornos a la víctima.

Todo esto puede traer como consecuencia como desórdenes tanto funcionales como orgánicos en las víctimas, al agotarse la resistencia del organismo frente al estrés (Hirigoyen, 1999). Asimismo, debido a la serie de fracasos, la víctima se desmoraliza y va perdiendo las esperanzas, anticipándose al pensar que sus futuros intentos por cambiar su situación también terminarán siendo fracasos, lo que consecuentemente aumenta sus niveles de estrés y le permite darse cuenta de que los medios de defensa hasta entonces aplicado han sido inútiles.

Una víctima también desarrolla miedo frente a su agresor. Le teme a las reacciones de su pareja violenta, a sus agresiones físicas, a su frialdad, al sarcasmo, a los comentarios hirientes, al desprecio y al escarnio; viven en un vilo continuo (Hirigoyen, 1999).

Además de ello, sea cual sea la posición o reacción de la víctima frente a ese temor, siempre termina viéndose afectada, a pesar de sus esfuerzos por modificar la situación: cuando reacciona con benevolencia por la esperanza de que el odio puede ser derrotado por el amor, el victimario se vuelve más violento al percibir que la víctima es muy superior a él; por otro lado, cuando la víctima reacciona con odio, entonces el victimario se hace el mártir y el maltratado, aun cuando fue él quien generó ese tipo de respuesta en la otra persona (Hirigoyen, 1999).

De igual manera, la víctima sufre un aislamiento debido a la falta de apoyo externo. Incluso, en algunos casos, la mujer maltratada es incomprendida y se llega a percibir que está exagerando la realidad. Además, cuando sufren agresiones por parte de su pareja frente a terceros, suelen proteger al agresor justificando que sus propias reacciones fueron excesivas, colocándose entonces en una posición de defender a su agresor frente a terceros para evitar un conflicto mayor (Hirigoyen, 1999).

Para Hirigoyen (1999) cuando la víctima toma conciencia de que está siendo agredida por su pareja experimenta un choque emocional. Ese choque implica un punto de inflexión de la situación: a partir de él se sienten un poco más confiadas, y al mismo tiempo desamparadas, engañadas, heridas, sienten haber perdido la dignidad y la autoestima. De una manera brutal, finalmente, se dan cuenta de que están siendo objeto de manipulaciones y malos tratos por parte de su pareja, de que han sido abusadas e irrespetadas.

En el choque, las víctimas sienten vergüenza de la sumisión con la cual reaccionaban ante las actitudes y acciones de su agresor. “La vergüenza se debe a que toman conciencia de su propia indulgencia patológica, que ha dado pie a la violencia de su agresor” (Hirigoyen, 1999, p.126).

Incluso, cuando por fin se dan cuenta de la realidad, también se despiertan deseos de vengarse del victimario, y deseos de recuperar su identidad propia y su dignidad. Del mismo modo, también esperan que el agresor se disculpe, algo que no suele suceder (Hirigoyen, 1999). También puede ocurrir un desequilibrio emocional en la víctima, luego de saberse agredidas. La fase del dominio las ha desgastado con el transcurrir del tiempo, lo que consecuentemente les ha generado un agotamiento psíquico.

Es en este punto, cuando la víctima puede reaccionar de dos formas: seguir sometiéndose a la dominación de su agresor, o rebelarse y marcharse (Hirigoyem, 1999). La separación no es fácil, ya que:

algunas personas que se encuentran sometidas a un dominio demasiado poderoso o muy antiguo no son capaces ni de huir ni de luchar (...) Solamente quieren «aguantar», soportar su situación de sometimiento sin demasiados síntomas y seguir poniendo buena cara (Hirigoyem, 1999, p.128).

En cuanto al victimario, en un proceso de separación, suelen hacerse ver como la víctima que está siendo abandonada injustamente por su pareja, y toman esa situación como una justificación para continuar e incluso aumentar la violencia. El victimario, al sentirse perjudicado, se vuelve más agresivo y chantajista; no suele mostrar signos de arrepentimiento o remordimiento, ya que, para él, el sufrimiento ajeno no tiene importancia (Hirigoyem, 1999). Incluso, en los divorcios y separaciones se presentan con mucha frecuencia diversos actos de violencia perversa, caracterizados por una violencia acentuada, debido a que se le está escapando la persona que tenía sometida.

Aunado a ello, posterior a la separación, se puede continuar con la violencia de género contra la mujer, a través de las pocas conexiones que aún quedan entre ambos, como el caso de los hijos, o a través del acoso, que suele ser llevado a cabo mediante una invasión de la vida cotidiana de la que fue su pareja y víctima, como, por ejemplo, llamadas telefónicas constantes, esperarla en la salida de su trabajo, e incluso realizar amenazas tanto directas como indirectas (Hirigoyem, 1999).

Es por eso que, en diversos países se han implementado órdenes de protección y alejamiento, con la finalidad de que ese acoso cese, de igual forma para minimizar las agresiones conyugales directas (Hirigoyem, 1999).

3.2 El perfil del victimario en la violencia de género

Uno de los aspectos principales que caracteriza el perfil del victimario es la carencia de manifestación de sus emociones, mostrando conductas inadecuadas, peligrosas e incontrolables, las cuales frecuentemente son causadas por hechos traumáticos que comúnmente le preceden. El comportamiento agresivo que presentan estos individuos inicialmente radica en la implementación de un pensamiento patriarcal que ha sido introducido en la cultura occidental desde hace siglos atrás.

Desde esta panorámica, es fundamental además establecer un estudio antropológico cognitivo que permita evaluar la conexión cultural y conductual del hombre en respuesta a su entorno, además de

conocer posibles acontecimientos traumáticos que marcaron su vida de manera significativa. Hecho por el cual en la actualidad se comporta de forma abusiva agrediendo una y otra vez a su víctima. No obstante, este tipo de personas en su mayoría suelen tener también un problema en el sistema límbico que los hace omitir sus sentimientos y atacar agresivamente, sin sentir absolutamente ningún remordimiento (Hirigoyen, 1999).

Todos los agresores tienen una característica particular y es el deseo de dominio por encima de cualquier cosa o circunstancia. Este tipo de personas, ya sea por una afección dentro de su proceso cognitivo multidimensional, por traumas vividos, o por alguna clase de trastorno suelen ser impulsivas actuando en contra de otros especialmente en contra de la población femenil, la cual se ve completamente afectada por sentimientos de culpa, vergüenza y miedo (Hirigoyen, 1999). Dichas emociones son manejadas por el victimario a su favor como se expresa a continuación.

El agresor y propulsor de la violencia de género presenta seis formas activas de maltrato hacia sus víctimas: abuso emocional, abuso físico, abuso sexual, abuso financiero, abuso del desarrollo personal y abuso psíquico. Esto se puede manifestar dentro del entorno familiar o extra-familiar por ataque de un desconocido.

No obstante, en ambos casos el agresor procura impedir que la mujer maltratada se aleje, convirtiéndola en cómplice. Asimismo la culpabiliza, y de una u otra busca hacerla cambiar de perspectiva, hasta que la misma observe el hecho de violencia como un proceso totalmente “natural y lógico”, que forma parte de cualquier conflicto cotidiano, lo cual es totalmente falso (Hirigoyen, 1999).

A partir de lo acotado es necesario decir, que la violencia es un proceso comunicativo producido de manera similar al lenguaje, en donde existe un emisor que transmite un mensaje y un receptor que recibe el comunicado (Hirigoyen, 1999). En este caso “el receptor puede responder, ya sea: activamente, generando de ese lado la violencia; pasivamente, no hay respuesta a la violencia; con una respuesta de sometimiento a esa violencia, o con huida del sistema de violencia” (Marietan, 2011, p. 12).

El individuo emisor de la violencia de género se puede comparar e incluso confundir en diversas oportunidades con un psicópata conquistador, a través de las herramientas de seducción y por el uso de estrategias de manipulación; cuya característica principal es la mentira, abusando en más de una ocasión de la mujer, ya sea financieramente, sexualmente o en otra forma (Marietan, 2011). Asimismo, estos sujetos suelen estar intoxicados por vicios como el alcohol, siendo seres inseguros y

obsesionados con la sujeción de la mujer hacia ellos. O en el caso de los consumidores drogadictos el lograr la inducción de la mujer a la prostitución por causa de la búsqueda y satisfacción de su vicio.

Otro aspecto relevante es lo que llaman el parasitismo, en el que el hombre tiende a abusar de la mujer desde el punto de vista financiero buscando ser mantenido. Ahora bien, lo peligroso e irremediable de estos factores mencionados es cuando a todas estas descripciones se le suman actos violentos, siendo individuos golpeadores, sin remedio presentando “como elemento de comunicación la violencia y la golpeada acepta ese mensaje y continúa en el sistema” (Marietan, 2011, p. 12). Y es allí donde se verán manifiestas las formas activas de agresión en cuatro escalas esenciales.

La primera escala hace referencia al abuso del desarrollo personal, pues el victimario expresa comportamientos como: escasa colaboración en el cuidado de los hijos, exigencia de servicio completo por parte de la mujer, actitud de negación en lo correspondiente a la realización de tareas domésticas, impedimento y prohibición de amistades, participación nula en actividades sociales y recreativas a efectuar, además de escasa permisión para expresar lo que ella siente o piensa.

La segunda escala concierne al abuso emocional, en el cual el individuo grita a la mujer, se burla de ella, no valoriza su esfuerzo, la crítica, juzga y culpa de todo lo que le acontece, la amenaza, la achanta, la somete hasta causarle miedo, la presiona, la ve como una loca, la desprecia, e incluso en oportunidades extremas con sus arremetimientos constantes la lleva a cometer acto de suicidio.

La tercera escala, hace énfasis a los abusos físicos que incluyen comportamientos inadvertidos como: pellizcos, negación de hechos de placer, bofetadas, apretujones fuertes hasta dejarle marcas en su piel, agresión con objetos hasta quebrarle los huesos, quemaduras adrede hasta desfigurarla, e inducción de aborto en caso de embarazo. En conclusión maltrata todo su cuerpo físico, y en situaciones graves comete un homicidio contra la misma.

Por último, se puede mencionar la escala de abusos sexuales, en donde el victimario constantemente acecha a la mujer en la hora y lugar que le convenga o le apetezca, critica su cuerpo y forma de actuar durante el acto sexual, le niega todos sus deseos de placer, le toca de forma desagradable y con asco, le exige ciertas maniobras a la fuerza, le pide que lo complazca luego de golpearla, entre otras cosas.

En todo caso, para Marietan (2011) la presión que va de la mano con esta clase de abuso viene ligada al ámbito psicológico. Además del abuso físico que en muchas ocasiones está presente en conjunto con la violencia verbal ya sea por medio de palabras ofensivas y constantes humillaciones que desprestigian exorbitantemente a la mujer. Es de destacar, que los abusos sexuales hasta hace poco no

eran considerados como tales por el sistema judicial, al ser producidos dentro del matrimonio o vínculo conyugal, pero hoy en día sí se aprecian de esta forma, sin importar si se cometen dentro o fuera del contexto familiar.

Es decir, que la violencia de género se puede interpretar como el abuso del victimario en su totalidad hacia la mujer, siempre mostrando una actitud de dominio, señalando siempre los defectos de la víctima y haciéndola responsable de los actos cometidos por él. Esto puede traducirse como manipulación la cual implica la modificación y dirección de los hechos a su conveniencia.

Otro de los aspectos adyacentes al victimario, es su actitud de arrepentimiento luego de cometer todos estos actos en conjunto con la emisión de promesas de no volver a repetir la agresión, lo cual resulta totalmente falso, debido a que el mismo se transforma en un ciclo que se repite una y otra vez hasta pasar a manos de especialistas y autoridades de ser necesario.

Por otra parte, los individuos agresores suelen manifestar tres perfiles, los cuales para Pauluzzi (1999) son:

- a) *Agresores psicopáticos*: Son aquellos que carecen de reacciones emocionales, luego de efectuar la agresión, no tienen resentimientos, nunca piensan que la otra persona sufre. Son seres antisociales que difícilmente cambian su actitud a pesar de las variadas apelaciones que emiten como promesas.
- b) *Agresores hipercontrolados*: Por lo general estos individuos actúan con base a la acumulación de emociones y sentimientos frustrados derivados de acontecimientos externos, pueden ser tanto activos como pasivos. Los activos tienden a ser dominantes y maltratan hasta someter a la mujer y ejercer dominio sobre la misma. Los pasivos se aíslan, luego de realizar la agresión y son más sumisos a someterse a terapias para superar ese tipo de conductas que le ocasionan daño a él y a sus seres amados.
- c) *Agresores cíclicos emocionalmente inestables*: Estos individuos se sienten con frecuencia abandonados y presentan temor en la intimidad por lo que desean controlar la situación, y de no ser de esta forma se sienten insatisfechos y reaccionan iracundamente. Este tipo de agresores también son bastante celosos y atacan, de tal manera, que no dejan huella. Ahora algo muy certero es que la violencia es:

Fría, verbal, y se construye a partir de denigraciones, de insinuaciones hostiles, de señales de condescendencia y de ofensas. El efecto destructor se debe a la repetición de agresiones que son aparentemente aisladas pero continuadas, y de las que se sabe que nunca se detendrán. Se trata de una agresión a perpetuidad (Hirigoyen, 1999, p. 94).

Así se tiene que, la violencia perversa se caracteriza por ser una violencia no física, que surge en situaciones críticas, caracterizadas porque un individuo no cuenta con la capacidad de asumir

importantes responsabilidades y tomar decisiones difíciles, entonces tiende a utilizar la violencia de forma indirecta, por lo general a través de una falta de respeto (Hirigoyen, 1999).

Esta violencia se manifiesta por la inseguridad que asedia a estos individuos de baja autoestima, por lo cual procuran buscar su felicidad y seguridad pasando por encima de otras personas; puesto que el mismo va a sentir en un momento determinado falta de dominio o poder sobre la mujer, sintiéndose completamente desautorizado, cosa que esta clase hombre le resulta intolerable.

Algunos rasgos distintivos de los actos de violencia estos son:

- a) *Castigo y exclusión:* En este aspecto el agresor busca alguna forma sistemática para efectuar el proceso de exclusión mediante el empleo de disímiles mecanismos de violencia, imponiendo así su manera particular de hacer las cosas a partir de una especie de lavado de mente, a fin de exigir su propia voluntad. Es decir, que este tipo de hombre se convierte en una persona desconsiderada a la que solo le importa afianzar su poder, indiferencia y pensamiento, y para ello utiliza la violencia contra miembros, incluso de su propia familia.
- b) *Diferenciación de género:* En este punto, el agresor trata de afirmar su identidad y rol, debido a su constante temor referente al papel que cumple dentro del hogar y en la sociedad en general. Por ende, en repuesta a la represión de todas esas emociones, a la falta de autoevaluación de sí mismo, y al reconocimiento de su autoridad, procede a realizar actos violentos contra la mujer, sin percibir las consecuencias que este acontecimiento pueda causarle.
- c) *Control y conocimiento:* El victimario muestra en esta fase un deseo incontrolable de posesión, una absoluta necesidad de manipular por naturaleza, de saber cada paso que da su víctima, y aun cuando exista o no algún vínculo entre ambos buscará la forma adecuada de manejar a la mujer a su antojo y de ejercer sobre ella en todo tiempo un control psicológico, o de lo contrario se sentirá defraudado y engañado. Por ello, el agresor indaga y emplea las estrategias que le permitan tener un dominio sobre la misma, hasta llevarla a una especie de aislamiento en su totalidad.

Según Velázquez (2003), cuando un hombre ejecuta hechos abusivos dentro del contexto de la pareja y/o de la familia lo hace porque tiene la errada concepción de que a través de dichos actos violentos podrá reafirmar su hombría. Además, al agredir a su víctima, también satisface sus perversiones narcisistas en cuanto a fuerza, dominio y poder.

El victimario de igual modo, usa como una herramienta fundamental “el miedo”, manipulando a la víctima a través de amenazas consecutivas, como una simple estrategia para causar algún impacto o

reacción de paralización a la víctima para seguidamente proceder al acto de maltrato tanto verbal como físico. Esto puede traducirse en casos de violencia de género como sumisión.

Por otra parte, la mujer comienza a mostrar una especie de conducta masoquista ante la agresión, tratando de omitir la realidad de su derredor justificándola de disimiles formas hasta observarla como una especie de espejismo o ilusión. Mientras que el hombre solo pretende mediante esta emoción demostrar o afianzar la posesión de su mujer como si fuera alguna clase de objeto.

En este caso, la víctima de violencia comienza a expresar confusiones, sin entender por completo el ¿por qué? de la conducta del agresor, mezclándose inmediatamente allí el odio con el amor, el cual se convierte posiblemente en un ciclo por absoluta dependencia de la mujer con el victimario en caso de ser pareja (Velázquez, 2003).

Asimismo, se debe tener en cuenta que en algunos hechos de violencia de género, el maltratador por vínculo directo o por ataque a una desconocida, busca dirigir la atención completa de la mujer hacia su persona, mediante técnicas de persecución, persuasión y seguimiento. Es por ello que el aislamiento para este tipo de agresores no suele ser su mejor característica, sino el hecho de ser el centro de atención (Velázquez, 2003).

Otro elemento visto como importante en este contexto, es el sentimiento de culpa, el cual se traduce como una forma de maltratar estratégicamente en donde el individuo procura producir una confusión mental y emocional en la mujer, otorgándole así el control absoluto sobre la situación. Para López y Aguilar (2005) esta manera de actuar se puede denominar estrategia luz (o maltrato imprescindible).

A partir del señalamiento descrito acerca del maltratador, se acota que este no solo gana el control de la situación sino que también cambia el enfoque del conflicto, puesto que al culpar a la mujer de una u otra manera distorsiona la problemática y el acto violento cometido (Velázquez, 2003). Este victimario siempre busca hacer sentir mal a la otra persona para que la misma vea el acontecimiento totalmente justificado. Lo difícil de todo esto es cuando la situación se transforma en un ciclo de violencia.

De igual modo, es fundamental saber que el golpeador es un ser que ante la sociedad muchas veces aparenta su benevolencia, e incluso acusa con frecuencia los actos malévolos. Sin embargo los agresores en realidad sienten “una ausencia total de interés y de empatía por los demás, pero desean que los demás se interesen por ellos. Se les debe todo. Critican a todo el mundo y no admiten ninguna acusación ni ningún reproche” (Hirigoyen, 1999, p. 102).

Cabe destacar que, los golpeadores pueden ser personas que iniciaron este patrón por causa de alguna ruptura en su familia o como secuela de alguna raíz de agresión presente en su hogar durante su infancia. Diversos estudios muestran que la etapa de la infancia ejerce un rol fundamental en la vida de todo ser humano, dado que los niños imitan todo lo que ven y absorben circunstancias tanto positivas como negativas expuestas en su entorno. Por tal, existen tanto personas normales y corrientes como personas afectadas por una clase de trastorno o trauma psicológico, presentando mejor pronóstico:

Aquellos que tienen sentimientos de culpabilidad y una cierta conciencia del daño y el dolor que provocan, de quienes no lo pueden hacer, porque no hay remordimientos, existiendo una falta de reacción emocional que incluye la incapacidad de imaginar el temor o el sufrimiento que experimenta la otra persona (Pauluzzi, 1999, p. 31).

Los individuos que agreden y no muestran sentimientos de remordimiento y que difícilmente admiten sus problemas y traumas internos del pasado les cuesta cambiar su actitud abusiva, dado que la toman como una herramienta para direccionar las cosas a su favor. Esta conducta agresiva los hace sentir seres poderosos y triunfantes ante toda circunstancia, lo cual es una concepción totalmente herrada de la realidad.

Esta clase de individuos se denominan agresores psicopáticos. También existen agresores cíclicos que cumplen funciones normales, pero que manifiestan gran miedo a la soledad y temor a los procesos de pérdida y separación.

Los victimarios apelan a una llamada racionalidad para justificar sus agresiones. Esta racionalidad se refiere al proceso psíquico que el agresor desarrolla: en primera instancia observa el comportamiento de su víctima y con base a ello crea argumentos que posteriormente señala como los desencadenantes de su violencia y, como una forma de justificar las acciones violentas para mantener su poder y a su víctima cerca (Velázquez, 2003). Esa racionalidad se apoya en el dominio y poder que el victimario necesita tener, y que la demuestra mediante el totalitarismo y las agresiones.

También, para describir un poco más al modo de pensar y actuar del victimario, Velázquez (2003) enfatiza que la cultura y la sociedad ha adscrito al género masculino una serie de atributos como la fortaleza, el poder y el dominio. Una forma de mantener esos atributos y de reafirmarlos es agrediendo a su víctima, y esto es muchas veces por temor a lo desconocido. Igualmente el victimario apela al recurso de las agresiones en contra de quien pone en tela de juicio sus atributos.

Cuando los victimarios se sienten desobedecidos, descalificados, o desautorizados sufren constantemente una frustración que los impulsa a llevar a cabo agresiones y actos hostiles en contra de quienes no lo obedecen (Velázquez, 2003).

El agresor se caracteriza por una noción de perversidad, la cual se refiere a usar a la víctima y posteriormente destruirla, sin sentir ningún tipo de remordimiento, pesadumbre o sentimiento de culpa. Un agresor se caracteriza por el narcisismo, el paso a la perversión, la megalomanía, el vampirismo, la irresponsabilidad y la paranoia (Hirigoyen, 1999).

Una falta de respeto, una mentira o una manipulación, son ejemplos de actos perversos que se presentan cotidianamente (Hirigoyen, 1999). Hay que agregar que “el hombre que violento deberá organizar sus formas de ejercer estos actos para disminuir la posibilidad de ser descubierto a la vez que asegura la eficacia de ejercer más poder y más violencia” (Velázquez, 2003, p.83).

De acuerdo con Hirigoyen (1999) una persona narcisista presenta al menos cinco de las características que se mencionan a continuación:

- a) Tiene la creencia de ser una persona única y muy especial.
- b) Se creen mucho más importantes que los demás.
- c) Fantasean con el poder, el dominio y el éxito sin límites.
- d) Necesitan excesivamente de la admiración de las demás personas.
- e) No es empático.
- f) Con mucha frecuencia envidia a las demás personas.
- g) Cree que es merecedor de todo, que se le debe todo.
- h) Establece relaciones interpersonales insanas, donde suele explotar a los otros.
- i) Es sumamente arrogante y lo demuestra con sus actitudes y comportamientos.

Por otra parte, con respecto a la megalomanía, otra característica de los agresores, según Hirigoyen (1999), se tiene que son personas que les encanta colocarse como un patrón de referencia en cuanto a las conductas morales, en cuanto a lo que está bien y a la verdad; se jactan de demostrar unos valores morales para presentar una buena imagen de sí mismos frente a los demás, aun cuando no sienten interés, ni empatía por los demás. Además, tienen un deseo irrefrenable de que las otras personas se interesen por ellos; también:

Critican a todo el mundo y no admiten ninguna acusación, ni ningún reproche (...)
Señalar los errores de los demás es una manera de no ver los propios, una manera de defenderse de una angustia de orden psicótico (Hirigoyen, 1999, p.102).

Con relación al vampirismo, Hirigoyen (1999) indica que esta característica se refiere al hecho de que el victimario es una persona muy envidiosa, que intenta apropiarse del narcisismo de su víctima; desea poseer lo que ella posee e incluso siente envidia hasta de la forma de ver la vida de esa persona. Ellos buscan llenar su vacío con otra persona, y con frecuencia desean poseer esa cualidad o cualidades que tienen otros y que ellos no tienen, de manera que se alimentan de la energía de sus víctimas.

Esa apropiación puede ser de índole social, tal y como sucede cuando se acercan a alguien por querer entrar en el medio en el cual la víctima se desenvuelve, por ejemplo, la clase social y económica, el medio intelectual o artístico, entre otros. Lo que principalmente envidia un victimario de su víctima es su vida, sus éxitos, su energía; son personas pesimistas que buscan arrastrar al otro hasta hundirlo en una depresión, para posteriormente culparlo (Hirigoyen, 1999).

Por ello, puede afirmarse indudablemente que lo que el perverso envidia rara vez se trata de bienes materiales: “Son cualidades morales difíciles de robar: alegría de vivir, sensibilidad, comunicación, creatividad, dones musicales o literarios” (Hirigoyen, 1999, p. 105). Asimismo, los perversos son personas irresponsables, por lo general suelen echarles la culpa a las víctimas de las circunstancias; nunca se ven a sí mismos como culpables, ni como responsables, le atribuyen a las otras personas sus fracasos y dificultades.

Por último, se puede mencionar a la paranoia como otra característica de las personas perversas. Este tipo de personas suelen ser muy moralistas y estar corrigiendo a los demás; siguiendo ese camino terminan asemejándose a las personas paranoicas (Hirigoyen, 1999). Además, una persona paranoica se suele comportar de la siguiente manera:

- a) Es muy orgullosa.
- b) Se siente superior a los demás.
- c) Es desconfiada.
- d) Poco tolerante.
- e) Tiene dificultad para expresar emociones positivas.
- f) Emite juicios erróneos interpretando eventos neutros como si se trataran de eventos adversos.

En este sentido cuando se establece la perversión en una persona narcisista, entonces es cuando se habla de perversión narcisista. Este tipo de personas como perversos narcisistas son descritos como

psicóticos asintomáticos, que fueron lastimados en su infancia y que como una forma de supervivencia transfieren el dolor que sienten a otros, así como también descargan sobre ellos las contradicciones internas que no aceptan o que no perciben. Ellos suelen lastimar a los demás porque no saben cómo existir de otra manera, puesto que así lo aprendieron. Además, el descargarse con otros también es una forma que utilizan para valorarse y sentirse superior frente a los demás (Hirigoyen, 1999).

3.3 La relación de la víctima con el victimario desde una perspectiva psicológica

En este contexto predomina el rechazo y la descalificación:

El rechazo en su peor forma se construye como desprecio, pero es aún más perjudicial para el self la descalificación. En la descalificación el self pierde la conciencia de sí mismo, su identidad, el sentido de su existencia. Es la identidad en su forma más radical (López y Aguilar, 2005, p. 11).

Si se estudia exhaustivamente la actitud del agresor siempre se va observar un deseo de control sobre la mujer, además de llenarla de amenazas hasta rechazarla por completo. El agresor va a producir en ella confusión de ideas, paralización, pérdida de identidad, culpa, vergüenza, aislamiento social, todo manipulándola a través de la estrategia de arrepentimiento.

Tal vez algunos acotaran el por qué se hace énfasis en el hombre como el agresor y es debido a que un 98% de los mismos presentan conductas agresivas de violencia de género. Según Freud entran otras implicaciones en juego como lo son: la orientación e identidad sexual.

Aunque se entiende que hombres y mujeres son violentos por igual, e igualmente responsables de la violencia familiar, se considera que el sexismo puede ser un factor facilitador y que puesto que las mujeres sufren más las consecuencias (debido a su menor fuerza física, a recibir violencia durante el embarazo, etc.) se las debe tratar con especial consideración (Ferrer, 2006, p. 191).

La violencia de género desde esta acotación se debe concebir como una percepción individualista y existencialista adyacente en el individuo, teniendo en consideración ante todo el contexto familiar, debido a la conexión con este desde su nacimiento. También, resulta contundente su estudio para evaluar la participación familiar e involucramiento de la misma y así lograr la absoluta comprensión de la causa de la violencia y su patrón repetitivo e inexplicable proyectado de generación en generación.

Partiendo de lo expuesto se hace hincapié en las “huellas de subordinación social en el psiquismo de las mujeres” (Burín y Mabel, 1974, p. 27), las cuales se ven afectadas por varios escalones de violencia que van en conjunto con la manipulación psicológica poniendo de manifiesto la afirmación de masculinidad y dominación enlazada con los patrones estructurales mentales, que quizás se puedan atribuir a las experiencias vividas en el entorno familiar.

Luego de lo expuesto, se puede mencionar que la víctima es una persona que más que por pasar como inocente como en otra época pudo determinarse, actualmente podría identificarse como una persona débil y masoquista; incluso, si se va a evaluar el papel y/o rol que cumple esta persona para el agresor, se puede observar que no significa nada especial para él, sino todo lo contrario. Es de saber que:

Todos los individuos presentan puntos débiles que, para el perverso, pueden llegar a convertirse en puntos de enganche. La víctima es cómplice de su agresor no tiene sentido en la medida en que esta, por el efecto del dominio, no dispone de los medios psíquicos para actuar de otro modo. Está paralizada (Hirigoyen, 1999, p. 110).

Los actos de violencia más frecuentes son los perversos en los que la víctima se ve bastante afectada dado que los victimarios la llevan a tal punto que llegan a autodestruirse. Estos agresores destruyen el orden, descentralizan todo, y procuran llevar el amor ilusorio de su pareja a un desamor. Sin embargo, lo más extraño de todo esto es que la víctima se vuelve conscientemente participe de los actos agresivos a causa de su debilidad más que inocencia.

Sigmund Freud determinó tres formas particulares del hecho masoquista: el masoquismo femenino, masoquismo erótico y el masoquismo moral, este último maneja un enfoque activo transformado en sufrimiento, puesto que aquí el victimario se complace del sufrimiento. En el masoquismo freudiano ambos sienten placer con la agresividad.

Por otra parte, el masoquismo sin disfrute conlleva a la culpa y a la vergüenza. La culpa por los tres móviles fundamentales que son: la sociedad, el victimario y la víctima misma, manifestándose claramente por la persona que ha sido maltratada, muchas veces por inducción del agresor o por el señalamiento de individuos externos, quienes en vez de ayudar le ocasionan más daño haciéndolas sentir culpables y responsables de ser maltratadas.

Por otro lado está la vergüenza, la cual va a ocasionarle dificultades de comunicación social al sentirse culpable, colocándola en una posición compleja e incómoda ante los demás ya sean amigos,

familiares, compañeros de trabajo, profesionales, entre otros. Ahora bien, debido a las barreras de comunicación mencionadas, la víctima se enfrenta a diversas realidades como:

- a) Escasa credibilidad por parte de sus allegados.
- b) Creencia de que la violencia fue provocada.
- c) Señalamiento por parte de su entorno familiar, debido a la advertencia previa dicha por los mismos sobre su pareja.
- d) Sumisión de las consecuencias acaecidas por las decisiones tomadas.
- e) Creencia de cambio por parte del victimario luego de los hechos acontecidos.

Si bien es cierto que la mujer dispone con quien o no estar a veces su suerte resulta contraria siendo víctima de agresión, y luego por miedo o vergüenza le es difícil romper este ciclo que llega a formar parte de su cotidianidad.

La víctima siempre va a querer afirmar que conoce al hombre que está a su lado, cuando en realidad esto no es del todo cierto. Los victimarios son generalmente personas con temperamento variante de acuerdo a cada circunstancia, a veces son muy impulsivos otras veces más controlados, son personas inestables emocionalmente.

Lo curioso de los casos de violencia, en los que no se admite lo que es capaz de hacer el agresor es que las mujeres solo se quedan viendo como el abuso va aumentando en escala hasta llegar a un punto totalmente explosivo, en donde el victimario descarga toda su molestia contra ella y aun así sigue justificándolo.

Finalmente, después de recibir toda la descarga de violencia la mujer siempre va a buscar una excusa para no dar cabida al proceso de separación, ya sea por temor, duda, culpa o por causa de las constantes amenazas del victimario. En todo caso, independientemente, es una etapa bastante dura que da mucho que decir y requiere fundamentalmente tratamiento psicológico.

En este tema es importante conocer ocho factores que inciden en la fase de dominio del agresor en relación a la víctima:

a) La Renuncia:

Tanto el agresor como la víctima toman una actitud de evasión del conflicto. Aquí el victimario va a agredir pasivamente a la persona a través de pequeñas indirectas con la finalidad de que estas le produzcan un alto grado de desestabilización que, a la larga, como es de esperarse terminan tolerando, pensando que su reacción es simplemente una medida de solución práctica a su alcance.

En este proceso de renunciación ambos van a mantenerse enlazados por unanimidad de pensamiento mediante una especie de alianza. Sin embargo, la realidad vivida es el sometimiento por la dominación impulsiva y nefasta del agresor, quien se aprovecha de su víctima a través de técnicas de manipulación psicológica para hacerla sentir mal produciendo en ella solamente un sentimiento de resignación que no le da más nada que hacer que aguantar todos los abusos cometidos por el victimario. Esto, permite el afianciamento de la seguridad de poder y dominio del individuo agresor.

b) La confusión:

El mismo hecho de dominio del agresor hace que las víctimas siempre se sientan confundidas ante los acontecimientos, y a veces llegan a estar confundidas a tan alto grado que no saben cómo reaccionar ante la violencia. Lo difícil de este sentimiento es que a pesar de darle la razón absoluta al agresor prefiriendo someterse, su confusión se transforma también en tensión, la cual le ocasiona ansiedad de manera exorbitante, renunciando así, a su identidad propia, autoestima y gestión personal adecuada.

La víctima sufre de una anulación de sus facultades, no saben quejarse o no se atreve a hacerlo. La confusión que atraviesa la víctima es de tal magnitud que anula toda posibilidad de reacción, aun cuando estén conscientes de que están siendo maltratadas. El sometimiento frente al agresor se vislumbra como la única opción que tiene la víctima (Hirigoyen, 1999).

Luego de esta cruel realidad afirmada, el agresor solamente decide abandonarla, puesto que al quitarle todo sentido de la vida a la misma ya no tiene nada que tomar o perder. Es decir, que podría decirse que el agresor es una especie de vampiro consciente, pues al robarle toda la energía a la víctima la deja sumisa y paralizada en un rincón. Hecho que resulta lamentable, pero que es real y adyacente a la violencia de género.

c) La duda:

En esta fase, a la víctima le resulta difícil creer la situación ocurrida a partir del acto de violencia, le parece casi imposible que la persona sea capaz de cometer cosas tan inimaginables y que la compasión sea tan ausente en esos instantes en los que pareciera que les agrada el ver sufrir a sus seres amados o aun a individuos fuera del contexto familiar.

En este aspecto, Hirigoyen (1999) agrega que según las propias víctimas:

Lo que da lugar a la angustia no son tanto las agresiones más claras como las situaciones en las que no tienen la seguridad de no ser en parte responsables. Confiesan sentirse aliviadas cuando su agresor se quita la máscara (Hirigoyen, 1999, p.120).

No obstante, la duda se manifiesta cuando la víctima es la que niega la realidad que enfrenta, atribuyéndole sentimientos que el agresor no posee, como una forma de encontrarle una explicación lógica y una justificación a los actos violentos ejecutados abiertamente por el agresor.

Luego que la víctima termina negando por completo el hecho acontecido, le parece increíble que el victimario carezca de sentimientos de tristeza o culpa, por lo que podría decirse que estos abusadores son individuos afectados mentalmente y que también a partir de esta duda manipulan a la víctima, llevándola a tratar de justificar los hechos pero sin obtener respuesta alguna.

Lo triste de esto, es que al no encontrar la razón de la violencia estas mujeres maltratadas “pierden su seguridad en sí mismas y se vuelven permanentemente irritables o agresivas repetidamente. Buscan explicaciones lógicas, pero el proceso es autónomo y no tiene nada que ver con ellas”(Hirigoyen, 1999, p. 121), y lo peor del asunto es que las personas allegadas a ella emiten comentarios no gratos en donde solo la juzgan y señalan, atribuyéndole la culpa por completo en vez de ayudarla a efectuar el proceso de denuncia del agresor y ofertarles el boleto de salida de este ciclo tan vil.

Hirigoyen (1999) infiere que la duda es una consecuencia dentro de la fase de dominio porque la víctima busca entender el porqué del comportamiento agresivo de su pareja, tratando de hallar la razón por la cual el agresor la trata de esa manera, y en esa búsqueda, la víctima comienza a sentirse como la responsable que desencadena esa violencia dentro de la relación, y comienza a desarrollar sentimientos de culpa alejados de lo que realmente sucede.

Por su parte, el victimario, ante los cuestionamientos de su pareja para tratar de comprender sus acciones violentas, esquivo de forma inmutable tales incertidumbres, lo que genera mayor impotencia en la víctima (Hirigoyen, 1999).

d) El estrés:

Aunque la sumisión es la decisión que frecuentemente ejecutan las víctimas, a la larga los lleva a estados de ansiedad y tensión que perjudican considerablemente su salud. Esta tensión puede asumirse como estrés en el que el “organismo reacciona adoptando un estado de alerta y produciendo sustancias hormonales, una depresión del sistema inmunitario y una modificación de los neurotransmisores cerebrales” (Hirigoyen, 1999, p.123).

Hirigoyen (1999) plantea que es el precio que las víctimas pagan por aceptar la sumisión y acumular tensión interior que perjudica su salud. La víctima evita a toda costa generar un disgusto en el otro, y a calmarlo cuando este se altera, suprimiendo su propia reacción frente a ese tipo de situaciones.

Por ello, el cuerpo humano cuando se enfrenta a situaciones de estrés desarrolla un estado de alerta, una producción de sustancias bioquímicas y una supresión del sistema inmunitario; esta es la manera en como el organismo se adapta a situaciones de tensión. Cuando el estrés es afrontado y superado, el organismo vuelve a normalizarse. Pero, si se sufren continuos episodios de estrés, se pueden presentar trastornos crónicos (Hirigoyen, 1999). Adicionalmente, la víctima se va agotando y desgastando, tanto a nivel físico como a nivel neurovegetativo, y mientras tanto el victimario como si nada evade el estrés y el sufrimiento debido a que señala como responsable de todos sus trastornos a la víctima.

Todo esto puede traer como consecuencia desórdenes, tanto funcionales como orgánicos en las víctimas, al agotarse la resistencia del organismo frente al estrés (Hirigoyen, 1999). Asimismo, debido a la serie de fracasos, la víctima se desmoraliza y va perdiendo las esperanzas, anticipándose al pensar que sus futuros intentos por cambiar su situación también terminarán siendo fracasos, lo que consecuentemente aumenta sus niveles de estrés y le permite darse cuenta de que los medios de defensa hasta entonces aplicados han sido inútiles.

En conclusión, las personas maltratadas aparte de sentir culpa, vergüenza, amor ilusorio y duda, también presentan altos grados de tensión que van de la mano con el bajo autoestima, manifestando síntomas como: dolor de cabeza, irritabilidad, ahogo, nerviosismo, palpitaciones, y grandes manifestaciones de ansiedad. Los maltratadores son muy ajenos a estos síntomas, mientras que las personas afectadas suelen ser bastante susceptibles, a tal grado que pueden llegar sentir todo lo descrito doblemente.

e) El miedo:

Una víctima también desarrolla temor frente a su agresor. Le teme a las reacciones de su pareja violenta, a sus agresiones físicas, a su frialdad, al sarcasmo, a los comentarios hirientes, al desprecio y al escarnio; viven en un vilo continuo (Hirigoyen, 1999).

Además de ello, sea cual sea la posición o reacción de la víctima frente a ese miedo, siempre termina viéndose afectada, a pesar de sus esfuerzos por modificar la situación: cuando reacciona con benevolencia por la esperanza de que el odio puede ser derrotado por el amor, el victimario se vuelve más violento, al percibir que la víctima es muy superior a él; por otro lado, cuando la víctima reacciona

con odio, entonces el victimario se hace el mártir y el maltratado, aun cuando fue él quien generó ese tipo de respuesta en la otra persona (Hirigoyen, 1999).

Esta clase de miedo se caracteriza por un sentimiento de terror ante la posible reacción del agresor previamente al acto de violencia, puesto que los mismos son individuos que hieren constantemente, despreciando y desprestigiando siempre a la mujer. Asimismo, este hecho hace que la víctima evite comunicarse puesto que desconocen si la respuesta va a ser asertiva o totalmente degradante. Es por ello que las víctimas “tienden a mostrarse cada vez más amables y conciliadoras” (Hirigoyen, 1999, p.123).

f) El aislamiento:

De igual manera, la víctima decide aislarse debido a la falta de apoyo externo. Incluso, en algunos casos, la mujer maltratada es incomprendida y se llega a percibir la sensación en ella de que está exagerando la realidad. Además, cuando sufren agresiones por parte de su pareja frente a terceros, suelen proteger al agresor justificando que sus propias reacciones fueron excesivas, colocándose entonces en una posición de defender a su agresor frente a terceros para evitar un conflicto mayor (Hirigoyen, 1999).

La violencia de género tiene un hecho bastante singular, y es que la persona maltratada se siente sola, en donde ni siquiera sus amistades están al tanto de lo que les ocurre, es más piensa que si ellos se llegasen a enterar se crearía un conflicto grande con el agresor, debido a las constantes amenazas que este infringe sobre ella.

g) Indefensión:

La víctima cree que no cuenta con ningún medio para defenderse, puesto que considera que nada de lo que haga cambiará la situación de abuso del cual es víctima. De hecho que procura percibir el abuso como algo normal dejando de lado sus derechos por la falsa creencia de que el agresor cambiará. Esto puede traducirse como negación de la situación por la creencia de no contar con herramientas o estrategias necesarias para su defensa. Esto va de la mano con el bajo autoestima por la desconfianza de sus capacidades gracias a la desvalorización que infunde el victimario sobre ella.

h) Ambivalencia por esperanza:

Aunque a la víctima no le agrada ser maltratada física y psicológicamente no imagina el hecho de separarse del agresor de una vez por todas, cosa que tal vez pudiese relacionarse con la denominada dependencia. Esto ocurre mayormente cuando las víctimas son personas tan reprimidas que dejan la independencia y se someten al victimario, ya sea por ayuda financiera o por algún vínculo familiar.

Por ello, prefieren tener la esperanza de que su compañero cumplirá su fiel promesa de cambio, lo cual aunque suene repetitivo resulta un hecho en más de una ocasión falso. Esta fase se cumple en lo que conferido al núcleo familiar, en casos de violencia de género extra-familiar es nula.

i) Ciclo de comportamiento del victimario y la víctima:

En situaciones de violencia de género especialmente dirigida a mujeres se expone un ciclo particular de comportamiento tanto por parte del hombre como de la mujer en respuesta a la agresión, en donde la víctima se convierte en una persona vulnerable y frágil. A continuación se expresarán características distintivas de las conductas presentadas según Pauluzzi (1999).

- Por una parte, las mujeres comienzan a tratar con todo su esmero de controlarse psicológicamente ante las agresiones negando y evadiendo la situación.
- Se culpabilizan al verse responsables de la situación de violencia.
- Procuran controlar los medios que están a su alcance para disfrazar la circunstancia negando el hecho de violencia ante su familia, amigos, compañeros y conocidos.
- Observan la idea de escaparse como algo no factible.
- Entran en un estado severo de depresión que las hace aislarse de todo lo que rodea su entorno.
- Nunca buscan ayuda después de la agresión a no ser de que hayan sido afectadas gravemente por algún abuso físico más que psicológico.
- Creen en las palabras de arrepentimiento del agresor y la promesa de que cambiarán.
- Contrariamente la manifestación de tensión de los hombres es antagónica a la conducta de la mujer, puesto que los mismos por su deseo ferviente de dominio van a tener concepciones erradas en contra de su víctima.
- Tienen la creencia de que pueden violar los derechos y agredir cuando les plazca.
- Omiten el hecho de que pueden ser castigados legalmente por sus actos de agresión.
- Creen que con su agresión están disciplinando a la mujer, y ejerciendo así control y dominio sobre ella.
- Generalmente piden perdón luego de cometer el abuso.
- Y si son medicados o participantes de alguna terapia abandonan el proceso antes de concluirlo.

Los victimarios siempre tienen la creencia de que solo le están dando una lección a su víctima, y no observan el verdadero daño que están causando. Y cuando se les pasa la mano solo le echan la culpa a cualquier sustancia tóxica ingerida. Lo más grave del asunto es que mantienen este tipo de conductas en ocasiones por largos períodos de tiempo.

Ahora bien, en las consecuencias generadas por conductas violentas a largo plazo interviene la concientización del hecho por parte de la víctima, saliendo a relucir la cruel realidad causada por el victimario mediante el proceso de aceptación y asimilación de la realidad. Como se mencionó con anterioridad, Hirigoyen (1999) resalta que la relación entre la víctima y el victimario se pudiera entender en dos fases: la primera, una fase de dominio en la cual la víctima es paralizada, y posteriormente una fase de destrucción.

En cuanto a la primera consecuencia inconscientemente tanto la víctima como el victimario desarrollan una relación caracterizada por evitar los conflictos mediante una actitud de renuncia (Hirigoyen, 1999). Pero, con el tiempo, la víctima se va volviendo cada vez más sumisa a su agresor, y este último se va haciendo más dominante y va desarrollando sentimientos de poder sobre la víctima hasta toparse la misma con la segunda fase de destrucción en donde siente que no puede más con la situación.

j) El choque:

En este punto, la persona se vuelve víctima consciente de la agresión, puesto que previo a esto no veía la realidad con total claridad, sino que tomaba todos los asuntos con normalidad, a pesar de las acotaciones de los testigos allegados, que observaban la sumisión en la que se encontraba. Este choque representa la comprensión absoluta de la manipulación de la que fue objeto durante mucho tiempo.

En esta fase comienzan a sentir las heridas causadas, se sienten abandonadas y desmoronadas por haber caído en tal vacío por un largo período, por lo cual comienzan a emerger otros sentimientos en ellas como la angustia y el dolor profundo debido al gran malestar acontecido y del que hasta ahora son conscientes. Para estas víctimas es como una daga clavada en su pecho sintiéndose como “un boxeador que está por los suelos y al que siguen moliendo a palos” (Hirigoyen, 1999:125).

Para Hirigoyen (1999) cuando la víctima toma conciencia de que está siendo agredida por su pareja por placer experimenta un choque emocional. Ese choque implica un punto de inflexión de la situación: a partir de él se sienten un poco más confiadas, y al mismo tiempo desamparadas, engañadas, heridas, sienten haber perdido la dignidad y la autoestima de una manera brutal. Finalmente, se dan cuenta de que están siendo objeto de manipulaciones y maltratos por parte de su pareja, de que han sido abusadas e irrespetadas.

En el choque, las víctimas sienten vergüenza de la sumisión con la cual reaccionaban ante las actitudes y acciones de su agresor. “La vergüenza se debe a que toman

conciencia de su propia indulgencia patológica, que ha dado pie a la violencia de su agresor” (Hirigoyen, 1999, p.126).

Incluso, cuando la víctima abre los ojos en su totalidad, también se despierta en ella fervientes deseos de vengarse del victimario, y deseos de recuperar su identidad propia y su dignidad. Del mismo modo, también esperan que el agresor se disculpe, algo que no suele pasar (Hirigoyen, 1999).

Algo curioso, es que quizás también puede ocurrir el caso de que se desequilibre emocionalmente luego de aceptar que ha sido herida, puesto que la fase del dominio la ha desgastado con el transcurrir del tiempo de un modo tan devastador que le ha generado un agotamiento psíquico grande.

Igualmente, se sienten defraudadas, decepcionadas y manipuladas, sintiendo por primera vez el gran aprovechamiento del que fueron sujetas. En este momento de choque descubren que perdieron su dignidad y que su ilusión de amor se desmoronó, además de interrogarse acerca del por qué no reaccionaron antes ante tal hecho que pareciera absurdo pero que gravemente afectó su salud y su percepción de la vida.

k) El desequilibrio:

En este sentido, Hirigoyen (1999) señala que el victimario ejerce la violencia con pequeños actos o toques de forma indirecta para ir desestabilizando poco a poco a su víctima, es decir que no comienza a crear un conflicto de manera abierta, sino de forma intrínseca. Luego la víctima por temor a la consolidación de una ruptura con su pareja, se vuelve condescendiente y se somete al victimario.

El desequilibrio se manifiesta posteriormente a la fase de dominio en donde las víctimas se sienten agredidas y débiles ante el fuerte control arremetido por el victimario. No obstante, al darse cuenta de esta violencia de la cual formaron parte muchas veces bajan su capacidad de resistencia y entran en una etapa de desequilibrio psíquico, mezclado en ocasiones con trastornos que afectan su salud desmedidamente. Todo por causa del ciclo de violencia del que fueron sujetas, además, por este mismo desequilibrio energético los individuos maltratados comienzan a mostrar signos de depresión y ansiedad.

Lo curioso de todo esto es que este proceso conduce a las víctimas en ocasiones a “reacciones violentas que terminan con su ingreso en hospitales psiquiátricos” (Hirigoyen, 1999, p.126). ¿Por qué ocurre? Por la sumisión a las manipulaciones del agresor durante tanto tiempo por amor y miedo, ilusionándose con momentos que son solo ficticios e incambiables. Y al perder ese valor por la persona que les ha causado tanto daño, rompen ese ideal que tuvieron durante un tiempo largo en su mente.

Y lo más grave de todo, es que la acumulación de estos sentimientos que hasta ahora surgen y son emitidos pueden ocasionarles ciertas enfermedades físicas como: dolor estomacal, úlceras, pérdida de peso, debilidad, afecciones del corazón, y otras. Estos síntomas se hacen presente no por la agresión, sino por todo el daño psíquico en su ser, por esa incapacidad de reaccionar con anterioridad y de guardar importantes emociones por causa del acorralamiento que el agresor le hacía sentir hasta lograr y direccionarla a este sencillo y claro pensamiento: “Haga lo Haga, se equivoca; haga lo que haga, es culpable” (Hirigoyen, 1999, p. 126).

Francis Girod expresaba que el perverso siempre va a manipular a la víctima hasta que la misma desee atentar contra él. Sin embargo, a la final en variadas circunstancias deciden atentar contra su propia vida cometiendo acto de suicidio como única salida para lograr la ruptura del ciclo de violencia.

l) La separación:

Luego de abrir los ojos ante la realidad de la agresión a la que fue sometida por el maltratador, la víctima tiene dos opciones para solucionar la circunstancia. La primera es aceptar todo con normalidad como si nada pasara y continuar con esa vida hasta destruirse por completo. Y la segunda es levantarse y tomar la decisión de no someterse más ante tal violencia y separarse en su totalidad de ese individuo que tanto daño y heridas le causó.

Lo único, es que siempre el hecho de romper un dominio tan grande va a ser un proceso complejo, y por ende se ven en la necesidad de recurrir a psicólogos, psicoterapeutas o psiquiatras para que le ayuden a romper ese ciclo de violencia que les ha arruinado su vida. Por lo general, recurren a fármacos ansiolíticos o antidepresivos que le permiten sentir tranquilidad y control de su miedo, nerviosismo y ansiedad que parecen estar fuera de orden, luego de aceptar el círculo la cruda realidad en que se encuentra envuelta.

Sin embargo, el agresor perverso nuevamente va a tratar de manipular y controlar la situación transformándose en víctima por el vínculo que los une en el caso de tener hijos, o por el amor caprichoso que supuestamente siente hacia la víctima. Es decir que, la víctima ante la posible amenaza de separación, cede muchas veces al percibir que no hay posibilidad de llegar a un acuerdo justo con el victimario. Se podría acotar que la víctima asume una actitud preventiva para no poner en riesgo la relación en caso de no querer separarse aun cuando se vea perjudicada, destacando que lo único que conseguirá es conservar a la pareja, porque las condiciones que promueven los actos de violencia no se verán modificadas (Hirigoyen, 1999).

El victimario por ser de armas tomar, va a buscar estrategias para tratar de reconciliarse con la mujer, y es entonces cuando ella deberá ser firme decisión. Por ello, “con las separaciones, el movimiento perverso, hasta entonces subyacente, se acentúa, y la violencia solapada se desencadena, pues el perverso narcisista percibe que su presa se le escapa. La misma separación, una vez consumada, no interrumpe la violencia” (Hirigoyen, 1999, p. 27).

La separación no es fácil, ya que:

Algunas personas que se encuentran sometidas a un dominio demasiado poderoso o muy antiguo no son capaces ni de huir ni de luchar (...) Solamente quieren «aguantar», soportar su situación de sometimiento sin demasiados síntomas y seguir poniendo buena cara (Hirigoyen, 1999, p.128).

Por ello, el victimario en un proceso de separación suele hacerse ver como la víctima que está siendo abandonada injustamente por su pareja, y toma esa situación como una justificación para continuar e incluso aumentar la violencia. El victimario, al sentirse perjudicado, se vuelve más agresivo y chantajista; no suele mostrar signos de arrepentimiento o remordimiento, ya que, para él, el sufrimiento ajeno no tiene importancia (Hirigoyen, 1999). Incluso, en los divorcios y separaciones se presentan con mucha frecuencia diversos actos de violencia perversa, caracterizados por una violencia acentuada, debido a que sienten que pierden su objeto de placer.

Posterior a la separación, se puede observar que continúa la violencia verbal contra la mujer a través de las pocas conexiones que aún quedan entre ambos, como el caso de los hijos, o a través del acoso, que suele ser llevado a cabo mediante una invasión de la vida cotidiana de la persona que fue su pareja y víctima, a través de llamadas telefónicas constantes, al esperarla en la salida de su trabajo, e incluso al realizar amenazas tanto directas como indirectas (Hirigoyen, 1999).

Es por eso que, en diversos países se han implementado órdenes de protección y alejamiento, con la finalidad de que ese acoso cese, de igual forma para minimizar las agresiones conyugales directas (Hirigoyen, 1999).

m) El progreso:

Este proceso se hace efectivo después que las víctimas se separan del agresor. En esta última fase comienzan a sentir varias emociones e inician un proceso de asimilación del aprendizaje, luego de la experiencia vivida. Después de superar la fase de choque y el proceso de separación, la persona maltratada siente alivio y libertad para hacer nuevas cosas de manera independiente.

Diversas víctimas del agresor superan por completo la situación de la que fueron sujetos durante largo tiempo, otras se ven afectadas por el recuerdo creando cierto trauma, tras lo transcurrido lo que los hace aislarse un poco del ámbito social, simplemente como una medida preventiva para no volver a vivir una experiencia similar.

Algunos individuos a causa de esta violencia se afectan psicológicamente, presentando algunos problemas de hipertensión, úlceras, fatigas crónicas, ansiedad, e incluso se vuelven dependientes de medicinas o sustancias como antidepresivos, ansiolíticos, alcohol y otros fármacos que solventan todos estos síntomas postraumáticos, otros aplican estas medidas en el proceso de agresión como se acotó previamente.

Ahora, lo complejo es cuando la persona, luego de ser víctima se encuentra dominada por conductas agresivas ante cualquier acto o palabra dirigida a ella, mostrando así una especie de secuela del episodio traumático del cual fueron víctimas, y si es un hombre la víctima que permanece afectada puede incluso repetir el patrón con su nueva familia.

Por ende, es fundamental participar de psicoterapias que mengüen esos hechos vividos que vuelven a su memoria una y otra vez y que deben ser solventados para evitar daños o heridas hacia el mismo o hacia otros individuos en respuesta al momento traumático no superado.

Por ejemplo, en el caso de violencia sexual, la víctima se ve afectada psicológicamente, “confunde la percepción masculina acerca de ella con la subjetividad femenina” (Burin y Meler, 1974, p. 31). En estos momentos la mujer recibe constantes burlas acerca de su sexualidad, además de recibir golpes fuertes, débiles y frecuentes demandas de sexo no deseado, lo cual puede traducirse como agresión o abuso.

En una pareja, cuando se pierde el afecto o cuando se registra una proximidad excesiva, e incluso invasiva, de la libertad personal, comienzan las distorsiones en dicha relación. Cuando se habla de proximidad excesiva, se refiere a que el agresor intenta establecer una relación de dependencia, de propiedad y dominio, para sentirse superior a su pareja y para hacerle sentir que él tiene el control en la relación y la víctima comienza a ser sumisa y tolerante para evitar conflictos en su relación (Hirigoyen, 1999).

Este proceso solo es posible gracias a la excesiva tolerancia de la persona agredida. Los psicoanalistas interpretan a menudo que esta tolerancia está relacionada con los beneficios inconscientes, esencialmente masoquistas, que la víctima puede obtener de la relación (Hirigoyen, 1999, p. 16).

En otras palabras, se puede decir que en la primera fase las víctimas se someten a los abusos de sus victimarios a través de una alianza inconsciente y una resignación a los mismos. Sin embargo, aun cuando hay víctimas que llegan a identificar y a quejarse de las actitudes negativas de su pareja agresora, justifican la violencia que el agresor ejerce sobre ellas, resaltando los aspectos positivos de su personalidad (Hirigoyen, 1999). De igual forma, esa tolerancia de la víctima frente a las agresiones de su pareja puede incluir la comprensión de los antecedentes familiares del mismo.

Por tal, es importante tomar consciencia de los actos de violencia de género y sus diferentes manifestaciones siendo las expuestas aquí solo un peldaño de todas las formas posibles de violencia presentes en la sociedad actual y que deben ser tratadas con suma seriedad para su control, a partir de la aplicación de terapias tanto a las personas abusivas como a las víctimas de los actos de agresión que han sido fuertemente heridas al igual que el agresor por algún trauma ocurrido en su pasado, pues: “Las mujeres víctimas de violencia de género tienen derecho a servicios sociales de atención, de emergencia, de apoyo y acogida y de recuperación integral” (Mujeres en Igualdad, 2009, p. 29).

Además, se debe tomar en consideración que la violencia de género está asociada a insultos, desprecios, humillaciones y constantes manipulaciones, que solo permiten que el victimario se alegre de su dominio. Esto se ve reflejado implícitamente por el gran sufrimiento psicológico que le causaron a su víctima.

Para el hombre agresor pasivo, los celos y el gran deseo de posesión suele ser la principal arma. También se irritan con frecuencia, pero tratan de mantener todo bajo control. Estas personas actúan de manera impulsiva e incluso se enojan con facilidad, igualmente son posesivos, temperamentales y con muy baja autoestima.

En el caso de la mujer, en lo que concierne al hecho de anticipar psicológicamente lo que puede llegar a ocurrir, la tensión suele ser mayor, y esto la hace ponerse bastante inquieta, deprimida y reprimida, además de somatizar sus emociones como manifestaciones de alergia en su piel y garganta, tensión arterial elevada, agitación, entre otras cosas (Mujeres en Igualdad, 2009).

Si se evalúa cuál es la otra arma fundamental que utilizan los agresores para amedrantar a sus víctimas, la respuesta va a ser sus hijos, para aprovechar así, a pisotear a la mujer hasta hacerla sentir como una esclava. Cabe destacar que este tipo de maltratos también se produce entre homosexuales.

La violencia de género, entonces, “se trata, ante todo, de un maltrato que se produce en la intimidad de una relación de pareja, cuando uno de los dos miembros, con independencia de su sexo,

trata de imponer su poder por la fuerza” (Hirigoyen, 1999, p.15). Lo cual va más allá de cualquier cultura o posicionamiento de la mujer, gay u hombre ante la sociedad actual.

Por otro lado, el victimario probablemente tenga toda una historia que le causó un daño profundo en su vida. A partir de esto su consuelo por así decirlo, va a ser el creer que solo está haciendo lo mejor para su mujer aunque esto no sea cierto, y en algunos casos por un lapso de tiempo corto comienza a tomar medidas de cambios, que provisionalmente hacen que la mujer cambie de parecer y observe nuevamente el amor y la persona en la que un día fijó su mirada. Este hecho permite que la mujer lo perdone con mayor facilidad, esperando que este no la agreda más, lo cual resulta falso a la final.

A partir de lo expuesto, se puede decir que la violencia de género va de la mano con la violencia familiar dada por varios factores determinantes como traumas de la infancia por abuso, dependencia a sustancias tóxicas, como ya se acotaba con anterioridad. En conclusión, el victimario va a tomar conductas agresivas en su entorno familiar y de pareja como consecuencia originada por causa de experiencias y vivencias complejas no superadas con el tiempo.

Según Pauluzzi (1999) el efecto de esta violencia se relaciona con los siguientes aspectos adheridos a la vida tanto de la víctima como del victimario: Educación, administración de justicia, salud, ámbito laboral, calidad de vida, seguridad, violencia social y otros problemas inmersos en su cotidianidad. Y para comprender antropológicamente y psicológicamente este sistema se deben estudiar también los mitos y creencias inmersos en la sociedad además de los tabúes de sumisión que tienen varios siglos de historia, entre ellos, el patriarcado.

En todo caso, la víctima debe buscar salir de esa situación, por lo que la asistencia a la víctima, la psicología y la psicoterapia pueden jugar un rol fundamental.

3. 4. La Asistencia a las víctimas de violencia de género

Al respecto, hay que resaltar que muchas veces la perversidad y la violencia enmascarada se hace tan cotidiana en la vida de la víctima que ni siquiera parece notar que está siendo agredida de alguna manera (Hirigoyen, 1999). En este sentido, la violencia puede iniciarse con acciones aparentemente triviales, que en su momento no se consideran como un perjuicio de grandes dimensiones, pero que van generando secuelas en el plano psicológico, aparentemente imperceptibles, y van abonando el terreno para un posible acto más atroz.

De allí que, el entorno cercano, representado por la familia, la comunidad y el sitio de trabajo, juegan un papel fundamental para favorecer o contrarrestar los actos de violencia, ya que, en la medida en que la víctima se sienta segura y apoyada podrá ser capaz de poner al descubierto estos actos; pero si por el contrario, no siente esa confianza y ese apoyo en el mundo social que la circunda, tenderá a callar y a sufrir a solas las consecuencias de la violencia (Hirigoyen, 1999). Esta circunstancia, de indefensión e inasistencia, inevitablemente podría contribuir con el deterioro de su salud mental.

De hecho, es justamente la sociedad con su silencio cómplice y su resistencia a enfrentar la realidad de los actos de violencia de género, la que contribuye con la censura de las implicaciones materiales, psicológicas y sociales que producen efectos nefastos en la salud mental de las víctimas y que las lleva a callar, a no denunciar y a aguantar ocultamente toda clase de maltratos (Velázquez, 2003). Ese pudor colectivo sórdido genera el escenario perfecto para que la violencia llegue a su máxima expresión y es allí, justamente, cuando se producen los hechos irremediables que trastocan la fibra colectiva y que la sociedad reacciona por constituir un evento de conmoción comunicacional. Pero, si tan solo se atendiera a las más mínimas señales de agresividad y maltrato, se presentarían menos casos de violencia de género. Por eso, la prevención de la violencia de género debe partir de una concienciación profunda y real que haga reflexionar a la colectividad acerca de la participación que tiene en la consolidación o erradicación de la violencia.

Sobre este particular, hay que agregar que la sociedad no solo puede llegar a ser un cómplice inerte, sino que también concurre en la promoción de una concepción desvirtuada de la violencia, asumiendo ciertas prácticas de maltrato como justificadas para corregir los comportamientos que se consideran inadecuados (Velázquez, 2003). De allí que aun cuando la colectividad pueda estar consciente de la presencia de un acto de violencia, no se implementen estrategias de atención, amparo y defensa, porque simplemente se desdeñan las posibles consecuencias orgánicas y psicológicas en la vida de las víctimas. Sin embargo, si se adopta una postura proactiva frente a los hechos violentos de género, el accionar de la sociedad trascenderá de la mera sensación de malestar a la puesta en marcha de iniciativas que conlleven a comprender las implicaciones de la violencia de género y a la detección de los casos, para brindar la debida asistencia profesional.

Por tal motivo, la asistencia a las víctimas de género debe poner el énfasis en el abordaje terapéutico interpersonal, ya sea, a través de la terapia familiar, de pareja o incluso grupal, las cuales, representan estrategias innovadoras para la intervención psicológica en estos casos (Burin, 2010a). Precisamente, por el papel que juega el contexto de la víctima en el fortalecimiento o supresión de la

violencia de género. Estas nuevas perspectivas integradoras y ecológicas de la atención psicoterapéutica contrastan con la visión tradicionalista de la terapia individual, que se enfoca exclusivamente, en la evaluación y el tratamiento de los aspectos emocionales y particulares de la víctima, sin reconocer la influencia de los factores externos y la relevancia de la actitud asumida por los otros en la constitución de los mecanismos psicológicos del Yo de la víctima para hacer frente la situación de violencia.

A propósito de esto, se debe tener en claro que en la asistencia a las víctimas de violencia de género se deben considerar dos procesos fundamentales, como son: los procedimientos que desde diversas instancias institucionales y comunitarias promueven la prevención de estos casos y la intervención psicoterapéutica interdisciplinaria para paliar las consecuencias negativas que influyen en la salud mental de las víctimas (Velázquez, 2003). Por ello, es esencial analizar las implicaciones que estos mecanismos tienen en la lucha contra la violencia de género a la luz de la evolución adversa de la naturalización y justificación de la violencia por parte de la misma víctima, la expectación pasiva del entorno cercano y de la sociedad ante los episodios manifiestos de violencia y la impotencia de los profesionales y los organismos dedicados a abordar el tema.

Sobre este particular, vale destacar que la concepción de la violencia como algo natural en el seno de la sociedad, parte del enfoque que se asuma en torno al hecho violento. Por ejemplo, si se observa públicamente que un hombre agrede a su esposa con una bofetada, esto se interpretará indiscutiblemente como un acto de maltrato (Romero, 2004); pero la apreciación puede ser diferente si el hombre la trata con un tono de voz elevado y soez. En este caso, hay que destacar también la incidencia que tiene el factor cultural.

De igual manera ocurre con la postura adoptada por la víctima, ya que la evidencia empírica ha demostrado el estado de naturalización que muchas mujeres le han dado a la violencia, llegando considerar que no están siendo maltratadas, cuando realmente sí son objeto de violencia. Esto significa que muchas mujeres ni siquiera saben que las están maltratando porque toman las experiencias violentas como algo normal. Incluso, hay algunas víctimas que sienten afecto por su agresor e intentan ayudarlo para que supere sus manifestaciones de violencia, callando y especulando que posiblemente deje estas actitudes y lleguen a sentir culpabilidad si intentan denunciarlo (Romero, 2004). Sin embargo, esto no es más que parte del control psicológico que ha ejercido el victimario y de la noción que la víctima ha creado en torno al significado de la violencia, considerando las creencias del imaginario social y cultural en el cual está inmersa.

En atención a esto, la situación de violencia que padecen las víctimas de género se invisibiliza en la sociedad y en la misma constitución personal de las agraviadas. Todo esto, porque en la mayoría de los casos, la violencia se va expresando de forma gradual y sutil, con episodios y maltratos de baja intensidad que rayan en la consideración de la trivialidad y que la víctima y los espectadores pueden calificar de normales. Estas manifestaciones de violencia por parte del agresor, se constituyen en hechos habituales que parecen insignificantes porque se alternan con tratos amorosos, lo cual, resulta más perverso aún porque contribuyen a generar en la víctima una sensación de dominación y de culpabilidad si se quisiera poner al descubierto ante los organismos competentes. Es decir, “Consisten inicialmente en un encadenamiento de silencios, reproches, descalificaciones, amenazas veladas, humillaciones ambiguas, difíciles de advertir” (Romero, 2004, p. 30).

Adicional a esto, es oportuno mencionar las implicaciones de la variable cultural que en el seno de algunas sociedades marca el imaginario colectivo de la feminidad, el cual, siempre ha estado asociado de forma exacerbada con la expresión de lo emocional caracterizada por el apego desmedido hacia los objetos de amor y el sentimiento de fracaso ante las pérdidas amorosas. Por ello, cuando una mujer rompe la relación con un objeto de amor, es considerada ante la sociedad como una fracasada y en muchas ocasiones el miedo a ser etiquetada como tal, la sumerge en un estado de desvalorización personal, en el cual no le importa sufrir actos de violencia por parte del objeto amado con tal de mantener ese vínculo y no quebrantar su ideal narcisista condicionado desde la sociedad. (Romero, 2004).

No obstante desde el punto de vista del agresor, cualquier intento de separación puede percibirse del mismo modo como cuando a un depredador se le escapa su presa y ante esa circunstancia que altera su propia constitución narcisista, prefiere volcar toda su agresividad y odio desmedida escenificando actos de violencia que superan el umbral de todo lo que había experimentado la víctima, ya que, ese objeto que siente parte de sí mismo, se le va de las manos (Hirigoyen, 1999).

Otro mandato de género creado en el imaginario social es el que vincula la identidad, la dignidad y la seguridad y la autovaloración de la mujer con el establecimiento de un hogar, es decir que para la sociedad se asume el rol femenino en la medida en que sea capaz de formar una familia y mantenerla unida. Este ideal cultural es asumido por la mujer como un constructo narcisista de su personalidad y perderlo significa destruir su ego y afectar su autoestima. Este constructo errado se patentiza con la fuerza del aislamiento y el dominio ejercido por su victimario, según el cual, mantiene a su víctima en una enfermiza relación de dependencia (Hirigoyen, 1999).

De manera que, el sentimiento de culpabilidad, el vacío emocional que le produce una pérdida, la baja autoestima y el miedo experimentado por la víctima; así como los dictámenes culturales ordenados por la sociedad, son variables que deben tomarse en cuenta en un proceso de asistencia a la víctima de violencia de género y todavía más, si esta trata de una persona que desde su infancia ha estado en contacto con la violencia por crecer en un hogar con figuras parentales violentas.

En este contexto, el papel de los profesionales encargados de asistir a las víctimas desde el punto vista psicológico, social y jurídico, así como el de los organismos e instituciones competentes para abordar el problema de la violencia, los cuales son percibidos por las personas agraviadas como figuras positivas, en las cuales, encuentran apoyo y comprensión y son un baluarte que contribuye con los deseos de superación (Boira, Carbajosa y Marcuello, 2013).

En definitiva, es indiscutible el hecho de que en las sociedades occidentales el escenario donde se evidencia el mayor número de actos violentos de género es en el entorno familiar, sin menospreciar los sucesos de violencia que tienen cabida en el mundo laboral. Pero, los mandatos o mensajes emanados desde la simbología cultural también son fundamentales en la incidencia de esta problemática, destacando el futuro infeliz que tendría la víctima en el caso de romper la relación con su agresor, que también es su objeto de amor (Burin, 2010b).

Es aquí donde se revitaliza el papel de la asistencia a las víctimas de violencia de género, no solo como una medida interventiva, sino también como una política preventiva que contribuya con la erradicación de mitos y creencias perjudiciales y que sustente las bases de una sociedad libre de violencia de género. Es en función de estos lamentables hechos, en los cuales se debe reconocer que la violencia de género es un problema de salud pública en Argentina que debe ser enfrentado desde las distintas instancias profesionales, sociales y gubernamentales.

3. 5. La violencia de género como un problema de salud pública en Argentina

Por otro lado, hay que reconocer varios factores de orden socioeconómico que inciden en el incremento del número de casos de violencia de género en la nación Argentina, los cuales obedecen a la crisis de la institucionalidad matrimonial y a la constitución de familias disfuncionales, lo que genera condiciones perfectas para la manifestación de conflictividad que deviene en casos de maltrato infantil y contra la mujer (Meler, 2010b).

Otra circunstancia tiene que ver con el desempleo que afecta de distintos modos a ambos géneros en Argentina. En el caso de la mujer, si bien es cierto que la apertura social ha dispuesto el

escenario para que las féminas accedan en condiciones aparentemente igualitarias a la educación y al mundo laboral, el creciente nivel de competitividad ha generado que haya menos oportunidades de empleo. Esto obliga a que las mujeres retornen a sus funciones de ama de casa y a las implicaciones opresivas que puede significar la domesticidad (Meler, 2010b). Esta circunstancia puede resultar contraproducente si el hombre asume una actitud de ser dominante como único sostén del hogar.

En contraste, la situación toma matices diferentes si se trata del hombre que se encuentra desocupado y la mujer es la que proporciona los ingresos en la familia. En estos casos, la sensibilidad narcisista masculina del hombre como ser dominante y como figura emblemática de proveedor económico es agraviada y puede conducir a conflictos en el seno del hogar (Meler, 2010b). Estas desavenencias familiares pueden contribuir con la manifestación de casos en los que el hombre comienza a enfilar una estrategia perversa, con el fin de doblegar a su pareja en un estado de sumisión que le imposibilite llevar una vida autónoma y luchar por un ideal de independencia y de supremacía sobre el hombre, por tener el poder que representa ser el sostén familiar.

Por otra parte, no solo en Argentina, sino en toda América Latina, las disposiciones culturales y el marco jurídico predispuesto por el Estado representan un obstáculo para penetrar al interior de los contextos donde se generan hechos de violencia de manera encubierta (Burín, 2010a). Estos escenarios por lo general, son los hogares, en la relación de pareja y en el ámbito laboral, en la relación jefe-empleada. Todo esto, porque en la materialización de dominación masculina, que por lo general, está encarnada en el agresor, los derechos civiles y la conciencia colectiva apuntan a respetar la privacidad en la que suele ocultarse la violencia de género. En tal sentido, habría que objetar la posición cómoda que asume el Estado y la sociedad que cierra los ojos ante la realidad y que solo actúa cuando se presentan hechos violentos que causan conmoción.

Otra circunstancia particular en torno a la manifestación de la violencia de género en Argentina y que permite catalogarla como un problema de salud pública en la nación, está representada por la existencia de la alarmante cifra que refleja que hay presencia de actos violentos en una de cada cinco parejas y que el 42% de los asesinatos de mujeres fueron cometidos por su pareja (Velázquez, 2003). Sin duda que, se trata de datos estadísticos a los cuales se debe prestar mucha atención y por los cuales, el Estado y la sociedad argentina están llamados a generar mecanismos tanto de asistencia social como jurídica para promover la denuncia por parte de la víctima.

Por otro lado, cabe destacar la singularidad que proporcionan las estadísticas respecto a la violencia sexual en Argentina, según las cuales, se registran alrededor de 6000 denuncias anuales

producto de abusos sexuales. Sin embargo, se hacen estimaciones de que este número solo representa el 10% de los casos y que el resto no llega a denunciarse (Velázquez, 2003). Esta circunstancia se debe al tabú que todavía existe en el seno de las sociedades latinoamericanas acerca del tema de la violación sexual, que muchas mujeres tienden a verlo como una exposición pública a la vergüenza.

Al respecto, se considera que a pesar de los avances que se han suscitado en términos sociales, políticos y jurídicos en torno a la concepción de la violencia sexual por parte de la sociedad, como un hecho repudiable que merece todo el peso de la ley, aún queda mucho por hacer; sobre todo en el tema de establecimiento de normativas claras (Burin, 2010a). Este marco jurídico debe garantizar que no existan tecnicismos que favorezcan a los agresores y debe orientarse a crear los mecanismos de protección y asistencia a las víctimas; así como lineamientos concretos para la prevención oportuna de esos actos de violencia.

En definitiva, muchos han sido los reportes estadísticos y los estudios científicos que dan cuenta de la gravedad de la recurrencia y magnitud de los casos de violencia de género en Argentina y que sin lugar a dudas, llevan a calificarlo como un problema de salud pública, ya que, representa una limitación para alcanzar los altos estándares de desarrollo social en materia de respeto a los derechos de cada género y a la posibilidad de desenvolverse en condiciones de igualdad y de participación social por parte de las mujeres (Velázquez, 2003). Adicionalmente, esta circunstancia genera repercusiones en el desarrollo económico del país si se toma en cuenta, que la violencia de género afecta tanto la calidad de vida productiva de la víctima como genera gastos públicos en materia de asistencia social a las víctimas. De hecho, en países cuyas economías están establecidas se revelan las alarmantes cifras de que las mujeres entre 15 y 44 años de edad, que han sufrido violencia de género pierden uno de cada cinco días de vida saludable y productiva. Asimismo, en el caso de la carga pública que genera la violencia de género, los estudios en países con economías desarrolladas evidencian un gasto equiparable con enfermedades producto del VIH, el cáncer, las patologías cardiovasculares, entre otras; sobre todo si se toma en cuenta las consecuencias patológicas orgánicas y mentales derivadas de los actos de violencia (Velázquez, 2003).

3. 6. El abordaje institucional de la violencia de género

En consonancia con lo que se ha venido planteando, el abordaje institucional de la violencia de género permite llevar un registro sistematizado de los hechos violentos, en cuanto a características, magnitud y recurrencia, lo que contribuye a generar cifras estadísticas que permitan explicar el alcance de este problema y emprender las acciones paliativas, estableciendo redes de apoyo social (Rico,

1996). La intención de reportar estos datos cuantitativos es generar conciencia tanto en la colectividad como en las instancias gubernamentales, que conduzcan al fortalecimiento y generación de nuevos centros de asistencia a las víctimas provistos de todo el personal multidisciplinario que se requiere para prevenir y afrontar los casos de violencia de género.

En atención a esto, la asistencia institucional debe enfocarse en el desarrollo de estrategias orientadas a neutralizar las causas que originan el problema, hacer frente a las consecuencias sociales, psicológicas y físicas derivadas de los hechos de violencia de género y desarrollar mecanismos preventivos centrados en la concienciación acerca del problema a toda la colectividad y especialmente a las personas que se encuentran en riesgo (Velázquez, 2003).

En este sentido, el tema de creación de conciencia social es fundamental en el abordaje institucional de la violencia de género, ya que si hace una revisión de las cifras estadísticas se observa que en Argentina, la solicitud de asistencia en un 85,5% lo hace la misma víctima, mientras que el 9,1% de los reportes son hechos por familiares y un 5,4% de las solicitudes de ayuda institucional son hechas por personas del entorno comunitario (Rico, 1996). Esto revela la urgente necesidad de implementar acciones orientadas a difundir y promocionar en el seno de la sociedad, la importancia de tener conciencia de la magnitud del problema y que se actúe en función de contrarrestarlo.

Posturas como estas, subyacen a las presunciones culturales en función de las cuales, Lacan se atrevió a afirmar que la noción de feminidad es una construcción cultural, si se quiere un tanto retorcida que se funda en la premisa de la metáfora fálica, según la cual, la mujer representa el sexo castrado que debe ser dominado, aunque esa sujeción suponga ejercer maltrato y agresividad (Soler, 2008). De este modo, las acciones institucionales deben encauzarse hacia la materialización de los cambios requeridos en el imaginario social para revalorizar el género femenino, tradicionalmente conocido como el sexo débil y doblegado a la autoridad supeditada a la masculinidad. Y, en la medida en que esto se logre, la colectividad podrá llegar a ser más participativa en el tema de la denuncia de la violencia de género.

De hecho, cualquier acción que se desarrolle en el contexto del abordaje institucional de la violencia de género, tanto en el plano preventivo como en la intervención para la recuperación física y psicológica de las víctimas debe partir de la consideración de la influencia de las preconcepciones ideológicas y culturales que favorecen la legitimización de la violencia de género. En tal sentido, es necesario hacer una revisión de los prejuicios sociales e incluso de las normativas jurídicas que contribuyen a que las mujeres sufran de manera silente y puertas adentro los actos de violencia, en aras de no alterar la privacidad de la vida marital y en familia (Rico, 1996).

Asimismo, muchas víctimas no consideran otra forma de convivencia que no sea a través del maltrato verbal y físico como algo normal, ajustado de los cánones sociales y culturales de subordinación a la figura masculina. Además, que muchas mujeres que son víctimas de violencia de género, prefieren soportar en silencio antes de perder algo por lo que ha luchado tanto y que representa el ideal de éxito de una mujer en el modelo cultural, como lo es casarse y tener una familia (Rico, 1996). Estos hechos deben ser un impulso para que el abordaje institucional de la violencia de género no se quede en el claustro de las cuatro paredes de una institución, sino que permee a la sociedad e incluso penetre en el seno de los hogares.

3. 7. Modelo ecológico del abordaje institucional de la violencia de género

De ahí que es posible hacer alusión a un modelo ecológico del abordaje institucional de la violencia de género, donde cada ente de asistencia social sea capaz de brindar atención en los cuatro ámbitos donde se desenvuelve la víctima: individual, relacional, comunitario y social (Morrison, Ellsberg y Bott, 2005). Esto se traduce en el desarrollo de iniciativas e intervenciones en el sector judicial, en los servicios de salud, en el sector educativo, en la esfera socioeconómica y en el modelo cultural.

Esto último implicaría un abordaje integral en el tema del abordaje institucional preventivo, de detección y asistencia en los casos de violencia de género, reconociendo que así como se trata de un problema multidimensional, debe ser enfrentado de forma ecológica y multisectorial, partiendo de las transformaciones que deben hacerse en el ámbito judicial para contrarrestar la violencia de género. En este contexto, es importante la formación de las personas que suelen atender a las víctimas en un primer momento, como son los órganos policiales, a quienes suelen acudir las personas agraviadas para interponer las denuncias y dejar constatación forense de las evidencias. También es fundamental hacer las modificaciones pertinentes en las leyes para prevenir los delitos asociados con la violencia de género y establecer alianzas con las instituciones del sector salud, quienes son las encargadas de seguir el curso de recuperación física y psicológica de las víctimas (Morrison, Ellsberg y Bott, 2005).

Precisamente, en el sector salud, es importante establecer iniciativas que optimicen las respuestas a los casos de violencia de género, realizar actividades educativas en los entornos comunitarios para sensibilizar acerca de las implicaciones de este flagelo y establecer políticas de asistencia eficiente en los casos de enfermedades de transmisión sexual, embarazos no deseados y abortos inducidos; estos pueden surgir como producto de la violencia de género (Morrison, Ellsberg y Bott, 2005).

En el ámbito educativo, el abordaje institucional de la violencia de género debe centrarse en ofrecer más oportunidades de acceso a la educación de calidad, formar a los educadores en materia de prevención, identificación y denuncia de los casos de violencia de género, estrechar lazos con otros sectores para el desarrollo de programas de consejería y sensibilización acerca de las consecuencias de este problema (Morrison, Ellsberg y Bott, 2005).

En tanto que en el contexto multisectorial se deben sumar los esfuerzos para poner en marcha planes integrales de asistencia en los casos de violencia de género, además de ofrecer oportunidades de micro créditos y apertura de puestos de trabajo para que las mujeres desarrollen todo su potencial y en definitiva, promover el cambio del modelo cultural de sumisión de la feminidad ante la supremacía de la masculinidad (Morrison, Ellsberg y Bott, 2005).

Por otro lado, hay que destacar que el abordaje institucional de la violencia no solo debe enfocarse en la prevención, detección y tratamiento de las víctimas, sino también de los victimarios y los potenciales agresores, dando respuestas a través de diversos mecanismos de atención a estos sujetos que, sin duda, requieren de un proceso terapéutico de rehabilitación para superar los comportamientos asociados con la violencia y evitar su recurrencia (Rico, 1996). Esto, precisamente, porque aunque sea asumido por el modelo cultural de la sociedad que el hombre es quien ejerce la autoridad sobre la mujer así sea por la fuerza, revela una serie de rasgos personales que evidencian en algunos casos, síntomas psicopatológicos y tendencias narcisistas que no han sido metabolizadas adecuadamente en la constitución del Yo, lo cual representa un elemento que requieren asistencia psicológica.

Ahora bien, planteado todo lo anterior es menester tener en cuenta que en el abordaje institucional de la violencia de género, convergen varios ámbitos de asistencia profesional, que van desde las fuerzas policiales y judiciales hasta los servicios de atención médica y psicosocial (Boira, Carbajosa y Marcuello, 2013). En tal sentido, es importante diseñar mecanismos de capacitación, sensibilización y actualización permanente en cada uno de estos entes, en torno a los modos en los cuales, deben ser tratados los casos de violencia de género, con el fin de que no se produzcan experiencias de victimización secundaria (Rico, 1996), pues este tipo de experiencias pueden desencadenar en un estado de decepción por parte de la agraviada, que lejos de sentir apoyo, se siente aún más, desamparada, lo que pueden generar decisiones contraproducentes que la devuelvan a los dominios de su opresor.

De este modo, los servicios de asistencia médica y psicosocial son los entes más indicados para prevenir, detectar y tratar los casos de violencia de género y deben estar alertas ante las señales por las

cuales una mujer busca asistencia, las cuales, no necesariamente son enunciadas directamente por la víctima como un producto de hechos de violencia. Dichos indicadores pueden ser: síntomas psicosomáticos, visitas al centro de salud de forma recurrente por lesiones físicas, uso de sustancias psicotrópicas, enfermedades de transmisión sexual, postergación frecuente de citas médicas, embarazos no deseados, indecisión, retraimiento social y comportamiento de sumisión ante la presencia del posible agresor durante la consulta médica (Alencar y Cantera, 2013).

3. 8. Herramientas para la intervención psicológica

La violencia de género deja una serie de secuelas en la salud física y mental de las víctimas que son difíciles de superar sin la ayuda de expertos. Efectos colaterales como: enfermedades orgánicas, lesiones físicas, embarazos no deseados, dolencias crónicas, abortos inducidos de forma ilegal e insegura, adicción a sustancias, trastornos mentales o cualquier otro problema vinculado con la dimensión psicológica de la persona, los cuales se han asociado con consecuencias menos fatídicas de la violencia de género, que en muchos casos puede desencadenar en la muerte de la víctima, a través de asesinatos, suicidios como resultado de una patología contraída por la exposición a la violencia (Morrison, Ellsberg y Bott, 2005).

Por tal motivo, es necesario que desde el entorno familiar, comunitario y social de la víctima se sumen esfuerzos para que las consecuencias de la violencia de género sean lo menos perjudiciales posibles y no se llegue a resultados nefastos. De allí que los actores de estos escenarios deben asumir un rol menos pasivo, de expectación y emprender acciones decididas para apoyar a las víctimas en el reconocimiento, aceptación y denuncia de estos hechos.

De manera, que la afectación en el plano psicológico de la víctima es de gran relevancia, ya que en función de eso se encontrará sumida en la aceptación de su agraviada condición, lo que se constituye en un estado de vulnerabilidad psicológica, caracterizado por los sentimientos de culpa, la vergüenza, el pobre nivel de autoestima, miedo e inestabilidad emocional (Rico, 1996). Estos sentimientos son generados por la influencia dominante de su agresor como objeto amado y la llevan a fijar una actitud pasiva de aislamiento y resignación que la imposibilitan para buscar ayuda.

Por ello, debido a la condición de desvalorización y baja autoestima de la víctima, guiada por un complejo narcisista de inferioridad y de sumisión emanado desde el imaginario social, en la mayoría de los casos, no tiene consciencia de que es manipulada por su agresor para que acceda a sus más perversas intenciones. Así se tiene que en una primera fase de la violencia de género, el victimario se

vale de sutilezas y engaños, con el fin de abonar el terreno, cautivando a su presa; para posteriormente, en una segunda fase dar rienda suelta a sus más perniciosas conductas psicópatas (Hirigoyen, 1999).

De allí que las herramientas de intervención psicológica que se proyecten en la primera fase deben orientarse hacia el descubrimiento por parte de la víctima, de la perversidad enmascarada de su agresor en las pequeñas acciones que propician la cautividad y la manipulación, así como los aparentes actos inofensivos de violencia (Hirigoyen, 1999). Sin duda, son este tipo de estrategias basadas en la ayuda profesional, las que contribuirían a frenar la siguiente fase destructiva de la violencia de género.

A propósito de esto, es aconsejable que se sigan una serie de pasos estratégicos en el proceso de intervención psicológica para contrarrestar la escalada de la violencia de género sobre todo en los inicios, cuando tiene mejor pronóstico la recuperación de la víctima y cuando son evitables las secuelas permanentes o las consecuencias fatídicas. Esas herramientas parten de la premisa de que es posible preparar a la víctima y a sus allegados para que identifiquen las acciones perversas de manipulación por parte del agresor conducentes a dominar a la víctima (Hirigoyen, 1999).

Sin embargo, la identificación de la seducción, la comunicación y la violencia perversa del agresor no sirve de nada si no se actúa. Para ello, la ayuda psicológica a la víctima debe consistir en proporcionarle a la víctima las herramientas de fortaleza y control emocional para que abandone el miedo, proceda a actuar y a resistir psicológicamente para dejar al descubierto al agresor (Hirigoyen, 1999).

3.9. La estrategia perversa del agresor

La estrategia perversa del agresor consiste en entablar una relación de hostigamiento constituida por dos fases: la seducción perversa y la violencia materializada. La primera etapa, está referida a los primeros momentos de la relación y es progresiva en la medida en la que el agresor va ganando terreno en la persuasión arrolladora y siniestra que cautiva, neutraliza, manipula y domina a la víctima para robarle su libertad y hasta identidad, llegando al punto en el que la víctima sería incapaz de concebir la vida sin su agresor (Hirigoyen, 1999).

Sobre este particular, la estrategia perversa del agresor orientada en la seducción consiste en doblegar a la víctima gradualmente, influenciándola de tal manera que esté dispuesta a seguir sus más retorcidos deseos pero de una forma subliminal y enmascarada, que parezca como algo natural e inofensivo (Hirigoyen, 1999). Todo esto lo que busca es satisfacer sus ansias de poder y control

psicológico sobre la vida de la víctima, la cual, considera como un objeto que maneja a su antojo y no como una persona con la que esté interesado en interactuar y o en mantener una relación amorosa sana.

En este punto hay que acotar que, a pesar de que el agresor busca someter a la víctima a tal punto de que sea capaz de seguir sus reglas sin mayores resistencias, su satisfacción como victimario no será completa si la agraviada no muestra algo de rebeldía, porque esto lo entusiasma para seguir el proceso de seducción y violencia perversa. Así que, la estrategia perversa del seductor es percibida por él como un juego de poder, en el cual, la víctima no puede ser muy sumisa porque le hace perder el interés y tampoco muy intransigente porque se puede sentir intimidado y esto conllevaría a que cometa actos de violencia antes de que sea conveniente (Hirigoyen, 1999).

Para hacer frente a la seducción perversa del agresor es conveniente que la asistencia psicológica a la víctima parta de una premisa psicoanalítica de ser un nuevo Yo, en cuanto a lo que se quiere y a lo que es, sin esa perjudicial identificación con el otro (Soler, 2008). Ese otro que en una circunstancia de violencia de género, está asociado con el objeto amado que es también su victimario, un objeto amado que lastima y que por ejemplo, en una relación de pareja, la víctima afirma que no puede vivir sin él. Esto podría traducirse más bien como que la persona agredida no quiere vivir sin su agresor por el temor a que, desde el mundo exterior se le etiquete como una mujer fracasada, incapaz de retener al objeto amado, lo que afecta sus propias tendencias narcisistas de mujer ideal para la sociedad.

De esta forma, el victimario busca someter a su víctima mediante la distorsión del concepto de amor y de familia. Fomenta la visión propia de su víctima como una simple pieza en la sociedad que debe cumplir sin chistar con un rol que, según su visión, ha sido el mismo desde el inicio de la humanidad: tener hijos y atender a su marido, a quien le debe una sumisión absoluta.

Cabe destacar que, luego de los primeros pasos de la fase de seducción en la estrategia perversa del agresor, la atracción corrompida y la manipulación se perpetúan en la dominación de la víctima, lo que implica mantenerla en un estado de docilidad y dependencia del victimario. En este momento, la relación de amor-odio se encuentra en un estado de quietud perturbadora e incómoda para ambos, con episodios de violencia aparentemente insignificantes que se van proyectando hacia una violencia manifiesta (Hirigoyen, 1999). En este punto, ya se presentan en la salud mental de la agraviada las primeras consecuencias de la violencia de género, caracterizadas por un estado de estrés persistente, irritabilidad e inestabilidad emocional; derivado del temor a que el victimario descargue su agresividad

contra ella. Por lo general, estos primeros incidentes de agresividad tienden a manifestarse de forma comunicativa, a través de desprecios, falsedades, ironías y burlas.

En este punto es cuando puede hablarse de la comunicación perversa con la cual, el agresor trata a su víctima con el fin de consolidar ese estado de dominio en el que la ha sumergido gracias a su estrategia de seducción perversa. En estas circunstancias, la comunicación entre el victimario y la agraviada no puede interpretarse como una interacción sana para estrechar los lazos de afectividad, sino que más bien, se proyecta como un mecanismo para imponer una barrera que impida el intercambio sincero de información necesario para sostener una relación en términos agradables y para establecer un distanciamiento paradójico entre ambos. Esto último, sobre todo causa conmoción en la víctima, ya que al ser su agresor su objeto amado, teniéndolo tan cerca no puede poseerlo como quisiera, sino que él más bien ha puesto una muralla entre los dos, que parece tener inscrita la afirmación de que ella le pertenece a él, pero él no le pertenece a ella.

Y esto, en la una relación de hombre-mujer, donde la víctima es la mujer contradice las propias tendencias femeninas narcisistas de la agraviada, haciéndola vulnerable psicológicamente porque el autoconcepto que tiene, es en función de ser mujer a partir del hombre, pues no tiene una identificación de su Yo sin considerar al Otro (agresor) como parte de sí misma (Soler, 2008). De allí que, la comunicación perversa que el victimario tiene para con la víctima produce el mismo efecto que un velo, por lo que la agraviada sabe que su objeto amado está ahí y es ese Otro que forma parte de la constitución personal de su Yo, pero la forma de comunicarse entre ambos ha creado un obstáculo paralizante que le impide llegar hasta él en los términos afectuosos que ella quisiera y por lo tanto esa separación enmascarada disecciona su propio ser. Esta fragmentación del Yo, puede tener implicaciones psicopatológicas muy negativas para la víctima, sobre todo si se toma en cuenta que puede traer como consecuencia la manifestación de un cuadro neurótico.

De manera que, el fin último de la comunicación perversa es confundir a la víctima como el efecto del velo que da la sensación de que es transparente, pero en realidad es enmascarado. Esa opacidad comunicacional consiste en insidias, sarcasmos, silencios angustiosos, engaños, descalificaciones, ambigüedades y medias palabras que generan impotencia en la víctima (Hirigoyen, 1999). Así que, la primera técnica a emplear por parte del agresor en la escalada de la estrategia de comunicación perversa es rechazar la comunicación directa que se traduce en asumir que la víctima no es un ser humano sino un objeto; lo cual, se ha admitido desde el inicio de la relación. Por lo tanto, con un objeto no puede haber diálogo, ya que, la finalidad de su existencia en el mundo es utilitaria.

Entonces como no hay interacción comunicativa, las formas de expresarse son insinuaciones gestuales que la víctima supone como un reproche por algo que presume que está haciendo mal, pero como el agresor niega que es una señal de desaprobación o de conflicto; la víctima no tiene argumentos para defenderse de algo que aparentemente no existe (Hirigoyen, 1999). Esto conlleva a un profundo estado de tensión en la agraviada que puede desencadenar en un estado permanente de labilidad emocional. Además, la incertidumbre de no saber lo que realmente quiere el victimario la sume en una situación de letargo y a la vez de hipervigilancia de los comportamientos y actitudes propias que ella considera pudieran provocar conflictividad.

A este respecto, la expectativa de la víctima de solucionar los problemas de manera directa, mediante el diálogo y la comunicación franca, se alejan cada vez más de ser una opción viable en su afán de evitar ser violentada ya sea física o psicológicamente. Por el contrario, siente cómo un abismo emocional los va separando, hasta que el victimario se convierte en un completo extraño, un ser que no es ni la sombra de lo que llegó a ser en un tiempo. Llega el punto en el que pierde su propia identidad, se resigna a soportar los vejámenes y humillaciones de su agresor e incluso se considera responsable por ellos.

En síntesis, desde el punto de vista psicológico, se pueden evidenciar dos fenómenos de esta técnica perversa del agresor: la negación del otro y las alternativas de utilización de la comunicación escrita por parte de la víctima. Con el rechazo a la comunicación directa, el agresor le envía un mensaje claro a la víctima: que para él no existe como una persona, simplemente es un objeto en el cual, se descargan sus más siniestras intenciones. En el caso de la persona agraviada, como siente que su agresor se comunica con un discurso solapado y tormentoso que no puede descifrar, tiende a emplear la comunicación escrita, escribiendo cartas en las que suplica que le explique si ella está fallando para que le niegue la oportunidad de hablarle (Hirigoyen, 1999).

Por otro lado, deformar el lenguaje es otro de los mecanismos que utiliza el agresor en su perversidad comunicativa y consiste en emplear una tonalidad displicente que inquieta e infunde miedo en la víctima. Es un tono áspero y petrificante que representa el preludio de un discurso injurioso, cargado de sarcasmos, reproches, intimidaciones, tecnicismos abstractos, mensajes imprecisos y desprecios (Hirigoyen, 1999). A partir de esta técnica retorcida, el perverso tiene la oportunidad de hacer pasar a la persona agraviada por varias experiencias desagradables que buscan generar desestabilidad emocional, irritabilidad, histeria e impotencia, con el fin de que la víctima se considere culpable por estar fallando en algo de lo que ni siquiera es consciente.

La mentira también forma parte de los cursos de acción comunicativa implementados por el perverso. Sus engaños se caracterizan crear una esfera de malos entendidos que luego utiliza para lograr sus propósitos. Mentir para el agresor se constituye en un arte que desarrolla con varios procedimientos como lanzar al aire mensajes inconclusos o contradictorios para que la víctima llena de incertidumbre trate de comprender lo que quiere decir, sin decirlo (Hirigoyen, 1999). También los mensajes indirectos son comunes en la comunicación perversa del agresor, con cuales insinúa lo que piensa de la víctima sin decírselo claramente. De igual modo, las evasivas y respuestas en forma de broma constituyen una forma de engaño, por ejemplo, cuando la mujer le pregunta al esposo si le está siendo infiel, éste le respondería de forma perversa negándolo y suponiendo que es ella la que le es infiel y por eso piensa eso de él.

Además, la utilización del desprecio, la burla y la ironía es otra de las técnicas que implementa el agresor para atacar a su víctima desde el punto de vista comunicacional (Hirigoyen, 1999). El desprecio consiste en hacer sentir mal a la agraviada por no gozar de las virtudes ideales para él; la burla y el escarnio público es otro de los procedimientos que pone en práctica el perverso en su afán de hacer vulnerable psicológicamente a la víctima, ridiculizándola y haciendo sentir humillada y con baja autoestima; en el sarcasmo el victimario busca mantenerse en la palestra como el todopoderoso, atractivo e indomable que la víctima tolera para poder tener el privilegio de compartir la vida con él.

Aunado a ello, en la comunicación perversa, el agresor también emplea la paradoja con el fin de desestabilizar a la víctima, hacerla perder el sentido de su propia identidad y neutralizarla para que se mantenga a merced del perverso, quien en su forma de comunicarse utiliza un discurso con un mensaje dicotómico que tiene un significado literal y otro implícito. En tal sentido, el victimario siempre desmiente la existencia de ese mensaje oculto que la víctima le interpela en su afán de aclaratoria (Hirigoyen, 1999). Esto genera la oportunidad para crear desequilibrio en la persona agraviada y hacerla sentir como que ve y escucha cosas donde las hay, llegando a descalificarse a sí misma por sus interpretaciones inadecuadas y paranoicas.

El perverso también suele usar la paradoja es a través de la contradicción entre el estado de tensión y hostilidad que ha creado mientras asume una actitud agresiva contra objetos, sin reclamar nada a la víctima. Esta circunstancia, conlleva a la persona agraviada a manifestar un estado psicológico de permanente confusión, inseguridad e incertidumbre, por lo cual, siente que el único que tiene el control es el agresor, lo cual alimenta la tendencia narcisista del victimario (Hirigoyen, 1999). Y, debido a esa sensación que el agresor ha instalado en la víctima, ésta siempre va a considerar que lo

que supone de ese mensaje paradójico es desatinado, por lo cual, no está en posición de manejar la situación, ni siquiera su propia vida, lo que la conduce inevitablemente a sentirse ansiosa o deprimida.

Asimismo, para llevar a cabo la estrategia comunicacional perversa, el agresor también se vale de la descalificación hacia su víctima, resaltando a lo sumo sus defectos y suprimiendo cualquier tipo de virtud, reiterándole “que no vale nada hasta que se lo crea” (Hirigoyen, 1999, p. 87). Esto implica crear una distorsión cognitiva de lo que realmente es la víctima y como esta se encuentra vulnerable psicológicamente por todos los mecanismos retorcidos que ha ido implementando en la comunicación, acepta esas descalificaciones como ciertas, integrándolas en su identidad.

Como se ha analizado hasta aquí, cuando un victimario ya ha establecido una relación de agresión constante con su pareja, una de las facetas más importantes que sufre un terrible cambio tiene que ver con la comunicación ya que esta sufre un giro inesperado. Ya no es posible hablar de cualquier tema sin que se convierta en un reproche o una discusión por parte del agresor. Muchos piensan que mientras más alto griten y mientras peores sean sus ofensas más están convencidos de tener la razón. Otros ni siquiera sienten que deben comunicarle a su pareja sobre lo que hace o no fuera de casa ya que ella no debe meterse, sino abocarse al hogar exclusivamente. De cualquier forma, el victimario crea una situación en la que es imposible comunicarse de manera sana, lo cual sume a la víctima en un estado de desesperación, frustración y desconsuelo.

En este punto conviene destacar según lo que se ha venido planteando, que una intervención psicológica debe partir de reconocer la influencia de estos procedimientos perversos de comunicación empleados por el perverso y que son efectivos para él, en la medida en que logren dominar a la víctima y someterla a un estado de vulnerabilidad psicológica del cual no puede salir por iniciativa propia. Todo esto, en función de dos dimensiones que deben evaluarse en la personalidad de la víctima desde su niñez hasta la actualidad y son: la manera de asumir los vínculos de poder entre los géneros que se ha incrustado en la constitución del Yo y las formas adecuadas o perjudiciales en que has desarrollado las relaciones afectivas (Burin, 2010a). Estos indicadores contribuirán a explicar las razones por las cuales, la persona agraviada no tiene la fortaleza suficiente para enfrentar los desprecios, descalificativos, burlas e ironías que su agresor tiene para con ella.

Dentro de la estrategia perversa, el agresor también pone en práctica una serie de subterfugios perniciosos con el fin de generar enfrentamientos o conflictos entre la víctima y sus más allegados. Esto lo hace por el placer que le produce apreciar la destrucción de una persona por parte de otra con la cual tiene un vínculo afectivo (Hirigoyen, 1999). Además de sembrar la cizaña, el agresor puede optar

por hacer sentir celos o envidia a la víctima con respecto a otras personas, lo que la conducirá a sentirse angustiada o fracasada. Sin duda, la puesta en práctica de estos procedimientos contribuirá a que la víctima salga debilitada, situación que el perverso aprovecha para exaltar sus aires de grandeza y de sempiterna sabiduría.

Precisamente, esa ostentación de pretender saber mejor las cosas que la víctima es otra de las técnicas implementadas por el perverso para imponer su autoridad. De allí que, el discurso del agresor es un discurso dominante y autosuficiente, absolutista, en el cual deja entrever siempre que él es el único que tiene la razón y que la víctima siempre hace conjeturas y apreciaciones erradas (Hirigoyen, 1999). Esta circunstancia, revela la personalidad excesivamente narcisista del victimario y falta de seguridad de la víctima que se deja llevar solo por lo que dice y piensa su agresor. Con ello, se mantiene a la persona agraviada en un estado de total sometimiento y obediencia, en el cual se infunde el miedo a cualquier pretensión de rebelarse.

Lógicamente, que la aplicación de todos estos mecanismos comunicacionales perversos de forma continuada producen en la víctima un daño psicológico que requiere de la ayuda profesional para poderlo superar. Esto se debe sobre todo, a las secuelas emocionales que quedan enclavadas en la persona agredida y que si no se tratan generan un cuadro clínico crónico que afecta su cotidianidad. (Echeburúa, De Corral y Amor, 2002). Para ello, es necesario dotar a la víctima de herramientas psicológicas que le permitan afrontar estoicamente la situación y adaptarse a su nueva realidad cotidiana, luego que ha decidido salir de ese estado de dominación y violencia, bien sea por iniciativa propia o porque las circunstancias la impulsaron a aceptar la asistencia profesional. Sobre todo, porque en muchos casos se sigue un procedimiento judicial en el cual, el agresor va a seguir enfilando sus armas de comunicación perversa.

Ahora bien, la siguiente fase en la estrategia perversa del agresor, luego de que ha seducido a la víctima y la ha doblegado con una serie de mecanismos comunicacionales, es la violencia manifiesta. Ésta se revela en el más mínimo intento de escapatoria por parte de la víctima o cuando el victimario quiere cambiar de víctima y decide salir rápidamente, desatando actos de agresividad desmedida y evidente, donde ya no hay lugar para las medias tintas porque el perverso ha demostrado lo que realmente es. Se trata entonces de una etapa en la que expresa todo el odio que había estado enmascarado, atacando y haciendo sufrir a la víctima (Hirigoyen, 1999). En esta etapa, el agresor usa su superioridad en cuanto a fuerza física para infligir más daño aún.

La etapa de la violencia perversa revela los verdaderos sentimientos del agresor, los cuales siempre han sido el odio y la envidia hacia su víctima y cuando se le da rienda suelta a esas emociones, sin el enmascaramiento de la fase de seducción, lo que se busca es aniquilar a la persona odiada. En los casos que se ha pretendido buscar el motivo del odio del perverso, éste afirma que surge por causa de la actitud de acoso que supuestamente tiene la víctima hacia él (Hirigoyen, 1999). Con esto, desmonta el escenario y cambiando el rol de los actores, haciéndose pasar prácticamente como si él fuese el agraviado que no tuvo otra alternativa más que actuar de manera violenta.

Así pues, en la psique de los agresores suele verse estos tipos de síntomas paranoicos, en los que expresa que su actuación violenta fue en defensa propia ante la agobiante persecución de su víctima. De allí que, en sus predisposiciones paranoicas el perverso asume que él odia a su víctima tanto como ella lo odia a él, por eso presume que ella quiere destruirlo y antes de que eso ocurra, él actúa primero para salvar su integridad (Hirigoyen, 1999).

De manera que, con la manifestación de hechos violentos, el agresor puede expresar dos cuestiones desde el punto de vista psicológico, dependiendo de las razones que lo impulsan a agraviar a su víctima. Por un lado, deja entrever síntomas psicóticos que ante una posible huida de su víctima prefiere aniquilarla y por el otro lado, decide destruirla antes de que pueda hacerle daño a su nueva víctima que ha embaucado en su red de seducciones y engaños perversos.

En resumidas cuentas, la estrategia perversa del agresor constituye un fenómeno que conviene analizar para implementar las herramientas más idóneas para asistir psicológicamente a la víctima y a su vez, es un elemento a analizar de manera profunda en las diversas actividades de concienciación para prevenir la violencia de género.

De esta forma, se puede considerar al agresor como un maestro de la manipulación mental, aunque este no tenga ni la más mínima idea que cómo su actitud violenta puede llegar a afectar la psiquis de su víctima. Llega a rayar en el sadismo a complacerse en su dolor y aflicción, a tal punto de no sentirse bien consigo mismo si no siente que generó el mayor daño posible. Esto refleja una condición psicológica retorcida y perversa que, de no ser detectada y evitada por la víctima a tiempo, puede llevarla a sufrir daños irreparables en su forma de interactuar con los demás.

3.10. La intervención psicológica

En atención a todo lo expuesto, se puede decir que la intervención psicológica agrupa una serie de pasos que contemplan la actuación de la víctima hacia un proceso de recuperación psicológica y que

involucra la elección del psicoterapeuta, reconocer y hablar sobre los mecanismos de perversión empleados por el agresor, liberarse del dominio psicológico del perverso, desatarse de los sentimientos de culpabilidad, despojarse del sufrimiento y curarse (Hirigoyen, 1999). De allí que, en este punto ya se ha analizado la importancia de elegir a un terapeuta y las implicaciones que tiene el tipo de enfoque psicológico por el cual, decide llevar a cabo la intervención psicológica.

Durante el proceso de asistencia psicológica, es conveniente que el psicoterapeuta genere las condiciones para que la víctima hable y proporcione detalles acerca de cómo fue llevada a cabo la estrategia perversa del agresor (Hirigoyen, 1999). Por ello, la entrevista psicológica debe desarrollarse con mucha cautela evitando hacer caer a la paciente en un episodio de neurosis. El objetivo es que la víctima logre identificar las técnicas implementadas por el victimario en el proceso de seducción perversa, en la forma de comunicarse con ella y en la expresión de los actos de violencia. Todo esto con el fin, de implementar las estrategias psicoterapéuticas más idóneas para la atención y recuperación psicológica, partiendo de las características de los mecanismos de perversión a los que fue sometida la paciente de forma recurrente y que causaron un daño psicológico.

A propósito del daño psicológico comúnmente evidenciado en la violencia de género, los estudios demuestran que existen dos dimensiones de afectación: las lesiones psíquicas y las secuelas emocionales. La primera refiere a un estado clínico agudo derivado de la conmoción producida por ser víctima de hechos de violencia, lo cual, le imposibilita al sujeto a hacer frente de manera adecuada a las exigencias de la vida cotidiana, por lo cual, requiere la intervención psicológica inmediata (Echeburúa, De Corral y Amor, 2002).

En tanto que, las secuelas emocionales forman parte de un estado psicológico permanente en la vida de la víctima que no son reversibles con tratamiento psicoterapéutico, ni con el transcurrir del tiempo después del suceso traumático vivido (Echeburúa, De Corral y Amor, 2002). Se trata de una huella imborrable en el aparato psíquico de la persona que ha menoscabado su salud mental y le ha hecho cambiar definitivamente su personalidad. Es como si se tratara de la pérdida de una extremidad del cuerpo, en esos casos podría usar una prótesis, pero nunca sería igual. En estos casos, la intervención psicológica debe hacerse de forma regular para tratar de paliar cualquier tipo de crisis emocional que pueda alterar de modo significativo el desenvolvimiento en la vida cotidiana.

Tanto en los casos de lesiones psíquicas como en las secuelas emocionales producto del daño psicológico, la intervención del psicoterapeuta debe enfocarse en evaluar y tratar los sentimientos nocivos manifestados por la víctima, tales como: la vergüenza, la culpabilidad y la ira. También

conviene revisar los niveles de ansiedad, depresión, agresividad, hostilidad y la tendencia recurrente a revivir el suceso, bien sea a través de pesadillas en los momentos de sueño o por la acción de un estímulo externo con el cual se asocia.

Asimismo, es necesario analizar la falta de autoconfianza, la vulnerabilidad psicológica, la desesperanza y los niveles de autoestima y evaluar si existe una pérdida de interés en la realización de actividades en la vida cotidiana que antes del suceso violento eran placenteras y si hubo modificaciones en el sistema de valores y las relaciones interpersonales. Además, se debe analizar si se evidencia la urgencia de cambiar de estilo de vida y de domicilio y si se presentan síntomas de disfunción sexual (Echeburúa, De Corral y Amor, 2002).

De manera que, en el proceso de identificación de las técnicas perversas de dominación y violencia implementadas por el agresor, el psicoterapeuta debe mantener el rapport y el apoyo durante la entrevista psicológica para que la víctima logre encontrar las palabras adecuadas que describan este proceso pernicioso implementado por su victimario. Todo esto con el fin, de evaluar los niveles del daño psicológico y atender a los aspectos más urgentes dentro de la intervención psicológica.

Luego de esto, el proceso de asistencia psicológica continúa con la liberación del dominio del agresor y para ello el apoyo que sienta del psicoterapeuta será trascendental en la medida en que ayude a tener la fortaleza y el temple necesario para romper las ataduras psicológicas que la unen con el violento. Esto significa que la intervención psicológica debe partir por el reforzamiento de la confianza en sí misma y en el robustecimiento de las virtudes que la paciente aún reconoce que posee (Hirigoyen, 1999).

Por ello, unas de las estrategias psicoterapéuticas muy convenientes para avanzar en este paso de la recuperación del daño psicológico son las que provienen de la Terapia Cognitiva Conductual (TCC) y están referidas al autorregistro de los pensamientos automáticos que le permiten al psicoterapeuta y a la víctima detectar las distorsiones cognitivas que le llevan a interpretar de forma incorrecta la realidad y sobre todo, su propia identidad. Para ello, el terapeuta puede valerse de otras estrategias de la TCC, como la identificación en conjunto (paciente-terapeuta) de los supuestos personales que llevan a la víctima a justificar sus creencias erróneas. Aquí, hay que considerar que se entremezclan varios factores como: la influencia de la exposición prolongada a los mecanismos perniciosos de la estrategia perversa del agresor, el imaginario cultural donde se desenvuelve la víctima y las posibles experiencias violentas vívidas desde la infancia. Luego de eso, es importante que el

psicoterapeuta impulse a la víctima a comprobar con la evidencia real si esos supuestos personales son ciertos.

De manera que, herramientas psicoterapéuticas como éstas pueden contribuir con el proceso de liberación de la víctima del dominio psicológico del perverso, entendiendo que preparar el ambiente de la entrevista psicológica es fundamental para que la paciente se sienta protegida por el contexto seguro, de confianza con el terapeuta y logre hablar con tranquilidad sobre la experiencia traumática vivida, a pesar de la crisis psicológica que atraviesa. En estas conversaciones el psicoterapeuta evalúa qué tan distorsionada está la percepción de la víctima de sí misma, y qué tan baja está su autoestima con respecto a la dependencia que haya generado con el agresor, y la ayuda a restablecer estos valores y la confianza en sí misma de manera que se la haga más fácil desprenderse del agresor y dejar atrás el dominio que este tenía sobre ella.

En tal sentido, la entrevista psicológica llevada como una conversación en confianza también puede asociarse con una metódica psicoanalista de la intervención psicológica, ya que el psicoterapeuta puede asumir el papel de un Yo auxiliar, en el cual, la víctima se apoya para contar su experiencia, permitiendo que éste sea un espectador que hilvane los fragmentos de la historia. De este modo, se le proporciona a la paciente las funciones del Yo que fueron neutralizadas por el agresor, llevándola a recordar lo vivido y haciendo conexiones acertadas con cada suceso, lo que contribuye con la recuperación de los sentimientos, las actitudes y los procesos psicológicos que había cedido a los designios de su victimario como pensar, inferir y actuar (Velázquez, 2003).

La liberación del dominio psicológico del agresor conduce, ineludiblemente, a desembarazarse de los sentimientos de culpabilidad. Esto significa orientar a la persona agraviada a que internalice que la responsabilidad de todos los actos violentos del perverso son responsabilidad de él y que ella es inocente de todos los perjuicios y maltratos recibidos (Hirigoyen, 1999). Este paso es muy significativo en la intervención psicológica porque permite que el paciente comprenda que todas las descalificaciones y condiciones negativas que le había atribuido el perverso no son ciertas, ya que en muchos casos, el victimario tiende a justificar sus acciones perversas aludiendo a un efecto de defensa propia porque supuestamente la víctima es una desquiciada.

Asimismo, guiar a la víctima a que se desate de la culpabilidad involucra generar un ambiente de confianza y de seguridad en la intervención psicológica alejado del uso de algunas técnicas de psicoterapia tradicional, que suponen el reconocimiento por parte de la persona agraviada de algún grado de culpabilidad en lo sucedido por haberse mantenido en una relación tan dañina (Hirigoyen,

1999). Sin duda, prácticas psicoterapéuticas como éstas exacerbaban el problema y no contribuyen a que el paciente salga del estado de vulnerabilidad psicológica en el que se encuentra y que le impide sustraerse del sufrimiento que experimenta por la violencia a la cual fue sometida.

El terapeuta también debe ser perspicaz en reconocer la actitud asumida por la víctima en cuanto a la forma de expresar los sentimientos derivados del sufrimiento que vive, por ejemplo, muchas mujeres que han sido víctimas de la violencia de género tienden a utilizar mecanismos de defensa que niegan los verdaderos sentimientos, afirmando que no sienten nada especial por lo sucedido (Velázquez, 2003). Evidentemente, actitudes como estas no favorecen la identificación de los sentimientos de culpabilidad que interiormente abriga la paciente y de los cuales, debe liberarse para avanzar en los siguientes pasos de la recuperación psicológica. Claro está, este no es un proceso fácil, y no toma el mismo tiempo en cada caso. Es por esto que la intervención del profesional no irá escrita en un manual. Debe ir enfocada en la víctima como individuo y abocarse a sus necesidades personales.

La siguiente fase por la cual debe orientarse la intervención psicoterapéutica es incentivar a la víctima para que supere el sufrimiento del cual se ha acostumbrado producto de la exposición prolongada a los mecanismos perversos de violencia enmascarada y manifiesta del agresor. Este proceso resulta especialmente difícil en algunos casos, sobre todo si tiene arraigo de ser objeto de actos violentos desde la infancia dañina (Hirigoyen, 1999).

Al respecto, hay que acotar que algunas mujeres violentadas tienden a manifestar una actitud masoquista que las sumerge indefectiblemente en un estado de perenne sufrimiento por causa de la perversidad de su victimario y en el cual, se sienten en una zona de confort de la que no quieren salir. Esta posición suele asociarse con lo que se conoce, desde el psicoanálisis freudiano como “masoquismo femenino” y no es otra cosa que la concepción de una fórmula por parte de la víctima que la vincula siempre con el ideal de la feminidad como premisa del sexo débil que es el centro de la descarga dominante del hombre, por medio de la agresividad y la violencia (Soler, 2008).

De allí que la estrategia perversa instaurada en la psique de la víctima ha contribuido a la fijación de unos criterios deformados de lo que debe ser la relación sexual o afectiva con el Otro (en este caso, el agresor). Se trata entonces, de suplantaciones que hace la persona agraviada acerca de cómo debe ser experimentado el placer en la relación perversa establecida por el victimario, sustituyendo el goce de ser amado por la aceptación de ser maltratado como una forma de sentir complacencia (Soler, 2008). Es a partir de estas circunstancias donde el sufrimiento se enquistaba en la voluntad de la víctima y se hace difícil desarraigar en una intervención psicológica.

Al respecto de la actitud masoquista que se revela en los casos de violencia de género, es necesario resaltar el papel que tiene el imaginario social caracterizado por revalorizar la cultura fálica, que subyace a la concepción de que el sexo femenino ha sufrido una castración y por tanto es objeto de dominación por parte del hombre. De manera que, en el inconsciente colectivo poseer un falo implica tener un estatus superior a la persona que no lo tiene y que por tanto está castrada (la mujer) y tiene que someterse a la voluntad masculina (Meler, 2010a). Esta circunstancia, deja sin alternativas a las personas de sexo femenino, quienes desde la niñez reciben esa carga opresiva como una especie de violencia perversa, llamada socialización que las predispone para la feminización, pasividad, sobrevaloración del ser que posee el falo y el narcisismo fundado en la relación exitosa con un ser masculino como objeto amado.

De este modo, la intervención psicológica de una víctima de violencia de género debe orientarse en romper con estos mecanismos opresivos y masoquistas de la feminización, haciendo tambalear las bases de las creencias irracionales en torno a la superioridad del sexo masculino y la actitud pasiva y sumisa impuesta por la cultura. Asimismo, el rol de los profesionales y las instituciones encargadas de velar por la atención y los derechos de las personas que han sufrido violencia de género, deben encauzar los esfuerzos en desarrollar acciones preventivas enfocadas en suprimir los ideales opresivos y perjudiciales, que atentan contra el bienestar psicológico y el reconocimiento de la mujer con un ser de suprema importancia para la sociedad.

La última etapa de la intervención psicoterapéutica debe dirigirse hacia la cristalización del proceso de recuperación, en el cual la paciente logra unir las partes de su Yo, que habían sido desarticuladas por el agresor. Esto significa abandonar el papel de víctima y neutralizar la actitud masoquista que la mantenía apegada al sufrimiento como una zona de confort. Esto no quiere decir que la víctima siga adelante tratando de olvidar el horror vivido, sino reconocer con valentía que existe una experiencia dolorosa de la que se puede aprender a valorar la autonomía personal y a impedir que alguien atente contra la autoestima (Hirigoyen, 1999).

Para lograr esto, es indispensable que el psicoterapeuta oriente a la paciente en la implementación de estrategias positivas que le permitirán afrontar la experiencia dolorosa y contribuirán a revertir el daño psicológico. Tales estrategias deben enfocarse en aceptar lo sucedido y aprender a compartir el dolor con otros para que sea más llevadera la carga emocional. Para ello, es importante que se trate de hacer, en la medida de lo posible, una interpretación positiva de la situación traumática vivida. También es importante hacer los ajustes necesarios en la vida cotidiana y en el

entorno familiar, así como proyectar nuevas metas personales y establecer relaciones sociales satisfactorias.

Asimismo, es fundamental que se cuente siempre con el apoyo social emanado desde grupos y organizaciones dedicadas a ofrecer ayuda en estos casos (Echeburúa, De Corral y Amor, 2002). El objetivo fundamental es determinar qué tan grave ha sido el daño que ha sufrido la víctima dependiendo del tiempo que lleve sometida a los escarnios y la violencia física de su agresor. Es una etapa de diagnóstico en el que se busca escuchar con atención todo lo que la víctima desea expresar, todo lo que no podía hablar frente a su pareja ya que desencadenaría un hecho de violencia. El encargado de dicho análisis no emite opiniones personales ni culpa a la víctima por haber esperado tanto en buscar ayuda. Por el contrario, escucha con atención y hace preguntas puntuales. Esto ayuda no solo al psicólogo a determinar el nivel de daño de la víctima, sino que también hace caer en cuenta a la propia agraviada sobre la realidad que estaba viviendo y cómo llegó a ese punto.

Con esto se busca ayudar a la víctima a mejorar sus relaciones interpersonales, a no sentirse intimidadas ante sus futuras interacciones y a establecer relaciones sanas. También la ayudan a comprender que no es sano para ella adoptar la misma actitud del victimario a fin de evitar ser maltratadas de nuevo. Más bien, se trata de que la víctima tenga un punto de vista correcto sobre una relación y de la igualdad de condiciones sociales que debe existir entre hombres y mujeres, sin que ninguno domine de forma violenta al otro. Y esto, aunque se vea con menos frecuencia, también ocurre en el caso de los hombres que han sido víctimas de mujeres violentas. Irónicamente, la concepción machista de la cultura occidental hace que estos casos sean aún menos conocidos.

3. 11. Algunas estadísticas descriptivas asociadas a la violencia de género

Para hacer alusión al maltrato a la mujer, resulta necesario abordar las causas, los sectores más susceptibles, los ámbitos, y clasificar las formas de violencia que se ejercen. En cuanto a violencia de género puede destacarse que esta puede ser de tipo físico, sexual, psicológico, económico y patrimonial, entre otras. Muchas veces la violencia física y sexual son más fáciles de definir y evaluar que las demás, pero todas deben tener un seguimiento y una definición correcta (Fleitas, De Rozas y Otamendi, 2012). Valorar cada caso según su especificidad contribuye a un análisis provechoso para la prevención de cada uno de ellos.

El análisis y el trabajo que llevan a cabo muchas instituciones sociales y de salud en Argentina e internacionalmente, así como los movimientos sociales encabezados por mujeres, son algunas maneras

de visibilizar los casos y apoyar la reducción de la violencia de género. ONU Mujeres ha expuesto algunos datos alarmantes sobre la problemática y su repercusión actual.

Al respecto, se calcula que el 35% de las mujeres en el mundo ha pasado por la violencia física y/o sexual ejercida por parte de su compañero o excompañero sentimental, o violencia por parte de otra persona en algún momento de su vida, pero que las causas las detonan asuntos genéricos. No obstante, algunos estudios nacionales van más allá de estos datos y demuestran que hasta el 70% de las mujeres ha padecido violencia física y/o sexual por un compañero sentimental durante su vida (ONU Mujeres, 2017).

En cuanto a Argentina, en el año 2012 se sancionó y se promulgó una modificación de la Ley 26.791 a través de algunos artículos. En el Artículo 80 se expone que se impondrá reclusión perpetua o prisión perpetua al que mate a su ascendiente, descendiente, cónyuge, excónyuge, o la persona con la que se mantiene o se ha mantenido una relación de pareja. Igualmente se dictará esta sentencia para los crímenes por placer, odio racial, religioso, de género o de orientación sexual, de identidad de género y su expresión. Se expone que resulta un agravante el asesinato a una mujer cuando es llevado a cabo por un hombre y media violencia de género.

Instituciones como el Observatorio Nacional de Violencia contra las Mujeres (CNM), la Asociación para Políticas Públicas (APP) y ONU Mujeres, han registrado casos y han expuesto variables como edades, formas de violencia, regiones, entre otras. También, movimientos sociales en Argentina como el Ni Una Menos, contribuyen a la visibilización de la violencia y a las demandas actuales de mujeres, jóvenes, adolescentes y niñas.

A continuación se expondrán datos y tópicos en torno a la cantidad de violencia de género reportada en los últimos años en Argentina. Igualmente, se comentarán las distintas formas de violencia contra la mujer según las estadísticas realizadas por instituciones oficiales. Estos datos permitirán valorar la situación reciente y comprender mejor el estado actual de esta problemática en Argentina.

En cuanto a violencia de género de modo general, podemos encontrar que, según lo que el Ministerio Público Fiscal de la Ciudad de Buenos Aires informó a La Nación, ha ido en aumento desde el 2010 hasta la fecha.

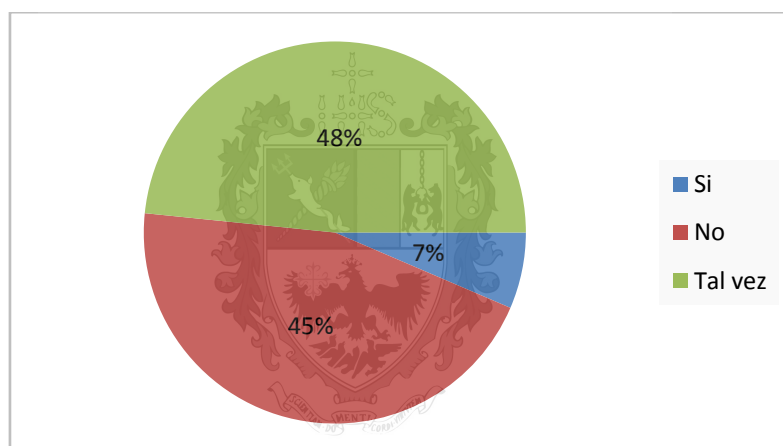
En el 2010 se registraron 2802 casos, los que aumentaron considerablemente a 4460 en el 2011. En el 2012 fueron en ascenso hasta 4813 casos. Este ascenso se mantuvo para el 2013 que arrojó 6090 casos, el 2014 concluyó con 6796 y el 2015 con unos 7287. Estas cifras tuvieron un aumento estratosférico en el 2016 con 16883 casos (Struminger, 2017). Es necesario recalcar que se hace

referencia a casos registrados, por lo cual en años anteriores al 2016 e incluso en este quizás han sucedido más casos de violencia de género no registrados. Después del año 2015, con la influencia de movimientos sociales como Ni Una Menos, entre otros apoyos de instituciones, puede notarse más concientización de los casos y más visibilización de la violencia de género que anteriormente.

Debe tomarse en cuenta que, es muy probable que en años anteriores al 2016 se provocaran más hechos violentos que los mostrados en las estadísticas, no obstante, al no denunciarse, no puede saberse con certeza.

En la gráfica que se expondrá a continuación se podrá notar el aumento de las cifras comentadas hasta el año 2016:

Gráfico 7. Denuncia de casos de violencia de género por año



Fuente: gráfica propia basada en los datos dados en La Nación (Struminger, 2017).

En este gráfico de barras es absolutamente perceptible el aumento de la violencia de los últimos años. En los primeros meses del 2017, según la Fiscalía de la Ciudad, se han registrado 8982 víctimas de violencia (Struminger, 2017). Además de estas cifras generales, resulta oportuno identificar las formas de violencia a través de una pequeña muestra de los casos.

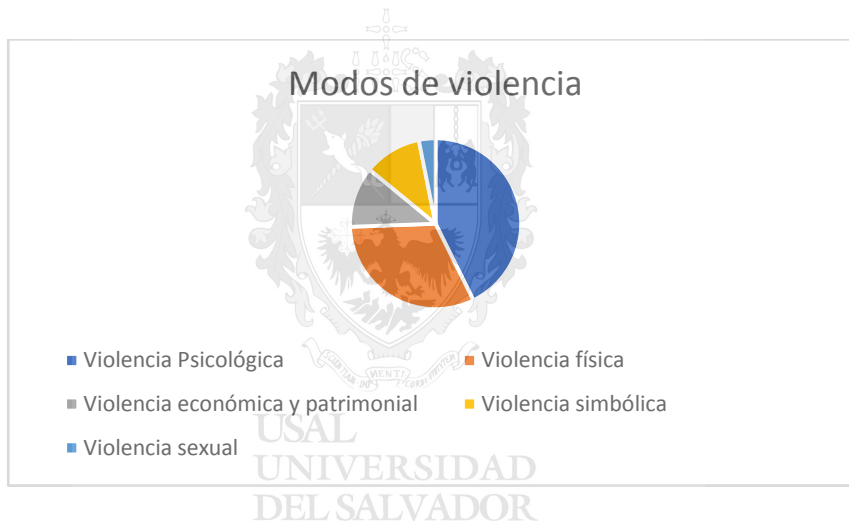
Sobre los modos de violencia de género el Observatorio Nacional de Violencia contra las Mujeres realizó un análisis de las llamadas realizadas al número de emergencia para denunciar o dar cuenta de algunos hechos. En base a estas llamadas realizadas por mujeres o allegados, el CNM identificó los modos de violencia. Se contaron un total de 6081 llamadas para dar cuenta de personas en situación de violencia. Las llamadas fueron realizadas en el mes de agosto de 2016. Del total, 2390 corresponden a una primera intervención y 1403 a posteriores intervenciones. Por otro lado, fueron

2288 las consultas para solicitar información sobre violencia de género (Observatorio Nacional de Violencia contra las Mujeres, 2016).

En cuanto a la respuesta de variables múltiples, con un total de 2390 casos de violencia de género sobre la primera intervención durante el mes de agosto, se realizó una diferenciación de los modos de violencia ejercidos. Entre los modos de violencia se consideró la psicológica, la física, la económica y patrimonial, la simbólica y la sexual (Observatorio Nacional de Violencia contra las Mujeres, 2016).

Los porcentajes, en base a la muestra comentada, se graficarán a continuación a través de una gráfica pastel:

Gráfica 8. Tipos de violencia denunciada al Observatorio Nacional de Violencia a través de llamadas



Fuente: gráfica propia basada en los datos de la CNM (Observatorio Nacional de Violencia contra las Mujeres, 2016).

Resulta útil, para una mejor evaluación de la violencia de género, saber quiénes son los que ejercen esta violencia y desde qué ámbitos se manifiestan. En muchos casos puede notarse que hay un gran porcentaje de agresores que son parejas o exparejas de las víctimas. Estos causan mucho daño, pues en caso de feminicidio, como se verá más adelante, pueden desencadenar víctimas colaterales. Además, los casos pueden generar daños graves en las/los niñas/niños de las víctimas (Fleitas, De Rozas y Otamendi, 2012).

Al respecto, cabe destacar que

(...) la violencia de género tiende a tener una dinámica diferente a la violencia en general o a la violencia contra los varones en particular. En tal sentido, si bien la violencia de género puede suceder entre desconocidos, en la mayor cantidad de casos ocurre entre personas

conocidas entre sí (...) Asimismo, esta violencia puede ocurrir en diferentes contextos o ámbitos, en el hogar o la familia, donde puede ser no sólo de pareja sino también de padres a hijos; en la comunidad en general, donde puede asumir la forma de femicidios o violaciones, acoso laboral o explotación sexual; en el ámbito estatal, donde puede ser ejercida en el marco de privaciones de libertad o de programas de esterilización forzadas; y finalmente durante conflictos armados (Fleitas, De Rozas y Otamendi, 2012, p.9).

Para exponer los porcentajes dados por la APP sobre algunos ámbitos y personas que ejercen la violencia de género se presentará una tabla a continuación. En ella se selecciona una muestra, en un período de cinco años, de las respuestas de mujeres argentinas sobre la identidad de sus agresores.

Tabla 2. Tipología de los agresores

Años	Desconocidos	Pareja actual o expareja	No responde	Múltiples agresores	Otros	Sabe, pero no desea identificar	Padre/Madre	Padrastra/Madrastra	Amigo/Conocido	Amiga/Conocida
22005 -2010	26.1%	21.5%	14.1%	7.2%	12.1%	10.3%	1.9%	0.4%	3.8%	2.6%

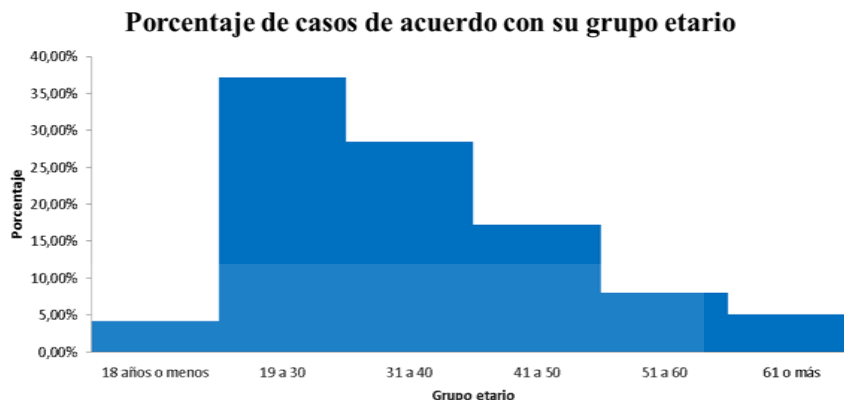
Fuente: elaboración propia basada en los datos de la APP (Fleitas, De Rozas y Otamendi, 2012).

Por otro lado, el Centro de Investigaciones Sociales Voices! y Fundación UADE (2015) y el Consejo Nacional de Mujeres (2016) recopilaron cifras que permiten describir el caso de la violencia de género en Argentina y los grupos vulnerables de acuerdo a variables sociodemográficas.

En cuanto a la edad, de acuerdo con las estadísticas del Centro de Investigaciones Sociales Voices! y Fundación UADE (2015), el grupo más vulnerable (que presenta más casos de violencia) fue el de las mujeres de 25 a 34 años, de las cuales, el 17% de las encuestadas reportaron haber padecido algún maltrato por causa de género. El siguiente grupo es el de las mujeres de 35 a 49 años, de las cuales un 13% reportó maltratos; luego el grupo más joven encuestado, que corresponde a las mujeres de 16 a 24 años (10% reportó maltratos). Por último, los grupos que menos reportaron violencia de género fueron los de 50 a 64 años (7%) y las mayores de 65 años (6%).

Por otro lado, con base en los datos del Consejo Nacional de Mujeres (2016) es notable que el grupo de 19 a 30 años ha llamado más a la línea 144 por problemas relativos a la violencia de género en comparación con los demás grupos. En los grupos etarios mayores, el porcentaje de llamadas disminuye progresivamente: en el grupo de 31 a 40 años, un 28,43 % llamaron; en el de 41 a 50 años, un 17,20%; en el de 51 a 60%, un 8,04% y finalmente, en los mayores de 60 años, el porcentaje disminuyó a 5,05%. El grupo de 18 años o menos es el que menos realizó llamadas al 144 por causa de violencia de género, contando con un porcentaje de 4,12%.

Gráfico 9. Porcentaje de casos que llamaron a la línea 144 por violencia de género, clasificados de acuerdo con su grupo etario.



Nota: los datos del gráfico fueron obtenidos del Consejo Nacional de Mujeres (2016).

De acuerdo con los datos del Consejo Nacional de Mujeres (2016), aproximadamente la mitad de los casos que llamaron a la línea 144 por violencia de género reportaron que el victimario era su pareja o novio, mientras que en 39,5% de los llamados, el victimario era la expareja, lo cual quiere decir que en casi 90% de los casos (89,05%) el victimario había mantenido relaciones amorosas con la víctima. Las categorías resultantes tienen una prevalencia de menos del 10% cada una y se ordenan de la siguiente forma (decrecientemente): otros (3,61%), hijo (2,60%), hermano (1,34%), padre (0,92%), vecino (0,71%), superior a cargo (0,50%), hija (0,46%), madre (0,38%), desconocido (0,38%) y hermana (0,15%).

Además, la edad de la víctima parece tener un papel en la distribución de estos porcentajes:

a) En el grupo 18 años o menos los victimarios eran predominantemente los novios/parejas (40,48%) y exparejas (21,43%) y otros (19,05%). Los padres cobran importancia como victimarios (13,09%) en este grupo de edad, siendo más frecuente que el victimario sea el padre (9,52%). Los desconocidos, al igual que las madres tienen un porcentaje de 3,57%. Y por último, la categoría con menos prevalencia es la de los vecinos (2,38%).

b) En el grupo de 19 a 30 años los principales agresores se vinculaban como novios o parejas (51,46%), e igual que en la mayoría de los casos, las exparejas eran agresores frecuentes (40,98%). En este grupo de edad aparecen nuevos tipos de agresores, tales como la hija (0,40%), hermano (1,99%), hermana (0,13%) y superior a cargo (0,27%). Las violencias por parte de los padres son más bajas que en el grupo de menores de 19 años (1,59%), al igual que es menos frecuente la violencia perpetrada por las madres (0,13%), los desconocidos (0,27%) y los vecinos (0,27%).

c) En el grupo de 31 a 40 años se mantiene que los principales agresores son los novios o parejas, con un 52,41% y, secundando, las exparejas, con un 41,90%. En tercer lugar se ubica la categoría “otros”, con un 2,93% y luego se encuentran las demás categorías, que no llegan al 1% cada una, por lo cual son infrecuentes. Aparece la figura del hijo en un 0,17%.

d) En el grupo de los 41 a 50 años la frecuencia de ser agredido por el novio o pareja (48,15%) se acerca a la frecuencia de ser agredido por la ex pareja (43,59%). En la categoría “otro” se encuentra el 2,28% y tanto los hijos (1,99%), como los hermanos (1,14%) ganan presencia con respecto a las categorías anteriores. La madre ya no aparece como agresora, mientras que el padre sí, pero con una frecuencia baja (0,57%).

e) En el grupo de los 51 a 60 años, el novio o pareja es el agresor principal (45,73%), seguido de la ex pareja, la cual disminuye su presencia a un 34,76%. La categoría “otro” cuenta con un 3,05% y el hijo cobra más importancia que en los grupos anteriores (10,37%). En este grupo no reportaron violencia de género por parte de desconocidos y los padres tampoco aparecen en las cifras. El vecino (2,44%) y el superior a cargo (1,83%) cobran más importancia que en las categorías anteriores.

f) En el grupo de los 61 años o más, el novio o pareja sigue siendo el agresor más frecuente, con 44,66%, y, excepcionalmente, el hijo varón ocupa el segundo puesto, con 22,33%; seguido del exnovio (12,62%) y la categoría “otro” (11,65%). El hermano (3,88%) tiene mayor frecuencia como agresor que la hija (2,91%) y en menor medida se encuentra el superior a cargo y el vecino (0,97 cada uno).

Un aspecto que resalta del análisis del vínculo de la pareja por grupo etario es la predominancia que va adquiriendo el hijo varón como agresor de su padre o madre, a medida que él va envejeciendo, cosa que no ocurre con la hija, esto puede reflejar aspectos sexistas latentes en la cultura.

Gráfica 10 .Vínculo con el/la agresor/a según edad de la persona en situación de violencia.

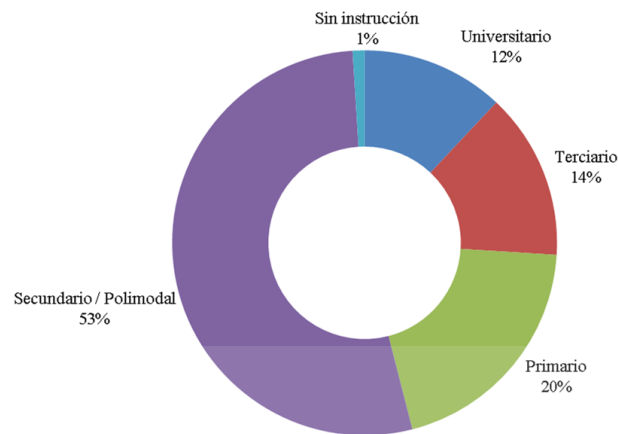
Vínculo con el/la agresor/a	Edad de la víctima						Total
	18 años o <	19 a 30	31 a 40	41 a 50	51 a 60	61 o más	
Novio/pareja	40,48 %	51,46 %	52,41 %	48,15 %	45,73 %	44,66 %	49,90 %
Ex pareja	21,43 %	40,98 %	41,90 %	43,59 %	34,76 %	12,62 %	38,95 %
Otro	19,05 %	2,52 %	2,93 %	2,28 %	3,05 %	11,65 %	3,78 %
Hijo			0,17 %	1,99 %	10,37 %	22,33 %	2,36 %
Padre	9,52 %	1,59 %		0,57 %			1,03 %
Hija		0,40 %	0,17 %	0,28 %	0,61 %	2,91 %	0,49 %
Madre	3,57 %	0,13 %	0,34 %				0,29 %
Desconocido	3,57 %	0,27 %	0,34 %	0,28 %			0,39 %
Hermano		1,99 %	0,86 %	1,14 %	0,61 %	3,88 %	1,42 %
Hermana		0,13 %	0,17 %		0,61 %		0,15 %
Superior a cargo		0,27 %	0,34 %	0,57 %	1,83 %	0,97 %	0,49 %
Vecino	2,38 %	0,27 %	0,34 %	1,14 %	2,44 %	0,97 %	0,74 %
Vecina							
Total	84	754	580	351	164	103	2036
	100%	100%	100%	100%	100%	100%	100%

Nota: los datos de la tabla fue tomada del Consejo Nacional de Mujeres (2016).

Examinando la variable del nivel educativo de la persona maltratada, el Centro de Investigaciones Sociales Voices! y Fundación UADE (2015) señalan que las categorías extremas son las más frecuentes. De esta manera, 14% y 12% de las mujeres que cuentan con un nivel educativo de primaria e universitario, respectivamente, reportaron haber sido víctimas de violencia de género. El grupo con menos frecuencia de reportes fue el de aquellos que estudiaron hasta la secundaria. De acuerdo con el Registro Único de Casos de Violencia contra la Mujer (Belen, Barrios y Tipaldo, 2015), el nivel educativo alcanzado que tuvo mayor frecuencia entre las mujeres que fueron violentadas por causa del género, fue el secundario / polimodal (53%); el segundo fue el primario (20%), luego el terciario y universitario, con 14% y 12% respectivamente y por último, la no instrucción, con 1% (ver gráfico 9).

Gráfico 11. Porcentaje de casos de mujeres víctimas de violencia según nivel educativo alcanzado, de acuerdo al Registro Único de Casos de Violencia contra la Mujer.

Casos de mujeres víctimas de violencia según nivel educativo alcanzado



Nota: los datos del gráfico fueron obtenidos de Belen, Barrios y Tipaldo (2015).

La condición laboral de la mujer no se relacionó con la probabilidad de recibir maltratos por parte de la pareja, ya que los porcentajes de personas que reportaron haber padecido violencia de género son muy similares tanto en el grupo de mujeres que cuentan con un trabajo formal, frente al de aquellas que no lo cuentan (12 y 10 % respectivamente) (Centro de Investigaciones Sociales Voices! y Fundación UADE, 2015).

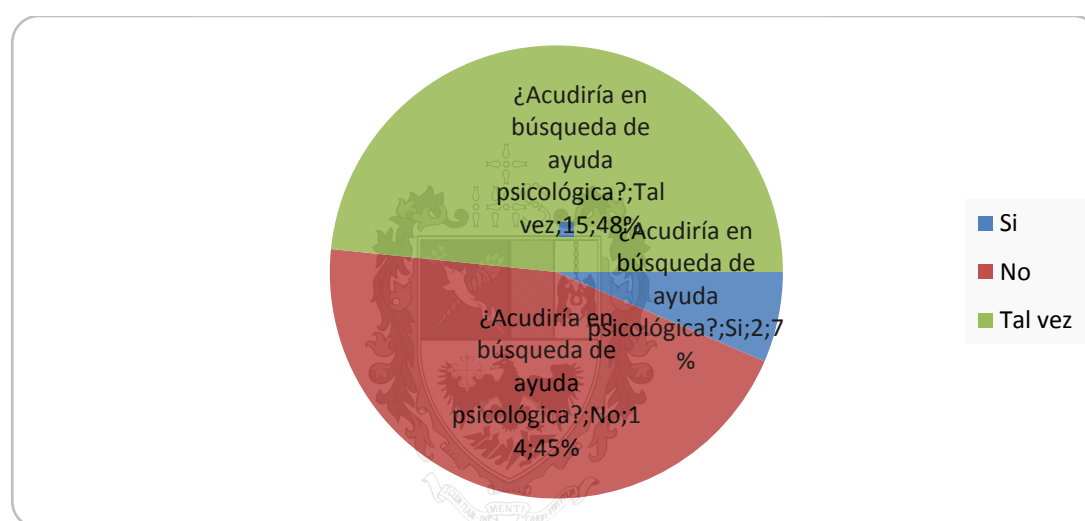
Otro dato que acota el Consejo Nacional de Mujeres (2016) es que en la mitad de los casos que fueron atendidos en la línea 144 convivían con el agresor en el momento de hacer la llamada (50,86%) para pedir ayuda y/o orientación, mientras que la otra mitad no convivía con el agresor en ese momento (49,14%).

En cuanto a la modalidad o tipo de violencia de género ejercida, que fue registrado por el Consejo Nacional de Mujeres (2016), referidos a los casos que atendieron en la línea 144, sobre un total de 2390 casos referidos a la primera intervención en el mes de Agosto; se cuantificó que la mayoría de los casos estaban relacionados con la violencia doméstica (96,27%), y una minoría con la violencia laboral (0,84%), violencia institucional (0,75%), violencia contra la libertad reproductiva (0,21%) y violencia obstétrica (0,08%).

Igualmente, es válido destacar los casos y daños colaterales que suceden junto con la violencia de género. Estos daños afectan a niños, niñas y adolescentes que están presentes cuando suceden los hechos.

De esta forma la estructura del hogar queda profundamente afectada, las relaciones madre e hijo/hija, y en caso de que el cónyuge sea el agresor y el padre de los niños, son notablemente afectadas. Durante el mes de agosto de 2016, el CNM registró llamadas para dar cuenta de violencia de género con menores de edad afectados por dicha situación. Se comentó que los casos de violencia de género incluyeron la presencia de niñas/os afectadas/os por dicha situación. Se registró que un 78% de los casos cuentan con niñas/os afectadas/os. Esto apunta a un elemento fundamental que acentúa lo vulnerable que es la mujer en estos casos y también los las/os niñas/os que forman parte de esta problemática (Observatorio Nacional de Violencia contra las Mujeres, 2016).

Gráfica 12. Situación de violencias con la presencia de de niñas/os afectadas/os



Fuente: gráfica tomada del Informe Estadístico del CNM (Observatorio Nacional de Violencia contra las Mujeres, 2016).

Aquí, como puede notarse, el daño no se ejerce únicamente sobre la víctima directa, también las/os niñas/niños son afectados e, incluso en algunos casos, los futuros bebés padecen la violencia. Mujeres en estado de gestación son perjudicadas y dañadas físicamente. Es importante llamar la atención sobre estas víctimas colaterales que padecen, de manera semejante a las mujeres, el maltrato.

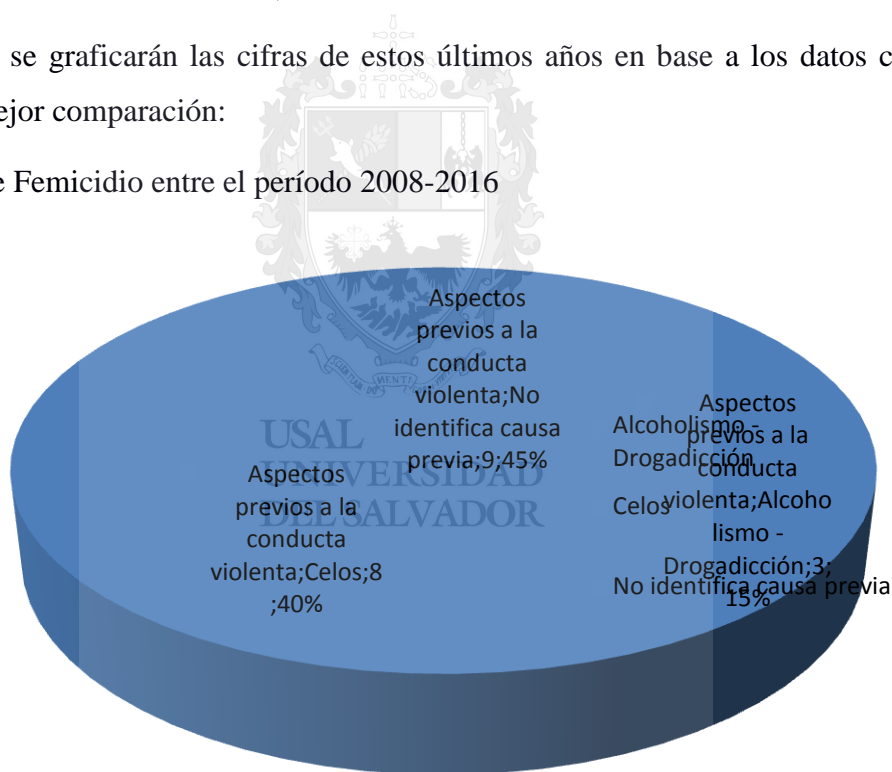
Después de valorar algunos casos sobre violencia de género, se pasará a comentar y a exponer los datos sobre feminicidios registrados desde el año 2008 hasta el 2016. Los datos que se utilizarán son los dados por La Casa del Encuentro.

Los análisis estadísticos apuntan que en los últimos ocho años, del 2008 hasta el 2016, se han registrado 2384 feminicidios (La Casa del Encuentro, 2016). Además, resulta alarmante cómo, aunque los grupos sociales y el trabajo de muchas instituciones realizan una labor de reducción de esta violencia, los años que siguen al 2008 superan la cifras de esa fecha.

Se tiene que en el año 2008 se registraron 208 casos de feminicidios y 11 de feminicidios vinculados de hombres y niños. En el 2009 esta cifra aumentó a 231 en el caso de las mujeres y a 16 en cuanto a niños y hombres vinculados. Del 2010 al 2011 las cifras continuaron creciendo. En el 2010 se registraron 260 feminicidios y 15 vinculados a otras personas. En el 2011 fueron 282 asesinatos a mujeres y 29 vinculados. En el 2012 hubo una disminución respecto al 2011, y las cifras fueron de 255 feminicidios y 24 casos vinculados. Luego, en el 2013 la cifra aumentó considerablemente, pues se cometieron 295 feminicidios y 39 asesinatos vinculados. En el 2014 pudo apreciarse otro descenso con respecto al año anterior, pues hubo 277 feminicidios y 29 vinculados. No obstante, la cifra volvió a aumentar en el 2015 a 286 feminicidios y a 42 casos vinculados. Igualmente, los números del pasado año fueron en ascenso, registrándose 290 feminicidios y 42 víctimas colaterales. Como puede notarse, aunque algunas cifras han oscilado, los casos desde el 2008 hasta la fecha han estado, de modo general, aumentando (La Casa del Encuentro, 2016).

Acto seguido se graficarán las cifras de estos últimos años en base a los datos comentados y podrá hacerse una mejor comparación:

Gráfica 13. Casos de Femicidio entre el período 2008-2016



Fuente: gráfica propia basada en los datos de La Casa del Encuentro (2016).

En el gráfico es notable el aumento de los casos del 2008 y el de los años próximos. Además, puede apreciarse que los años más problemáticos fueron el 2013 y el pasado 2016.

Es necesario aclarar que las cifras que presentó La Casa de Encuentros, no coincidió con las que expuso la Corte cuando publicó sus cifras en algunos de estos años. Esto se debe a que la Corte no

incluyó algunos casos de suicidio y tampoco otros relacionados con travestis (Struminger, 2017). Lo comentado denota que a nivel de justicia todavía queda mucho por hacer, para tener en cuenta hasta qué punto afecta la violencia psicológica en algunas personas y que los crímenes relacionados con travestis provienen de un núcleo semejante al relacionado con mujeres, por tener orígenes similares y por atacar a lo femenino.

Al respecto, también resulta válida la aclaración de que se da cuenta de casos registrados como feminicidios, pero que algunos no son registrados o procesados como casos de violencia de género. Todavía debe visibilizarse más y hacer más conciencia sobre las mujeres en situación de violencia para lograr una mayor mejora en la calidad de vida de las féminas.

La Asociación para Políticas Públicas registró, en cuanto a los feminicidios, los lugares y poblaciones más vulnerables en Argentina. En un conteo del 2007 al 2009 se registraron las zonas más inseguras y más propensas a la violencia y a los homicidios. Destacan un grupo de provincias, principalmente al noreste del país, donde los índices de homicidio son bajos en estos años. Por otra parte, resalta un grupo de grandes jurisdicciones como Santa Fe y la provincia de Buenos Aires como ciudades donde los índices de homicidio son mucho mayores.

Puede notarse que lugares con gran densidad poblacional, como Buenos Aires, son más propensos a manifestaciones de violencia que otras zonas de menor densidad poblacional y de ambientes más calmados. En ocasiones, las grandes urbes son más propensas a los actos de violencia.

En sintonía con la violencia de género y los feminicidios, cabe comentar algunas estadísticas en torno a los suicidios. Los suicidios de mujeres fueron 8.806 casos de 1997 al 2010, y representan un 21% del total, y los 618 casos ocurridos en el año 2010 representan una tasa de 3 cada 100.000 mujeres. Si bien los suicidios experimentaron un leve crecimiento del 5% de 1997 al 2009, este fue mucho más marcado en el caso de las jóvenes, ya que en el grupo de 15 a 19 años fue del 57%. Dicho incremento de suicidios de jóvenes fue muy acentuado en algunas Provincias: hubo 7 provincias, principalmente del Norte y de la Patagonia, donde el aumento fue mayor del 100% de 1997/99 al 2007/09.

El aumento de los suicidios puede tener muchas explicaciones, una de ellas en parte puede ser el incremento de un factor de riesgo de suicidios durante el mismo período, y que en concreto fue el consumo de drogas por los jóvenes (Observatorio Nacional de Violencia contra las Mujeres, 2016).

Es notable que la tasa de suicidios es menor a la de feminicidios, pero aun así debe distinguirse cómo afecta la violencia de género a algunas jóvenes que toman esa decisión. Deben tenerse en cuenta las muchas razones, en vínculo con lo genérico y el maltrato, que provocan el suicidio.

Otras de las temáticas a tomar en cuenta es la del sentido de culpa que padecen algunas mujeres después pasar por la violencia de género o de realizar la denuncia. En las etapas de padecer la situación y de denunciarla, algunas se creen culpables por lo que les ha pasado. Esto se explica porque, como se ha expuesto anteriormente, muchas de las víctimas estaban en vínculo con sus agresores, pues éstos eran parejas o exparejas. Entonces, las víctimas pueden estar en situación de temor y padecer vergüenza por lo que les sucede.

Sobre esta relación entre una situación de violencia y la culpa, algunas instituciones como ONU Mujeres presentan estadísticas que pueden esclarecer o poner énfasis en esta problemática. En la mayoría de los países donde se reconocen datos al respecto, menos del 40% de las mujeres que sufren violencia buscan alguna ayuda. Entre las mujeres que buscan ayuda la gran parte recurre a amigos y familia que ya conocen los problemas de violencia. Muy pocas mujeres confían en las instituciones sociales y de salud o en los mecanismos oficiales como la policía. Esto expone la falta de confianza de las mujeres en las instituciones y la sensación de culpa que experimentan algunas mujeres que buscan estar a salvo, pero no demandar o enjuiciar a su agresor por temor o por culpa. Menos del 10% de las que buscaron ayuda luego de sufrir un acto de violencia recurrieron a la policía (ONU Mujeres, 2017).

Las estadísticas comentadas denotan el temor de muchas mujeres y que aún queda mucho trabajo por hacer. Debe hacerse más consciente y, sobre todo para las mujeres vulnerables, quiénes son las víctimas y quiénes los victimarios. Es necesario llevar a cabo una labor de promoción para que las mujeres denuncien a sus agresores y no se escuden en la culpa o en el temor.

Hasta aquí se han presentado algunos datos estadísticos que dan cuenta de la violencia de género, la cantidad de mujeres maltratadas, las formas en que se ejercen, los lugares más vulnerables, las víctimas y causas colaterales a los casos de violencia. Igualmente quedaron expuestos los alarmantes datos sobre el feminicidio. Se presentaron la cantidad de feminicidios reportados en los últimos años y se aludió a su evolución estadística.

Puede notarse que legalmente las mujeres víctimas de violencia están más respaldadas en estos últimos años que en los pasados, pues las reformas a leyes actuales así lo demuestran. Se destaca que en el presente las problemáticas de género han dejado de ser íntimas para ser públicas y están marcadas con un fuerte carácter político. Actualmente, se reconoce que la violencia a la mujer genera muchos

daños para las personas y el tejido social. Lo comentado, a nivel jurídico e institucional representa un paso de avance en la prevención y eliminación de estas problemáticas.

Los ajustes a la Ley 26.791, a través de algunos artículos, demuestran una transformación favorable que continuará ayudando a muchas mujeres, niñas, adolescentes y jóvenes. El hecho de que las féminas cuenten con amparos legales resulta muy protector y ayuda a la reducción de los daños. De esta manera debe trabajarse para dar más amparo a las personas maltratadas (Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, 2012).

No obstante, los años y los casos han comprobado que la ley no representa una certeza absoluta de que las féminas no serán atacadas. Los maltratos aumentan cada año, a veces en grandes escalas como se ha mostrado en las estadísticas, a pesar de las sentencias y de la intimidación a los agresores a través de las leyes.

Lo comentado demuestra que, resulta útil, más allá de la sanción al agresor, una cultura de prevención de la violencia de género. El trabajo que llevan a cabo las instituciones y los movimientos sociales debe reforzarse y darse a conocer a mayor número de mujeres y de personas de modo general. Sería adecuado que se trabajara más de cerca con las niñas, adolescentes, jóvenes y mujeres, en torno a la cultura de la violencia. De esta forma, las féminas sabrían identificar los modos más sutiles de violencia por parte de sus parejas o exparejas, los cuales conforman un alto número de agresores, para saber anular una situación de violencia antes de que esta se torne más perjudicial.

Con el apoyo de algunas instituciones las féminas podrían tomar cursos de formación en el feminismo. Igualmente, a nivel institucional podrían planearse cursos sobre la cultura de la violencia y cuáles son sus rasgos. Así, las mujeres podrán aprender y tomar mayor prevención ante amenazas, ataques, etc.

Sin embargo, debe promoverse la solidaridad entre las mujeres para que se apoyen, compartan períodos y procesos de aprendizaje. Un grupo de mujeres puede organizarse para protegerse, hacer demandas en común, enseñar, crear fortalezas y valores en las actuales y en las próximas generaciones. El movimiento Ni Una Menos, en Argentina, es un ejemplo de cómo pueden organizarse en grupo, más allá de los constructos institucionales, para demandar, apoyarse, y pensar en la femineidad.

Otros cursos que favorecerían a las mujeres serían los de defensa personal, como formas y técnicas para la prevención del maltrato. Aunque se sabe que lo adecuado sería que las mujeres anden por las calles y no tengan temor de ser atacadas, objetivo por el cual trabajan muchos movimientos sociales e instituciones, debe comprenderse que ese momento no ha llegado y las mujeres deben saber

cómo protegerse. Entonces, a la vez que se trabaja y se demandan derechos no tener temores, resulta muy útil que las mujeres conozcan qué hacer y cómo defenderse en casos de ataques. Es válido que sepan cómo reaccionar físicamente ante los ataques y después cómo y en dónde realizar las denuncias que correspondan.

Llama la atención en esta temática en torno al género la noción de violencia estructural. La violencia estructural está tan fuertemente sujeta a la cultura heteropatriarcal que muchas veces se presenta como algo cotidiano e imperceptible. Esta violencia estructural engloba las conductas, las normas, los actos, que son asignados a cada género, como por ejemplo creer que solo las mujeres deben hacerse cargo de las labores domésticas. Estas reglas, hechos y formas de actuar, se establecen desde el heteropatriarcado y son llevados a cabo por hombres, mujeres, niños y niñas, jóvenes, adolescentes y adultos mayores. Esta estructura sitúa a la mujer en una gran desventaja con el hombre, le resulta desfavorable, le pone límites a su desarrollo pleno y la conlleva a la frustración. La condición de frustración o "debilidad" es aprovechada para empequeñecer a las mujeres de formas más o menos conscientes.

La definición que se conoce actualmente de la "violencia estructural" aparece al final del decenio de 1960. Pero hay que notar que se apoya en cierto modo, como recuerda Senghaas en el concepto de "violencia institucional" utilizado por el documento de la conferencia de los obispos latinoamericanos de Medellín (1969). Este concepto surge de la constatación de que en determinadas circunstancias "no es sencillamente la violencia directa la que mata a la gente, sino también el orden social". Hay que observar que la expresión del documento de Medellín es en cierto sentido más política que la de "violencia estructural", preferida por la poca research critique. Apoyada en la noción tomista de justa desobediencia al tirano, señala y denuncia no una estructura sino un poder. (Boulding E, 1981, p.75)

Lo comentado está muy presente y de modo a veces solapado en los constructos sociales. Esto conlleva a que, incluso sin saberlo o notarlo, las mujeres sean víctimas de la violencia que está institucionalizada y socialmente practicada por muchas generaciones de personas. Es necesaria una deconstrucción social donde se valoren las formas de violencia cotidianas y los roles que adoptan hombres y mujeres en la sociedad, para proponer roles más saludables y trabajar en ellos.

Sería muy útil explorar en los modos de ver y actuar desde lo femenino e intentar transformar los roles incómodos con los que luchan las mujeres cada día en su casa, trabajo y demás espacios sociales.

En cuanto a la violencia física, sexual, simbólica, psicológica, laboral, económica o patrimonial, puede notarse en gran medida que estas se deslindan de la violencia estructural, pues muchas formas de maltrato son aceptadas y asumidas socialmente.

Por ejemplo, en algunos casos al hombre se le reconoce como el líder de la familia que debe administrar los bienes materiales y se excluye a la mujer de este modo de organizar la economía. En este último caso hay una violencia económica sobre la mujer, pero a veces no se nota por ser una costumbre socialmente aceptada. Muchas mujeres están sujetas a su cónyuge para tomar decisiones sobre sus ingresos y se mantienen a expensas de la administración de él para poder contar con sus beneficios. Este modo de violencia sitúa a la mujer en un plano de inferioridad y genera un maltrato bastante nocivo para las féminas y sus hijas/hijos.

Con las nuevas leyes y reformas llevadas a cabo en los últimos años, cada vez la violencia física y sexual es menos justificable y más sancionable. No obstante, hay muchas maneras solapadas en las que continúa generándose una cultura de violencia sexual, como por ejemplo en los anuncios publicitarios en donde muestran al cuerpo de la mujer como un objeto deseable. Estos anuncios, imágenes, frases y la aceleración de la pornografía que muestran a la mujer como un objeto, conforman modos de generar, solapadamente, la violencia.

El mercado que vende a la mujer como un producto deseable está brindándoles a muchos adultos y jóvenes la posibilidad de disponer del sexo femenino a su antojo, y a los niños se les induce a que en su adultez repitan muchos patrones de violencia. Estas imágenes y lenguajes a veces se esconden como un elogio a lo femenino y socialmente son aceptados. Sin embargo, todas las fotografías, textos, películas, videos, etc. que reproduzcan a la mujer como un objeto de placer están alejándola de su verdadera condición de sujeto y la ponen vulnerable ante la violación y la agresión del otro.

El tema de la violación tiende más y más a ocupar el lugar central en los estudios sobre la mujer. La definición de la mujer-objeto, en la que se basa la institución de la violación, representa el factor dinámico que condiciona la prostitución y la pornografía, por un lado, y la noción de la mujer como "no persona" en los planos político y económico, por otro lado. Es curioso constatar que la actual superación del concepto de mujer como propiedad, a medida que los tribunales van reconociendo a las mujeres como sujetos de derechos, no tenga prácticamente efecto alguno sobre la visión básica de la mujer como objeto. (Boulding, 1981, p.269)

Lo que se expresa en el fragmento anterior es de interés, pues actualmente se están logrando muchos desarrollos en el reconocimiento de la violencia de género a nivel legal. No obstante, a nivel

social queda mucho por hacer, pues continúa el consumo de imágenes y otras formas de violencia y no se reconocen los daños que esto puede causar a las mujeres.

Otras formas de violencia como la laboral, están sujetas a no reconocer en muchos casos los derechos plenos de las mujeres. Hay muchos casos de embarazadas que son o fueron despedidas por el solo hecho de no ser productivas, del modo en el que desean las empresas, en el período de gestación y posparto. Además, se registran casos de acoso sexual a mujeres por los jefes, en un entorno laboral, como se expuso en algunas estadísticas mostradas anteriormente.

Al respecto de la violencia psicológica se concuerda, como se exponía cuando se mostraban las estadísticas, que esta es una de las más difíciles de demostrar, pero muy dañina. Incluso, sería importante continuar registrando qué porcentaje de mujeres en Argentina se suicida bajo presión de violencia psicológica. Aunque son muy difíciles de demostrar algunos casos, porque no se trata de golpes perceptibles en el cuerpo, debe trabajarse mucho para visibilizar más la violencia psicológica y luchar contra la impunidad de los agresores. Muchos agresores ejercen gran manipulación sobre sus víctimas y debe preguntarse cuántos suicidios de mujeres no son en verdad feminicidios.

Sobre las personas que ejercen estos modos de violencia a las mujeres es importante saber la relación del agresor con la víctima. Igualmente, algunas estadísticas apuntan a que muchas víctimas no desean reconocer al agresor, lo que insinúa, a veces, un posible parentesco o cercanía entre ambos. Hay datos que no son tan explícitos o que no se muestran de la mejor manera como estos del no reconocimiento del agresor. Debe trabajarse de manera más constante para que las mujeres en esta situación tengan la valentía y la entereza de denunciar a los que las atacan.

Se concuerda, y en muchas fuentes aparece (Fleitas, De Rozas y Otamendi, 2012), que un gran porcentaje de los agresores son parejas o exparejas de la víctima. En estos casos también debe hacerse un llamado responsable para que las personas que conozcan la mala relación y el estado de agresión, denuncien estos casos. Muchas veces las víctimas no llevan a cabo una denuncia por temor, por desconocimiento, por sentido de culpa, por no saber cómo hacerlo, entre otras razones.

En la gran mayoría de los casos, cuando los agresores son parejas o exparejas, reconocen a la víctima como algo que les pertenece con lo que pueden actuar como les plazca. Por esta razón resulta muy útil acabar con los patrones de género que hacen daño y demostrar que la mujer no es un objeto para la satisfacción. Entonces resulta muy útil establecer una visión desde esta perspectiva.

En este trabajo se está a favor de la noción de víctimas colaterales. Estos casos a veces son contados y otras no, pero sí deben mostrarse cuando se presenten los referentes a violencia de género.

Las víctimas colaterales, sean afectadas a través de la violencia física o psicológica, deben tenerse en cuenta en el momento de establecer una demanda u otro proceso legal. Estas víctimas no deben quedarse en el anonimato. Igualmente, los agresores deben ser juzgados por ellas además de por la violencia contra la mujer.

Debe recurrirse al amparo legal que poseen las/los niñas/niños, jóvenes y adolescentes, actualmente, para que el agresor sea procesado por estos daños y responda a las demandas correspondientes. En muchos casos las niñas son víctimas de violencia de género y en casos muy alarmantes la madre y la hija son víctimas de un mismo agresor. Esto último se considera que debe presentarse como un agravante en cualquier proceso legal que se levante contra el agresor.

Este tópico comentado ofrece una visión más compleja de las víctimas directas y colaterales de la violencia de género. Se reconoce que puede haber niveles de complejidad más elevados en caso de que la mujer sea madre y su hijo/hija sea igualmente afectado/afectada.

En torno a los feminicidios resulta provechoso emplazarlos lugares más vulnerables en los que se llevan a cabo. Saber lo sucedido en otros momentos puede ser una buena manera de prevención y de tomar distancia de los agresores.

Además, debe fomentarse un hábito de protección en las mujeres para que puedan saber por cuáles calles, a qué horas, etc. es seguro o no andar en lugares determinados. Como se exponía anteriormente, lo adecuado sería que las mujeres estén seguras y no deban pensar en estos factores pero, como todavía queda mucho por hacer, las féminas deben buscar vías y formas de protegerse. Para ello es provechoso tener información sobre qué tan seguras o no son algunas ciudades y de este modo saber los daños posibles y tomar precaución.

Con lo comentado en el párrafo anterior no se trata de centrar la responsabilidad o la culpa en las víctimas y sí de que sepan cómo es el lugar en el que se mueven. Muchos crímenes se han llevado a cabo en lugares a veces seguros, pero otros suceden en lugares que ya presentan una tradición en vínculo con la violencia de género como muestran las estadísticas. Las víctimas no son responsables de los ataques, porque ninguna víctima desea serlo, pero no está de más una labor de prevención por parte de ellas.

De modo legal, sería provechoso llevar a cabo un bosquejo de las zonas en las que se comenten más crímenes y reforzar las medidas de seguridad y de protección en éstas. Algunas ciudades y zonas son muy susceptibles a los casos de violencia de género, como se expuso en las estadísticas, por lo cual merecen más atención.

Por otra parte, cabe resaltar que la Corte no reconoció como feminicidios algunos casos de suicidio que sí reconoció La Casa de Encuentros (ONU Mujeres, 2017). Al respecto cabría apuntar y recalcar una vez más que cuando el suicidio esté en vínculo con la violencia de género, debe reconocerse como feminicidio. En muchos casos las víctimas son alentadas por su agresor, y/o provocadas por los actos de maltrato, a que comentan el suicidio. El hecho de que las jóvenes sean las más propensas al suicidio indica que, en algunos casos, son víctimas más manipulables por tener menor edad y más desconocimiento que muchas mujeres adultas.

También cabría preguntarse cómo se valorarían los casos de mujeres transexuales o travestis asesinadas. Se debate que las muertes de esas personas puedan ser consideradas o no como feminicidios. La persona que redacta este trabajo cree que en cuanto al reconocimiento de la identidad sexual de estas personas como mujeres, puede considerarse feminicidio cuando prevalezcan en estos casos la violencia de género. No obstante, la valoración de estos casos es compleja pues no solo se estaría alegando por los derechos de estas personas de ser reconocidas con la identidad sexual que eligieron. Se cree que en estos casos, más allá del reconocimiento de la identidad sexual, hay otros factores que provocan la violencia contra estas personas. Más que de violencia de género o de feminicidios en estos casos convendría hacer referencia a la homofobia, transfobia y otras categorías similares. Por lo que, quizás estos casos convendría más situarlos en estadísticas de violencia a personas transgénero, travestis, homosexuales, etc. y no dentro de las cifras de violencia contra las mujeres.

Igualmente, los movimientos sociales y las instituciones que alegan por los derechos a las mujeres deben solidarizarse con las causas de los transgénero y otras demandas semejantes. En el caso de los transgénero, travestis, entre otras categorías, puede notarse una empatía con muchas demandas realizadas por mujeres porque ambos grupos comparten la reflexión sobre lo femenino y sus condiciones sociales.

También sería favorable aunar lazos entre los grupos de transgénero y los de feminismo para compartir espacios, demandas, expectativas y proyectos sociales. Muchos grupos deberían mezclar sus fuerzas para llevar a cabo más y mejores proyectos llenos de afecto y de apoyo.

Otro factor a tener en cuenta en el caso de la violencia de género es la culpa (D'Amore, 2006). que padecen algunas víctimas, como se ha expuesto, en este trabajo. Las víctimas, según las estadísticas, muchas veces no realizan denuncias y otras las hacen pero en algunos casos esconden la identidad del agresor.

Debe crearse conciencia en las mujeres sobre la identidad y la naturaleza de posibles agresores. Ellas deben reconocer que un agresor puede ser una pareja, una expareja, una persona de una supuesta buena reputación, un familiar, un supuesto amigo, un vecino, un buen profesional. Deben tener en cuenta que un agresor es cualquier persona que socave sus derechos y realice actos contra su voluntad. En ocasiones las víctimas creen que una persona determinada por poseer algunos valores o relaciones con ellas, no es un agresor o no debe ser cuestionada como alguien que le está infringiendo daños.

Así, algunas mujeres no están seguras o padecen temor de denunciar a sus agresores. En ocasiones no consideran la demanda como una posibilidad de transformar la situación de violencia a la que son sometidas.

Esta reacción de las víctimas se fundamenta en múltiples factores. A veces no establecen denuncias por temores, por vergüenza, porque no saben cómo hacerlo, o sea, por desinformación de a qué lugares, medios o instituciones pueden dirigirse, o en algunos casos porque no están al tanto de su condición de víctima.

Algunas mujeres no se reconocen como víctimas y en ocasiones, cuando hay traumas y trastornos psicológicos, se creen culpables de la situación que las daña. Dentro de la cultura heteropatriarcal se establecen algunas normas y conductas que las mujeres deben desempeñar y cuando no cumplen con ellas se les hace saber que están desempeñando sus roles de una manera no adecuada. En estos últimos casos las mujeres pueden creer que lo que padecen es como un castigo por no seguir las reglas establecidas o no ocupar el rol que les corresponde. Algunas mujeres se avergüenzan de los maltratos que reciben y pueden creer que son merecedoras de ese maltrato por no desempeñar correctamente sus roles.

Dentro de esta violencia estructural que provoca el sentimiento de culpa en las féminas, están las imágenes que se producen de ellas. Por ejemplo, se cree, a través de la óptica del heteropatriarcado, que una mujer decente no debe andar en las calles tarde en la noche o con ropa que provoque el acoso o la agresión de muchos hombres. Estos son dogmas y clichés erróneos que ejercen discriminación sobre las mujeres y que las sitúan a ellas como responsables y hacedoras de sus daños. Desde esta óptica hay una omisión de la figura del agresor y todo se concentra en la víctima, por lo cual no hay prácticamente agresor y entonces se anula la posibilidad de que haya una víctima.

Sin embargo, debe entenderse que no hay provocación que una mujer pueda hacer que desencadene un acto tan violento como una violación. Incluso, en los análisis más recientes sobre violencia de género y violaciones, se establece como violación todo acto sexual que se realice en contra

de la voluntad de la mujer, aunque el que lo realice sea su esposo legalmente. La mujer es la que debe tomar la decisión sobre qué hacer o no con su cuerpo y eso no debe ser transgredido.

Entonces, las mujeres deben tener noción de que ellas son responsables de sus cuerpos y de sus decisiones, pero no de la agresión sobre ellos en contra de sus voluntades. Es necesario que estas propagandas que responsabilizan a las mujeres, niñas, jóvenes y adolescentes, de una violación, de una muerte, se detengan.

La víctima en algunos casos es sobreexpuesta, pues se da a conocer su nombre y hay una difusión de su caso en los medios de comunicación, en las redes sociales y otros medios públicos, etc. La víctima posee un nombre y un rostro que será presentado socialmente. No obstante, el agresor queda, en muchos casos, en el anonimato o su repercusión a nivel de imagen no es tan acentuado como el de la víctima.

El aspecto de la sobreexposición puede provocar el temor en las víctimas, al no querer ser reconocidas o que su imagen sea difundida o asociada con estos hechos. Se cree que debe haber más posibilidades y formas de denuncias anónimas, aunque controladas, de los casos. Por ejemplo, la víctima puede ser anónima y denunciar al agresor y proporcionar su nombre y seña si lo conoce. Igualmente, en caso de que la víctima desee puede difundir su experiencia, compartirla con otras mujeres y/o en redes sociales, etc. Lo que vale destacar es que es una opción de la víctima quedarse en el anonimato o no y ningún medio o institución debe presionarla para hacer lo contrario de lo que desea. En cualquier caso, sea o no anónima la víctima, es deber de las instituciones llevar a cabo un proceso de investigación para comprobar la veracidad de la información que se les administra.

Lo anteriormente comentado no significa que no puedan reconocerse las víctimas, no es igual una sobreexposición que un reconocimiento. Un reconocimiento de las víctimas son las cifras que cada año se dan sobre la violencia de género y de los feminicidios. Igualmente, es normal que los nombres de las mujeres asesinadas sean expuestos y sean expuestas sus historias para continuar reclamando los derechos de las mujeres y protestar por sus violaciones. No obstante, es una sobreexposición cuando una mujer denuncia por acoso o maltrato y no se respeta su decisión de mantenerse en el anonimato, se difunde su historia, e incluso es expuesta ante su agresor.

El reconocimiento de las víctimas es válido, la sobreexposición no. En caso de sobreexponer debe sobreexponerse al agresor y no a la mujer dañada, a ella debe apoyársele y no exponérsele ante las críticas o comentarios que no ayudarán a esclarecer su caso. Algunas mujeres de forma más o menos

consciente padecen temores de ser juzgadas o incomprendidas, lo cual no les ayuda a denunciar a su agresor.

En este sentido, deben deconstruirse las perspectivas en torno a la víctima y a su responsabilidad y centrarse más en cómo ayudarla, cómo juzgar al agresor y disminuir el número de violencia de género. De esta forma se estarán creando ambientes más seguros y un clima social más confiable para disminuir las agresiones y provocar que la mujer actúe en su beneficio y no en su detrimento.

4. El femicidio como expresión máxima de la violencia de género

4. 1. Femicidio y feminicidio: definiciones y origen de los términos

El término femicidio utilizado para nombrar los homicidios de mujeres, ha evolucionado a lo largo del tiempo, pues en un principio se emplearon los términos *uxoricidio* y *conyugicidio* y posteriormente se migró hacia los vocablos femicidio y feminicidio, derivados del vocablo inglés *femicide*.

El término feminicidio ha sido utilizado como una derivación de femicidio, para referirse a homicidios de mujeres ocurridos bajo condiciones de impunidad, caracterizados por el silencio, la omisión, la negligencia, y la inactividad del Estado, sin embargo, la tendencia actual es hacia el uso del término femicidio, empleado en el ámbito jurídico, pero también en las áreas de la Sociología y la Antropología (Jiménez, 2011).

El femicidio considerado como expresión máxima de la violencia de género ha sido estudiado como un crimen de odio y como fenómeno de carácter social y político. A continuación se presenta el desarrollo de las consideraciones antes expuestas y finalmente se cierra con una definición global del término, que sintetiza los elementos asociados a su ocurrencia.

Inicialmente para denominar la violencia en contra de las mujeres se utilizó el término *uxoricidio*, para llamar a las muertes de las mujeres causadas por sus esposos a causa de los celos. En algunas sociedades se consideraba aceptable que ante el adulterio de una mujer casada, su esposo la asesinara. Posteriormente el término cayó en desuso y se empezó a utilizar la palabra *conyugicidio* para referirse al crimen del cónyuge, sin importar quien ejerciera la violencia o fuese la víctima de esta. Al dejar de clarificar a través del término quien era la víctima de la violencia, el asesinato de mujeres dejó de contabilizarse como tal en estadísticas y políticas institucionales, y quedó invisibilizado ante la sociedad. Esta situación fue advertida por autoras y activistas feministas, las cuáles ante la necesidad de

poner en evidencia el asesinato de mujeres por razones de género, empezaron a utilizarlos términos femicidio y feminicidio para llamar a este tipo de asesinatos (Jiménez, 2011).

Toledo (2016) define los términos femicidio y feminicidio sin hacer distinción entre ambos, como homicidios que se cometen en contra de mujeres y que están motivados por su género, sin embargo señala que las palabras femicidio y feminicidio, en español, y *femicide* en inglés, son neologismos usados frecuentemente en el ámbito jurídico, pero cuyo origen se atribuye más a su empleo por parte de académicos del área de la Sociología y la Antropología.

El término feminicidio se empezó a utilizar en México y en parte de la región desde el año 1995 aproximadamente, cuando se denunciaron en Ciudad Juárez, Estado de Chihuahua, desapariciones y homicidios atroces de mujeres en un marco de violencia física y sexual (Toledo, 2016). Más adelante, la palabra feminicidio fue empleada en el año 2009 por la Corte Interamericana de Derechos Humanos en una sentencia contra el Estado Mexicano, de acuerdo a la cual este incumplió su deber de investigar y por tanto garantizar los derechos a la vida, la integridad y la libertad de tres ciudadanas desaparecidas y asesinadas en Ciudad Juárez (Caso Campo Algodonero).

En otros lugares del mundo la palabra *femicide* se ha utilizado en investigaciones de carácter académico y en algunos países de Europa como Italia, España, Francia y el Reino Unido ha sido utilizada en el campo del activismo feminista; sin embargo en el área legislativa su uso es relativamente reciente. En lo que respecta al contexto Latinoamericano se ha hecho distinción entre las palabras femicidio y feminicidio, la primera se ha utilizado para referirse al asesinato de mujeres realizado por hombres por razones de odio, desprecio, placer o por sentido de propiedad, en tanto que la segunda ha sido introducida por Marcela Lagarde, antropóloga, investigadora y diputada mexicana, para referirse a crímenes y desapariciones de mujeres, bajo el silencio, la omisión, la negligencia, y la inactividad del Estado, como ente responsable de prevenirlos y erradicarlos (Toledo, 2016).

De acuerdo al autor Toledo (2016), el término feminicidio ha surgido para añadir la misoginia - odio hacia las mujeres- como detonante del femicidio y para considerar la responsabilidad del estado en la ocurrencia de este tipo de delitos.

Por su parte, para Jiménez (2011) el término femicidio tiene su origen en las teorías de Warren (1985), Radford y Russell (1992), y de Marcela Lagarde, quien como ya se mencionó además introdujo el término feminicidio para denunciar la impunidad y el odio presente en estos delitos. De acuerdo a lo expresado por la autora, el término Femicidio fue utilizado en Bruselas en el año 1976 por Diana Russel, en su testimonio ante el Tribunal Internacional sobre Crímenes contra las Mujeres, para

describir hechos violentos cometidos en contra de mujeres. En su concepto más amplio el termino abarca el asesinato de fetos femeninos conocido como feticidio, de niñas conocido como infanticidio, y de adolescentes y mujeres, teniendo como razón el que la víctima sea del sexo femenino; pudiendo este ser cometido tanto por hombres como por mujeres.

Aguilar (2005) señala adicionalmente que el término femicidio es también una contraposición al término homicidio, empleado para referirse al género neutral.

Por otro lado, cuando se emplea el término femicidio desde el punto de vista penal, se distinguen conceptualizaciones amplias y restrictivas. Las conceptualizaciones amplias incluyen los homicidios intencionales, pero también las muertes producto de abortos clandestinos, de desnutrición selectiva de género y de enfermedades de alta incidencia en mujeres, no tratadas ni prevenidas adecuadamente. Esto implica que estas conceptualizaciones incluyen las muertes de mujeres producto de la discriminación que las afecta, y por tanto son de interés para los estudiosos de las áreas de la Antropología y Sociología, pero pueden perder importancia en el campo del derecho penal porque se incluyen muertes causadas por acciones u omisiones que no siempre están tipificadas como delitos; sin embargo, bien se trate de homicidios o de muertes por discriminación a la mujer, puede existir responsabilidad del Estado en relación al incumplimiento de su deber de velar por los derechos humanos (Toledo, 2016).

Las conceptualizaciones restrictivas contemplan los homicidios, pero excluyen las muertes no intencionales de mujeres que se producen como consecuencia de otros factores. Cuando se define el femicidio de manera restrictiva, como la muerte violenta de mujeres por el hecho de ser mujeres, se hace énfasis en las muertes violentas; lo que se traduce en que desde el punto de vista penal se trata de muertes de mujeres a causa de delitos de homicidio simple o calificado (Toledo, 2016).

Sin embargo, es de suma importancia destacar que el término femicidio es también utilizado en la actualidad como un término jurídico con connotaciones políticas, para denominar a los asesinatos de las mujeres que se producen como consecuencia de la violencia y a los que se producen por su condición de mujeres, que ocurren tanto en el ámbito privado como en el público.

En todo caso, el femicidio describe el asesinato como último eslabón en la cadena de la violencia por inequidad de sexos, ejercida por los hombres hacia las mujeres buscando poder, dominación y/o control. El feminicidio ocurre en un contexto social agresivo y hostil que atenta contra la mujer, afectando su integridad, desarrollo, salud, libertad e incluso la propia vida (Jiménez, 2011).

Los femicidios están caracterizados por una gran crueldad que pone en evidencia el odio hacia las mujeres por parte de quien los ejecuta. La reacción de odio se desencadena en algunos casos cuando la mujer ejerce la autonomía sobre su cuerpo, o cuando llega a ocupar posiciones de autoridad o poder tradicionalmente ocupadas por hombres, en otras palabras, el femicidio es en muchos casos, un crimen de odio en el que el agresor busca imponer su poder sobre la víctima.

De acuerdo a Carcedo y Sagot (2002, citado por Jiménez 2011), el empleo de la palabra feminicidio para definir a los homicidios cometidos contra las mujeres tiene importancia pues este hace énfasis en que la violencia producto del género, más allá de ser un asunto privado o personal, tiene origen en las relaciones estructurales de poder entre los hombres y mujeres en la sociedad, lo cual le da este tipo de homicidios un carácter profundamente social e incluso político (Jiménez, (2011).

Radford y Russell (1992) citadas por Jiménez (2011), describen al femicidio como una de las manifestaciones más extremas de la violencia masculina, y lo ubican en el extremo final de un proceso de terror contra las mujeres, que incluye abusos verbales y físicos, como la violación, la tortura, la esclavitud sexual, el incesto y el abuso sexual infantil extra familiar, así como la agresión psicológica.

Para Carrión (2009) el femicidio pudiera concebirse entonces como:

Un homicidio agravado donde la víctima es una mujer que sufre este delito por su condición femenina, donde el victimario tiene un vínculo con la víctima (familiar, laboral, barrial) y donde el Estado actúa permisivamente convirtiéndose en un crimen de lesa humanidad. (p.31)

De acuerdo al autor, el femicidio no es aún una problemática suficientemente reconocida, ni tampoco evidente desde el punto de vista social, refiriendo por ejemplo, que la palabra no aparece en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, y tampoco hay una definición del término que sea aceptada unánimemente por la comunidad científica, concluyendo que el concepto asociado al femicidio aún está en construcción y que se requieren esfuerzos para que la problemática sea efectivamente mostrada a la sociedad.

Para concluir, Toledo (2009) presenta la siguiente definición de femicidio como una de las más citadas en investigaciones sobre el tema:

El femicidio representa el extremo de un continuum de terror anti femenino que incluye una amplia variedad de abusos verbales y físicos, tales como violación, tortura, esclavitud sexual (particularmente por prostitución), abuso sexual infantil incestuoso o

extra-familiar, golpizas físicas y emocionales, acoso sexual (por teléfono, en las calles, en la oficina, y en el aula), mutilación genital (...), operaciones ginecológicas innecesarias (...), heterosexualidad forzada, esterilización forzada, maternidad forzada (por la criminalización de la contracepción y del aborto), psicocirugía, negación de comida para mujeres en algunas culturas, cirugíaplástica, y otras mutilaciones en nombre del embellecimiento. Siempre que estas formas de terrorismo resultan en muerte, ellas se transforman en femicidios. (p.24)

Los términos femicidio y feminicidio, empleados en Latinoamérica como una traducción del vocablo *femicide*, hacen distinciones que toman en cuenta consideraciones lingüísticas y políticas, sin embargo, al desaparecer la responsabilidad del Estado en la tipificación penal, la tendencia en la actualidad es hacia el empleo de ambos términos como sinónimos, para llamar a los homicidios de mujeres por razones de género, cometidos por conocidos o desconocidos, en el ámbito público o privado.

De esta manera, no parece necesario ni conveniente validar el uso de los términos femicidio o feminicidio, sino más bien reconocer que su uso político posee distintos énfasis, esto sobre la base de que su uso en distintos países de Latinoamérica, refleja la diversidad de problemas existentes en cada país en distintos momentos históricos (Toledo, 2016). En este sentido, en la presente investigación el término femicidio se utilizará como una identificación del odio, crueldad, y violencia extrema ejercida en contra de la mujer por el simple hecho de serlo, la cual ocasiona su muerte como etapa final del ciclo de violencia, muchas veces perpetuado durante años.

Finalmente, el femicidio representa las últimas instancias de la violencia de género, donde la mujer pierde la vida a manos de su agresor, como muestra de dominio, odio, placer. Es muy común que la mujer antes de perder la vida víctima de la violencia, sea sometida a diversas amenazas, agresiones, golpes, abuso sexual, entre otros tipos de violencia que afectan su integridad física y psicológica y que la colocan en riesgo de muerte, por estas razones, el feminicio es considerado como la máxima expresión de violencia contra la mujer.

4. 2. Tipologías del femicidio

La clasificación más extendida de femicidio los divide en tres categorías, femicidios íntimos, no íntimos y por conexión. Algunos autores han considerado esta clasificación muy general y han propuesto una clasificación de acuerdo a tipologías más específicas, cuyas variantes son el femicidio íntimo, subdividido a su vez en familiar e infantil, el femicidio sistémico y el femicidio por

ocupaciones estigmatizadas. Se presenta a continuación cada una de estas clasificaciones y las definiciones asociadas, así como una tercera tipología basada en la relación entre asesinos y víctimas.

Jiménez (2011) y Aguilar (2005) presentan la clasificación de femicidio de Radford y Russell (1992), de acuerdo a la cual estos se clasifican en tres categorías: femicidio íntimo, femicidio no íntimo y femicidio por conexión. El femicidio íntimo alude a los asesinatos cometidos por hombres con quienes la víctima tenía o tuvo una relación íntima, familiar, de convivencia o afín. El femicidio no íntimo se refiere a los asesinatos cometidos por hombres con quienes la víctima no tenía relaciones como las descritas para el femicidio íntimo, y generalmente involucra un ataque sexual previo. Finalmente el femicidio por conexión se refiere al asesinato de mujeres que se encontraban entre un hombre y otra mujer al que este estaba tratando de asesinar, normalmente se trata de mujeres parientes, niñas u otras mujeres que en una escena de violencia tratan de evitar la acción de un hombre sobre otra mujer.

Toledo (2009) señala que la clasificación de femicidio de Radford y Russell (1992), resulta muy general cuando se trata de identificar o hacer visibles fenómenos con características particulares, para lo cual cita a Segato (2006), quien argumenta que:

(...) solamente una caracterización precisa del *modus-operandi* de cada tipo particular de crimen y la elaboración de una tipología lo más precisa posible de las diversas modalidades de asesinatos de mujeres podría llevar a la resolución de los casos, a la identificación de los agresores, y al tan anhelado fin de la impunidad. (...) Crímenes pasionales, violencia doméstica seguida de muerte, abuso sexual y violaciones seguidas de muerte en manos de agresores seriales, tráfico de mujeres, crímenes de pornografía virtual seguidos de muerte, tráfico de órganos, aparecen en la media y en los boletines de ocurrencias mezclados y confundidos en un único conjunto.

Entiendo esa voluntad de indistinción como una cortina de humo que impide ver claro en un conjunto particular de crímenes de mujeres que presenta características semejantes. (p.31)

De acuerdo con Toledo (2009), Segato (2006) muestra un interés particular en diferenciar internamente el concepto de feminicidio, a través de tipologías más específicas que las incluidas en la clasificación tradicional, estando este interés enfocado en lograr un impacto concreto en la tipificación penal del femicidio o feminicidio.

Toledo (2009) presenta una tipología que clasifica a los femicidios en íntimos, a su vez subdivididos en familiar íntimo e infantil, sexuales sistémicos, y por ocupaciones estigmatizadas; introducida en México por la socióloga Julia Monárrez, a partir de su investigación sobre los asesinatos de mujeres ocurridos en Ciudad Juárez entre los años 1993 y 2005. Se muestran a continuación las definiciones:

a) Femicidio Íntimo

Es la privación dolosa de la vida de una mujer cometida por un hombre con quien la victimatena o tuvo una relación íntima, de convivencia, noviazgo, amistad, compañerismo o relaciones laborales, de vecindad, ocasional, circunstancial o afines a estas.

b) Femicidio Familiar Íntimo

Es la privación dolosa de la vida de una mujer cometida por su cónyuge o cualquier descendiente o ascendiente en línea recta o colateral hasta en cuarto grado, hermana, concubina, adoptada o adoptante, o tenga alguna relación afectiva o sentimental de hecho, sabiendo el delincuente esta relación.

c) Femicidio Infantil

Es la privación dolosa de la vida cometida en contra de niñas menores de edad [sic] o que no tengan la capacidad mental, ya sea hija descendiente o colateral hasta en cuarto grado, hermana, adoptada, que tenga alguna relación afectiva o de cuidado sabiendo el delincuente esta relación de responsabilidad, confianza o poder que les otorga su situación adulta sobre la minoría de edad de la menor.

d) Femicidio sexual sistémico

Es el asesinato codificado de niñas y mujeres por ser mujeres, cuyos cuerpos expropiados han sido torturados, violados, asesinados y arrojados en escenarios transgresivos, por hombres que hacen uso de la misoginia y el sexismo, para delinear cruelmente las fronteras de género por medio de un terrorismo de Estado, secundado por los grupos hegemónicos, que refuerza el dominio masculino y sujeta a familiares de víctimas y a todas las mujeres a una inseguridad crónica y profunda, a través de un periodo continuo e ilimitado de impunidad y complicidades.

e) Femicidio por ocupaciones estigmatizadas

Si bien las mujeres son asesinadas por ser mujeres, (...) hay otras que son asesinadas por la ocupación o el trabajo que desempeñan. Ellas son bailarinas, meseras o trabajadoras sexuales.

Aunque son agredidas porque son mujeres, lo que las hace aún más vulnerables es la ocupación desautorizada que desempeñan. (...).(Toledo, 2009, p.32)

El feminicidio sexual sistémico busca identificar de forma precisa los crímenes contra mujeres que han ocurrido sistemáticamente en México, específicamente en Ciudad Juárez y en el Estado de Chihuahua, sin embargo su aplicación puede darse fuera de estos territorios.

A pesar de que esta tipificación del femicidio es muy rica desde el punto de vista conceptual, pueden presentar dificultades si se intenta aplicar en el ámbito penal, donde se requieren definiciones precisas y determinadas. Así han surgido entonces elaboraciones jurídicas para leyes penales o proyectos de tipificación penal, que hacen aún más complejo el escenario de las definiciones en torno al femicidio (Toledo, 2009).

Algunas autoras mexicanas han desarrollado sus propias tipologías de feminicidios para describir los asesinatos de mujeres por su condición de género, pero precedidos por actos de secuestro, tortura, mutilación, y hasta postvictimización. Por su parte Rita Segato, antropóloga y feminista argentina ha sugerido la creación de una tipología llamada *femigenocidio*, con el objetivo de abordar la investigación de los femicidios a través de los mecanismos inherentes a la justicia internacional, como crímenes que atentan contra los Derechos Humanos fundamentales (DerGhougassian, Otamendi, y Ortiz de Rosas, 2015).

DerGhougassian *et al.* (2015) presentan por su parte la siguiente tipología de los femicidios basada en la relación entre asesinos y víctimas, tomada según lo indica de (Russel y Harnes, 2006).

Tabla 2. Tipología de feminicidios-femicidios según relación entre asesinos y víctimas

Femicidios de pareja	Femicidios de familiares	Femicidios por otros perpetradores conocidos	Femicidios por extraño
Amantes masculinos/ parejas sexuales o ex	Padres/Padrastrós	Amigos masculinos de la familia	Extraños masculinos
Esposo	Hermanos adoptivos/ Hermanastros/ Medio- hermanos	Amigos masculinos de la víctima	
Ex esposos	Tíos/Tíos políticos	Colegas	

		masculinos/colegas
Concubinos	Abuelos/ Abuelastros	Figuras masculinas de autoridad (maestros, sacerdotes, empleadores)
Ex concubinos	Hijos/Hijastros	Conocidos masculinos
Novios	Suegros	Citas masculinas (no sexual)
Ex novios	Cuñados	Otros perpetradores masculinos conocidos
Otras parejas intimas masculinas	Otros parientes masculinos	

Fuente: (Russell y Harmes, 2006)

De esta manera, la tipología de femicidio más específica; introducida por la socióloga Julia Monárrez, es una clasificación más específica que permite encausar el contexto de los casos registrados. Para nadie es un secreto que cada día aumentan los casos de Femicidio en Argentina, al igual que en diversos países de América Latina, cuyas causas y contextos no quedan del todo esclarecidos a nivel legal, debido a que muchas veces las legislaciones no toman en cuenta las vertientes que van detrás de la palabra feminicidio, sin embargo, a nivel sociológico las mismas pueden no sólo ayudar a identificar el contexto, sino a establecer factores de riesgos, medidas de prevención y herramientas para el apoyo de las víctimas.

Asimismo, la tipología expuesta por DerGhougassian *et al.* (2015), es de gran importancia debido a que muestra la cercanía del agresor a la víctima, es decir, destaca si se trata de familiares, pareja, conocidos o simplemente personas desconocidas. Conocer la tipología del feminicidio es fundamental a nivel legal, y social, debido a que las causas y el origen son datos importantes para el proceso de apoyo psicológico de las víctimas, en primer lugar porque dependiendo de la cercanía del agresor cambian significativamente la forma y tipo de violencia ejercida.

4. 3. Origen y causas del femicidio

Existen diversas opiniones en cuanto al origen del femicidio, algunos autores señalan que este tiene su origen en el modelo de sociedad patriarcal, presente en la humanidad a lo largo de la historia y reproducido a través de la educación, la religión y el Estado; otros señalan a la colonización de América

y a la instauración de un modelo de sociedad colonial, como claves históricas en la génesis de este; mientras que otros consideran que el sistema capitalista, a través de las prácticas de explotación del hombre y la mujer por el propio hombre y de la naturaleza, promueve la sumisión de las mujeres, a través de la privación de sus recursos y derechos, y por tanto representa un escenario fértil para la ocurrencia de prácticas de violencia contra la mujer, cuya mayor manifestación es el femicidio (Russell y Harnes, 2006).

Independientemente del origen del femicidio como fenómeno social, este tiene como causas principales la dominación masculina y la violencia de género.

El femicidio tiene su origen en la ideología patriarcal, presente a lo largo de la historia y reproducida a través de la educación, la religión e incluso el Estado. Las posiciones machistas en su conjunto fomentan la discriminación y el menosprecio hacia las mujeres como una forma de control y opresión. Los asesinatos de mujeres representan en muchas ocasiones un ejercicio del poder del hombre sobre estas, como una forma de dominación e imposición, en un medio donde aún prevalece el patriarcado como ideología, en el que en muchas ocasiones se le atribuye menos valor a la vida de las mujeres que a la de los hombres, y en el que llegan a justificarse los crímenes cometidos contra ellas (Russell y Harnes, 2006).

El feminicidio es una forma extrema de violencia contra la mujer que expresa la desigualdad en derechos y condiciones entre hombres y mujeres, así como el ejercicio del poder del hombre sobre la mujer. Esta forma de concebir las relaciones jerárquicas entre hombre y mujer ha estado presente durante siglos, en algunas ocasiones oculta, y en otra vista como natural. Así, en cierto modo, la sociedad ha considerado recurrentemente a las mujeres como seres inferiores a los hombres, e incapaces de disponer de sus vidas (Russell y Harnes, 2006). Hoy la estructura patriarcal sigue vigente de muchas maneras, el hombre busca diversos mecanismos para mantenerse como figura de autoridad y de dominio frente a la mujer, siendo el asesinato de esta su manifestación más extrema.

Existen posturas de acuerdo a las cuáles el Estado ha impulsado la tesis de que la violencia contra las mujeres es un asunto privado de las familias, sobre el cual no tiene responsabilidad, ya que su “rol” radica en dar un trato igualitario a mujeres y hombres. Bajo estas premisas de supuesta igualdad, suceden en el ámbito familiar innumerables violaciones a los derechos humanos de las mujeres, en las que el Estado no se considera responsable de actuar (Jiménez, 2011).

El genocidio de la colonización de América y la instauración de un modelo de sociedad colonial, como bases del sistema capitalista actual, son claves históricas en la génesis del femicidio. El

modelo capitalista representa el origen de la división de la vida en los planos de lo público y lo privado, en un principio relegó a las mujeres al ámbito delo privado confiriéndoles la labor reproductiva y los oficios que esta conlleva, y situó a los hombres en los espacios públicos, encargándoles la actividad productiva. De la época colonial se desprende la organización del sistema económico y social en términos de género, de acuerdo al cual las relaciones heterosexuales y patriarcales son la norma (Russell y Harmes, 2006).

El patriarcado moderno consideró a las mujeres como simples entes reproductores de la fuerza de trabajo, por lo que fueron minimizadas y consideradas débiles e inferiores por naturaleza. De alguna manera la explotación de la naturaleza, propia del capitalismo, fue replicada en las mujeres, ejemplo de ello es la explotación sexual a la que fueron sometidas mujeres indígenas, negras y mestizas por parte del hombre blanco, y la explotación económica a las que fueron sometidas tanto por hombres como por mujeres blancas; terminando estas últimas, tal vez sin saberlo, contribuyendo con los propios desmanes que sufrirían luego producto de su género (Bardy Artazo, 2015).

Bajo el sistema capitalista patriarcal, como ya se mencionó, las mujeres han sido confinadas a un ámbito privado y doméstico, en el que su principal rol es la reproducción, esta condición les otorga el poder de continuar o no, el legado de toda una raza y una cultura, lo cual las hace vulnerables al odio racial por ser las responsables de la procreación y del sostenimiento de los grupos sociales. El femicidio podría ser entonces una remembranza del racismo durante el periodo colonial, de hecho, el fin de las colonias no se tradujo en el fin del colonialismo ni del racismo, pues trascendieron los valores, las ideas y las estructuras de relaciones sociales.

De acuerdo a algunas opiniones, el sistema capitalista destruye los vínculos prácticos de solidaridad entre las personas, sobretudo entre las propias víctimas de la dominación y explotación; el poder del sistema se fundamenta en relaciones de dominación, explotación y conflicto, entre personas que compiten por sexo, trabajo, autoridad, recursos y productos, considerados como cuatro elementos básicos de la existencia humana. Así de acuerdo al análisis de Bard y Artazo (2015), el capitalismo se basa en la explotación del hombre y la mujer por el propio hombre y fomenta por tanto la sumisión de las mujeres, a través de la privación de sus recursos y derechos, como mecanismo para aumentar la producción de mano de obra y mantener la dominación masculina.

De ello, puede inferirse que la modernidad y su expansión hacia las nuevas sociedades, representó una marcada inclinación de las élites nativas hacia la colonialidad, la inserción periférica en la economía mundial y el uso de medios violentos para la imposición de las elites gobernantes. Se

desarrolló un rechazo por parte del Estado y de la sociedad en general a lo propio o nativo, y se dieron discursos y prácticas que de alguna manera hicieron viable el exterminio del nativo alegando distintas razones (Bard y Artazo, 2015). La constitución de algunos estados Latinoamericanos, por ejemplo, siendo en sí mismo un acto de desarrollo y democracia, se erigió sobre asesinatos, desapariciones y rechazo del propio nativo, especialmente a las mujeres; de esta manera, el eje en el modelo actual de acumulación capitalista, está dado por la sumisión de las naciones a otras de mayor poderío.

En ese contexto se reproducen practicas patriarcales, en las que ocurre la explotación y opresión de las mujeres de diversas maneras, lo que señala que la globalización, el monopolio y la capitalización financiera, plantearon un escenario fértil para la ocurrencia de prácticas contra la mujer, como el femicidio, que responden a patrones mundiales de explotación y violencia (Bard y Artazo, 2015).

El femicidio representa un tipo de violencia que busca expresar el control sobre la voluntad de la mujer y simultáneamente advertir a otras mujeres sobre las consecuencias que pueden enfrentar por no seguir el mandato patriarcal. En muchas ocasiones, el femicida cuenta con la complicidad de otros hombres que se ven beneficiados por el miedo que sus acciones pueden infundir en otras mujeres. De esta manera, este fenómeno sucede en el contexto de una sociedad con un modelo patriarcal, en el que el dominio del hombre sobre la mujer materializado en el control que este ejerce sobre su vida y sobre su cuerpo, es visto como natural.

El femicidio expresa la masculinidad hegemónica, en la que el hombre actúa como “propietario” de la mujer y por tanto se cree con el derecho extremo de decidir si esta vive o no. Cuando la mujer pone límites y no cede a los requerimientos del hombre, el femicida muestra casi siempre como reacción, el rechazo y el odio hacia la mujer que no accede ciegamente a sus deseos (Bard y Artazo, 2015). A los niños varones desde muy temprana edad se les enseña a no “ser mujeres” y a ver como impropia cualquier manifestación femenina que pueda existir tanto en su cuerpo o en su conducta.

El género por tanto, forma parte de la configuración social en la que se vive bajo estereotipos de lo femenino y lo masculino, que limitan, excluyen y subordinan bajo la premisa de la supremacía de lo masculino sobre lo femenino. Estas relaciones desiguales entre géneros son muchas veces el origen de la violencia, utilizada como recurso para ejercer el control sobre las mujeres y para afianzar la masculinidad. (Bard y Artazo, 2015)

Bard y Artazo (2015) describen el modelo hegemónico de masculinidad, en el que existen estereotipos acerca de cómo debe ser el varón, este supone como características la agresividad, la

competitividad, y la violencia, en campos como los vínculos, la salud y la sexualidad. Bajo este modelo el varón aprende a sentirse superior a la mujer y a considerar las actividades desempeñadas por estas como inferiores frente a las de ellos, asimismo aprenden a considerar a la mujer como su propiedad y a ejercer la violencia sobre aquella que se rebele ante estos convencionalismos.

Incluso, de acuerdo a algunas visiones, el femicidio como forma extrema de violencia de género, puede ser entendido como una respuesta a la creciente participación de las mujeres en espacios tradicionalmente ocupados por hombres, quienes al ver vulneradas sus posiciones de poder ejercen la violencia como forma de imponerse ante la mujer que desafía el sistema clásico de subordinación ante el hombre, así el asesinato de la mujer por parte del femicida puede ocurrir en un intento de frenar a la mujer en su condición de sujeto con derechos. De esta manera el femicidio puede ser visto como un asesinato que se genera tras el fracaso del hombre en su intento de someter a la mujer.

Por otra parte, se tiene que, el ejercicio de la autonomía y libertad por parte de las mujeres, el surgimiento de las ideologías de igualdad de géneros y de los derechos humanos, ha puesto en situación de alerta a los patriarcados contemporáneos, y mientras las sociedades buscan avanzar hacia el establecimiento de la igualdad de géneros, muchas mujeres continúan siendo asesinadas por varones. En consecuencia el femicidio y demás formas de violencia de género, tienen su origen en la sociedad como conjunto y no de manera individual, y buscan afianzar la idea de que la mujer es propiedad del hombre, y por tanto debe subordinarse a este si no desea sufrir consecuencias, en otras palabras, el femicidio puede ser visto como una expresión simbólica del hombre que ve amenazada su supremacía sobre la mujer y busca mantenerla (Bard y Artazo, 2015).

Asimismo, Zambrano (2016) también presenta la dominación masculina y la violencia de género como las causas del femicidio. La dominación masculina cuyo origen está en el patriarcado histórico, ha estado presente en la sociedad desde la antigüedad, así esta representa la base de la violencia de género contra la mujer, la cual ha sido tradicionalmente ejercida por el hombre en las prácticas cotidianas sin requerir alguna justificación para ello. Esta dominación del hombre sobre la mujer ha sido reforzada a través de prácticas como la división sexual del trabajo en productivo y reproductivo, lo cual le ha conferido al hombre una posición privilegiada, al asumir este el rol productivo, desde la cual es el ente que toma decisiones y asigna tareas.

Por su parte a la mujer le ha correspondido el rol de la reproducción, el cual la ha ubicado en una posición menos privilegiada. El hombre ha ejercido tradicionalmente la dominación sobre la mujer y ha establecido relaciones de poder sobre esta, en este contexto surge la violencia simbólica como una

expresión de la diferenciación de género, con lo cual puede afirmarse que la violencia contra la mujer funciona como mecanismo para mantener las estructuras tradicionales de dominación. La violencia simbólica es aquella que es aceptada por la mujer y describe el fenómeno de sumisión e incluso aceptación de la violencia por sus víctimas, quienes llegan a adoptar posturas que propician, aprueban e incluso la reproducen. De esta manera, para Zambrano (2016) el feminicidio es posible en un ambiente de violencia, de desigualdad de géneros y de dominación.

En este sentido, se puede interpretar que el feminicio tiene antecedentes que siendo transmitidos de generación en generación aun hoy en día cobran la vida de miles de mujeres bajo el dominio de su agresor. Uno de los antecedentes más renombrados es el modelo patriarcal arraigado en muchos hogares, el cual consiste en una exclusión de la mujer de la vida pública, del entorno laboral, y la limitación de sus acciones sólo a los ámbitos internos del hogar, como por ejemplo, la crianza de los hijos y las labores domésticas, este tipo de comportamiento es asumido muchas veces por la mujer como el trato normal que merecen por ser mujeres, las cuales le entregan todo el dominio a su pareja y se dedican a obedecerle con total sumisión ante sus deseos.

Por consiguiente, este modelo es una representación de la discriminación de género, que empeora por la necesidad de dominio por parte del hombre, el cual se vale de cualquier medio, como por ejemplo, la violencia para lograr que la mujer se someta a sus necesidades. Estas desigualdades y signos de violencia, generalmente dan paso al femicidio como máxima expresión de agresión, donde la mujer pierde la vida a manos de su agresor.

4.4 Grupos vulnerables

En la práctica cualquier mujer puede ser víctima de un femicida, sin embargo, entre los grupos de mujeres más vulnerables al femicidio se tienen las mujeres más jóvenes (con edades comprendidas entre 15 y 30 años), siendo las adolescentes el grupo más vulnerable. Cuando se consideran las condiciones socioeconómicas y culturales, las mujeres con bajos niveles de instrucción y con situaciones económicas comprometidas suelen ser también un grupo altamente vulnerable al femicidio; además, se consideran grupos étnicos, las mujeres indígenas representan un grupo altamente susceptible a sufrir violencia de género (Zambrano, 2016).

El femicidio está claramente asociado a relaciones en las que el hombre intenta ejercer el dominio sobre la mujer, y por tanto existe una prevalencia y riesgo mayor para aquellas mujeres que están involucradas en relaciones violentas o para aquellas que desean desligarse de relaciones con parejas violentas. Existen otras condiciones que hacen a algunas mujeres más vulnerables al femicidio

que a otras, por ejemplo las mujeres que viven bajo condiciones de pobreza, las mujeres excluidas socialmente, y las mujeres con preferencias sexuales no cónsonas con las normas de comportamiento socialmente aceptadas, tienen un riesgo mayor de ser víctimas del femicidio que aquellas que viven bajo condiciones diferentes (Aguilar, 2005).

De acuerdo con Belen, Barrios y Tipaldo (s/f), la mayoría de los femicidios son cometidos a mujeres entre 19 y 50 años (una edad reproductiva), en cifras, un 65%, que se reparte en 32% en víctimas de 19 y 30 años y 33% en víctimas de 31 y 50%. Mientras que, tomando en cuenta al femicida, el rango de edad más frecuente es de 31 a 50 años (36%), seguido de los 19 y 30 años, con un 27%.

El lugar más inseguro para las mujeres es la vivienda, debido a que cerca del 60% de los femicidios en Argentina fueron cometidos en la vivienda compartida con el asesino o en la vivienda de la víctima, vivienda del femicida y otras viviendas. El lugar que se pensaría “es más seguro” resulta ser el más riesgoso en cuanto a asesinato por causa de género se trata (Belen, Barrios y Tipaldo, s/f).

En cuanto a las modalidades en que puede ocurrir el femicidio, la más frecuente es el asesinato a mano armada (con armas de fuego), puñaladas y golpes hasta asesinar a la víctima; con cifras de 28, 23 y 16% respectivamente. Además, el 12% de las mujeres asesinadas tenían denuncias y/o medidas de exclusión del hogar para el asesino (Belen, Barrios y Tipaldo, s/f).

De esta manera, si bien cualquier mujer por el hecho de serlo, puede ser de alguna u otra forma víctima de violencia, existen grupos de mayor vulnerabilidad y de mayor riesgo a ser víctima de actos femicidas, por ejemplo, las mujeres comprendidas en edades que van desde la adolescencia hasta la mediana adultez, son las principales víctimas según los registros de femicidios, sin embargo, tal vulnerabilidad puede aumentar significativamente si además, la mujer tiene total dependencia económica de su marido, y bajos niveles de instrucción académica, debido a que se convierte en un blanco fácil para permanecer bajo el dominio de un agresor.

4. 5. El femicidio y su impacto social

Según el documento sobre el femicidio en América Latina, elaborado para la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, la violencia contra las mujeres es un flagelo que afecta a toda la región y que en muchas ocasiones conduce a muertes violentas. El odio, el desprecio y el poco valor dado a la vida de la mujer, así como la falta de prevención, de investigaciones y de sanciones y la

impunidad derivada por la tolerancia por parte de los Estados son elementos comunes en toda la región(Pontón, 2009).

Así se tiene que, en la década de los años 90, el femicidio como flagelo social empezó a ser tratado por organizaciones feministas de América Latina, sin embargo es a partir del año 2000, cuando estas organizaciones realizaron investigaciones formales en varios países, lo que condujo a la obtención de información concreta y a la denuncia del delito. En algunos países se ha evidenciado una alta incidencia de este tipo de crímenes, sin embargo las investigaciones señalan que en general ningún país cuenta con estadísticas exactas sobre el femicidio, porque en muchas ocasiones este queda invisibilizado bajo otras figuras delictivas (Pontón, 2009).

Esto se debe, a que el femicidio tiene como principal origen el modelo patriarcal, que se encuentra sumamente arraigado en América Latina, desde los primeros genocidios justificados bajo la figura de colonización, los cuales, posterior siguieron adoptando la primacía del hombre sobre la mujer, situación que se fortaleció bajo los inicios del capitalismo donde destinaron el papel del hombre hacía la manutención del hogar y el de la mujer hacía las labores domésticas. Este modelo, aun en la actualidad se encuentra presente en muchos hogares, donde el Estado de muchos países se bastan con restarle valor a los casos de femicidio enturbiándolos bajo cualquier otra justificación que reste valor y no demande su inmediata intervención.

México, El Salvador, Guatemala, Bolivia y Perú son países con una alta incidencia de femicidios:

En México, por ejemplo, resalta el caso de Ciudad Juárez, donde han ocurrido asesinatos sistemáticos de mujeres, bajo unas condiciones sociales, económicas y culturales propias de la región. Según datos de algunas organizaciones no gubernamentales, en Ciudad Juárez - México, hasta el año 2006 habían sido asesinadas unas 430 mujeres y desaparecidas unas 600, por su parte según información de la Procuraduría General de la República, el número de mujeres asesinadas hasta el mismo año habría sido 379 y 4.456 el número de desaparecidas; esta disparidad entre las cifras refleja lo distante que se está de tener estadísticas precisas.

Según datos de prensa, en El Salvador, entre enero del año 2004 y mayo de 2005 se registraron un total de 308 crímenes contra mujeres con edades comprendidas en su mayoría entre 15 y 30 años.

En Guatemala, de acuerdo a los datos de la Policía Nacional Civil publicados por el Grupo Guatemalteco de Mujeres, se registraron 2.170 muertes violentas de mujeres entre el año 2000 y 2005.

En Bolivia se tiene registro de 373 asesinatos de mujeres entre los años 2003 y 2004.

En Perú se tiene información de 265 casos de feminicidio ocurridos entre febrero de 2003 y septiembre de 2005, lo que representa un promedio de 9 víctimas por mes en ese período. Estos datos muestran en conjunto como el femicidio es un flagelo sin duda presente en Latinoamérica y con serias repercusiones en la sociedad (Pontón, 2009).

De acuerdo con Aguilar (2005) el femicidio como problema de seguridad ciudadana, intenta a través del miedo, consolidar la opresión y la subordinación de las mujeres y dar un mensaje claro a la sociedad expresado por la autora con las siguientes palabras: “Mujeres pásense la línea y les puede costar la vida. Hombres ustedes pueden matarlas porque les pertenecen y están obligados a disciplinarlas”(p.5).

Adicional a ello, en el Diagnóstico Situacional de las Muertes Violentas en Guatemala se señala que:

...eventos como la muerte violenta de una persona integrante del núcleo familiar alteran de manera definitiva, el modo en que la familia resuelve sus intercambios con el exterior y la dinámica de distribución de los roles y el trabajo a lo interno del hogar (...) si una familia se ve disminuida en sus posibilidades de solucionar sus formas y dinámicas de reproducción, ello tiene consecuencias definitivas en las relaciones, dinámicas y roles que a nivel de la sociedad en su conjunto se han diseñado a su vez para la reproducción de la misma.(Aguilar, 2005, p.6)

En este sentido Aguilar (2005) señala la necesidad de resarcir a las familias de las mujeres asesinadas, para lo cual propone garantizarles el acceso y la aplicación de la justicia y el soporte y acompañamiento en el ámbito económico, psicológico, social y cultural. Como producto del femicidio no solo se ve afectado el círculo íntimo de la víctima, sino la sociedad como conjunto, por lo que la autora propone la implementación de programas públicos de seguridad y prevención y la promoción de campañas de sensibilización sobre el problema y en pro de la dignificación de las mujeres asesinadas, como mecanismos de resarcimiento colectivo.

En todo caso, cuando se analiza el femicidio y su impacto social es necesario considerar la relación entre la violencia de género y la conflictividad en el núcleo familiar enunciada por DerGhougassian *et al.* (2015), quienes señalan que al estudiar el fenómeno del femicidio, el ámbito familiar constituye un punto clave, pues muchos de ellos ocurren en su seno como corolario de un proceso anterior de violencia de género. Es por tanto, ese mismo núcleo familiar, el que

primordialmente sufre las consecuencias del femicidio, al tener que enfrentarse a la vida luego del hecho sin la presencia de uno de miembros; son muchas las familias que luego de un femicidio, por ejemplo, pierden a la madre como su pilar fundamental y sufren las consecuencias derivadas de ello.

En este sentido, el femicidio sigue cobrando vida de víctimas y desquebrajando las familias y la sociedad en general, debido a que esta máxima expresión de violencia que acaba con la vida de una mujer, afecta directamente al núcleo familiar, despertando una alerta de miedo, ansiedad e inseguridad desencadenada por los actos violentos acontecidos en el entorno. El femicidio, no sólo afecta a los hijos y familiares cercanos dejando muchos hogares sin el soporte materno, lo cual trae para su descendencia consecuencias a corto, mediano y largo plazo, debido a las experiencias traumáticas.

Asimismo, los impactos del femicidio van más allá de los familiares cercanos, llegando a dar un mensaje de alerta a la sociedad en general, lamentablemente el mensaje es negativo y difunde el miedo en las mujeres, estableciendo como pauta que se mantengan bajo los límites o podrán ser víctimas de actos terribles bajo manos de un agresor. Sin embargo, el aumento de casos y la trascendencia de sus impactos, también ha despertado la mirada de diversas organizaciones que han utilizado los casos registrados para crear conciencia preventiva y para fomentar la resiliencia de género y brindar apoyo a las mujeres que se encuentran en círculos violentos que tarde o temprano pueden costarle la vida.

4.6. El Femicidio y las cifras alarmantes. Caso Ecuador

A continuación, se analiza el caso del femicidio en Ecuador y su impacto social, para ello se presentan algunas estadísticas, la tipificación del femicidio como delito en Código Integral Penal, la actuación del sistema de administración de justicia ecuatoriano frente a la violencia contra la mujer, el análisis del femicidio de Vanessa Landinez como caso emblemático por las diferentes posturas adoptadas por la justicia, los medios de comunicación, y por los movimientos feminista. Finalmente se presenta el Proyecto Casa Matilde como una iniciativa para informar, brindar asesoría legal y proporcionar soporte emocional a mujeres que viven situaciones de violencia.

Según la Encuesta Demográfica y de Salud Materna e Infantil del año 2005, el 41% de las mujeres alguna vez casadas o en una relación de unión con edades comprendidas entre los 15 y los 49 años, declaró haber sido víctima de maltratos verbales o psicológicos; el 31% de violencia física; y el 12% de violencia sexual por parte de alguna pareja o ex-pareja. En cerca del 80% de los casos, el conyuge o pareja sentimental fue señalado como el responsable de la violencia. El 46% de las mujeres alguna vez casadas o unidas declaró haber sufrido al menos uno de los tres tipos de violencia, el 10% de las mujeres con edades comprendidas entre los 15 y los 49 años, señaló haber sido víctima de alguna

forma de violencia sexual. En el 86% de los casos de violación y en el 81% de los casos de abuso sexual, el responsable resultó ser una persona conocida.

Estas cifras ponen en evidencia la magnitud del problema en Ecuador, donde el femicidio como forma extrema de violencia contra la mujer es una realidad. Según datos de la Dirección Nacional de Género ecuatoriano, el número de denuncias asociadas al problema de violencia intrafamiliar contra la mujer se ha incrementado progresivamente entre el año 2005 y el año 2007, teniéndose un total de 157.205 denuncias acumuladas en este período. Si se considera que muchos casos de violencia contra la mujer no son denunciados, y que existen casos que se ubican fuera del ámbito familiar, puede afirmarse que los datos no reflejan la problemática en su conjunto, y representan solo una porción de los casos existentes (Pontón, 2009).

Pontón (2009) plantea lo complicado de constatar el femicidio en Ecuador debido a la falta de estadísticas oficiales desagregadas según el sexo de la víctima que indiquen, además, si los homicidios ocurrieron en un contexto de violencia contra la mujer y al hecho de que en el Código Penal Ecuatoriano este crimen está invisibilizado como homicidio. La autora presenta datos publicados por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, según los cuáles en el año 2007 ocurrieron 24.913 muertes de mujeres, de las cuales 1609 (6,45%) murieron por causas externas y de estas 231 (14,35%) fueron víctimas de homicidio. De estos homicidios de mujeres, el 47,61% se realizó empleando armas de fuego, el 25,54% objetos cortantes y el 12,12% estrangulamiento.

Ante falta de cifras oficiales concretas sobre femicidio, el autor empleó en su investigación información recopilada en el año 2008 en dos periódicos ecuatorianos, de acuerdo a la cual en el año 2008 ocurrieron 44 casos de femicidio en el país, en los cuáles en un 55% de los casos se emplearon armas blancas, en un 32% armas de fuego y en 2% estrangulamiento. En cuanto a las causas se tiene que el 30% de los femicidios ocurrieron por celos, el 11% por venganza y peleas con familiares, y un 9% por asalto. El 57% de los femicidios fueron cometidos por la pareja o ex-pareja de la víctima, el 34% por un desconocido y/o delincuente, el 7% por un familiar y el 2% por un vecino; estas cifras ponen en evidencia la alta incidencia de homicidios en el ámbito íntimo de la mujer (Pontón, 2009). Por otra parte, correlación al lugar donde se cometieron los crímenes se tiene que el 59% ocurrió en la casa de la víctima, el 5% en la casa del asesino; y el 32% ocurrieron en el espacio público.

En Ecuador, el femicidio fue tipificado como delito en el año 2014, luego de su discusión en la Asamblea Nacional, por lo que el nuevo Código Integral Penal incluye al femicidio como aquel delito que consiste en dar muerte a una mujer por su condición de género. Aunque, previamente existía la Ley

103, que representó una ley particular contra la violencia hacia la mujer y la familia. No obstante, la tipificación del femicidio ocurrió en este país tras años de lucha de los movimientos de mujeres, tanto en el propio Ecuador como en Latinoamérica (Zambrano, 2016).

López (2009) agrega que el sistema de administración de justicia de Ecuador reproduce estructuras socioculturales patriarcales, revictimizantes y discriminatorias, por lo que en muchas ocasiones es ineficaz la justicia, dada la baja tasa de denuncias, las extensas duraciones de las causas penales y la falta de generación de resultados acordes a este delito, lo cual se traduce en su conjunto en impunidad.

Sin embargo, a pesar de ser una sociedad en la que existe aún mucha impunidad, existen iniciativas tales como el refugio llamado Casa Matilde con la que se pretende informar y asesorar legalmente a mujeres inmersas en situaciones de violencia, así como brindarles soporte emocional (Gómez, 2009). Además, esta Casa funciona como albergue para las mujeres que viven en situación de riesgo y necesitan mantenerse a salvo de los ataques violentos de los potenciales femicidas, además de trabajar con un equipo integrado por abogados, trabajadores sociales y psicólogos, a través de los cuáles se busca brindar atención integral a las mujeres que acuden en búsqueda de ayuda.

Cabe destacar que, Zambrano (2016) se planteó como objetivo explorar los discursos y significados del femicidio en el Ecuador, por lo que eligió el análisis del caso del femicidio de Vanessa Landinez, ocurrido en Ambato - Ecuador en octubre del año 2013, momento en el cual se discutía sobre la incorporación del femicidio en el Código Integral Penal del Ecuador.

Vanessa Landinez Ortega era una mujer joven, madre de una niña e ingeniero de profesión, cuyo cuerpo fue encontrado sin vida en un hotel de Ambato, tras lo cual se le practicó una autopsia que determinó que su muerte fue producto de una hemorragia interna causada por ruptura del hígado. Testigos manifestaron violencia de género, lo que llevó a la detención de un hombre como sospechoso. El proceso legal continúa, sin embargo una primera sentencia absolvió al imputado. Este caso conmocionó y captó la atención de la sociedad de Ecuador, debido a las condiciones en las que se produjo y a la participación activa del movimiento feminista para lograr justicia (Zambrano, 2016).

El caso permitió a la autora analizar los discursos derivados del caso por parte del poder judicial, de la prensa y de los movimientos feministas, como posturas diferentes de distintos actores de la sociedad. En torno al caso de Vanessa Landinez, Zambrano (2016) concluye que se produjeron varios discursos dependiendo del actor:

La justicia como actor oficial del Estado emitió sentencias que siguieron reproduciendo violencia sobre la víctima;

Los medios de comunicación, específicamente la prensa local, trataron el caso bajo una óptica sensacionalista, emitiendo opiniones y juicios, que en algunos casos cuestionaron a la víctima y llegaron al punto de hacerla responsable de la violencia a la que fue sometida, sin embargo paralelamente hicieron visible ante la sociedad las protestas que se dieron por el caso en las cuáles se exigía justicia.

Los movimientos feministas se apoyaron en el caso para exigir la tipificación del femicidio como delito, y para exigir contundentemente justicia para las muertes de mujeres. De esta manera, el caso de Vanessa Landinez es una representación de miles de casos que por años, son invisibilizados por parte del Estado bajo la figura de homicidios, escondiendo la cruda realidad que demanda la activa participación para aplicar medidas preventivas y para minimizar la impunidad en los casos de violencia contra la mujer.

Por consiguiente en Ecuador, aun en la actualidad el modelo patriarcal se encuentra presente en muchos de los hogares enturbiando la violencia de género bajo el disfraz de un comportamiento normal, y muchas veces hasta aceptado por las víctimas. Sin embargo, con la finalidad de despertad ante la realidad que los aqueja como país, diversas organizaciones feministas han levantado su voz para lograr la tan debatida inclusión del femicidio dentro de la Ley penal, para de esta forma, acabar con la impunidad reinante y centrar acciones destinadas al apoyo, prevención y ayuda a la mujer víctima de violencia, como es el caso de la iniciativa denominada “Casa Matilde”.

4. 7. El caso del femicidio en Argentina

El registro de las cifras correspondientes a mujeres asesinadas por causa de género en Argentina, se ha incrementado a través de los años, debido a que anteriormente los únicos datos eran provistos por las organizaciones de la sociedad civil, las cuales recolectaban las noticias policiales en los medios de comunicación. Actualmente es posible saber cuántas mujeres mueren por día en las distintas zonas del país (Struminger, 2017).

La asociación civil La Casa del Encuentro fue creada desde 2003 para atender víctimas de la violencia de género y comenzó a recopilar datos acerca de femicidio a partir de 2008, 5 años después de su creación, ante la falta de registros formales. Los informes emitidos por esta organización fueron durante años, las únicas fuentes confiables de cifras acerca de violencia de género, hasta que en junio

de 2015 la Corte Suprema de Justicia argentina anunciara que sistematizaría y divulgaría datos de los tribunales de todo el país (Struminger, 2017).

A partir de esto, la Corte Suprema de Justicia organizó dos organismos dedicados a la violencia de género, estos son, la Oficina de Violencia Doméstica y la Oficina de la Mujer; la primera tiene como finalidad la atención de las víctimas y recolectar casos (este organismo funciona únicamente en la Ciudad de Buenos Aires) y la segunda, se dedica al estudio, sistematización y divulgación de información a nivel nacional. En noviembre de 2015 la Corte Suprema de Justicia en Argentina publicó el “Primer Registro Nacional de Femicidios de la Justicia Argentina”, con cifras que abarcaban los años 2014 al 2015 (Struminger, 2017).

Asimismo, el Registro Único de Casos de Violencia contra las Mujeres, creado en septiembre de 2012, tuvo como objetivo el diseño de un conjunto de indicadores que den cuenta del fenómeno de la violencia contra las mujeres. Este registro es producto de un convenio firmado entre el Consejo Nacional de las Mujeres y el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (Belen, Barrios y Tipaldo, s/f).

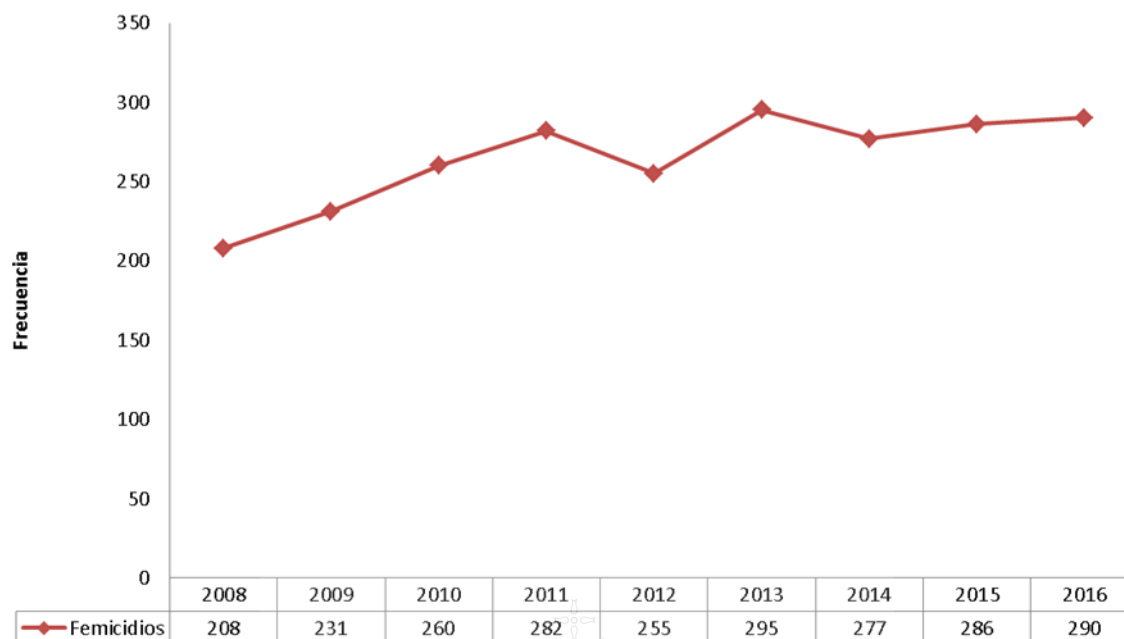
Para poder poner en marcha el Registro Único de Casos de Violencia contra la Mujer, el Consejo Nacional de Mujeres y el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos conformaron a lo largo del 2013 un formulario guía para el ingreso de los organismos al mismo, un esquema de informe para presentar los datos a incorporar dentro de este y una base informática en la que se pudiesen organizar y almacenar los informes (Belen, Barrios y Tipaldo, s/f).

El poder que tiene el Registro Único de Casos de Violencia contra la Mujer es que sintetiza la información referente a los casos de violencia que ocurren en las instituciones nacionales, provinciales y municipales, permitiendo crear un panorama claro, detallado y actualizado de la violencia de género en Argentina. Cabe destacar que el proceso de incorporación de dichas instituciones al registro aún se encuentra en pleno proceso de formación (Belen, Barrios y Tipaldo, s/f).

Por otro lugar, del año 2008 al 2016, la Asociación Civil la Casa del Encuentro registró 2384 Femicidios. En el gráfico 11 se puede observar una tendencia creciente en el número de femicidios registrados; en el año 2008 se cuantificaron 208 y llegaron a ser 290 en el 2016, con una tasa de crecimiento promedio de 10 por año. El 2013 fue el periodo con mayor número de femicidios, con 295 casos, seguido del 2016, con 290 casos (La Casa del Encuentro, s/f).

Gráfico 17. Número de femicidios por año en Argentina, registrados por la Asociación Civil la Casa del Encuentro.

Número de femicidios por año



Nota: los datos del gráfico fueron obtenidos de La Casa del Encuentro (s/f)

Aunado a ello, en el año 2012, el Instituto de Investigaciones de la Corte Suprema de Justicia de la Nación publicó un informe con estadísticas que mostraban que en el año 2011, el 52% de los homicidios de mujeres ocurridos en Buenos Aires fueron femicidios ocurridos en el contexto familiar. Paralelamente el Observatorio de Femicidios reportaba para el primer trimestre del año 2012, 119 casos de femicidio para el país en su conjunto, lo que representaba la ocurrencia equivalente de un femicidio cada 30 horas.

Según información presentada por Bard y Artazo (2015), entre el año 2008 y el año 2015 la Organización no gubernamental La Casa del Encuentro, registró 1808 casos de femicidio en este país; en el 80% de los casos las víctimas tenían un vínculo conocido con el femicida, en el 56% de los casos el femicida era pareja o ex pareja de la víctima, en el 20% de los casos el agresor no tenía un vínculo aparente con la víctima, y en el 7% de los casos el femicida era otro familiar de la víctima.

Lo anterior, representa que para el periodo en el que se dispone información, existe un promedio de 258 casos de femicidio por año en Argentina. Los datos generales revelan, además, que en muchos de los femicidios se emplearon armas de fuego. Así se tiene que, en el período comprendido entre los años 2008 y 2012, el 28% de la mujeres víctimas del femicidio fueron baleadas y en el año 2014 este porcentaje fue del 26,4%, esto según información del Observatorio de Femicidios en Argentina.

Con relación a este último punto, se tiene que la existencia de un arma de fuego en situaciones de violencia íntima o familiar aumenta las probabilidades de que la mujer sea asesinada; a esto se le suma el hecho de que las mujeres como grupo poseen una pequeña porción de las armas de fuego, sin embargo, son en una importante cantidad víctimas de su uso, es decir, que a diferencia de los hombres, las mujeres representan un porcentaje mayor como víctimas que como usuarias de las armas pequeñas y como agravante, además de ser asesinadas por combatientes y criminales, corren el riesgo de ser asesinadas por sus parejas (DerGhougassian et al, 2015).

Además, según información presentada por DerGhougassian et al (2015), obtenida de Oficina de Violencia Doméstica de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, el número de víctimas del femicidio en el año 2014 fue de 225. Para este cómputo se consideraron todos los homicidios de mujeres, incluyendo tanto a niñas, como adolescentes y adultas ocurridos en el año 2014 y llevados a cabo por hombres por razones de género, aun cuando en el momento del registro no hubiesen sido catalogados como femicidio. Se señala también que en el 57% de los casos, las mujeres fueron asesinadas por miembros del círculo íntimo de la víctima, específicamente parejas, ex-parejas, novios, o esposos, cuando se suman a estos miembros demás familiares y conocidos, este porcentaje aumenta al 75%, en otras palabras, en el 75% de los casos las mujeres fueron asesinadas por algún allegado. En contraste solo el 7% de los femicidios fueron cometidos por extraños, careciéndose de información precisa para el 18% de los casos restantes.

Es decir, que el femicidio y otras formas de violencia íntima se han mostrado de forma más abierta a la sociedad Argentina luego de la entrada en funcionamiento de la Oficina de Violencia Doméstica de la Corte Suprema de Justicia de la Nación y de organizaciones no gubernamentales como La Casa del Encuentro, las cuáles comenzaron a difundir estadísticas a través del Observatorio de Femicidios en Argentina. Así mismo, en el año 2012 el femicidio pasó a ser un agravante del delito de homicidio, una vez que la Cámara de Diputados aprobó por unanimidad el proyecto de ley que reformaría el Artículo 80 del Código Penal Argentino, hecho que significó el reconocimiento explícito de este delito (DerGhougassian et al, 2015).

Andrea Bolcatto en su trabajo Pensar los derechos desde la inseguridad y la violencia hacia sectores de alta vulnerabilidad: los casos de femicidios y crímenes de odio en la Argentina actual, incluido en (Abelloy Angarita, 2013), considera a los femicidios como nuevos signos de violencia e inseguridad ciudadana, pues se producen en el ejercicio del poder de los hombres sobre las mujeres y tienen raíces profundas y no siempre visibles. De acuerdo a la autora, la incorporación en el Código

Penal Argentino del femicidio como un caso de homicidio agravado, implicó el destierro de la práctica de catalogar estos actos violentos y delictivos como crímenes pasionales, y con ello la tendencia a minimizar crímenes aberrantes a través de un vocabulario que, de una u otra forma, le adjudica a la mujer parte de la responsabilidad de su propio asesinato, omitiendo los profundos problemas sociales, culturales y políticos presentes detrás de este tipo de hechos, que ocurren por la existencia de estructuras culturales caracterizadas por las relaciones de poder preestablecidas entre géneros.

Bard y Artazo (2015) califican a la Provincia de Córdoba como el corazón de la violencia de género en Argentina. Para ello hacen mención a seis casos específicos de femicidio ocurridos en la ciudad durante el año 2015: Valeria Borgiani (asesinada en su trabajo por su expareja), Rosa Barbieri (su expareja la asesinó), Andrea Castana (cuyo cuerpo fue encontrado con signos de abuso, sin existir detenidos), Carina Simoneta (fue descuartizada por su pareja), Eugenia Lanzetti (maestra que fue apuñalada por su expareja frente a los alumnos) y el de una mujer del Pilar (quien fue asesinada por el dueño de la casa donde vivía alquilada). Todos los casos mencionados tienen en común que el femicida pertenecía al círculo cercano de la mujer.

Bard y Artazo (2015) señalan el caso de Paola Acosta, como uno de los casos que más impacto ha tenido en la provincia y en el propio país. Acosta murió en la ciudad de Córdoba el 17 de septiembre del año 2014, a manos de su ex-novio, quien se había negado a aceptar la paternidad de su hija. El día del asesinato, el hombre citó a la víctima para presuntamente hacerle entrega de la pensión por alimentación y aprovechó el momento para asesinarla haciendo uso de un puñal, posteriormente lanzó a la niña (de menos de dos años de edad) y el cuerpo de la mujer a una alcantarilla. Este femicidio dio origen a la marcha llamada #Ni una menos, ocurrida el 3 de junio del año 2015, y en la que participaron todas las provincias del país, además de distintas personalidades.

En el marco de la protesta se dieron disertaciones que pusieron el femicidio como tópico de discusión del momento. En opinión de Bard y Artazo (2015) la marcha permitió hacer visible la violencia de género ante la opinión pública y reclamar al Estado acciones concretas y urgentes, sin embargo, no tuvo efectos tangibles en torno a la necesidad de producir cambios culturales radicales, absolutamente necesarios para acabar con la violencia de género.

Sin embargo, a juicio de los autores Bard y Artazo (2015), la marcha hizo que el problema de la violencia contra la mujer se hiciera público y con ello incrementó el número de llamadas para denunciar la violencia de género: de 1500 a 13.700 llamadas diarias, asimismo el termino femicidio comenzó a ser utilizado en ámbito popular.

Por otro lado, el “femicidio vinculado” es un término adoptado por la Asociación Civil la Casa del Encuentro (s/f), para referirse a dos panoramas, esto es, las personas que fueron asesinadas por el femicida al intentar impedir el femicidio o que quedaron atrapadas “en la línea de fuego”, (por ejemplo, que fueron impactados por un arma de fuego que iba dirigida a la víctima), o los familiares que tienen un vínculo afectivo con la mujer, que fueron asesinados por el femicida para castigar o impactar psíquicamente a la mujer a quien considera de su propiedad. El segundo término es el de “víctimas colaterales”, los cuales son los hijos que quedaron huérfanos, debido a que un femicida asesinó a su madre, es decir, víctimas de la violencia sexista o víctimas colaterales del femicidio.

Se puede observar en el gráfico 12 (La Casa del Encuentro, s/f) que el número de femicidios vinculados de hombres y niños ha aumentado a lo largo de los años 2008 (que inició con 11 casos) al 2016 (que finalizó con 42 casos, siendo el año con más casos registrados). La tasa de crecimiento promedio es de 4 casos por año aproximadamente. Es de notar que las cifras no diferencian las causas del femicidio vinculado (es decir, si las personas que fueron asesinadas por el femicida al intentar impedir el femicidio o la familia/amigos, que fueron asesinados por el femicida para castigar o impactar psíquicamente a la mujer).

Gráfico 18. Número de Femicidios Vinculados de Hombres y Niños en Argentina, registrados por la Asociación Civil la Casa del Encuentro.



Nota: los datos del gráfico fueron obtenidos de la Casa del Encuentro (s/f)

De esta manera, en Argentina la cantidad de casos de femicidio que se registran año a año, han creado alarmas, obligando al Estado a tomar medidas al respecto. Entre las principales medidas se encuentra la integración de la figura del femicidio en la legislación penal, la cual significa un avance en

materia de protección a la mujer, debido a que anteriormente tales crímenes eran escondidos bajo el título de homicidio pasional, entre otros términos que, de alguna u otra forma, atribuyen la responsabilidad a la mujer de terminar siendo víctimas fatales de su agresor.

Adicionalmente, el Estado Argentino también creó una organización destinada a investigar, apoyar a las víctimas y a difundir cifras oficiales sobre la realidad que se vive dentro del país. Si bien, aun las cifras continúan en aumento, tales iniciativas de comunicación, de amparo legal, y apoyo psicológico, les ha otorgado voz a muchas mujeres, incrementando significativamente el número de denuncias que se reciben relacionadas con la violencia de género. Todos estos movimientos, han derrumbado de alguna forma el silencio, y el miedo a las mujeres a denunciar, sin embargo, aún son muchas las acciones que el Estado, y la comunidad organizada deben tomar para que las alarmantes cifras de femicidios cesen.

4. 8. Algunas campañas para prevenir el femicidio

Como se mencionó anteriormente, la violencia de género es un mal muy común en la América Latina, que está arraigado desde una concepción cultural que atenta contra el derecho a una vida familiar plena y de desarrollo sustentable, pues los hogares donde la madre es maltratada por el padre en presencia de sus hijos se generará una huella imborrable que motivará una actitud hostil en los niños para el futuro, tanto de rechazo hacia su padre, como del modelo a seguir.

La tasa de muertes de mujeres en manos de sus esposos o exparejas sigue en aumento y lo peor de los casos es que de acuerdo a un informe de la Organización de Naciones Unidas en el año 2015 el 98% de los asesinatos terminan en impunidad.

El informe de las Naciones Unidas, denominado *Prevenir los Conflictos, Transformar la Justicia, Garantizar la Paz* señala que de 25 países donde se registran mayores asesinatos de mujeres 14 de ellos están en la región latinoamericana, lo cual enciende las alarmas en los organismos de derechos contra la mujer y de los Derechos Humanos. Entre los países que aparecen entre los más violentos se encuentra Guatemala, El Salvador y Honduras de ahí la importancia que las organizaciones internacionales de defensa de la mujer y los Derechos Humanos generen propuesta y sugerencias a los Estados para reducir estas incidencias que atenta contra los valores familiares y la seguridad. También se debe destacar que México y Argentina figuran entre los países violentos en materia de femicidio, con cifras muy preocupantes.

A este respecto, en Argentina se han desarrollado colectivos de defensa de la mujer y pregonan acciones en contra de la violencia y el femicidio uno de ellos es el mencionado en el apartado anterior: “Ni una menos”, que nació de mujeres organizadas, amas de casa, profesionales, artistas y hoy se ha convertido en un movimiento nacional con presencia en diversas organizaciones y partidos políticos. Esta organización maneja cifras acerca del número de muertes de las mujeres en Argentina por ataques violentos originados en el género: por ejemplo el 2014 hubo 277 mujeres asesinadas a lo largo del territorio nacional. La misma organización colectiva de defensa de las féminas indica que cada 30 horas se asesina a una mujer en la Argentina, tendencia que no ha variado desde 2008, es decir va en ascenso de ahí que el problema se agrava cada año.

Ante tal situación surge la necesidad de tomar acciones, que no solo se deben enfocar en actividades de protestas basadas en concienciación de la comunidad y revelar las cifras sobre el abuso contra la mujer, sino que debe orientarse a aspectos más de fondo, como es el caso de aspectos como: la justicia, la educación, las políticas públicas, entre otros.

A este respecto Correa y Pinto (2009) señalan que en la Argentina la iniciativa pública para frenar la escalada de violencia contra la mujer ha sido de carácter errática y poco comprometida desde el punto de vista integral y a pesar con que se cuenta con la legislación actualizada en la materia tanto a nivel regional como nacional. Así que el principal obstáculo para enfrentar el problema de la violencia de género ha sido la articulación de esfuerzos basados en una sólida gestión pública, orientada a las mujeres desde una perspectiva de promoción de derechos, de participación social más incluyente y de la construcción integral de la ciudadanía.

En tal sentido, para llevar a cabo políticas públicas orientadas a promover la ciudadanía, la participación y la defensa de la mujer en el contexto actual es necesaria la voluntad política de las partes, a fin de asignar los recursos presupuestarios necesarios a las oficinas públicas, la capacitación del recurso humano y de los recursos materiales necesarios para la planificación y logro de objetivos institucionales en el marco de la defensa de la mujer.

Ahora bien, se hace necesario promover a través de campañas educativas la transformación cultural en la sociedad a través de mensajes, charlas talleres, conferencias en distintos espacios públicos y educativos acerca del rol importante que tiene la mujer en la sociedad a fin de desmontar estereotipos impuestos de inferioridad y subordinación forzada ante la figura masculino evitando los usos y costumbres que legitiman la discriminación a las mujeres. Se debe construir un nuevo modelo cultural de respeto hacia las mujeres, desde la escuela, desde el hogar; de ahí la importancia de la penetración

del Gobierno en las comunidades más remotas, generando la atención social, la orientación y la planificación familiar.

A este respecto, se debe resaltar que la Organización de las Naciones Unidas de forma directa lanzó una campaña internacional para concientizar en referencia a la violencia contra la mujer. La campaña se denominó “Únete para poner fin a la violencia contra las mujeres”. El objetivo fundamental de la campaña, que se extendió hasta el año 2015, fue ponerle fin a los altos niveles de impunidad que existen en la región en los casos de violencia hacia la mujer, maltrato infantil y femicidios. De tal manera que se hizo un llamado integral a la unión para que se trabaje de forma articulada para fijar objetivos realistas en el objetivo fundamental de la no violencia. El proyecto invitó al sector privado, a los gobiernos, a la sociedad civil organizada, a los medios de comunicación y las fuerzas vivas de la región.

De acuerdo con la Oficina Regional para América Central del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH) (s/f) los aspectos más resaltantes de la campaña fueron los siguientes:

a) Eliminar la impunidad, es decir la adopción de medidas de protección a las mujeres, niñas y adolescentes de la violencia, dando garantías de acceso a la justicia en términos de igualdad y sin discriminación de ningún tipo. El objetivo es investigar a fondo, aprehender a los responsables y castigarles de manera severa adoptando las medidas de reparo que sean más convenientes;

b) Se busca que no exista ni una sola víctima más, en esta fase de la campaña se busca concientizar a los individuos para que tengan unas relaciones interpersonales sanas, con actitudes positivas, promover un cambio de cultura, la convivencia, el dialogo para solucionar los problemas. El trabajo se orientó en adolescentes y hombre jóvenes mayormente

c) La responsabilidad es integral, en esta fase se buscó generar una concientización macro, de largo alcance que incida de forma directa en la opinión pública. Para ello, se determinó que se debe promover la idea que la violencia hacia las mujeres como un problema de todos, que afecta el crecimiento y desarrollo de la sociedad de ahí que la responsabilidad para su erradicación es compartida y corresponde a toda la sociedad ejercer acciones para alcanzar ese objetivo.

En este mismo orden de ideas, Correa y Pinto (2009) señala que el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación Argentina tiene como propósito establecer un mecanismo institucional de coordinación intergubernamental que permita el diseño de estrategias para atender a la población vulnerable, y a la atención de la víctimas de violencia, no solo de mujeres sino también de adolescentes

y niñas que pueden ser objeto de abusos. Además, se deben atender las situaciones de emergencia, y las áreas de promoción y prevención que deben actuar desde las organizaciones sociales comunitarias con la participación activa de las mujeres y de los gobiernos locales como actores importantes del proceso.

De esta manera, se puede afirmar que una de las prioridades del Ministerio para solventar la situación de la violencia hacia la mujer y por ende el femicidio en Argentina es la promoción de espacios e instancias para la formación y discusión colectiva acerca de las estrategias a utilizar tanto en el ámbito de las emergencias como en los mecanismos de prevención y promoción de las campañas. Uno de los objetivos fundamentales es la creación de un sistema de información integral acerca de la violencia familiar, no solo en la Provincia de Buenos Aires, sino en trabajo articulado con los distintos gobiernos locales y provinciales ampliarlo a todo el país.

En este mismo orden de ideas, se debe mencionar que de acuerdo a lo expuesto por Correa y Pinto (2009) el Ministerio de de Desarrollo Social de Argentina, conjuntamente con el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) ha creado una alianza estratégica a fin de capacitar a los equipos provinciales y municipales para la lucha contra la violencia de género y el femicidio, en su prevención y completa erradicación en la Argentina. Los objetivos de este acuerdo son los siguientes:

a) La sensibilización de los funcionarios, quienes participan en el equipo de trabajo y son los responsables de la definición de las estrategias de las campañas de prevención y erradicación de la violencia de género y maltrato infantil

b) La capacitación de los equipos técnicos provinciales y municipales, sobre los mecanismos de abordaje existentes a fin de generar las estrategias de seguimiento más acordes con el contexto donde se desenvuelven con el propósito de evitar o reducir las incidencias de violencia familiar

c) Desarrollo de estudios de casos locales, en el marco de la violencia familiar en las provincias donde se desarrolle el programa, a fin de diagnosticar las necesidades sociales y de detectar casos, los cuales deben ser cuantificados y hacer seguimiento continuo. La información que se obtenga será incorporada a una base de datos, es decir un sistema de información integral a fin de evitar casos de violencia familiar que pueda desencadenarse en un femicidio.

El desarrollo de esta alianza para generar una campaña de prevención y erradicación de la violencia contra la mujer y el maltrato infantil contó con grandes especialistas en la materia, así como muchos desafíos referidos a la manera en la que se deben implantar los mecanismos de intervención y de los procesos de cambio cultural, que son altamente necesarios para reorientar la sociedad hacia unos valores de respeto y protección a la mujer como ser humano valioso en la vida productiva y familiar.

Adicionalmente, resultó ser todo un reto la articulación de los actores sociales e institucionales con la normativa y dispositivos aprobados en el marco de la protección de la niñez y la adolescencia (Correa y Pinto, 2009).

Sin embargo, a pesar de las diferencias y desencuentros, con ese proyecto se ha podido promover la reflexión de la sociedad en cuanto a la gravedad del problema de la violencia de género y el maltrato infantil y establecer algunas estrategias articuladas, consensuadas y pertinentes para prevenir y erradicar en las comunidades la violencia hacia las mujeres y el tema del maltrato infantil. Incluso, se impulsa a que cada comunidad trabaje de forma específica en identificar los casos, analizarlos, estudiarlos y hacer el respectivo seguimiento a través del sistema de información general.

Cabe resaltar que la violencia y el género se deben trabajar de forma mancomunada en cualquier programa o campaña, es decir son elementos que nunca se puede analizar o tratar de forma separada, ya que en la vida cotidiana son aspectos que se dan en relación y es en esa forma como se vive cotidianamente, integral e integrada es que debe trabajarse en la intervención o campaña. Es necesario trabajar de forma interdisciplinaria para poder analizar el tema de la violencia desde una perspectiva integral que tiene su raíz en el imaginario, en el pensamiento colectivo y cultural sobre el ejercicio de su rol de acuerdo a su sexo y las relaciones de inequidad que encierra un reparto de forma desigual de tareas y funciones tanto en el ambiente del hogar como en el entorno laboral (Correa y Pinto, 2009).

Así que la sociedad espera mucho del Estado como garante de las transformaciones sociales, culturales, políticas y económicas. A través de los programas y campañas de prevención y erradicación de la violencia contra la mujer el Estado puede asignar los recursos de forma eficiente, debe celebrar alianzas estratégicas con Organizaciones No Gubernamentales, grupos sociales, las comunidades organizadas, la Iglesia Católica, las denominaciones cristianas, las universidades, las escuelas, los juzgados, institutos autónomos y gubernamentales, entre otros para canalizar unas estrategias comunes, articuladas que se promuevan para generar la concientización sobre el tema en la sociedad, se trata de propiciar un cambio sustancial en la cultura, en la visión y percepción de la ciudadanía sobre el tema del género y la violencia en el seno familiar.

Correa y Pinto (2009) afirma que un elemento importante que se debe regular y llamar a incorporarse en las campañas nacionales contra la violencia de la mujer y maltrato infantil son los medios de comunicación social, pues representan un actor muy poderoso para la promoción de valores, actitudes, modelos a seguir, entre otros. De ahí que se debe ejercer el control de forma responsable para

que los contenidos sean adecuados, educativos y no promuevan la violencia hacia la mujer, pues los medios de comunicación deben contribuir con el cambio y la transformación de la sociedad. Asimismo, la educación formal en todos sus niveles puede contribuir como un motor para las campañas de prevención y erradicación de la violencia contra la mujer y el femicidio, pues se pueden fomentar experiencias de aprendizaje de reflexión sobre los valores sociales que pueden evitar la violencia, se pueden inculcar actitudes de socialización importantes como la promoción del buen trato y la equidad de género, como una forma de construir el nuevo orden cultural.

Ahora bien, es importante un marco normativo que se pueda aplicar en el contexto social para minimizar los casos de violencia de género en la familia y el femicidio como delito tipificado en las leyes penales. Por ello, a continuación, se analiza la legislación a nivel internacional que evidencia la lucha que desde diversos espacios regionales y mundiales se han librado contra el flagelo del femicidio que atenta contra la estabilidad de las familias, no solo en Argentina sino en todo el mundo.

De esta manera, las iniciativas en materia de la lucha contra el femicidio han aumentado, sin embargo, aún se evidencia lo errante de las políticas empleadas por el Estado en ámbito de la violencia de género. Por estas razones, se evidencia la necesidad de que las instituciones gubernamentales y no gubernamentales actúen en forma mancomunada para avanzar con pasos fuertes en la lucha contra la violencia de género, con el fin único de proteger a la mujer y otorgarle las garantías de seguridad, igualdad, libertad, respeto que se merecen.

4. 9. La Lucha internacional contra el femicidio y legislaciones para minimizar los casos de femicidio

La violencia contra la mujer siempre ha tenido repercusión y efectos en las diferentes épocas de la historia en las cuales se reproduce y al contexto donde se desarrolla. Siempre han existido problemas para su tratamiento desde el punto de vista efectivo, como por ejemplo la incomprensión de la importancia de estos hechos de acuerdo a los patrones culturales que han predominado en la historia, la burocracia con que se han diseñado los procedimientos legales para atender este fenómeno social, muchas veces diseñados para favorecer al agresor y a la impunidad. Otro desafío que se presenta para atender los casos de violencia hacia la mujer son las dificultades que se pueden presentar al momento de la investigación, la ineficiencia de los procesos, de la formulación de objetivos concretos que permitan caracterizar y castigar a los responsables, además de la actitud de la víctima que por ser el agresor miembro de su familia o pareja se niega a denunciar para su procesamiento judicial.

A este respecto, Garita (2012) destaca que en vista de la escalada de violencia hacia la mujer en distintas partes del mundo y las demandas sociales y de las distintas Organizaciones No Gubernamentales encargadas de la defensa de la mujer se empezaron a crear instrumentos legales internacionales para que los Estados asociados a las diferentes instancias mundiales comenzaran a asumir la responsabilidad de este fenómeno social que atenta contra el desarrollo normal de la familia y la paz social de ahí que la Asamblea General de las Naciones Unidas crea en 1993 la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (CEDAW)¹, en ella hubo acuerdos referentes a que los Estados crearan las condiciones para la igualdad de género, la participación de la mujer en la vida económica, laboral, política y social, los derechos a la salud, la alimentación, a la educación y a las oportunidades de empleo en el campo productivo que aseguren el pleno desarrollo de la mujer como ser humano integral.

Adicionalmente, se debe destacar que el artículo N° 3 de la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (CEDAW) reza lo siguiente:

Los Estados Partes tomarán en todas las esferas, y en particular en las esferas política, social, económica y cultural, todas las medidas apropiadas, incluso de carácter legislativo, para asegurar el pleno desarrollo y adelanto de la mujer, con el objeto de garantizarle el ejercicio y el goce de los derechos humanos y las libertades fundamentales en igualdad de condiciones con el hombre (CEDAW, 1993, s.p).

De ahí que los Estados asociados a las Naciones Unidas deben crear los instrumentos legales nacionales para garantizarlos derechos a las mujeres y a una vida sin violencia, a fin de garantizar el ejercicio y goce de una vida plena, en libertad y el respeto a sus derechos humanos.

Continuando con el análisis, Garita (2012) destaca que desde el punto de vista regional la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos aprobó la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres (Convención de Belém do Pará)² la cual tiene como finalidad general establecer el derecho de toda mujer a una vida libre de violencia tanto en el ámbito público como privado. Asimismo, se deben dar las garantías constitucionales para

¹Convención sobre la Eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (CEDAW) (1993). Asamblea General de las Naciones Unidas, Washington, Estados Unidos de América

²Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres (1994). Organización de Estados Americanos, Washington, Estados Unidos de América

que las mujeres puedan gozar de forma plena de todos sus derechos civiles, sociales y la protección de sus derechos humanos, los cuales están consagrados en los diferentes instrumentos regionales e internacionales. Además, se establece el compromiso para que los Estados miembros elaboren la legislación pertinente en esta materia a nivel interno, con el propósito de prevenir, enfrentar y erradicar la violencia contra la mujer y todas las implicaciones familiares y penales que esto conlleva.

En este sentido, la Oficina Regional para América Central del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH) (s/f) en un informe sobre la violencia hacia las mujeres en el hemisferio señala que los sistemas internacionales de protección se enmarcan en analizar el vínculo entre la discriminación de género y la violencia hacia la mujer propiciando que se genere la actuación del Estado con sus programas y campañas que eviten y erradiquen esta práctica, además la de facilitar el acceso a las agraviadas a los órganos de justicia y demás mecanismos de resolución de conflictos. El Estado debe garantizar que ningún delito derivado de la violencia hacia la mujer o de maltrato infantil quede impune.

Es por ello que las instancias internacionales de Derechos Humanos aplican un indicador denominado “estándar internacional” a fin de precisar si el Estado ha cumplido o no con las exigencias en materia de prevención y erradicación de la violencia contra la mujer, su derecho a la vida, a la integridad y el acceso a sus derechos constitucionales. De ahí que se puede señalar que existe una norma internacional consuetudinaria que obliga a los Estados a fijar las estrategias necesarias para prevenir, sancionar, reparar y erradicar la violencia contra la mujer y darle protección jurídica y social a las víctimas de estos delitos.

Los instrumentos y normativas internacionales en materia de violencia contra la mujer fomentan una responsabilidad para los Estados miembros pues deben hacer un abordaje de la violencia contra la mujer, no solo desde una perspectiva sistemática asumiendo las causas y consecuencias de los delitos, sino también desde una visión individual, lo cual demanda a los Estados el establecimiento de medidas efectivas en materia de prevención, a través de campañas en medios de comunicación, capacitación, talleres, la educación básica y superior, entre otros, la erradicación por medio del poder coercitivo del Estado a través de la legislación interna y la actuación de todo su aparato con sus instituciones civiles, judiciales y policiales. El poder del Estado, a través de los órganos judiciales, debe sancionar los delitos contra la mujer y con sus instituciones tratar de reparar el daño social e individual generado por los delitos.

De esta manera, de acuerdo a las apreciaciones de Garita (2012) gracias a la legislación desarrollada en el ámbito internacional de protección a la mujer se han creado en diversos países las instituciones estatales dispuestas a prestar el apoyo, generar las estrategias de prevención y de investigación de los casos de violencia familiar, no solo en las mujeres, sino también en el maltrato infantil. Estas instituciones por lo general promueven políticas públicas integrales enmarcadas en superar la violencia contra las mujeres en la región y la protección de sus derechos fundamentales. Asimismo, se han tenido que adecuar los sistemas de administración de justicia a las exigencias nacionales e internacionales en materia de violencia contra la mujer y a las demandas de diversas instituciones y Organizaciones No Gubernamentales que han librado una lucha persistente de años para el respeto y protección de la mujer ante el incremento en la región de violencia no solo a la mujer sino también de maltrato infantil y femicidios que en su mayoría quedan impunes.

En este mismo orden de ideas, la Oficina Regional para América Central del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH) (s/f) revela que a partir de la adopción de los avances legislativos en materia de defensa de la mujer se ha generado un debate público importante, que ha permitido la realización de esfuerzos importantes en materia penal, centrándose en la capacitación y sensibilización de los operadores de la justicia garantizando el acceso a las mujeres a los órganos jurisdiccionales y que encuentren allí la justicia, ya que corresponde a la administración de justicia la investigación criminal adecuada para que los crímenes contra las mujeres no queden impunes, sino que se sancione severamente a los responsables de la violencia y así generar los reparos correspondientes a las víctimas promoviendo su inserción social, su recuperación psicológica y sentar las bases para promover un cambio radical en la concepción cultural misógina que incide directamente en este tipo de agresiones y delitos.

Otro aspecto que se debe considerar por los Estados y que es un mandato de la normativa internacional en la materia es lo referido a la aplicación injustificada de estereotipos de género que en la administración de justicia afecta de forma considerable a la mujer, a las niñas y adolescentes por la actitud con que se trata el caso. Por ejemplo, entre esos estereotipos se tienen los siguientes:

a) La aplicación de normas inflexibles sobre lo que se considera violencia doméstica y la forma como se deben comportar las víctimas para considerarlo como tal

b) Determinación de la credibilidad de la víctima a través de preconceptos de cómo esta debió haber actuado antes, durante y después de la agresión

c) La presunción acerca de la responsabilidad tácita de la víctima sobre la agresión ya sea por su forma de vestir, su profesión, conducta sexual o grado de afinidad con el agresor

d) El uso de referencias a estereotipos de tipo sexual tanto de la víctima como del agresor

e) Poca atención a testimonios de las niñas

f) La interferencia en la vida privada de las mujeres cuando su vida sexual es tomada en cuenta para considerar el alcance de sus derechos y de su protección.

En tal sentido, los Estados asociados tienen la obligación ante los organismos internacionales y sus instrumentos jurídicos de aplicar las estrategias necesarias para eliminar esos estereotipos del sistema judicial y trabajar para un cambio cultural y social que impida la perpetuación de estas situaciones que promueven la discriminación y violencia de la mujer, niñas y adolescentes en un contexto determinado. Esto se pone en evidencia al analizar el artículo N° 5 de la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (CEDAW) donde se expone la obligación de los Estados en modificar los patrones socioculturales de conductas de hombres y mujeres con el propósito de eliminar los prejuicios, erradicar las ideas preconcebidas de inferioridad o superioridad de cualquiera de los sexos (Correa y Pinto, 2009).

Así mismo, la norma emplaza al Estado a tomar las medidas necesarias de carácter legislativo para modificar o derogar leyes, reglamentos o normas internas que constituyan un elemento de discriminación hacia la mujer.

Otra de las obligaciones que tienen los Estados de acuerdo a los instrumentos internacionales con relación a la violencia de la mujer es lo referido al deber de investigar y sancionar los delitos. A este respecto la Oficina Regional para América Central del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH) (s/f) destaca que el deber de investigar tiene dos funciones fundamentales, la primera se enmarca en la prevención de una futura repetición de los hechos y en segundo lugar, proveer justicia en los casos individuales. Es altamente necesario que la investigación criminal permita esclarecer las circunstancias específicas en las que ocurrieron los hechos, de una forma transparente, con acceso a los familiares de las víctimas y a la sociedad a fin de generar las responsabilidades del caso y castigar a los implicados de forma severa.

De esta manera, es pertinente el deber de investigar por parte del Estado, a fin de promoverla justicia social y, además, generar los alcances adicionales cuando se trata de un femicidio, es decir cuando la violencia generada conlleva a la muerte de la persona. La investigación debe ser imparcial,

exhaustiva e integral y sin ningún tipo de complacencia, en caso que los agentes del Estado hayan sido negligentes en su labor de asegurar el debido proceso y el aseguramiento de la justicia.

Además, la falta de una investigación profesional y adecuada a los principios mínimos de eficiencia puede dificultar al Poder Judicial tomar las decisiones más ajustadas a la realidad de los hechos y puede que no se logre castigar a los responsables lo cual es un problema grave que incide de forma directa con el acceso a la justicia (Correa y Pinto, 2009).

Por otro lado, y continuando con las obligaciones que tienen los Estados asociados a las organizaciones internacionales de ajustar sus acciones internas a garantizar los derechos de las mujeres, incluyendo su derecho a la vida y realización como seres humanos. De esta manera, es necesario que se garantice una reparación justa y eficaz a las mujeres víctimas de agresiones e incluso del femicidio debe existir un reparo a sus familiares.

Asimismo, la Oficina Regional para América Central del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH) (s/f) destaca que el proceso de reparación no solo debe traducirse en ubicar a la víctima a en el estado en que se encontraba antes de la agresión, sino que se deben enmarcar en ejercer un efecto transformador en la víctima, de transformación como ser humano y miembro activo de la sociedad. Asimismo, es oportuno destacar que la jurisprudencia internacional ha hecho énfasis en promover la participación de las víctimas en su proceso de reparación, pues se hace necesario escucharlas, conocer su visión del mundo, su perspectiva ante la vida y así tener una información necesaria para poder idear los programas de intervención y de apoyo para su rehabilitación e inserción exitosa en la sociedad.

En este mismo orden de ideas, los instrumentos internacionales de Derechos Humanos y de lucha contra la violencia contra la mujer demandan instancias judiciales independientes e imparciales con gran nivel de profesionalismo y competencias para ejercer el derecho penal en todas sus dimensiones y fases. De ahí la importancia de la independencia de los órganos encargados de llevar a cabo la investigación penal, el juicio, la sanción y la reparación. Esta condición es imprescindible para garantizar la efectividad del proceso y para que se cumplan de forma satisfactoria los estándares internacionales en la materia.

Correa y Pinto (2009) enfatiza que los estándares internacionales demandan que el proceso sea exhaustivo e imparcial, desde que se recogen las pruebas iniciales en el contexto donde se realiza el suceso, la visita al lugar donde se encuentra el cuerpo y todas las fases subsiguientes. Para esto es altamente necesario la capacitación integral de los funcionarios que participen en el proceso, además de

la promoción de valores éticos para que no se incurra en la contaminación y alteración de las pruebas para favorecer a los perpetradores del crimen. Es por ello que deben existir controles previos, *in situ* y posteriores en el manejo de las evidencias y del cumplimiento estricto de todas las fases del proceso a fin de garantizar el cumplimiento de los estándares internacionales en el manejo los casos penales de violencia contra la mujer y especialmente en los casos de femicidios.

La imparcialidad que se exige en el proceso como estándar internacional en los procesos de violencia contra la mujer y femicidios se debe enmarcar en que las actuaciones de los jueces no se dejen llevar por estereotipos, ideologías sociales, características o roles de las víctimas o de los agresores, prejuicios o presiones externas. Las decisiones se deben realizar ajustadas a derecho, tomando en cuenta los elementos probatorios y de acuerdo a las normas constitucionales y de los reglamentos internos correspondientes.

Por último, es importante resaltar que la Oficina Regional para América Central del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH) (s/f) señala que la participación de las víctimas tiene un valor central en todas las etapas del proceso judicial, pues la posibilidad de que la víctima o sus familiares puedan introducir recursos y demás instrumentos jurídicos derivados del proceso, encierra el acceso igualitario de la víctima a la justicia y de su participación efectiva en la reparación por el daño sufrido en la agresión.

Así que la investigación criminal que se adelante se debe realizar tomando en cuenta la participación de la víctima y sus familiares. Los estándares internacionales en la materia reconocen el valor central de esta participación en el los procesos judiciales en todas las fases del proceso, como lo es la parte investigativa, la sanción a los responsables y en el diseño, aplicación y seguimiento de las actividades de reparación a fin de insertar de forma exitosa a la víctima a la sociedad y pueda adaptarse nuevamente a la dinámica de su vida cotidiana con los controles psicológicos necesarios para su recuperación total de la agresión (Correa y Pinto, 2009).

De esta manera, la lucha contra el femicidio se encuentra soportada por reconocidas organizaciones a nivel internacional, las cuales se encargan de crear tratados, convenios, programas y estrategias a las que los países aliados se apeguen con la finalidad de actuar contra las alarmantes cifras de violencia de género y femicidios como desenlace fatal. Esta lucha internacional exhorta por medio de tratados a los países miembros, a crear legislaciones, y fomentar los ambientes de igualdad.

En este sentido, los principales objetivos de las iniciativas internacionales, se centran en erradicar la impunidad y la omisión por parte del Estado ante los casos de femicidios registrados, así

como a responsabilizar a los gobiernos de crear políticas públicas, que garanticen la seguridad de las mujeres, la erradicación de la discriminación de género y el modelo patriarcal, la inclusión de la mujer en los entornos laborales bajo condiciones de igualdad.

4. 10. El femicidio en Argentina: impacto en la sociedad y mecanismos aplicados en el caso argentino en pro de erradicar este tipo de violencia

Como se mencionó anteriormente en Argentina han crecido de forma alarmante los casos de femicidios, lo cual demanda en las autoridades la adopción de una forma efectiva de las directrices internacionales en la materia a fin de reducir estos casos.

A este respecto Wigdor y Artazo (2015) en un estudio analizan este delito en el contexto argentino y enfatizan que el femicidio debe ser concebido de una forma integral porque se enmarca en el resultado de una sociedad patriarcal donde existe un claro dominio masculino sobre la mujer en todas las esferas de la sociedad y ese dominio se ve materializado en el control que ejercen sobre sus vidas y sus cuerpos, generándose así una concepción de que el hombre es el dueño del cuerpo de la mujer y está en él la decisión sobre si vive o si muere.

De ahí que en el femicidio se expresa una masculinidad hegemónica que, como aspecto recurrente, es el odio hacia la mujer por no dejarse poseer, lo cual desencadena en violencia y agresión que necesariamente conlleva a la muerte. Así que ese modelo patriarcal, a veces es aupado y promovido por la sociedad y los medios de comunicación argentinos, impone estereotipos acerca de cómo deben ser los varones en aspectos como la sexualidad, los vínculos, las relaciones interpersonales, entre otros, lo cual proyecta un tipo de masculinidad de tipo dominante y agresiva aprendiendo a subvalorar a las mujeres y concebirlas como objetos que son de su propiedad ejerciendo violencia si no se someten a sus deseos y órdenes.

Todo este cúmulo de elementos que son parte de la tendencia sociocultural de los paradigmas dominantes son los que conllevan a generar conductas inapropiadas hacia la mujer por parte de los varones, a tratarlas con poco respeto y arremeter violentamente si se desvían de sus deseos y opiniones. De acuerdo con Wigdor y Artazo (2015) en los últimos siete años Argentina ha acumulado un total aproximado de 1808 casos de femicidios, lo cual ha motivado a los grupos de defensa de la mujer a organizarse y crear un observatorio nacional a fin de hacer seguimiento constante a estos casos, propiciando las estrategias, sugerencias al Estado para prevenir el femicidio y la violencia contra la mujer, servir de soporte y apoyo legal, moral y psicológico a las víctimas y demás servicios ciudadanos

que son muy importantes para promover la erradicación de este flagelo que atenta contra la familia argentina y su estabilidad.

De los datos recopilados, se puede notar que el 80% de los asesinatos se registran por las parejas de las mujeres, es decir, del círculo íntimo, es decir de acuerdo a Wigdor y Artazo (2015) el 56% de los femicidios son perpetrados por la pareja de la víctima o su círculo más cercano mientras que el 20% el agresor no tenía un vínculo directo con la víctima. Por último, el 7% de los agresores resultaron ser otros familiares no directos. Se ha podido observar que los crímenes se cometen con premeditación por lo que se deben juzgar como asesinatos agravados.

Sin embargo, en Argentina los procesos de femicidios, a pesar que han ido en aumento, no se les ha dado el tratamiento correcto. Por ejemplo, Wigdor y Artazo (2015) señala que el Poder Judicial a través de sus juzgados de violencia familiar ha dictaminado en la mayoría de los casos presentados de violencia tratamientos de tipo psicológico al agresor en los hospitales y servicios psiquiátricos del Estado, subestimando en gran medida el grado de peligro que representa el agresor en el futuro.

Así se tiene que, los juzgados en vez de ordenar tratamientos psicológicos se deben enfocar en dictaminar medidas de protección para las víctimas a fin de que el agresor no reincida en sus actuaciones de violencia.

Esta política que se ha venido aplicando en los juzgados argentinos va en contraposición a los estudios realizados por las diversas organizaciones feministas y de protección de la mujer, según las cuales no se pueden tratar a los agresores como si fueran enfermos mentales pues se ha demostrado que actúan así por su personalidad y con total premeditación solo por el placer de dominar y agredir al más débil. Es por ello que Wigdor y Artazo (2015) señalan que se deben revisar a fondo los paradigmas que se aplican para tomar esas decisiones judiciales, evaluar los recursos y replantear de forma integral los procedimientos jurídicos estatales que son aplicables en este tipo de delitos y agresiones.

Ahora bien, los movimientos sociales de protección hacia la mujer han logrado avances en materia legislativa, y para la garantía de muchos de los derechos actuales, de acceso a la educación, a la participación política, entre otros. Sin embargo, es importante acotar que el desarrollo de las políticas públicas debe ir acompañadas de avances legislativos, pues estos no han tenido la eficiencia y rapidez adecuada en su actuación.

Es por ello, que resulta de gran importancia la necesidad de articular los esfuerzos con la participación de diferentes actores, a fin de trabajar para desarrollar un modelo judicial ajustado a las necesidades reales de la sociedad y del papel de la mujer en ese contexto. Es altamente necesario el

trabajo coordinado con los jueces, con los cuerpos policiales y la comunidad organizada, donde están insertas las mujeres para erradicar la cultura patriarcal que sigue fomentando de forma directa e indirecta el abuso, dominación y violencia hacia la mujer argentina.

Además, de acuerdo a las apreciaciones de Wigdor y Artazo (2015) se hace necesario la articulación conjunta de toda la sociedad para la construcción de un movimiento nacional amplio, fuerte con el apoyo de los medios de comunicación y de las instancias gubernamentales para promover valores ciudadanos, de solidaridad, y respeto hacia la mujer y al mismo tiempo condenar los anti valores, prácticas y actitudes enmarcadas en la desigualdad a fin de que el colectivo se conciente y se vayan creando nuevas formas de intervención a las víctimas, nuevos modelos de atender a los hijos de las familias judicializadas, a los huérfanos de madre producto de la violencia, y a la creación de mecanismos novedosos que sirvan para la prevención de la violencia y los femicidios con un trabajo intenso en los múltiples barrios y sectores.

Ahora bien, es necesario presentar los resultados de informes sobre los homicidios registrados en Argentina a fin de conocer el perfil del femicidio en este contexto. Según Wigdor y Artazo (2015) existe un fuerte peso de la variable asociada con el género en los homicidios de mujeres en Argentina en relación con otras como por ejemplo la distribución territorial, entre otras. Además, la mayoría de los asesinatos de mujeres se dan en el seno del hogar y los asesinos son en su gran mayoría personas muy conocidas por la víctima, generalmente por sus exparejas, parejas o cónyuges.

Así mismo, desde el punto de vista judicial existen debilidades para la clasificación entre homicidios o femicidios, lo cual representa una debilidad que puede incidir en la objetividad y en el análisis que se le puede dar al caso, pues se parte de sesgos del proceso generados en el proceso de investigación y en el análisis de los hechos.

Por otra parte, un dato curioso y negativo para la sociedad es que de las 235 muertes de mujeres en 2015 por femicidio en Argentina al menos 203 niñas y adolescentes quedaron sin madre y también considerar que el total de las víctimas fatales al menos 20 eran menores de 16 años. Cabe resaltar que esas niñas que quedan sin madre deben ser protegidas por el Estado a través de sus programas de intervención y reparo a las víctimas de la violencia contra la mujer, a fin de que no sean vulnerables para abusos futuros tanto dentro como fuera de su núcleo familiar.

En lo que respecta a la gestión de la justicia en los casos de violencia y femicidios en el año 2015 se puede resaltar que solo 7 implicados cuentan con sentencia condenatoria lo que representa apenas el 3% del total de los casos, lo cual evidencia lo lento que ha sido el sistema de administración

de justicia con este tipo de delitos que no solo son graves, sino que tienen gran connotación social y genera una huella imborrable en la familia, para su superación y desarrollo social. También, es oportuno destacar que el 29% de los casos se encuentra en etapa de juicio oral y aproximadamente el 51% apenas se encuentra en la etapa de investigación.

Otro dato importante a considerar es lo referido a la denuncia, lo cual es una herramienta altamente necesaria para que las autoridades puedan ayudar a la víctima a evitar una tragedia, pues con la denuncia se pueden activar mecanismos de protección muy eficaces para prevenir agresiones que conlleven a la muerte de la mujer. Por ejemplo, en Argentina se registró un 20% de víctimas que habían denunciado agresiones antes de ser asesinadas, mientras que el 27% de las mismas no lo hicieron. De ahí la necesidad de canalizar las denuncias en materia de violencia de género con mayor eficiencia, promover las acciones con mayor rapidez y así evitar los femicidios que ya están en gran ascenso en la Argentina.

Por otro lado, desde el punto de vista legal, en la Argentina existen dos leyes orientadas básicamente a la protección de la mujer, estas son: la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra La Mujer (Convención de Belem do Pará) y la Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales³.

De acuerdo con Buompadre (2013) la Convención de Belem do Pará destaca en su artículo N° 1 que la violencia contra la mujer abarca la muerte, daño, sufrimiento físico, sexual o psicológico. Además, señala que se considera como tal si ocurre dentro de su residencia en cualquier relación interpersonal y así viva o no el agresor con ella y que comprenda violación, maltrato y abuso sexual. Adicionalmente, la Convención señala que también se considera violencia contra la mujer si el hecho ocurre en la comunidad y se perpetra por cualquier persona que ejerza abuso sexual, violación, tortura, trata de personas, prostitución forzada, secuestro y acoso sexual dentro del trabajo. También puede darse el hecho en otros contextos como institutos de educación, centros de salud cualquier otro lugar. Además, se pueden dar casos de abusos por parte de agentes policiales y militares del Estado, estos casos deben ser sancionados con mucha más severidad.

Como se puede observar la Convención delimita muy bien el área de aplicación de la violencia contra la mujer para que los Estados puedan identificar y actuar en correspondencia a los instrumentos

³Ley N° 26.485, del 1 de Abril de 2009, Congreso Nacional de Argentina

legales internacionales para asegurar la justicia en estos casos y promover las estrategias necesarias para los reparos a las víctimas y la concientización de la sociedad para que se disminuyan estas incidencias. Es importante la especificidad en que se muestran los delitos que engloban la categoría de violencia contra la mujer y los agravantes correspondientes.

En segundo lugar, la Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales señala en su artículo N° 4 que la violencia contra la mujer engloba toda conducta de acción u omisión que de forma directa o indirecta en una relación desigual de poder afecte la vida, libertad, dignidad, integridad física, psicología, sexual, económica o patrimonial y seguridad personal de la mujer. Además, tipifica la violencia indirecta cuando se ejercen acciones que ponga en desventaja a la mujer con respecto al varón y se le discrimine por cualquier razón en un contexto determinado.

A pesar que la legislación interna aún está un poco rezagada con las verdaderas necesidades en materia de protección a la mujer, es importante mencionar que sí se pueden realizar acciones conducentes a la prevención y erradicación de la cultura machista que propulsa el ataque hacia las mujeres, la discriminación, el abuso psicológico y moral. La aplicación de la ley puede garantizar el acceso a sus derechos fundamentales y la oportunidad de vivir en un contexto de paz para que se desarrollen como seres humanos íntegros y productivos para el país.

Sin embargo, en el caso argentino la promulgación de la Ley 26.485 es uno de los avances más importantes en la Argentina para erradicar este tipo de violencia hacia la mujer, de ahí la necesidad de que exista voluntad política por parte del Estado, de las instituciones autónomas, las Organizaciones No Gubernamentales, la sociedad civil, los medios de comunicación, la empresa privada, la Iglesia, las universidades, entre otros para que se forme una unión cívica, en una sola voz contra este flagelo que tanto daño ha generado a la estabilidad de las familias y al derecho de los niños a crecer en un ambiente de armonía y paz.

De esta manera, de acuerdo a Wigdor y Artazo (2015) se han aplicado algunos mecanismos desde la institucionalidad argentina para tratar de prevenir tratar y erradicar el problema de la violencia contra las mujeres, entre esas acciones se puede destacar el trabajo articulado que se ha adelantado desde el Ministerio de la Defensa para la promoción de una política participativa de detección, atención y registro de casos de violencia familiar y así propiciar herramientas de prevención acordes con las necesidades desde una perspectiva interdisciplinaria. Este mecanismo ha sido ideal para reforzar la política de prevención de este delito en el contexto tanto nacional como provincial.

También, se han aplicado estrategias de recorridos a provincias recónditas de la Argentina, a fin de acercar el sistema de justicia a las mujeres que lo necesiten, por ejemplo, mujeres que viven en zonas rurales, indígenas y campesinas que están a kilómetros de las grandes ciudades, pero que también tienen sus derechos constitucionales garantizados.

Otro de los mecanismos aplicados y basados igualmente en desplazamientos de funcionarios hacia las víctimas es el grupo de rescate denominado “las víctimas contra las violencias” el cual dispone de brigadas y salen al auxilio de víctimas que denuncien o hagan un llamado de emergencia, se trasladan y llevan a las víctimas a un lugar provisional hasta que se puedan tomar las decisiones institucionales de rigor. También, se aplican a nivel nacional programas de refugios en pensiones, hoteles y albergues a las familias que son víctimas de alguna agresión hasta que se pueda resolver el caso desde el punto de vista institucional.

Cabe señalar que estos mecanismos, así como otros que se pueden desarrollar en el marco de la Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales son aplicables fundamentalmente para erradicar la violencia familiar, contra la mujer y el femicidio que se ha incrementado de forma dramática en los últimos años en la Argentina.

Por estas razones, a pesar de que en Argentina se han incrementado las iniciativas por parte del Estado, como resultado ante las presiones ejercidas a nivel nacional e internacional por diversas organizaciones no gubernamentales que se alarman con las crecientes cifras de femicidio registradas; estas han sido erráticas, debido a que a pesar que en la legislación la figura de femicidio se ha incluido, aun a nivel de la realidad en los juzgados se sigue en ocasiones justificando el comportamiento del femicida arropándolo bajo algún tipo de enfermedad o patología psicológica, lo cual, no es aplicable en todos los casos.

Finalmente, es fundamental que se continúen con las políticas públicas destinadas a la lucha abierta e inclemente contra la violencia de género, y se creen estrategias mancomunadas con los diversos organismos no gubernamentales, las cuales, sean apegadas con los alcances internacionales en la materia. Por ende, puede concluirse que se requiere que se formulen estrategias de intervención más específicas, de mayor alcance y enmarcadas en el apoyo integral de la familia para prevenir el femicidio desde el punto de vista social.

4.11 Las estrategias de intervención que permiten prevenir el femicidio desde el punto de vista social

No cabe duda que los múltiples problemas en materia de la protección de la mujer ante los abusos y agresiones, aunado a las disfuncionalidades del sistema de administración de justicia hacen difícil que se garanticen los derechos a la población de mujeres más vulnerables en la sociedad, de ahí la importancia de que el Estado asuma esa responsabilidad de dirigir un equipo unificado con la participación de diferentes actores sociales, religiosos, comunicacionales, educativos, intelectuales, institucionales, comunitarios y culturales con el propósito que la estrategia de cambio y transformación de la cultura sea más eficiente, pues es indispensable generar transformaciones de los modelos patriarcales que se han desarrollado a lo largo de la historia que inciden de forma directa en los abusos hacia las mujeres.

En este sentido, se puede asegurar que desde el Gobierno Nacional se han realizado diversos diagnósticos a fin de precisar la magnitud del problema de la violencia contra la mujer y todas sus implicaciones. Por ejemplo, Castillo y Barrios (2016) señalan que los resultados del diagnóstico sobre los casos de violencia en Argentina desde diversas perspectivas evidencian una gran desigualdad de forma estructural y se observa la vulneración de muchos derechos de los ciudadanos. Se pudo observar que existe discriminación de acuerdo a las relaciones asimétricas de poder en el marco del género, lo cual explica dicha discriminación en diferentes ámbitos productivos y educativos, por ejemplo en el campo del mercado laboral, en las instituciones públicas, en las organizaciones políticas y sociales, en las instituciones educativas, en las relaciones culturales y hasta en el ámbito familiar, de ahí la importancia de establecer estrategias de intervención desde diversos contextos para garantizar el acceso a la mujer a todos sus derechos, el ejercicio pleno de su ciudadanía y que tenga la libertad de desarrollarse como un ser humano íntegro y productivo para el país.

Ante la realidad evidenciada en la revisión de los registros y estadísticas relacionadas con los femicidios acaecidos en el país, el Estado reconoce que existe una situación crítica y asume la responsabilidad en la garantía de los Derechos Humanos de las mujeres por ser ellas las más vulnerables a los abusos cometidos, de ahí que acogiendo en la Ley 26.485 el Gobierno Nacional se compromete a generar las estrategias necesarias para combatir el femicidio en Argentina, a través de un plan de acción integral con un nivel alto de responsabilidad, acciones eficaces y contundentes. Cabe señalar que este Plan Nacional de acción contra la violencia hacia la mujer se conforma por dos ejes fundamentales: el eje de prevención y el de atención.

4.11.1 Eje de prevención

El eje de prevención se enmarca en la planificación y ejecución de actividades y acciones cuyo objetivo fundamental es la transformación de los aspectos culturales arraigados en la sociedad propios de una tendencia patriarcal que ha sido factor clave para el desarrollo de las actitudes machistas y violentas hacia las mujeres, pues se centran en la dominación del hombre hacia la mujer en todas las dimensiones de la vida y que genera discriminación y barreras para que las mujeres desempeñen una serie de roles sociales, laborales, académicos y culturales que les sirva para su emancipación como seres humanos que son parte de un medio social.

Para lograr ese objetivo se prevén desarrollar una serie de estrategias de intervención en el área de salud, como por ejemplo la atención psicológica, la prevención médica en todas sus áreas, la exploración de las mujeres a fin de detectar signos de violencia que puede poner en alerta a las autoridades, pues hay muchos casos donde la mujer sufre abusos sexuales, psicológicos y físicos y no denuncia por miedo a represalias. Este mecanismo de intervención en la salud puede detectar cualquier signo de violencia o abuso en todas sus manifestaciones y coordinar con las autoridades competentes las acciones legales a seguir.

Asimismo, se desarrollan mecanismos de intervención en el área educativa, basadas en campañas de formación en diferentes contextos donde las mujeres se desenvuelven, por ejemplo, en centros educativos, en las comunidades, en instituciones públicas, en clubes sociales, organizaciones profesionales, entre otros. El fin principal es educar acerca del tema de la violencia contra la mujer, explicar cuáles son las garantías de protección que tienen las mujeres por el Estado a fin de que se desarrolle la cultura de la denuncia en caso de abusos sea quien sea el agresor. Esta actitud en realidad puede salvar muchas vidas de mujeres que son asesinadas por no denunciar y por miedo a represalias por parte de su agresor.

Esta estrategia educativa también debe llegar a las escuelas e instituciones universitarias a fin de promover valores de respeto, consideración y solidaridad hacia la mujer, además del fomento del trabajo en equipo, estrechan las relaciones interpersonales, la lucha contra el acoso escolar y el desarrollo de estereotipos que puedan desencadenar en actitudes de discriminación hacia las mujeres. El tema educativo es importante y debe ser abordado desde una perspectiva integral, con la participación de todos los niveles académicos y la inserción productiva de la comunidad en el desarrollo de propuestas relacionadas a la lucha contra la violencia hacia la mujer.

Cabe destacar que, otro de los mecanismos alternativos propuestos y aplacidos por el Estado para prevenir el femicidio desde el punto de vista social es la promoción del trabajo, el cual debe ser concebido desde una perspectiva colaborativa, en equipo y el desarrollo de grupos de alto desempeño con la participación protagónica de mujeres. Por ello, el Estado promoverá desde todos los espacios los mecanismos normativos para que la mujer tenga una inclusión más adecuada y así consolidarla transformación de los patrones culturales de exclusión de la mujer para el desarrollo de múltiples empleos y actividades productivas.

Así que el Estado en conjunto con las demás organizaciones sociales, institucionales y productivas que se incorporen a la lucha contra la violencia hacia la mujer y el femicidio crearán las condiciones necesarias para que las mujeres argentinas tengan mayores oportunidades en el mercado laboral y en el acceso a créditos, financiamiento personal que les permita desarrollar sus propios negocios y contribuyan así con el desarrollo de la nación. El objetivo fundamental es promover el protagonismo de la mujer en todas las áreas de la economía y del trabajo para que su labor resalte y desde el punto de vista cultural deje de ser concebida como vulnerable, sino que exista un trato más igualitario y equitativo.

Adicionalmente, un mecanismo a considerar es el referido a los medios de comunicación, se debe promover y aplicar a través de la plataforma de medios del Estado toda una campaña integral con el apoyo de diferentes sectores tanto de la vida pública, como del medio artístico para la promoción de valores de respeto, consideración, solidaridad y apoyo a la mujer argentina en todas sus dimensiones. La intervención se orienta a la producción de programas en los medios de comunicación de masas, como la televisión, la radio, entre otros a fin de que el mensaje llegue a todos los usuarios. El fin principal es la modificación de los patrones culturales establecidos de forma tradicional, en los que no existe respeto y consideración hacia la mujer, cambiando de paradigma un nuevo modelo de mayor inclusión, consideración y trato igualitario en lo que concierne a las oportunidades.

Además, el Estado debe ejercer su rol de regulador ante los programas televisivos, radiofónicos y de otra índole para que los contenidos estén basados en los principios de respeto hacia la mujer y valores de convivencia, respeto mutuo y resolución de conflictos de forma pacífica; también, se debe regular la producción de programas en los que se utilice a la mujer como un objeto sexual o de naturaleza inferior, pues esto es contraproducente para los niños y jóvenes, quienes están en un proceso de adaptación en su entorno cultural y formación de su personalidad.

En tal sentido, los medios de comunicación deben adoptar la cultura de responsabilidad social su programación, en los contenidos de sus programas, en los programas de opinión, entre otros a fin de que se fomente una cultura de convivencia, de respeto hacia la mujer, de promoción de actividades con la comunidad organizada, con grupos de defensa de la mujer, entre otros organismos nacionales e internacionales que promueven la lucha contra una vida libre de violencia.

Adicionalmente, Correa y Pinto (2009) destaca que el Estado adopta un sistema de información y comunicación óptimo con todas sus dependencias e instituciones que trabajan en pro de garantizar la protección de los derechos de las mujeres, niñas y adolescentes y a su vez en las actividades de reparo en caso de que sean vulneradas. Los sistemas de información y comunicación deben ser flexibles, oportunos y eficientes para que se conecten con los organismos de administración de justicia y los cuerpos policiales y así garantizar una respuesta oportuna a las mujeres que estén peligro. El fin principal es la prevención de más muertes de mujeres argentinas producto del femicidio.

4.11.2 Eje de atención

El segundo eje del Plan Nacional del Gobierno para prevenir el femicidio en Argentina y promover la paz, la concordia y la garantía de los derechos constitucionales a las mujeres es el referido a la atención, la cual se enmarca en el diseño de políticas orientadas a la creación de espacios para la atención integral de las mujeres, su capacitación integral, la información oportuna acerca de sus derechos fundamentales y la forma como deben ser ejercidos y exigidos al Estado y sobre todo lo referente a sus derechos humanos (Correa y Pinto, 2009).

Además, el Estado argentino considera que el problema de la violencia de género es un conflicto de carácter público por lo que activa todos los mecanismos para la atención en los diferentes ámbitos a fin de que todas las mujeres que sufran violencia familiar puedan recibir apoyo y tutela del Estado. En este sentido, se promueve la creación de centros de atención con el apoyo por parte de diversos profesionales en el área de la salud, psicología, terapia ocupacional, entre otros a fin de dar a la víctima la atención necesaria que le permita reponerse de forma efectiva del trauma producido por el ataque de su agresor. También, se plantea la existencia de un área de atención hacia los familiares de las mujeres asesinadas, sobre todo sus hijos quienes necesitarán de apoyo moral, psicológico y hasta de asistencia.

En este mismo orden de ideas, Correa y Pinto (2009) expresa que las víctimas o sus familiares también necesitarán la asistencia jurídica a fin de hacer las diligencias necesarias para llevar ante los órganos correspondientes al agresor y pueda ser sancionado por la fuerza punitiva del Estado, de ahí la

necesidad que el gobierno en el Plan Nacional diseñe los mecanismos de asesoría y asistencia en el marco jurídico para garantizar el derecho del acceso a la justicia de las mujeres vulneradas. Esto acompañado de los programas de apoyo para la reparación de las víctimas, como es el caso de terapias psicológicas, asistencia social, generación de oportunidades para su reinserción al mercado laboral, entre otros. Todo el eje de atención deberá trabajar de forma articulada para un apoyo integral a la víctima y su reinserción exitosa a la sociedad.

También, el Estado en el marco de estas estrategias de intervención para la prevención de femicidios en la Argentina propone el desarrollo de unos ejes transversales que actuarían en sintonía con los ejes de prevención y atención. Estos ejes transversales se enmarcan en la formación permanente, el fortalecimiento institucional, el monitoreo y evaluación. Su carácter transversal recae en su integralidad y en que están presentes en todas las fases del Plan Nacional y en el logro de sus objetivos, metas y procedimientos específicos.

Así se tiene que:

El primer eje transversal que se refiere a la formación permanente se basa en el diseño de cursos de capacitación de forma continua para todos los involucrados en las diversas intuiciones protectoras, del Estado, organizaciones sociales, víctimas y comunidad en general. Es de resaltar la importancia de la capacitación integral en la materia de violencia contra la mujer, la legislación, los mecanismos de protección, la forma de ayudar la víctima en emergencias, la asistencia jurídica, entre otros. Esta información es imprescindible para evitar problemas y disfuncionalidades en el momento de exigir el ejercicio de derechos en cualquier contexto social o jurisdiccional.

El segundo eje transversal corresponde a las estrategias que se deben desarrollar para el fortalecimiento de las instituciones encargadas de velar por la protección de las mujeres y la garantía de sus derechos fundamentales. De esta manera, este eje transversal asegurará que se articulen equipos de trabajo eficaces en las instituciones del Estado a fin de hacer cumplir lo establecido en la Ley 26.485 en materia de protección hacia la mujer y la familia. Es importante la generación de políticas y programas adecuados a la realidad nacional y disponer de los recursos necesarios para su ejecución de una forma efectiva. Además, se puede promover la aplicación de paradigmas modernos de gestión pública que garanticen la eficiencia de las operaciones administrativas y operativas.

Por último, el tercer eje transversal presente en el Plan Nacional del Gobierno para prevenir el femicidio en Argentina es el monitoreo y evaluación, es decir el diseño de instrumentos e instituciones especializadas para realizar las auditorías necesarias a fin de evaluar la gestión pública y en base a esto

tomar las acciones correctivas necesarias. Además, la gestión de las políticas genera datos y estadísticas que deben ser analizados y publicados a la sociedad civil a través de informes explicativos con el propósito de mostrar el alcance de los logros alcanzados en materia de protección de la mujer ante el creciente auge del femicidio en Argentina. Asimismo, se establece el principio de la rendición de cuentas por parte del Estado en su función de asegurar el ejercicio de los derechos fundamentales de los ciudadanos argentinos, en este caso el derecho de la mujer de vivir en un país sin violencia.

De esta manera, en Argentina las diferentes estrategias de intervención se centran en el objetivo de prevenir el femicidio desde el punto de vista social, como la máxima representación de la violencia, y la etapa final del ciclo violento. Todas estas iniciativas se fundamentan en atacar diferentes factores importantes, que por muchos años eran enturbiados bajo la figura de homicidios, y que aún hoy en día muchos casos de violencia son percibidos socialmente normales bajo el aun arraigado modelo patriarcal.

Asimismo, se evidencia que las estrategias aplicadas deben intervenir a nivel estructural en la composición social, difundiendo abiertamente y sin censura por medio de los medios de comunicación los derechos de la mujer a una vida libre de violencia, los canales de apoyo a su disposición para realizar las denuncias, las casas de refugio, las oportunidades laborales, además de crear consciencia en las comunidades en general que la violencia de género es un problema de todos, debido a que impacta negativamente en la sociedad.

Finalmente, todas estas estrategias de concientización deben ser reforzadas con el fortalecimiento de las instituciones encargadas de garantizar la protección y apoyo a las mujeres, la erradicación de la impunidad en los casos de denuncias en el ámbito de la violencia de género, o en el caso de los femicidios, y por último, la intervención a los propios organismos con la finalidad de llevar indicadores que demuestren el desempeño y los alcances en materia de la lucha contra el femicidio como cruda realidad que afecta a las mujeres y a la sociedad Argentina.

5. Impacto concreto del femicidio en el desarrollo de los núcleos familiares/sociales. El feminicidio como última instancia de la violencia de género.

Con fundamento en las más destacadas premisas contenidas en el desarrollo del marco teórico que precede la presente investigación y análisis de datos, se pretende llevar a cabo una íntegra contrastación entre los postulados más próximos al estudio del fenómeno multifactorial, y para algunos autores de esencia cultural, política y social (Jiménez, 2011), como lo es el feminicidio y su relación inminente con la violencia generacional. En ese sentido, se precisa la necesidad de evaluar, sobre la base de los resultados particulares y tangibles acaecidos con ocasión a una serie de entrevistas de connotación científico-social, algunos de los cuestionamientos más trascendentes relacionados con la aludida figura y su suscitación en la sociedad argentina, como principal rubro de referencia.

Como herramienta metodológica, dichos resultados serán organizados en función de los aspectos que pudieren fungir como denominadores comunes en cada una de las entrevistas que fundan el objeto del presente análisis de datos, y con ello, sucesivamente determinar la existencia material de algunos índices sustentados por conformaciones teóricas contenidas en el marco que ha sido *supra* señalado.

Así, pues, en primer lugar, se abordarán aquellos casos donde, por razones de estudios forenses, y en estricto apego a lo que representa el trabajo social de campo realizado en las víctimas de violencia de género que han sido entrevistadas, existe mayor riesgo de un potencial femicidio, por lo que serán explicadas las conclusiones inherentes a cada uno de los aspectos que sustenten las resultantes afirmaciones.

5.1 Principal grupo de mujeres expuestas al riesgo de ser víctima de femicidio: casos de violencia íntima o intrafamiliar.

Conforme lo ha dictaminado el seguimiento y el esfuerzo institucional realizado por la Oficina de Violencia Doméstica de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, la tipología de femicidio con mayor índice de acaecimiento está situada en aquellos casos donde la víctima comparte algún vínculo catalogable como de intimidad o de estrecha relación con el victimario. En términos estadísticos, para el año 2014, de la totalidad de casos evidenciados como feminicidios (concretamente, 225 casos), el 75% fue perpetrado por personas cercanas a las víctimas: parejas de hecho, convivientes, cónyuges, e inclusive, ascendientes u otros tipos de familiares (DerGhougassian *et al*, 2015).

Tomando como base de consideración el dato esbozado por la dependencia de investigación adscrita a la máxima instancia jurisdiccional de la nación, resulta evidente concluir que aquellos casos

de violencia íntima o intrafamiliar, resultan en el escenario propicio para que se consume el delito de femicidio, al menos dentro del mundo probabilístico.

Ahora bien, no basta con la constatación de la simple circunstancia de proximidad o intimidad que pueda existir en la relación víctima-victimario para concluir que dichos supuestos, conducen de forma inminente a la consumación del delito en cuestión. Se debe, además, hacer hincapié en otros aspectos o elementos inmersos en el desenvolvimiento progresivo de la violencia característica que antecede el feminicidio en sentido propio que, como se ha comentado anteriormente, se configura como un fenómeno multifactorial de implicaciones sociales.

5.1.1 La estigmatización como factor que contribuye a la perpetración del feminicidio.

La proliferación de entornos violentos dentro del hogar, o dentro de la intimidad de una relación, se agrava y alcanza su punto máximo de inflexión gracias a la presencia de cuadros o esquemas de internalización de sentimientos erróneos de méritos, en lo que puede ser señalado como un verdadero síndrome de estigmatización del maltrato. Es el caso de una de las primeras víctimas en ser entrevistadas, con el nombre de María Luz, que se ha desempeñado como ama de casa en una relación de convivencia con su pareja de nombre Carlos, quien trabajaría en el ramo de la construcción.

La relación existente entre María y Carlos está caracterizada por la presencia de determinados hechos reflejados en la toma de datos previos que están vinculados con síntomas de precariedad afectiva que serán objeto de posteriores consideraciones (tiempo de conocerse; dinámica familiar; tiempo de relación). De momento, resulta menester hacer un enfático análisis en las reacciones que la víctima de los hechos de violencia (María), ha tenido a ser parte del ciclo interminable de la violencia intrafamiliar.

Así, en el primer cuestionamiento que el grupo que ha desarrollado la investigación de campo contenida en las entrevistas habría realizado, se le preguntaba a María si existía, y en caso afirmativo se indicaren, alguna o varias razones que -desde su perspectiva de víctima- justificarían o explicarían la presencia de los actos violentos de su pareja. La respuesta inmediata de la mujer sometida al comentado estudio, ha sido asumir como una posible razón de la violencia, las equivocaciones que la misma habría cometido, en relación a algunos encargos, requerimientos o peticiones realizadas por su pareja.

De esa manera, se hace notoria la suerte de estigmatización, en la cual la mujer que funge como víctima de la violencia de género, asume en auto flagelo responsabilidad (total o parcial, según lo

dictamine la casuística), por el maltrato al que la misma está sujeta. Ello, en sí mismo, representa un vestigio de una peligrosa y desfasada visión sobre lo que Bard y Artazo, (2015), conocían como la “masculinidad hegemónica”.

Se consolida, de ese modo, una visión en la cual la mujer representa un instrumento a través del cual el hombre consigue los objetivos carnales y de utilidad en los cuales la mujer pueda intervenir, y en caso de existir una desatención a las instrucciones del hombre patriarca (Bard y Artazo, 2015), la misma reúne las condiciones requeridas para ser sometidas a castigos violentos y corporales -en principio-. Evidentemente, la muerte o -en términos más apropiados y exactos- el asesinato de la mujer en esa suerte de castigo, es una de las más extremas consecuencias y que tipifica la figura *in comento* del feminicidio.

Más adelante, en prosecución del examen realizado a la entrevista de María Luz, se constata en un segmento dedicado al abordaje de preguntas “semi-dirigidas”, la presencia de una respuesta que le suma consistencia a esa conjetura según la cual algunas víctimas de violencia de género potencian sus consecuencias al considerarse merecedoras de la misma, lo que puede desembocar en la plena consumación del feminicidio. Así, pues, se le pregunta a la aludida ciudadana si, a su juicio, existieron provocaciones suficientes de su parte para que Carlos (el victimario), incurriera en la posición de agresor intrafamiliar.

Al cuestionamiento planteado, María ha respondido que ella pensó que existía culpa de su parte en ciertas ocasiones donde no ha logrado terminar la cena antes de que su conviviente y agresor regresare a casa. No es más que, como lo advirtieron Bard y Artazo, (2015), la reiteración de un marco de sumisión y sujeción de la mujer que ceden ante una serie de recursos intentados por los agresores con el propósito de controlarles, generando una inminente desigualdad de géneros, y donde la violencia se constituye en la principal herramienta de adoctrinamiento.

El perfil de víctima estigmatizada al cual se hace referencia, se reitera en la mayoría de los casos que han formado parte del desarrollo de campo referido repetidamente. Es el caso, también, de Lourdes, que se ha desempeñado como ama de casa y pareja de Luis Fernando, quien fuere capataz de obra de oficio. En el puntual desarrollo casuístico comentado, la justificación que la víctima sostiene para excusar los episodios de violencia intrafamiliar alcanzaba un grado alarmante, dado que la misma (Lourdes), atribuía los patrones violentos de su pareja a la sobrecarga que le generaba el cúmulo de responsabilidades que el mismo tenía en el trabajo. Además de ello, Lourdes -al igual que María Luz- consideraba que en determinadas ocasiones los actos violentos de su pareja estaban justificados en la

idea de que la misma ha incumplido obligaciones hogareñas que tenía para con su conviviente, aduciendo no hacer lo que “él necesita para calmarse en casa”.

Lourdes, quien además señala que aún convive con Luis Fernando (el victimario), se convierte en una de las entrevistadas con mayor probabilidad de ser una víctima de feminicidio, dada la extremadamente peligrosa conjugación entre sumisión, estigmatización, y además, el incremento progresivo de la magnitud de las lesiones devenidas de los episodios violentos. Éste último aspecto, se asienta cuando la entrevistada afirma que el episodio más violento que ha sufrido, requirió de intervención médica, como consecuencia de una cortada (laceración), producida en el rostro de la víctima por el anillo en mano del agresor.

Todo lo afirmado y concluido, ha sido llevado a cabo sobre la base del argumento estigmatizante que supone en las víctimas un consecuente cuadro depresivo que genera un aún mayor estado de indefensión, colocándolas en una posición idónea para que sea perpetrado el eventual feminicidio, que como ha sido sostenido *ab initio*, representa la más extrema consecuencia de la violencia de género (Jiménez, 2011).

Ahora bien, el aspecto desarrollado no es la única variable que interviene en la proliferación de los entornos violentos intrafamiliares. Uno de los diversos patrones en ser observados a través de la contrastación informativa entre lo concebido dentro del marco teórico, y lo expuesto por las víctimas femeninas de violencia generacional (obviando toda consideración sobre el caso inversamente suscitado), es la diferencia etaria existente entre la víctima de violencia intrafamiliar y su agresor.

5.1.2 Diferencia etaria como factor que contribuye a la perpetración del feminicidio.

Así, pues, en la primera entrevista referida, se ha observado que María Luz (víctima), tiene una edad de 22 años, mientras que su ex pareja y agresor Carlos, tiene una edad de 25 años, es decir, que éste último es mayor que la víctima. El patrón se reitera en el caso analizado por los investigadores de campo en el que Isabel (la víctima), con una edad de 29 años, ha sido maltratada de diversas oportunidades por José Luis (el victimario), quien tiene una edad de 35 años.

En seguimiento del último caso mencionado, se reafirma ese rubro estadístico que ha sido expuesto en el marco teórico por Belen, Barrios y Tipaldo (s/f), al realizar un margen de consideración etaria respecto de las mujeres víctimas de feminicidio. Según su estudio, el margen macroscópico está situado entre los 19 y los 50 años de edad, asociándose dicha premisa con la capacidad reproductiva de

la mujer, siendo tal margen considerado como los límites mínimos y máximos de la edad reproductiva femenina.

En términos porcentuales, el 65% de los casos de femicidio se suscitan dentro del margen señalado (19 - 30 años), distribuyéndose desde una perspectiva de profundización estadística en: 32% de víctimas comprendidas entre los 19 y 30 años de edad y 33% en mujeres asesinadas entre los 31 y 50 años de edad (Belen, Barrios y Tipaldo, s/f). De ese modo, la diferencia etaria existente entre víctima y victimario puede llegar a ser considerada un factor que contribuye al asentamiento de visiones patriarcales, donde la mujer sea sometida a un plano de sujeción a las directrices e instrucciones emanadas del hombre, *so pena* de ser maltratadas como castigo por su indolencia.

Ahora bien, siendo que entre el año 2008 y el año 2016, sólo en la Argentina se han registrado un total de 2384 feminicidios (La Casa del Encuentro, s/f), se precisa la necesidad de valorar el impacto concreto que su acaecimiento tiene en el desenvolvimiento social, especialmente, en lo concerniente a las conformaciones familiares, donde -tal cual se analiza en el presente tópico- se genera el mayor número de casos.

5.1.3 La presencia de niños y adolescentes en entornos de riesgo de consumación del femicidio.

Una de las más alarmantes preocupaciones que han expresado los especialistas en la materia, han sido las repercusiones que derivan de la violencia intrafamiliar en la población de niños que se encuentran sensibles al impacto del fenómeno *in comento*. Uno de los casos que mejor reflejan dicha realidad, y que se encuentra contenido en el estudio de campo que está siendo analizado, es el de Ana Lucía, una ama de casa de 32 años que convivía con su esposo Julio Cesar, un obrero de oficio de 30 años de edad, y con dos menores de edad (uno de ellos, el mayor, concebido por la víctima en su anterior relación).

Según lo narrado por la víctima de la violencia en la entrevista a la que ha sido sometida, su esposo ha tenido problemas para aceptar al hijo concebido por Ana Lucía en una relación anterior. En primer plano, se evidenció la presencia de conductas perfectamente catalogables como de violencia simbólica de género (Jiménez, 2011), cuando el agresor se eximía agresivamente de toda carga que pudiese derivar en la manutención del menor en cuestión, con el argumento de que la misma corresponde a su padre.

Ahora bien, en sí mismo, ello no representa una situación que genere polémica en la comunidad de estudiosos sobre el feminicidio. Sin embargo, en complemento de las declaraciones prestadas por la ciudadana antes mencionada, se sostiene que en cada oportunidad que se tenía una conversación sobre el destino del niño, el agresor se exacerbaba al punto de culminar la discusión con agresiones físicas contundentes. No obstante, lo aducido, la propia progenitora del niño percibía como éste último sentía el rechazo de su marido, toda vez que, cuando nació la niña menor concebida con el agresor, éste se tornó en posturas de discriminación y señalamiento, relegando afectiva y materialmente al mayor de los hijos de la víctima.

En proyección, la consumación de un femicidio en un entorno tan delicado y sensible como éste, desemboca en irreparables daños para la integridad y plena salud de ambos niños, lo que se señala como uno de los impactos más contundentes del feminicidio, como última instancia de la violencia de género. A tales efectos, pues, cabe recordar el caso expuesto y analizado por Bard y Artazo (2015), donde Pablo Acosta (el feminicida), dio muerte a su novia quien reclamaba la prestación de pensiones alimentarias a favor de una hija que ambos habrían concebido, y cuya paternidad él rechazaba.

Lo más aberrante del caso recientemente señalado, es el cúmulo de circunstancias a través de las cuales se consumó el delito *in comento*, puesto que el feminicida, luego de haber asesinado a su ex pareja, arrojó su cadáver junto a la humanidad de la niña menor de dos años de edad, a una toma del sistema de aguas negras de la localidad donde se perpetró el hecho. El caso, así como sus puntuales consecuencias, se situaron en el campo de lo social, puesto que generó el clamor del conglomerado, derivando en manifestaciones públicas en rechazo a situaciones como la detallada (Bard y Artazo, 2015).

Retomando el punto del impacto que genera el femicidio como máxima expresión de la violencia de género en los menores expuestos a las agresiones intrafamiliares, se tiene un caso asentado en el estudio de campo donde la mujer víctima de episodios violentos, hace énfasis en las secuelas que dichos actos generaron en sus hijos.

Es el caso de Lucía, una empleada doméstica de 48 años que ha estado casada durante 12 años con Juan Gabriel, un cajero que laboraba en un supermercado donde, a propósito, la pareja se ha conocido y se ha vinculado sentimentalmente. En este desarrollo casuístico, interviene un elemento inédito, si se toma en cuenta el conjunto de casos que ya han sido tratados y analizados particularmente a lo largo del presente análisis de datos: la infidelidad.

Efectivamente, Lucía (víctima) al describir las características de su dinámica familiar, hace mención de un abrupto cambio en el desenvolvimiento de la relación familiar entre su esposo, su persona y los hijos habidos en común. Aduce la misma, que se trata de cambios de comportamientos que devienen de la apatía que su esposo siente hacia su familia, con ocasión a la relación que éste último ha sostenido con una nueva mujer. En relación al último episodio violento que la víctima describiría en el detalle de su entrevista, se precisó que se trató de una cena familiar en la cual, como consecuencia de conductas inmaduras características de los niños y adolescentes, el agresor (Juan Gabriel), gritaría a los mismos que se callaran, y al verificarse la intervención de Lucía para calmar la situación, sería tomada del brazo y golpeada en su rostro, y frente a sus hijos.

Con aún mayor grado de precisión, la víctima de la violencia intrafamiliar señalaría que, como principales secuelas de la conducta violenta de su esposo, sus hijos encarnarían ese patrón violento, siendo que su comportamiento en el instituto donde recibirían su educación escolar sería poco decoroso, e inclusive, bastante agresivo. Es dicha situación, una de las más recurrentes consecuencias que se generan en los hogares pertenecientes a cualquier sociedad, donde los niños son expuestos a entornos de violencia de género.

A pesar de hacer alusión al caso recién comentado, existieron otras entrevistas en las cuales la descripción de los patrones agresivos derivó en desenvolvimientos aún más gravosos. Es el caso de Inés, una niñera de 30 años de edad que sostenía una relación conyugal con Raúl, un efectivo policial de 45 años de edad, relación que tiene una duración de 10 años de edad y donde habrían sido concebido hijos. Dentro de las declaraciones prestadas por la víctima, se evalúa su contenido como uno de los casos con mayor probabilidad de terminar en la materialización de un feminicidio.

Lo afirmado, se infiere, fundamentalmente, porque: a) el nivel de intimidación que el agresor ha ejercido en la psiquis de la víctima alcanza niveles de temor incontenible, al punto de que la misma llegare a afirmar en la ronda de preguntas de valoración subjetiva, que siento un terrible temor de que su esposo perdiera el control y terminare quitándole la vida; b) las circunstancias que caracterizan los episodios violentos inherentes al caso *in comento* son de una naturaleza sumamente peligrosa, puesto que, tal y como ha sido expuesto por Inés (víctima de violencia intrafamiliar), el agresor ha amenazado su vida apuntándole con un arma de fuego frente a su hijo, quien gritaba exclamando y pidiendo auxilio para su progenitora; y, c) el factor que más incide en la potencialidad de perpetración del feminicidio, es la sostenibilidad de la convivencia entre el agresor, quien -dicho por la propia víctima- cada vez se

comporta más violentamente, y su pareja, quien no tiene el apoyo moral suficiente para decidir abandonarle.

Una de las consideraciones contenidas en el marco teórico que sustentan la idea de alto grado de potencialidad para la consumación del feminicidio que existe en el caso analizado, reside en una valoración llevada a cabo por DerGhougassian *et al*, (2015), donde se dispone que la presencia de armas de fuego en episodios violentos incrementa exponencialmente las posibilidades del asesinato. Ello, en esencia y por consideración de los autores mencionados, se debe a que las mujeres (consideradas como agrupación), son registradas con un muy bajo índice de uso de armas de fuego, por lo que se convierten en la víctima predilecta e indefensa del violento armado.

A ello, además, hay que sumar un importante factor que incide circunstancialmente en el incremento registrado de la tasa de feminicidios, como lo es el abuso de las sustancias psicotrópicas y estupefacientes por parte de los hombres que son eventualmente señalados como perpetradores de tales delitos. Así, para ilustrar la premisa previamente considerada, se puede hacer mención de la entrevista N° 10 en la cual Rocío, una empleada domestica de 23 años de edad, quien tenía una relación de cohabitación con José Luis, un obrero de construcción de 30 años de edad, sufrió diversos episodios de maltrato en los cuales el agresor se encontró bajo los efectos de las drogas.

Concretamente, y según las experiencias relatadas por la mencionada ciudadana, su esposo comenzó el desempeño y la dinámica familiar dentro de los patrones ordinarios de interacción, cumpliendo cabalmente sus responsabilidades y respetando la integridad de su esposa. Eventualmente, conforme quedó asentado en la primera pregunta formulada durante la captación primaria de información, donde se le pidió a la entrevistada alguna posible razón que originara los episodios violentos, la misma contestó atribuyéndolos a cambios de comportamiento luego de salidas con amigos influenciados por las drogas.

Con mayor grado de detalle, Rocío declara que el último incidente donde fue expuesta al maltrato de su conviviente, se ha debido a una cena en parejas organizada por ella. Aduce, que en el desarrollo del evento social, José Luis comenzó a “fumar marihuana y a tomar alcohol mientras esperaba la cena”. Ante tal escenario, la disgustada mujer ha iniciado una discusión con su pareja por la conducta que habría asumido frente a la pareja de amigos invitados, y ello desencadenó una serie de actos físicos y agresivos en los cuales la víctima fue golpeada y arrojada al piso.

Es importante señalar, tal como lo afirma Toledo, (2006), que el feminicidio íntimo familiar, por ser una de las modalidades más recurrentes en las que se presente el mencionado hecho punible,

representa un fenómeno multifactorial, en el cual están inmersos agentes externos dentro de los cuales pueden ser perfectamente subsumidos el consumo de algunas drogas, e inclusive, sustancias alcohólicas. Ello, evidentemente, en relación a cuadro degenerativo de la psiquis que es conocido como una secuela características del consumo de estupefacientes, por lo que -en ocasiones- las personas expuestas a tales sustancias sufran abruptos cambios de humor, comportamiento y conducta.

Ahora bien, ese no ha sido el único caso donde el consumo de drogas se convierte en un volátil revulsivo que incrementa las probabilidades concretas que crear el entorno idóneo para la consumación del feminicidio. También está el caso de Victoria, una joven estudiante de 21 años de edad que habría iniciado una relación sentimental con Pedro, otro joven de 24 años de edad, que laboraba como vendedor de autor en la agencia de vehículos del padre de Victoria.

Según relata la víctima, el joven con el que sostuvo una relación de apenas un año, habría sufrido el característico trastorno de cambio de personalidad como eventual consecuencia del consumo de drogas. Su hábito, que por demás no era aceptado ni compartido por su pareja, no sólo generó inconvenientes desde el punto de vista de la incompatibilidad de caracteres, sino que -además- derivó en traumáticos episodios de violencia en los cuales la víctima (Victoria), sufrió consecuencias corporales de considerable magnitud.

En primer lugar, según consta en la captación de información sumaria, el primer incidente se produjo luego de que la pareja asistiera a un evento social juntos, y luego de varias horas de ingerir sustancias alcohólicas, una acalorada discusión llevó a que Pedro empujase a su pareja contra su automóvil, lo que generó un impacto contundente en el cráneo de la víctima.

Sin embargo, según enfatiza Victoria en la entrevista, su pareja conviviente estaba expuesta al consumo de cocaína en mezcla con sustancias alcohólicas. Ello, consecuentemente, tal como lo ha respondido la víctima al preguntarle los detalles del episodio violento de mayor magnitud en su relación, causó que, en una noche donde Pedro estaba compartiendo con un amigo, y luego de haber bebido varias cervezas y consumido dosis de cocaína, golpear a Victoria en el rostro frente a su acompañante por pedir una disminución al volumen de la música que perturbaba su sesión de estudio.

Luego de cinco (05) episodios de maltratos, la víctima ha decidido dejar de convivir con su pareja, puesto que decidió acertadamente, desligarse de una vida de desenfreno en la que el consumo de drogas no permitiera que Pedro se abstuviera de maltratarla. Así, la combinación entre los diversos factores mencionados (consumos de drogas; diferencias etarias; reiteración de la visión hegemónica de la masculinidad), y la violencia de género de progresivo incremento en su intensidad, constituyen los

principales pilares que consolidan el feminicidio íntimo familiar, como la tipología punitiva más frecuentemente asociada al extremo de la mencionada violencia generacional.

No obstante, lo comentado y analizado hasta este punto, existe un cuestionamiento que se pretende abordar por medio del presente análisis de datos: ¿Son conscientes las mujeres del riesgo que corren de ser víctimas de un feminicidio, tomando en cuenta sus vivencias y experiencias en episodios violentos? Precisamente, sobre la base del último caso analizado, se evidencia que existe un grupo de víctimas entrevistadas que, efectivamente, está en pleno conocimiento del peligro que corren, y de las probabilidades que tienen de ser asesinadas. Victoria lo ha expresado, afirmando el incontenible temor de ser asesinada por su pareja quien la ha agredido y degradado física, psíquica y moralmente.

Pero, así como ha sucedido en el caso de Victoria, donde ella ha logrado precaver las irreversibles consecuencias de sostener una relación que desembocaba en un inminente feminicidio, se debe indicar que, con fundamento en lo que antes ha sido referido como el patrón de estigmatización que sufren las mujeres víctimas de violencia de género, existen casos donde optar por mantener la convivencia pese al peligro que ello representa.

Ana Clara, una comerciante de 38 años de edad, quien sostuvo una relación con José Carlos, un empleado farmacéutico de 40 años de edad, fue víctima de reiterados episodios de violencia física y simbólica que tenían su génesis en el propio desenvolvimiento de su núcleo familiar derivado, por lo que generaron repercusiones perjudiciales en un hijo de la víctima, que la misma habría tenido con su anterior pareja.

A juicio de la entrevistada, una de las posibles causas de la violencia era la friccionada relación que José Carlos tenía con su hijo adolescente, al punto de -según interpreta subjetivamente la víctima- generarse una confrontación en la que el agresor se ha sentido poco respaldado por su pareja. En relación al último episodio de violencia de género que la víctima declaró en la entrevista contenida en el trabajo de campo, precisamente, su hijo adolescente concebido en una anterior relación, ha fungido como el detonante de la conducta agresiva.

Expone Ana Clara (Entrevista N° 15), que mientras la misma disfrutaba sus vacaciones laborales, decidió salir de compras con sus dos hijos (el adolescente concebido en otra relación, y el hijo menor que tenía en común con José Carlos). En la salida aludida, la víctima habría adquirido bienes para sus dos hijos, para su pareja y para su persona. Según amplía en su entrevista, dicho hecho ha sido del disgusto de su pareja, quien habría manifestado considerar la conducta de su conviviente como un error financiero y económico.

A raíz de su sentimiento de disconformidad, el agresor se adentraría en un estado de ira que, luego de apartar de la discusión al hijo mayor de la víctima, terminaría en agresiones físicas (cachetadas), que sufriría Ana Clara, todo en presencia de su hijo menor. Todo ello, con diferentes matices y ante la presencia de elementos diversos, se reiteraría en varias oportunidades, con el agravante de que la víctima no ha dejado de convivir con el agresor, sosteniendo -inclusive- que ha sido maltratada tres (03) veces más en el último mes que ha tenido conviviendo con su pareja. El caso analizado puntualmente es una clara muestra de que el balance sobre la permanencia de la convivencia posterior a la violencia que deviene del estudio de campo asentado en las entrevistas, está porcentualmente dividido.

Ahora bien, resulta importante indicar que, pese a encontrarse como un registro excepcional, existen casos en los cuales los esfuerzos y sacrificios realizados por las víctimas de la violencia de género deriven en consecuencias positivas, precisamente, en virtud de que las mismas optan por permanecer en convivencia con el agresor, ante el inminente riesgo de ser víctimas de un feminicidio.

En uno de estos casos excepcionales, Marina, una docente de 32 años de edad, ha decidido mantener la convivencia con José Omar, un carpintero de 42 años de edad, no obstante, éste último le agrediera físicamente en un momento donde la pareja estaba pasando por dificultades económicas por la disminución de su rentabilidad laboral. La víctima, en relación al episodio violento de mayor dimensión durante su convivencia con el agresor, detalla que éste último, luego de haber tenido una discusión con uno de los trabajadores que fungía como dependiente en su carpintería, se disgustó al tratar el tema de un posible tratamiento médico para erradicar su ira, lo que derivó en un cuadro de agresiones físicas (golpes),

Además de ello, Marina comenta que antes del episodio narrado, sólo se habrían verificado aislados eventos de violencia verbal que nunca desembocaron en agresiones físicas. Al realizarle a la víctima la pregunta relacionada con las características de la vida en común (dada la continuidad de la convivencia), luego del aislado episodio de violencia de género que fue *supra* detallado, explicó que se trató de un episodio aislado, y como consecuencia: “Ocurrió solo esa vez porque después logré que fuera a un especialista y lo medicara” (Entrevista N° 19).

Evidentemente, se ha tratado de un caso excepcional, donde las magnitudes de los eventos de violencia generacional constatados, permitieron la posibilidad de que el agresor recapacitare y accediera a tratamientos terapéuticos que subsanaron los patrones impulsivos y violentos que subyacían presente en rasgos de su conducta. Pero como se estableció y concluyó en el marco teórico que nutre

las afirmaciones realizadas en el presente análisis de datos, el feminicidio -como regla y máxima expresión de la violencia de género- tiene como sustrato esencial una exteriorización de la inseguridad del propio agresor, quien maltrata para reafirmar su superioridad que tiene sus orígenes en el machismo patriarcal (Abello y Angarita, 2013).

Como consecuencia, la rectificación y capacitación de los hombres que incurren en este tipo de actos representa uno de los caminos más escabrosos que los especialistas señalan, por lo que, si la mujer víctima de la violencia decide permanecer en convivencia con un hombre que las ha agredido física y mentalmente, se expone a un potencial feminicidio a manos de su pareja.

Por otra parte, y como una de las principales críticas que se formulan al sistema institucional concebido con el propósito de proteger a las mujeres que se encuentran en medio de los señalados ciclos de violencia, se establece que la formulación de denuncias, y, así mismo, la consecuente separación, tampoco garantizan que las mismas sean excluidas de toda probabilidad de ser víctimas de un femicidio. Ello, se ilustra en el estudio estadístico realizado e interpretado por Belen, Barrios y Tipaldo, (s/f), quienes aseguran que del 100% de las mujeres que han acudido a la justicia para detener los episodios violentos de los que han sido víctimas antes, al menos el 12% han sido asesinadas luego formular efectivamente su denuncia, e inclusive, obtener medidas de exclusión del hogar para los agresores.

A raíz de todas las consideraciones realizadas, se deben preciar -en términos concretos y concisos- los principales efectos o consecuencias que se manifiestan a través del impacto del feminicidio, abordado -en el presente estudio- como la máxima expresión de la violencia de género. Así, pues: a) en primer lugar, se trata -haciendo caso omiso sobre la discriminación positiva a la que se somete la mujer que ha sido víctima de violencia, y su consecuente tratamiento preferencial por desprotección-, del incremento de un rubro que funge como sismómetro del sistema de justicia de una región, como lo es el inherente a las muertes violentas (Pontón, 2009); b) además de ello, se determina que a través del feminicidio, se asienta una visión de desprecio, odio y infravaloración de la vida de la mujer, lo que genera distorsiones en las modalidades de desenvolvimiento social; c) conforme lo determina Aguilar, (2005), el feminicidio supone un innegable impacto a la seguridad ciudadana, lo que se realiza a través de la degradación de la mujer.

Todo lo analizado hasta este punto, y la contrastación entre lo expuesto por el conjunto de autores referidos en el marco teórico, así como los datos interpretados y subyacentes en el estudio de campo reiteradamente referido, va dirigido a la determinación del impacto concreto que tiene el

feminicidio en el desenvolvimiento de la sociedad, abordado como un fenómeno que manifiesta la grave crisis de violencia de género existente en diferentes regiones. Al respecto, se ha determinado que el grupo más sensible a ser víctima del hecho punible en cuestión, es el de aquellas mujeres que tienen una relación próxima, bien sea de naturaleza familiar, o de pareja, y asimismo, se ponderó que en la mayoría de los casos analizados, las víctimas de violencia están en plena conciencia del potencial riesgo que existe de que sean víctimas de un femicidio. Ahora corresponde analizar la dinámica existente entre los desarrollos casuísticos antes señalados, y el grupo de medidas, políticas o planes confeccionados institucionalmente con el propósito de erradicar el nocivo fenómeno del femicidio.

5.4 Prevención social del femicidio. Estrategias, políticas y planes para combatirlo.

Según consta en las investigaciones realizadas y reflejadas en el marco teórico, el femicidio representa un fenómeno que existe desde las sociedades más antiguas, y está ligado a antivalores y visiones ideológicas que conciben un mundo en el cual la mujer está relegada a un segundo plano, y el hombre es el plenipotenciario verdugo de su suerte. Dicho problema, teniendo raíces tan profundas y arraigadas en las sociedades contemporáneas, debe ser combatido a través de la incorporación de un efectivo marco de protección, donde el epicentro, se sitúe en brindar ayuda a la mujer que, *prima facies*, es víctima de violencia de género.

Así, pues, en el plano internacional, y como inminente consecuencia devenida luego del alza de casos de femicidios que alarmaron a todo el continente, además de contarse con la participación de ONG's e instituciones especializadas en la presente materia, se llevaron a cabo diversos esfuerzos de connotación legislativa, siendo una de las mayores expresiones multilaterales al respecto, la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (CEDAW) (Garita, 2012).

El aludido instrumento, ha tenido un efecto de concientización y expansión de toda una oleada de iniciativas y propuestas de diversas regiones, a través de las cuales se procuró la institucionalización efectiva de la lucha contra la discriminación femenina, siendo -sin lugar a dudas- uno de los primeros pasos en la intención de llevar a su mínima expresión los casos de femicidios.

Eventualmente, otro organismo de incidencia extraterritorial, como lo es la Organización de Estados Americanos, aprobó uno de los textos o tratados que más atención mediática ha recibido luego fñl instrumentos antes señalado. Se hace referencia, pues, a la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres (Convención de Belém do Pará) (Garita, 2012). La principal consigna con la cual se abanderó la promulgación del texto mencionado, ha

sido la de procurar a través de todos los medios estatales posibles, garantizar que la mujer que convive en el seno de una familia, tenga una verdadera vida libre de todo tipo de violencia.

Con ello, casos como el que tuvo como protagonistas a Thalia (Entrevista N° 20), una empleada pública de 23 años de edad, que fue víctima de una sistemática y progresiva cadena de eventos violentos que fueron desentrañando la propia dinámica de su grupo familiar, todos en manos de su pareja Manuel, un chofer de camiones de 27 años de edad, pudieren -como efectivamente sucedió- ser tratados en instituciones dedicadas a proteger los derechos y la vida de la víctima de violencia de género.

Los convenios internacionales a los que se ha hecho referencia, representan los primeros peldaños escalados hacia la consolidación de los esfuerzos necesarios para concientizar todos los rincones de las sociedades presentes, a fin de erradicar definitivamente esa visión machista que denigra a la mujer, al punto de convertirla en víctimas de asesinatos consumados en función de diferencias de género. Ello, ha sido gracias a los mecanismos de coacción inmersos en su propia estructura legislativa, que constriñen a los Estados miembros, no sólo a implementar las políticas sugeridas en los tratados, sino -además- a idear y hacer efectivos metodologías de contraloría que permitieren mantener estándares mínimos de protección a la mujer.

Por ende, como lo explica Garita, (2005), el primer paso percibido hacia la estructuración de un efectivo sistema de protección a la mujer de la violencia de género, ha tenido su génesis en el ámbito internacional. Como consecuencia: “(...) se han creado en diversos países las instituciones estatales dispuestas a prestar el apoyo, generar las estrategias de prevención y de investigación de los casos de violencia familiar, no solo en las mujeres, sino también en el maltrato infantil” (p. 7).

En el particular caso de la sociedad argentina, Wigdor y Artazo (2015) determinan que se trata de un contexto que implica un esfuerzo especial, porque se está frente a un conglomerado social caracterizado por la profunda influencia de las anteriores sociedades patriarcales, donde el dominio masculino es la regla, y el destino de la integridad de la mujer está sujeto a la suerte que decida el hombre.

Es, en otras palabras, una reiteración de la “masculinidad hegemónica” (Wigdor y Artazo, 2015), que tanto ha contribuido al afincamiento de la desfasada visión de dominio masculino. Por ello, como se ha analizado en las entrevistas que fueron estudiadas precedentemente, existe una transición en la cual, el hombre que comienza siendo un violento doméstico, va aumentando progresivamente (tanto en términos cuantitativos, como en términos cualitativos), la intensidad de su conducta hasta

convertirse en un asesino potencial. Y a la consumación del mencionado delito, se suman la conjunción de los diversos factores que fueron puntualmente analizados a la luz de los concretos resultados arrojados por el estudio de campo que complementa el presente análisis de datos.

Con fundamento, pues, en el conjunto de premisas consideradas *ut supra*, la contrastación entre los resultados de las entrevistas de observación y captación de datos de interés psicológico, y las afirmaciones realizadas por los autores más calificados en el tópico *in comento*, se formulará un decálogo de recomendaciones, a fin de lograr una efectiva estrategia o política social para combatir el femicidio. Se tiene, de tal suerte, que:

a) El femicidio, al menos dentro de lo que concierne a la sociedad argentina, y como ha sido mencionado antes, representa un problema de profunda influencia de patriarcado, por lo que las políticas primarias que sean estatalmente promovidas y dirigidas a la sociedad, deben ser concebidas como reformas culturales, pues el aludido fenómeno de naturaleza multifactorial, se alimenta de las carencias y conocimientos de la mujer en contextos de violencia de género.

b) Se deben amalgamar todos los esfuerzos institucionales (sin discriminación de estrato), a fin de crear un verdadero y efectivo marco que permita, no sólo extender la protección social a la mujer, sino simplificar los canales o caminos dispuestos para ello.

c) Debe ser revisado todo el sistema legislativo que existe para regular el ámbito al que se ha hecho mención *ab initio*, con el propósito de generar estímulos en la población de mujeres expuestas a episodios de maltratos, facilitándoles asesoría sobre sus derechos y cómo defenderlos, especialmente, su derecho a la vida.

d) Resulta idóneo la creación de instituciones dedicadas a atender con mayor grado de celeridad y énfasis, los casos acaecidos de violencia de género íntima e intrafamiliar, donde esté inmiscuida, o se vea afectada, la integridad de niños, niñas y adolescentes, puesto que es uno de los más contundentes impactos sociales que derivan del feminicidio.

e) Reducir a su mínima expresión, mediante programas o políticas interdisciplinarias, y con la fundamental ayuda y auxilio de los cuerpos nacionales y provinciales de seguridad, el margen de impunidad presente en los casos de feminicidio registrado.

f) Atender de forma especial, los grupos sociales más vulnerables a la comisión del hecho punible comentado, fundamentalmente, los grupos familiares con delicada situación económica, y aquellos ligados a tradiciones indígenas.

g) Promover programas de educación temprana, donde se proporcione a los primeros niveles de escolaridad de todas las instituciones educativas públicas y privadas, información depurada pero sensibilizadora sobre las consecuencias de la violencia de género, puesto que, tal y como se ha señalado en diversas oportunidades, el feminicidio representa la máxima expresión de dicha forma de violencia.

h) Lograr el asentamiento de un verdadero marco de sostenibilidad financiera y presupuestaria, donde se proteja el desarrollo de los planes y programas asociados a la protección de la mujer y la garantía sobre una vida libre de violencia.

i) Por último, generar tangibles índices de contraloría a través de los cuales se revise constantemente el cumplimiento de los parámetros internacionales, concebidos en los instrumentos multilaterales de protección a las mujeres víctimas de la violencia de género.

6. Presentación de Resultados

Previo a la realización del análisis de los datos obtenidos con posterioridad a la realización de la entrevista, la cual representa la forma en que se hace operativo el trabajo necesario para cumplir con los objetivos de investigación. Es necesario dejar claros algunos datos que respaldan al instrumento, por ejemplo la fuente consultada para construir el mismo, argumentando acerca de la pertinencia de cada uno de los ítems que lo conforman. Todo esto con la finalidad de sustentar la forma en que la entrevista sirve como instrumento para la recolección de los datos, que posteriormente serán analizados y brindarán las respuestas a las preguntas de investigación y generarán la discusión y los aportes que se constituirán como aportes del presente trabajo de investigación.

En primer lugar, es necesario acotar que la entrevista es un instrumento semi dirigido, el cual permitirá recoger datos fundamentales para conocer en primer lugar, si las mujeres entrevistadas están siendo sometidas a maltratos, qué tipo de maltratos sufre si es el caso y la forma en que éste se expresa. Para tal fin, se utiliza un modelo construido por la Consejería de Sanidad y Consumo de la región de Murcia, en España. La mencionada institución ha creado un manual para manejar las situaciones que se presentan con las mujeres que presumiblemente han sido víctimas de maltrato.

El manual desarrollado por el Servicio Murciano de Salud, está orientado hacia la obtención de la información necesaria, que permita a las entrevistadas la creación de un ambiente de confianza con su entrevistador, pues se considera esencial que las mujeres logren hablar sobre su situación para que ésta no continúe siendo un secreto (Servicio Murciano de Salud, 2010). Para lograr esta empatía entre entrevistador y entrevistada las entrevistas se realizan de manera dirigida, tomando en cuenta un

estándar creado por la institución española, el cual habla de algunas condiciones que se deben cumplir don la finalidad de hacer sentir a las mujeres entrevistadas en un ambiente de confianza, para lo cual es necesario que la mujer se sienta completamente a solas con el entrevistador y, en caso de existir barreras o problemas con el idioma, es necesaria la presencia de un intérprete que sea independiente a la víctima para evitar sesgo en las respuestas (Servicio Murciano de Salud, 2010).

De aquí en adelante se realiza una serie de consideraciones al momento de llevar a cabo las entrevistas, lo que permitirá hacer fluir la información por parte de las posibles víctimas. Para llevar adelante con éxito la labor de recoger información de parte de las víctimas, la institución española ha creado un estándar para la aplicación de las entrevistas y lograr la información deseada. Está basada en un acrónimo que ha sido identificado como RADAR. La primera letra del acrónimo corresponde a recogida de datos, que es el punto donde se identifica la víctima y se recoge la información de primera mano que lleva a tener un perfil de la persona que está sufriendo violencia de género. Posteriormente, la segunda letra significa abordar con preguntas directas, esto se hace para conocer de primera mano los detalles necesarios para detectar las principales características de la agresión. A continuación se encuentra el diagnóstico confirmatorio, que se realiza para tener la certeza de la ocurrencia de una agresión de cualquier tipo. Luego, se analiza la seguridad y riesgo de la víctima, lo que permite a las autoridades competentes en materia de agresiones por violencia de género diagnosticar el ámbito de seguridad que enfrentará la víctima una vez se reintegre a su ambiente. Finalmente debe venir la respuesta sanitaria, es decir una serie de acciones destinadas a brindar el apoyo necesario a la víctima. Todas estas consideraciones convierten al instrumento que se propone desde el Servicio Murciano de Salud (2010), en un excelente medio para conocer la valoración subjetiva que dan las víctimas del maltrato a su situación, de esta forma se puede apuntar al logro del objetivo general y los objetivos específicos de la investigación.

Para los efectos de la presente investigación, se presenta en primer lugar se presenta una entrevista directa, la cual tiene como objetivo conocer datos básicos de las mujeres que han sido víctimas de violencia de género, además de obtener datos básicos acerca de las posibles causas que podrían haber generado los actos violentos. En este sentido la entrevista muestra datos que permiten hacer un perfil de los casos de violencia de género, por otra parte permite conocer de primera mano las características más relevantes de los hechos violentos. Esta entrevista permite únicamente conocer datos relevantes que permiten construir un contexto dentro del cual se maneja la violencia de género.

Este instrumento y el que se explica a continuación se han realizado sobre la base de una muestra de 20 mujeres de distintos rangos de edades y distintas profesiones.

En segundo lugar, se presenta una entrevista semi dirigida, la cual permitirá conocer los aspectos subjetivos de las víctimas respecto a las situaciones de violencia que han experimentado. En este sentido, es necesario hacer algunas consideraciones para vincular el desarrollo del instrumento semi dirigido con las dimensiones de la investigación. La entrevista sirve de sustento para la metodología utilizada en el presente trabajo, la cual está enmarcada en lo que establecen Echeburúa y Paz del Corral (1998), donde expresan que la violencia de género es una cuestión cultural y que puede ser mitigada mediante la sensibilización acerca de esa materia. La violencia de género es percibida de acuerdo a las convenciones sociales, de esta forma, se sospecha que la percepción acerca de este tipo de violencia tiene que ver con la forma en que es percibida, especialmente por parte de las mujeres.

Por la razón antes expuesta, se ha formulado la hipótesis de la investigación, lo que es el fundamento principal del presente trabajo. Es difícil pensar que los eventos de violencia de género puedan darse debido a la concepción cultural que existe acerca de los roles que juegan hombres y mujeres en la sociedad. Las mujeres siempre han sido relegadas a un rol pasivo y secundario dentro del hogar, asumiendo el rol activo y de liderazgo el hombre. Si bien durante las últimas décadas se ha visto un repunte en la lucha por los derechos femeninos, no es menos cierto que las féminas mantienen una actitud sumisa en sus relaciones de pareja. Estas actitudes han permitido que los hombres asuman actitudes dominantes y en algunos casos hostiles contra sus parejas, éstas si bien no lo aceptan, insisten en continuar con la relación por distintas razones.

Existe entonces la necesidad de desentrañar cuáles son las razones por las cuales las mujeres permiten que se den las agresiones de género y aceptan seguir adelante con sus relaciones a pesar de conocer lo nocivo de la violencia de género. Se sospecha que el entorno sociocultural en el cual se enmarcan las relaciones de pareja, se encuentra signado por una serie de valoraciones subjetivas que sustentan la decisión de las mujeres de permanecer en la relación en la que son agredidas. Esas valoraciones subjetivas tienen distintos fundamentos para permanecer en la psique de las mujeres, alentándolas a permanecer en relaciones nocivas.

La forma de conocer o comenzar a desentrañar las motivaciones de las mujeres, sustentadas en valoraciones subjetivas es una entrevista. La entrevista es un instrumento que permite obtener respuestas ampliadas, razonadas y fundamentadas sobre los temas tratados. De esta forma, se tiene que una entrevista orientada es la mejor forma para hacer emerger los detalles de la violencia de género. Es

un hecho que mantener un intercambio verbal con una tercera persona ajena al caso, especialmente cuando ésta se encuentra vinculada a organizaciones de ayuda para este tipo de casos, es el primer paso para detener la situación (Servicio Murciano de Salud, 2010).

Una de las causas para permanecer en una relación donde existe la violencia, es la desinformación acerca de esa violencia, es decir, a los ojos de la sociedad, del resto de las personas, la relación de pareja aparenta encontrarse dentro de los límites aceptados socialmente como normales, lo ideal sería que personas que estén vinculadas con organizaciones para ayudar a las mujeres maltratadas puedan conocer de primera mano esta situación para poder ayudar. Es un proceso largo, que toma tiempo y que necesita pasar por la reconstrucción de la confianza en sí mismas y la autoestima de las mujeres que se encuentran en esta situación (Servicio Murciano de Salud, 2010).

Vistas las razones por las cuales la entrevista semi dirigida tributa a la hipótesis de la investigación y a los fundamentos teóricos de la misma, se procede a realizar un cuadro donde se presenta a manera de síntesis la vinculación de las preguntas del instrumento semi dirigido con las dimensiones del marco teórico de la investigación, específicamente con los tipos de violencia de género que pueden darse en una relación y sus implicaciones para la víctima.

Preguntas de la entrevista semi dirigida	Dimensión de la Investigación
1. ¿Cuándo comenzó a darse cuenta de que lo que ocurría en su relación era violencia? 2. ¿La primera vez que el violentó, que pensó? 3. ¿Cómo se desarrollaban las situaciones violentas? 4. ¿Cuándo paraba la violencia y cuando comenzaba?	Primera Dimensión: Valoración subjetiva de la violencia Este grupo de preguntas se relacionan con la noción de la violencia de género, percepción del concepto de violencia de género en todas sus formas, física, psíquica, sexual, económica y en el desarrollo personal. En general se refiere a todas las definiciones sobre violencia de género y su vinculación con la percepción subjetiva de la víctima en torno a
5. ¿Qué pensaba mientras su pareja violentaba? 6. ¿Qué hacía para frenar la violencia? 7. ¿Se reconocían momentos previos a los actos de violencia?	Segunda Dimensión: Valoración de la actitud de la pareja en la relación sentimental Actitud de las mujeres hacia la violencia, la relación entre la víctima y el agresor desde un punto de vista psicológico, el impacto que tiene sobre la víctima, la resiliencia que pueda tener la mujer en relación a la situación de violencia.
8. ¿Ud. considera que su pareja la amaba?	Tercera Dimensión: Conceptualización del

9. ¿Cómo se manifestaba?	amor en función de la relación sentimental
10. Durante su relación, ¿Qué actos consideraba que eran de amor?	Tiene que ver con la forma en que la mujer entiende el amor, esto tiene que ver con la violencia psíquica y la violencia en el desarrollo personal, pues se refiere a la forma en que la mujer entiende las actitudes románticas de su pareja. Abarca de igual modo la violencia sexual, pues aquí la víctima manifiesta si fue obligada a tener relaciones sexuales.
11. ¿Tuvo relaciones sexuales cuando inclusive no quería?	
12. ¿Qué pensamientos la alentaban para continuar la relación con su pareja luego de ocurridos episodios de violencia?	Cuarta Dimensión: Percepción de la violencia en relación a factores externos y la sociedad
13. ¿Qué la motivo a pedir ayuda?	En este grupo final de preguntas se indaga acerca de la actitud de las mujeres maltratadas frente a los actos de violencia y su relación con factores externos. En este punto es necesario develar las motivaciones que sustentan la permanencia de las mujeres dentro de una relación de pareja signada por la violencia de género.
14. ¿Pidió ayuda en la primera situación de violencia que recibió?	Por otra parte, es importante indagar acerca de la posibilidad de solicitar ayuda para sobrellevar las consecuencias de los actos de violencia de género, o por el contrario por qué no solicita ayuda. Se toma en cuenta el apoyo familiar, las implicaciones familiares y sociales y se aborda el abordaje institucional de la violencia de género.
15. ¿Por qué/ Por qué no?	

En función de la propuesta metodológica de la presente investigación, una vez que se aplique la entrevista se procederá a realizar la evaluación de las respuestas presentadas por las mujeres entrevistadas, realizando un análisis del discurso que se haya obtenido como respuesta a las preguntas abiertas que conforman el instrumento. Por otra parte, se realizará una observación no experimental y de evaluación sistémica. Esto permitirá realizar conclusiones que permitan estructurar un discurso en torno a la hipótesis de la tesis, es decir, las respuestas de la entrevista semi dirigida permitirán la construcción de un marco contextual que permita explicar de manera argumentada por qué la violencia de género depende de una visión subjetiva de las víctimas, permitiendo la prolongación de relaciones violentas.

Una vez realizado el trabajo de campo, se presentan los resultados obtenidos con los datos de las entrevistas realizadas, las cuales otorgan un perfil general de la mujer víctima de violencia de género y también de aquellos rasgos particulares y específicos que dan paso a nuevas investigaciones al respecto por considerarse que todavía existen variables que no se han estudiado a profundidad y que

bien merecen ser contempladas dentro de un proceso de recuperación y resiliencia para este tipo de casos.

Considérense entonces las preguntas introductorias que son: de la entrevistada: nombre, edad, ocupación. En cuanto a esta información se establece que, de una población muestra de veinte mujeres, con relación a la edad, el rango escogido oscila 21 y 48 años de edad. 7 de ellas menores de 30 años, 8 menores de 40, y 5 entre los 41 y 48 años.

Referente a la ocupación encontramos que: 11 de ellas son mujeres que trabajan, 8 están dedicadas exclusivamente a las labores del hogar y solo 1 se encuentra estudiando. Esta información de ante mano ya nos ubica frente a un contexto de mujer moderna, o por lo menos que ha tenido la oportunidad de desarrollarse en medio de una sociedad que a lo largo de los últimos 30 años ha sido testigo de una evolución constante frente a la contemplación que se hace respecto al papel de la mujer en medio de ella. Alejada de las consideraciones machistas que, en décadas anteriores eran inclusive amparadas por el Estado y otras instituciones como la iglesia. En cualquier caso, la mujer de hoy no está concebida exclusivamente para las labores de hogar, aunque sesgada y en muchas ocasiones con algunas dificultades para su acceso, en la actualidad hay una mayor posibilidad de participar en ambientes como los estudios de nivel superior y el mundo laboral; y en consecuencia, el entorno donde se desenvuelve le ofrece la capacidad tomar decisiones definitivas frente a su vida, como por ejemplo, el elegir terminar con una relación de pareja que le represente vivir bajo un contexto de violencia.

En cuanto a la pareja, se encuentran hombres entre los 25 y 48 años, todos empleados del sector operativo y de la construcción, a excepción de 2 que trabajan en el comercio y 1 que es de profesión ingeniero. Este dato es importante al momento de realizar el análisis de la investigación, porque aquí se establece una clara diferencia, mientras que los hombres en su totalidad gozan de una independencia económica, no todas las mujeres tienen el mismo privilegio, pues aquellas 8 que están tiempo completo en casa, dependen absolutamente de sus compañeros en cuanto a economía se refiere.

De otra parte, las mujeres manifestaron como se conocieron con sus parejas y a excepción de una sola (Marina), quien aseguro conocerlo desde la época de escuela cuando eran adolescentes, todas las demás expresan que los conocieron en ambientes socio culturales como fiestas familiares, fiestas empresariales, bares, discotecas y en el entorno común de convivencia social, es decir el barrio. Podría decirse entonces, que el inicio de estas relaciones de pareja se da de manera voluntaria por parte tanto de los hombres, como de las mujeres, y no está condicionado por factores de influencia, conveniencia o sometimiento a otros, es decir, los dos han tenido libertad al momento de escoger su pareja.

Una pregunta fundamental para el desarrollo de este estudio es la relacionada con los antecedentes de los hombres en cuanto a relación de pareja y su comportamiento en posibles experiencias anteriores. Estas respuestas sugieren un sinnúmero de posibilidades respecto al perfil del hombre maltratador y su condición de repetición de esta conducta, debido a que 14 de ellas cuentan que fueron la primera pareja de convivencia para sus compañeros, es decir, ellos no tenían experiencia previa respecto a las relaciones de pareja en un ámbito convivencial. De otra parte, solo 6 de ellas, habían experimentado antes una relación de pareja, pero en ninguno de los casos se encontró, que la terminación de relaciones anteriores se diera como causa de la violencia contra la mujer. Queda en entredicho, si fue porque no lo contaron a sus actuales parejas o sencillamente porque en realidad esta situación no se había dado en anteriores relaciones.

La dinámica familiar, por su parte en todos los casos estuvo enmarcada en contextos de maltrato que fueron de menos a más a lo largo de la relación. Estableciéndose de los 20 casos, tres con una duración de 10 meses de convivencia, 6 con un tiempo de relación de 1 año, 5 entre los 18 meses y 3 años, 1 con cinco años, 2 de diez años, 2 con 12 años y 1 solo por fuera de la media, que es el caso de Selenia, quien duró 20 años de convivencia sometida al maltrato, que le ocasionaba su pareja.

Después de revisar la información básica y de datos personales de cada participante, a continuación, se presenta el análisis del primer segmento de la entrevista, que consta de 24 preguntas, las cuales se hicieron con el objetivo de establecer los antecedentes, causas y consecuencias generadas por la violencia de género. También, se evalúan las consecuencias directas que evidencian las mujeres en sus hijos a causa de esta situación, la actitud que asumen las mujeres en los momentos que son maltratadas, las expectativas que tienen en relación con su futuro, la capacidad y oportunidad para denunciar el problema, y aceptar la ayuda de entidades y personas dispuestas a colaborar con su proceso de recuperación. Finalmente, se abordan los efectos psicológicos que pueden darse en las víctimas de violencia de género, tales como dependencia del alcohol o sustancias psicoactivas, o posibles casos de depresión, manifestados en pensamientos suicidas.

6.1 La muestra

Tabla 3
Clasificación etaria víctimas y victimarios

Rango de edad	Mujeres	Hombres
21 - 23 años	5	Ninguno

24 - 27 años	1	4
28 - 31 años	3	3
32 - 35 años	5	2
36 - 39 años	2	Ninguno
40 - 43 años	3	4
44 - 47 años	Ninguna	4
48 - 52 años	1	3

Tabla 4

Clasificación según la ocupación de las víctimas

Ocupación	Total
Ama de casa	8
Empleada Doméstica	7
Docente	2
Estudiante	1
Empleada Comercio	1
Peluquera	1

6.2 Resultados de entrevista directa

Las primeras cinco preguntas de este segmento establecen que: en su mayoría, las mujeres justifican el maltrato al que son sometidas atribuyéndolo a factores tales como: los celos que experimenta su pareja, situaciones específicas que les generan angustia y estrés, como la economía, el trabajo y problemas por hijos ajenos, además, de la falta de dedicación que tienen para con ellos, es decir, hay un punto específico de esta circunstancia, en que la mujer incluso llega a sentirse culpable de generar la conducta violenta en su pareja, por no complacerle en aspectos como la atención que demandan y reclaman los hombres de exclusividad absoluta hacia ellos. Respecto a esta situación solo tres mujeres atribuyen la violencia a causas específicas; así, por ejemplo: Rocío (23 años) y Victoria (21 años), son conscientes de los efectos que el consumo de drogas ha causado en su pareja y que ha

terminado convirtiéndose en la causa directa del maltrato al cual fueron sometidas. Mientras Maribel (42 años), asegura que la esterilidad de su esposo le ocasionó serios problemas de auto estima que, finalmente se reflejaron en el maltrato propiciado durante el tiempo que mantuvieron su relación de pareja y de convivencia.

De otra parte, las mujeres manifiestan en su mayoría algún tipo de frustración e impotencia, al no poder colaborar con sus parejas para que superen la conducta violenta y así poder continuar con la relación. Se encontró también un sentimiento de miedo generalizado hacia el hombre, por parte de la mujer; y en aquellas que tienen hijos, es evidente la preocupación y tristeza que les genera la situación, al pensar las consecuencias que esto traerá para sus hijos. Así mismo, la dependencia económica, se convierte en un aspecto muy relevante y que consideran necesario superar para abandonar esta situación, esto, es específico de las mujeres dedicadas solo a las labores de hogar.

Al preguntarles por la primera vez que fueron agredidas y el porqué, las respuestas sugieren que esta conducta se debió a diferentes causas que no tienen una razón de fondo, tales como: los celos, el no atender alguna instrucción a tiempo, retardarse en su hora de llegada a casa, machismo (es el caso de Lourdes, quien fue agredida por usar un vestido que no agrado a su pareja), por razones referentes a los hijos, la falta de tolerancia ante algún reclamo hecho por la mujer y la incapacidad evidente en estos hombres del control de sus emociones. Como dato diferencial, está el reconocimiento que hacen tres de las entrevistadas al narrar como sus parejas, las agreden cuando están bajo el efecto del alcohol o las drogas, las demás, coinciden en afirmar que al momento del acto violento sus esposos están plenamente conscientes de sus actos.

Después de realizar el compendio de esta serie de preguntas, es evidente el grado de culpabilidad que asumen las mujeres frente a la situación, y la forma en que buscan siempre justificar a su pareja, convirtiéndose en uno de los aspectos que representan una mayor necesidad de atención terapéutica, una vez se identifica un caso de violencia contra la mujer en cualquiera de sus dimensiones. Lo anterior teniendo presente que ninguna razón justifica la más mínima expresión violenta en contra de una mujer.

La violencia de género en contra de la mujer, de acuerdo con los resultados de esta entrevista, comienza en un rango promedio de 3 a 12 meses, después de iniciada la convivencia en pareja, y una vez se produce el primer episodio violento, es una conducta que se vuelve repetitiva y cada vez más agresiva, al punto que, algunas mujeres han debido acudir al hospital como consecuencia de las fuertes

golpizas ocasionadas por sus parejas. El común denominador sugiere que la mujer siempre piensa que esa primera vez se trata de un caso aislado y conservan la esperanza de pensar que no se volverá a repetir, pero contrario a ello, después del primer episodio la violencia se convierte en una constante de la vida convivencial. Como se mencionó anteriormente, los hombres golpean a sus mujeres en muchas ocasiones de forma tan brutal que terminan enviándolas al servicio de urgencias, ellas cuentan cómo les dan bofetadas, las toman por el cabello y arrastran por diferentes lugares, algunas incluso fueron amenazadas con arma blanca y es tal la manera en que pierden el control los hombres que, por ejemplo en el caso de Serena (35 años), a su pareja poco le importo su estado de embarazo golpeándola tan fuerte que casi pierde el bebé.

Avanzando en la presentación de resultados, se contemplan a continuación, las respuestas a las preguntas del 6 al 10, donde se evaluó la afectación hacia los hijos, la frecuencia en el maltrato, la implicación que tiene este en la posibilidad de establecer nuevas relaciones, luego de haber abandonado la situación de violencia de género.

En relación a lo anterior, la constante se mantiene en afirmar que las consecuencias en los hijos son evidentes, haciendo de ellos niños temerosos, susceptibles, tímidos, conflictivos, rebeldes, con una permanente actitud a la defensiva, en algunos casos (los más grandes), se empieza a notar una conducta violenta al enfrentar a los agresores y buscando defender a la madre, algunos tienen problemas de concentración y aprendizaje, y finalmente se establece el rechazo generalizado de estos hijos hacia sus padres, a quienes les sienten temor y los consideran como sus verdugos, evitando a toda costa permanecer a solas con ellos a causa del miedo que les generan.

La frecuencia en el maltrato no muestra un periodo de tiempo exacto en el patrón de repetición y adicionalmente se debe tener presente que la mayoría de los casos son relaciones que han durado menos de tres años. En ocasiones pueden pasar varios meses en los cuales no se den actos violentos, pero al más mínimo detonante con toda seguridad se recaerá en esta situación. Sin embargo, las mujeres que permanecieron en condición de víctimas durante un año o menos, coinciden en afirmar que el maltrato se dio entre 4 y 5 veces durante cada año, a lo largo de la relación, siendo cada vez de consecuencias más graves y disminuyendo el lapso de tiempo entre una y otra.

En cuanto a la incidencia que este tipo de relaciones violentas y agresivas tienen en las mujeres cuando de establecer nuevas relaciones de pareja se trata, la información otorgada por ellas plantea un temor generalizado por encontrarse nuevamente frente a un agresor, es por eso que, aquellas que ya se han separado de su victimario, y aseguran sostener actualmente una nueva relación sentimental,

también afirman que no se encuentran motivadas a iniciar una nueva experiencia de convivencia, todavía sienten miedo y piensan que es mejor esperar.

Se analiza ahora la información que arroja las preguntas del 11 al 15, que establece la conducta a seguir por parte de las víctimas, la manera en que buscan dar solución al problema, si al momento de la agresión se defienden o que actitud toman, la ayuda a la que acuden, si realizan o no la respectiva denuncia ante las autoridades competentes, las veces que deben abandonar sus hogares a causa de la violencia, y el número de ocasiones que han recibido atención médica debido a la gravedad de las lesiones recibidas.

Por lo que se refiere a estos aspectos, se encuentra la forma en que las víctimas intentan o no solucionar el problema, y respecto a ello, la mayoría afirman que durante un acto violento prefieren permanecer calladas, pretendiendo así no sofocar más la situación, sino, esperar a que su pareja se calme. La situación depende de la gravedad de la agresión porque en casos específicos como el de Isabel (29 años), los golpes que le propinaron y su intensidad fueron tan delicados que no le dieron tiempo para reaccionar o defenderse y de nada sirvió que ella permaneciera inmóvil, porque igual terminó en el hospital.

Se encuentra también el caso de aquellas mujeres que cuentan la situación a familiares cercanos buscando que hablen con sus parejas y solucionar así la situación, y finalmente aquellas como Lorena (38 años) y Thalía (23 años), quienes ante la primera agresión que sufren deciden abandonar a sus compañeros. Así mismo, el abandono obligado del hogar, que deben hacer las mujeres como consecuencia del maltrato, está determinado por la gravedad del mismo, algunas de ellas se van por un par de días “mientras se calma la situación”, pero la decisión de abandono definitivo está determinada por diferentes factores que se evaluarán más adelante.

Para concluir esta parte, se encontró que sólo cuatro de las veinte entrevistadas han denunciado en algún momento a sus parejas ante las autoridades, es decir, en relación con las proporciones en que se evidencian los casos de violencia de género en contra de la mujer, todavía es mínimo el nivel de denuncias formales realizadas por esta causa, por tanto, se puede afirmar que así mismo, son muchas las mujeres que no reciben ningún tipo de atención y ayuda, por esta causa.

Análisis respuestas a las preguntas del 16 al 20, donde se indaga si las víctimas cuentan y a quien, la situación de violencia que viven, si tienen ayuda tanto legal como psicológica, si han sido víctimas de violencia de género antes, y si en sus familias hay antecedentes de maltrato.

A lo anterior, 18 de las veinte participantes aseguraron haber contado la situación por la que atravesaban a algún familiar, amigo o asistente social, y sólo dos de ellas a causa del temor que les genera pensar que sus parejas tomen algún tipo de represalia, no habían contado nunca la situación de maltrato al que debían someterse. En cuanto a la ayuda legal, sólo cuatro acudieron a ella, y respecto a la ayuda psicológica dos de ellas manifiestan estar en tratamiento, una se sometió a él mientras estuvo en el hospital y luego abandonó el tratamiento y las demás no han recibido ninguna ayuda de carácter psicológico. Finalmente, respecto a los antecedentes de maltrato, un poco más de la mitad de las entrevistadas manifiestan no haber experimentado situaciones de maltrato en sus familias y expresan en general que gozaron de afecto y armonía al interior de las mismas, por su parte las demás refirieron que, si fueron víctimas de maltrato por parte de sus padres, otras de su padrastro y otra por su abuelo.

Para finalizar con el análisis de la parte inicial de la entrevista, se relacionan ahora las evidencias encontradas en las preguntas del 21 al 24, que establecen el consumo, o, no de alcohol y drogas en las mujeres víctimas de violencia de género. La probabilidad e intencionalidad de suicidarse, y la expectativa frente a los tratamientos psicológicos.

Una vez revisadas las respuestas a estos interrogantes, se evidencio que: las mujeres entrevistadas expresaron haber tenido experiencia con el consumo de alcohol, algunas en el pasado, aclaran que antes de formar hogar, otras lo hacen en la actualidad, mientras que las demás refirieron no haber bebido alcohol, para ser más específicos sólo dos de las mujeres se reconocieron como bebedoras sociales en la actualidad, las demás están dentro del contexto señalado al inicio. En cuanto a las drogas, cuatro de ellas afirmaron haberlas probado en el pasado, pero no lo hacen en el presente. En relación con el pensamiento suicida, sólo dos de ellas manifestaron que en algún momento lo consideraron, pero aseguran no fue más que un evento pasajero.

La expectativa ante la posibilidad de buscar ayuda psicológica, para superar la situación es mínima, corresponde a las dos mujeres entrevistadas que se encuentran en este momento en tratamiento, las cuales se refieren al mismo, indicando que esperan superar totalmente la situación, para en algún momento no pensar más en lo sucedido.

6.3 Entrevista semi dirigida (evaluación subjetiva de la situación)

Como su nombre lo indica las siguientes 15 preguntas se diseñaron con el fin de obtener la visión propia que construyen las victimas frente a su situación, partiendo de los sentimientos y la emocionalidad de las participantes. Se inicia entonces, abordando las tres primeras preguntas que establecen, en qué momento se reconoce la mujer a sí misma como víctima de violencia de género, que

pensó la primera vez que fue agredida y como identifica el comienzo y el fin de cada hecho de violencia.

De esta manera, se logró establecer que sólo con la violencia física, es decir, cuando aparecen los golpes, las mujeres son conscientes de encontrarse ante un acto de maltrato, porque todas coincidieron en afirmar que una vez son golpeadas, ya no consideran las discusiones como una situación normal de conflicto de pareja, sino que saben que la situación está fuera de control, que sus parejas actúan con sevicia y que están poniendo en riesgo su integridad personal. Respecto a esa primera agresión, la mayoría de las mujeres coinciden en asegurar que tuvieron la sensación de que sería un evento fortuito que no se repetiría, sin embargo, expresan también la sensación de miedo que sintieron y el desconcierto ante lo que estaba sucediendo, un caso especial es el de Maribel quien confiesa haber entrado en verdadero pánico cuando se vio amenazada con un cuchillo en su cuello por parte de su pareja.

Referente a la identificación del comienzo y el fin de una agresión, las mujeres establecen causas diferentes, algunas saben que los efectos del alcohol se manifiestan en este tipo de conductas y aseguran que cuando sus compañeros llegaban a casa demasiado ebrios, ellas ya estaban predispuestas a lo que podía suceder por mucho que lo evitaran, lo mismo sucede con los hombres que ingieren drogas. Otro factor es el estrés que generan ciertas situaciones en los hombres, como la sobre carga de trabajo, la falta de tolerancia frente a las travesuras y juegos de los niños, las frustraciones propias, ejemplo de ello la esterilidad y la falta de capacidad económica para adquirir una independencia total en el hogar. Así mismo, manifiestan que la violencia termina por dos razones fundamentales, una vez el hombre considera que ha descargado toda su furia, es decir, cuando ve a la mujer totalmente sometida e indefensa, y la otra, cuando por alguna razón llega alguien ajeno a controlar la situación y rescatar a la mujer de manos de su victimario.

Las siguientes tres preguntas (4, 5 y 6), pretenden escudriñar en los sentimientos que experimenta la mujer mientras es agredida, las acciones que toma para detener los ataques violentos, y el sentimiento de culpa que puede asumir o no, dependiendo de la situación.

Al plantearles estas preguntas, las mujeres coincidieron en afirmar que el sentimiento experimentado mientras son golpeadas, no es otro más que, la ansiedad porque la agresión termine lo más pronto posible, además de la sensación de ira manifestada por algunas, al verse indefensas y sin la capacidad física de defenderse o de responder de la misma forma a los golpes que recibe, también dicen

que en el momento de violencia, reconocen claramente que se encuentran frente a una persona con un serio problema de conducta y que definitivamente su pareja nunca va a cambiar.

Así mismo, como un mecanismo que ellas entienden de defensa, prefieren quedarse inmóviles ante la situación para no provocar aún más el desequilibrio de su pareja y así, esperar a que se detenga el ataque; algunas muy pocas tratan de agredirlos y defenderse, pero reconocen que la fuerza física del hombre es superior a la de ellas y por esos terminan siendo sometidas. También manifiestan que en este momento es difícil entender porque situaciones tan minúsculas provocan en sus esposos una reacción tan violenta y dicen desconocer por completo la persona con quien conviven, como es de esperarse se apodera de ellas una sensación de miedo y angustia que solo les permite desear que termine pronto el maltrato, además de considerar justo en ese momento que es hora de terminar con la relación, sin embargo, una vez pasa el episodio esto último es algo que reconsideran y piensan en ofrecer otra oportunidad.

Por otro lado, es general la expresión de ellas frente a la posible culpa que tienen al respecto, solo siete de ellas son conscientes y atribuyen la responsabilidad total al hombre. Las demás justifican de alguna manera la agresión como consecuencia de alguna actitud específica de ellas, que detona en el hombre esta conducta, así, es fácil encontrar expresiones como: “tal vez sin darme cuenta hago algo que le moleste”, “a veces creo que hacía cosas que lo provocaban, pero la verdad no me daba cuenta, no hacía cosas a propósito”, “Creo que no lo provoqué, pero algo debo hacer que no le permite calmarse”, “hay momentos que pensé que era mi culpa cuando demoraba la cena, pero cuando la cena estaba lista y él llegaba alterado me pegaba igual”. Estas expresiones, muestran como el constante maltrato al que son sometidas las mujeres entrevistadas, terminan por hacerles sentir cierto grado de culpabilidad en relación con la conducta violenta de sus parejas.

Considérense ahora las preguntas 7, 8 y 9, donde se indaga respecto a los sentimientos de amor que las mujeres consideran aun presentes en sus parejas, la forma en que ellos les manifiestan este amor y la posibilidad que tienen de establecer alguna señal que sugiera se avecina una agresión.

Contrario a lo que se podría pensar, la mayoría de las mujeres no encuentran en el maltrato un signo de desamor, por el contrario, varias de ellas dicen sentirse seguras del amor de sus parejas hacia ellas y hacia sus hijos, y justifican la conducta de sus compañeros como causada por el alcohol, las drogas o los problemas cotidianos, y así mismo, están seguras que como una respuesta a ese amor, las situaciones de violencia muy pronto van a parar.

Referente a las manifestaciones de amor identificadas en los hombres, las cuales son ofrecidas a las mujeres en los días posteriores al maltrato, en la gran mayoría de los casos: invitaciones a cenar, regalos y la promesa constante de que esta situación no se repetirá, son asumidos por ellas como una manifestación de amor y arrepentimiento, sin embargo, tres de ellas aseguran que pese a estar convencidas del amor de sus parejas, también, saben que esta, es una conducta en ellos que no va a cambiar y por eso son radicales en su decisión de abandonarlos.

Ante la pregunta específica de si es posible reconocer algún momento característico previo al acto de violencia, se encuentran tres posiciones diferentes: la primera, es la de aquellas mujeres que identifican en el estado de ebriedad o drogadicción una condición propia que en algún momento se convierte en agresión hacia ellas.

La segunda, es la que describen las mujeres como el comportamiento típico la de los hombres celosos, y solo una mirada por parte de ellos, les indica lo que está por suceder. Otros hombres, afirman las entrevistadas previo al acto violento se enojan, gritan, tiran cosas, utilizan palabras y expresiones ofensivas hacia ellas, reclaman fuertemente por alguna situación específica en la que no están de acuerdo, expresan con desagrado su disgusto ante una labor para ellos mal realizada, y la expresión del rostro a la que se refieren las mujeres como una gesticulación excesiva, les permite comprender que la discusión pasará de los gritos, a los golpes sin remedio alguno. Llama la atención un caso en particular en donde la necesidad de la mujer de mantener contacto con el padre de su primer hijo, hace que su pareja estalle en celos y furia, y finalmente termine agrediéndola físicamente.

Y en un tercer lugar, se encuentran aquellas mujeres que aseguran no identificar un patrón de comportamiento previo a la agresión, por el contrario, dicen sentirse confundidas cuando esto ocurre, porque los actos violentos se dan como un estallido, sin previo aviso. Y los motivos son aún más desconcertantes, un simple gesto, un reclamo que surja por alguna situación particular, una petición de dinero para suplir alguna necesidad del hogar, algún juego bullicioso de los niños y hasta un simple comentario respecto a algún tema que le resulte molesto al hombre, puede convertirse de manera inmediata en un motivo para provocar la agresión, afirma una de ellas: “me golpeo, y yo no lo vi venir”.

Descripción de las repuestas a las preguntas 10, 11 y 12, donde se cuestiona a las mujeres si en algún momento se vieron sometidas a tener relaciones sexuales a pesar de no desearlo. También se les indaga respecto a las motivaciones que las alientan a continuar y defender su relación de pareja, y cuál es su posición frente a ello.

En primer lugar, es importante desatacar que solo cinco mujeres de las veinte que se entrevistaron, respondieron con un ¡no! rotundo cuando se les preguntó si a pesar de su negativa en algún momento se habían visto obligadas a tener relaciones sexuales. Las otras quince, sin excepción aseguran que con el fin de evitar sacar de quicio a sus maridos y generar más problemas terminaron accediendo a tener relaciones sexuales a pesar de no desearlo. Manifiestan que este era un requerimiento posterior a los actos de violencia y son relevantes dos respuestas específicas que dicen: “Si, más de una vez, pero es normal eso, a mis amigas también les pasa”, “muchas veces, creo que casi todas las mujeres lo hacemos y más cuando tenemos esposos violentos. Es decir, las mujeres identifican el placer sexual después de un hecho violento como una necesidad normal en los hombres, y que debe ser atendida por ellas para evitar una nueva escena violenta.

Igualmente, al preguntárseles los motivos por los cuales todavía defienden su relación de pareja, o, consideran que vale la pena defenderla, se encuentran dos posiciones marcadas: la primera, las mujeres que consideran necesario luchar hasta las últimas consecuencias por defender la familia y conservar el hogar, ellas tienen la esperanza de que se produzca un cambio en el comportamiento de sus compañeros y poder seguir adelante juntos, pero en su gran mayoría piensan que sencillamente esto va cambiar de un momento a otro. Lo anterior, a excepción del caso concreto de la mujer que asiste a terapia profesional con su pareja y confía plenamente en que una vez termine el proceso, habrán superado la situación de violencia y podrán continuar adelante con sus vidas.

La segunda posición, son las mujeres que, pese a reconocer que aman a sus parejas y creen que ellos también las aman, saben que la conducta violenta que ya han evidenciado no va a cambiar, especialmente en aquellos hombres que estallan en furia a causa de los celos, y como consecuencia de las fuertes golpizas que reciben y que en algunos casos las llevo de gravedad al hospital optan por la separación de manera inmediata; algunos casos específicos evidencian que las mujeres soportan demasiado tiempo la condición de violencia por tratar de salvaguardar la familia, es el caso de una de las entrevistadas quien convivió durante veinte años con su agresor, hasta que finalmente comprendió que este comportamiento en su pareja nunca iba a cambiar y por el contrario se tornaba cada vez más peligroso para ella. En contra posición a la gran cantidad de tiempo que soportó la mujer mencionada, se encuentran aquellas mujeres que una vez sufren el primer acto de violencia deciden sin pensarlo dos veces abandonar sus respectivas parejas, conscientes de la gravedad de la conducta y del peligro que corren si permanecen al lado de estos hombres.

Para finalizar se relacionan las tres últimas preguntas de la entrevista (13, 14 y 15). Dirigida aquellas mujeres que se encuentran separadas, y se les pregunta quién y por qué decide terminar con la relación y sus sentimientos cuando estaban saliendo de esa situación.

Para describir estos resultados, es importante aclarar que, de las veinte mujeres entrevistadas, doce de ellas decidieron terminar la relación, mientras las otras ocho aun conviven con sus respectivas parejas. Respecto a la decisión de terminar con la relación, es claro que en todos los casos fueron las mujeres quienes tomaron la decisión de acabar con la situación de violencia separándose de sus parejas, algunas lo hicieron casi de inmediato una vez se da el primer episodio y es un común denominador en estos casos, que se trata de relaciones que han durado máximo tres años y mínimo diez meses, a excepción de dos casos especiales, de veinte y doce años de convivencia, previa a la separación.

De igual manera se encuentra convergencia total en la causa que las motivo a tomar la decisión, y que, sin lugar a dudas para ninguna de ellas, fue la violencia y el maltrato físico del que fueron víctimas lo que las llevo a decidirse por la separación. Sin embargo, no todas tomaron la decisión de inmediato, para algunas esto tomó un poco más de tiempo y manifiestan haber soportado hasta lo último antes de decidir finalizar la relación, pero cuando fue necesario ir al hospital como consecuencia de las fuertes golpizas recibidas, comprendieron que corrían un riesgo mayor a su voluntad y entonces decidieron abandonar a sus parejas. Otras en cambio, generalmente las más jóvenes (21, 22, 23 años), ante el primer acto violento supieron que sin pensarlo debían abandonar a su victimario.

Para concluir, se mencionan cuáles fueron los sentimientos que manifestaron las entrevistadas, en el momento de salir del contexto violento y de maltrato. A ello se refieren afirmando que, en un primer lugar, sintieron un gran alivio y paz interior, al dejar atrás la situación de violencia a la cual estuvieron sometidas, algunas por un lapso de tiempo más largo que otras, pero todas finalmente violentadas y agredidas en el total de su integridad. De otra parte, algunas pocas cuentan que también tuvieron una profunda tristeza porque a pesar de amar a sus respectivas parejas, decidieron abandonarlas y dar por terminado ese ciclo de sus vidas. Otras, experimentaron también una sensación de derrota, decepción y frustración expresada en enojo y rencor hacia sus compañeros, por considerar que ellos no hicieron nada para superar la situación, y sentir que habían perdido su tiempo y su lucha, sin embargo, ellas mismas cuentan que estos sentimientos fueron superados con el pasar del tiempo y en este momento se encuentran en todo un proceso de resiliencia, que les permitirá iniciar una nueva etapa en sus vidas, todavía, sin poder evidenciar que consecuencias dejará en ellas el capítulo que acaban de cerrar.

7. Análisis de entrevistas a víctimas de violencia de género

7.1 Violencia de género

La violencia de género particularmente la que sucede dentro de las relaciones de pareja constituyen un problema que afecta a buena parte de los hogares argentinos. Ahora bien, por tratarse de una situación compleja y altamente subjetiva; ésta no se valora en su justa dimensión. Por lo que a través de la investigación realizada en la revisión bibliográfica y en las entrevistas realizadas a las víctimas; veinte en total, se pretende dar observar y analizar el detalle el fenómeno.

7.2 Violencia de género en las relaciones de pareja

Al momento de ser entrevistadas las víctimas de violencia de género se observa que la violencia que sufren de parte de sus parejas suele ser diversa. Ahora bien, cuando se indaga acerca de la forma en la cual se presenta esa violencia en cualquiera de sus manifestaciones; la evidencia demuestra que aparentemente no existe una causa real que justifique su origen. Así, esa violencia surge de manera espontánea, como esperando algún inconveniente menor para hacer ebullición. Luego, una vez que se presenta; se repite de manera recurrente salvo que la víctima haga algo al respecto.

Así, en la primera entrevista realizada en el trabajo de campo a María Luz, de 22 años de profesión ama de casa se evidencia que la violencia se origina por motivos fútiles. En tal sentido, la víctima comenta:

“Fue hace 2 meses atrás, llegó muy alterado, comenzó a gritarme porque quiso ponerse una ropa que todavía no le había lavado, me sacudió del brazo y comenzó a golpearme así de la nada”

Esto responde la víctima cuando se le pregunta acerca del último incidente de violencia. Al parecer, la inconformidad de la pareja con un asunto doméstico menor, logró desencadenar un episodio de violencia sobre la mujer, el cual se tradujo en maltratos físicos y psicológicos. Esto teniendo en cuenta que los golpes propinados sobre la mujer suelen ir acompañados de insultos. Ahora bien, esos insultos vienen aderezados de una alta carga de euforia irracional por parte del agresor. Esto concuerda con lo que señala Hirigoyen (2006), al respecto de la forma como se presenta la violencia de género, especialmente en las relaciones de pareja. Esa violencia se representa por medio de la agresión física y psicológica. La violencia psicológica se da de manera soslayada. Por lo que viene a ser complicado de demostrarla, teniendo en cuenta que la propia pareja suele justificar.

En el caso de la primera víctima entrevistada queda claro que llegó a estar consciente de estar involucrada en una situación de violencia pasado el tercer incidente: “Me di cuenta cuando me golpeó 3 días seguidos a pesar de que me pedía perdón y prometía no volver a hacerlo”.

De igual forma sucede en la segunda entrevista; la violencia se origina por un simple retraso en la hora de llegada de la víctima a su hogar de residencia: “Cuando llegue a casa 2 horas más tarde de lo normal, le conté contenta que había traído más dinero y me dijo que no le importaba”, comenta Isabel de 29 años.

En las siguientes entrevistas, la violencia se presenta –al igual que en los casos anteriores- por circunstancias que normalmente se podrían superar con una mera conversación entre los conyugues. Lamentablemente, el curso de las cosas no es ese precisamente, tal como lo revela Ana Lucía de 32 años que desempeña como ama de casa: “Fue hace un mes atrás, cuando llego de trabajar y le mostré las cosas que le había comprado a la nena y la ropa que le compre a mi hijo. Se enfureció porque había gastado demasiado en el chico, agarro las cosas las tiró al piso y me tomo del cabello y...” o como señala Lucía de 48 años: “...y los chicos le pedían jugar un rato, empezaron a saltar y a gritar y él explotó y comenzó a gritarles y cuando le dije que se calmara me tomó del brazo y me pegó un puñetazo en la cara diciéndome vos también cállate”.

En varias de las entrevistas, la violencia hacia la mujer surge por cuestiones ligadas a elementos que están directamente vinculados con el deseo de superación manifiesto por parte de la mujer: “le conté contenta que había traído más dinero y me dijo que no le importaba, que el necesitaba comer a horario y que los chicos tenían hambre y comenzó a golpearme al punto de perder el conocimiento por unos minutos”; comenta Isabel de 29 años que trabaja como empleada doméstica. El anhelo de la víctima por trabajar para obtener un sustento propio; hace que se caiga en el terreno de la violencia. Toda vez que el agresor no tolera ese deseo de superación e inmediatamente arremete contra su pareja; golpeándola e insultándola.

Otro motivo que da lugar a la violencia en el hogar tiene que ver con las relaciones sociales que mantiene la víctima. En una entrevista realizada a una de las víctimas se da cuenta de una situación de violencia derivada del contacto personal que tuvo la mujer con su ex pareja. Esto fue tomado a mal por su conyugue, quien al regresar a casa, procedió a golpearla, tal como lo señala Ana Lucía de 32 años: “La primera vez fue cuando me vio hablando fuera de casa con mi pareja anterior que venía a traer algo de dinero para mi hijo. Cuando entramos me hizo un escándalo y me dio una bofetada”, comenta la mujer.

Precisamente, el tema de las conductas obsesivas comprende un aspecto que viene a ser un disparador de los índices de violencia de género en las parejas que padecen esta situación. De ese modo, los celos constituyen un tipo de conducta malsana que lleva a la víctima a sufrir maltratos físicos de su pareja sentimental. Cuestiones como presenciar que su esposa baile con otro caballero o que converse con un amigo en la calle puede hacer que se genere un incidente de violencia donde las féminas constituyen el grupo que más les afecta. Así se desprende de las entrevistas realizadas en donde la mayoría de las víctimas de violencia eran mujeres; lo cual concuerda con los autores consultados (Sarasu, 2007; Expósito, 2011) cuando afirman que la mujer representa al género más afectado por la violencia de género.

Asimismo, otros factores como la ingesta de alcohol y los problemas económicos hacen que se propicie un ambiente tenso. Por lo que en dicho ambiente suelen florecen los instintos de agresión y por tanto se generan la violencia. Esto concuerda con lo expresado en el Manual de Prevención de Violencia de Género promovido por el Gobierno de España (2009) en el cual se detallan que el miedo al fracaso así como el abuso de alcohol, entre otros aspectos; hace que el agresor actúe contra su pareja.

La forma como se golpea a la víctima suele tomar distintos matices, desde puñetazos en la cara, pasando por el despojo de trazos de cabello, bofetadas, golpes en la cabeza que terminan en hemorragias. Por otro lado, la violencia se presenta normalmente en el hogar de la pareja. Puesto que es allí donde la víctima suele ser más vulnerable. Puesto que, no existe oposición al embate de violencia que sufre por parte de su pareja.

Lo expuesto anteriormente confirma lo expresado por distintos autores (Sarasua y otros, 2007; Expósito, 2011) en el sentido de que la violencia y género llegan a convertirse en términos inseparables. Puesto que, la violencia se genera con el fin de afianzar una situación de plus o de control sobre lo segundo. En este caso de la pareja. Es así como a partir de la violencia se logra doblegar a la otra persona. Así, no tendrá aspiraciones de lograr un sustento que le permita cubrir sus necesidades más esenciales como tener un ingreso para poder desplazarse, tener ahorros, adquirir bienes y productos para su uso personal; comprarle comida y enseres a sus hijos, en fin.

Por otro lado, la forma como se presenta la violencia, es decir, a través de los insultos y la violencia física; los cuales vienen a ser las dos maneras como se presenta la violencia de género, especialmente en el hogar. Teniendo en cuenta que el abordaje de la situación trata acerca de parejas que conviven o convivían juntas. En cuanto al tipo de violencia que se presenta en las relaciones de pareja comprende un tema que se debe analizar con base en la evidencia y la revisión bibliográfica.

7.3 Tipos de violencia que se presentan de manera frecuente en las relaciones de pareja

En la sección previa se consideró la forma como se presenta la violencia de género, especialmente en las relaciones de parejas. En ese sentido, se estipuló que las formas más recurrentes – de acuerdo con lo recogido en las entrevistas- eran la violencia verbal: insultos, gritos, humillaciones y la violencia física, tradicionalmente manifestada en golpes en cualquier parte del cuerpo.

Ahora bien, cuando se analiza el tipo de violencia que se genera en las relaciones de pareja conviene revisar de un modo más exhaustivo lo que sucede a lo interno de las parejas. De ese modo se puede catalogar de manera clara, el tipo de violencia que se genera de acuerdo con los hechos narrados por las propias víctimas. En principio, se tiene la violencia física que –como se recordará- comprende un tipo de violencia que se puede distinguir de manera objetiva por una tercera persona. La forma de distinguir este tipo de violencia, de acuerdo con (Ferreira, 1992; Hirigoyen, 1999; Manual de Prevención de Violencia de Género, 2009) se evidencia en rasgos externos visibles en el cuerpo de la víctima, tales como agresiones sufridas a través de los golpes con las manos o del lanzamiento de objetos contundentes. Ese tipo de violencia se evidencia en muchas de las entrevistadas a propósito del trabajo de campo efectuado para este trabajo.

En las distintas entrevistas, las mujeres afirman ser víctimas de violencia física, la cual viene a ser la forma de violencia más recurrente en las relaciones de pareja. Esa violencia se traduce en golpes al rostro bien sea con las manos con algún objeto contundente, lo que les produce lesiones de consideración. Tal como lo refiere Lucía –la sexta mujer entrevistada- de 48 años: “...y me dio una bofetada muy fuerte, me marco los dedos en la cara”; o Serena, la peluquera de 35 años: “...y me pegaba en la cara hasta que pude escaparme y encerrarme en el baño”. También otras víctimas como Inés de 30 años, dan cuenta de la violencia sufrida a manos de sus parejas: “...sin decir nada me pego muy fuerte y me tiró del cabello”.

En las declaraciones ofrecidas por las víctimas, se observa que la violencia física suele ser aderezar de algún modo, las discusiones que surgen en toda pareja por desencuentros o inconformidad con alguna situación planteada. Sin embargo, la víctima cuenta –o al menos así se infiere- que no existía ningún tipo de intención por solventar esas situaciones en buenos términos sino que el agresor inmediatamente procedía a la violencia física.

Ahora bien, existe otro tipo de violencia que está vinculada a la violencia física, tal como lo explican los citados autores; se trata de la violencia psíquica. Ese tipo de violencia se asocia con los insultos, amenazas, desprecios e incluso el silencio; tal como le sucedió a Inés de 30 años quien

afirma.” Nos amenazó con el arma a mí diciéndome que si me encontraba otra vez hablando con el vecino...” o Maribel, la maestra de 42 años: “Solo me fui de casa la noche que me amenazó con el cuchillo...”; también Ana Clara de 38 años, cuenta haber sufrido violencia psíquica de parte de su pareja: “Gritaba y a veces tiraba cosas al piso”. Las descalificaciones también salen a relucir en la violencia psíquica. Así lo cuenta Ana Clara, empleada de comercio de 38 años: “...y se enojó mucho, cuando llegamos a casa me dijo de todo, hasta prostituta porque yo le hacía caras al maestro”.

La violencia psíquica que se presenta en la relación de pareja termina por generar sentimientos de culpa en las mujeres víctimas de la violencia de género. Lo que aumenta el control sobre la víctima; otorgándole ventaja al agresor. Así, lo hacen ver varias de las víctimas como María Luz de 22 años: “Me sentía culpable porque quería abandonarlo y a la vez me daba culpa”; o Isabel de 29 años: “Me hace sentir culpable no poder atenderlo como se debe...”. Lucía, empleada doméstica de 48 años también relata sentir ese sentimiento de culpabilidad: “Me sentía culpable, me sentía impotente por no saber cómo manejar esa situación...” Además, en ciertos casos se tienen situaciones donde la víctima refiere que el agresor luego de golpearla o insultarla; le pedía perdón. De esa forma se generan sentimientos encontrados en la víctima quien en última instancia deja pasar el incidente.

La violencia sexual comprende otro tipo de violencia que se evidencia en algunas relaciones de pareja. Particularmente, en las entrevistas realizadas cuando se realiza la pregunta: ¿Tuvo Ud. relaciones sexuales cuando inclusive no quería? Ante esa pregunta resulta común encontrar respuestas como la de María Luz, el ama de casa de 22 años: “Muchas veces, en especial esos días en que me golpeaba. Esos días casi siempre quería tener relaciones y yo lo dejaba para que no se volviera a enojar” Otro tipo de respuesta similar fue ofrecida por Isabel, empleada doméstica de 29 años: “Más de una vez, porque quería complacerlo y evitar ciertas discusiones. Porque el hombre es como que tienen más necesidad que las mujeres, no sé”. En ambos casos queda claro que la víctima en realidad no quería mantener relaciones sexuales con el agresor aunque al parecer no era forzarla a realizarlo. Sin embargo, en otras ocasiones, este tipo de agresión viene acompañada de violencia física. Tal como ocurrió en el caso de la entrevistada número 4 quien responde al nombre de María José de 40 años quien argumenta que la primera ocasión en la cual sufrió de violencia a manos de su pareja fue por cuestiones relacionadas con relaciones sexuales no consensuadas. En esa ocasión, el agresor –su pareja– regresó de una fiesta algo borracho e intentó forzarla a tener relaciones sexuales a lo cual, la víctima se negó. Esto originó un arranque de ira por parte del agresor quien en última instancia acabó por romperle el labio.

El tipo de incidentes donde hay violencia sexual, tal como lo refieren algunos autores consultados (ONU Mujeres, 2017; Hirigoyen, 1999) las padecen una de cada diez mujeres en el mundo. Por lo que no debe sorprender el hecho de que también en las relaciones de pareja se presente ese tipo de situaciones. Ahora bien, para el caso de las dos mujeres que consentían las relaciones aun cuando no querían; se tiene un tipo de violencia ejercida por parte de la pareja bajo la coacción o la amenaza. En otros casos, la víctima consiente éste tipo de situaciones aceptándolo como algo normal. Es decir, que ese tipo de conductas mostradas por el agresor suelen ser vistas como algo completamente normal y que en todo caso forma parte de la dinámica de la pareja. Por lo que, la víctima en cierto modo “coopera” para mantener el statu quo. Bien sea para preservar la unión de pareja o para evitar que el agresor se impacienta o moleste y tenga algún arranque de ira. Por eso es que este tipo de violencia suele catalogarse dentro de la violencia física.

En concordancia con lo que exponen las víctimas queda claro que se trata de violencia sexual. Esto teniendo en cuenta que la violencia sexual –tal como lo refieren los citados autores- comprende un tipo de agresión que a través de exigencias físicas o psíquicas se procura una relación sexual no apetecida, es decir, se hace por medio de la imposición o bien se exige el sexo con amenazas o cuando el agresor se encuentra bajo los efectos de las drogas o el alcohol. Por otro lado, en las entrevistas efectuadas también suele ser común encontrarse con afirmaciones como la de Ana Lucía, el ama de casa: “Si, muchas veces, pero no me molesta. Es una forma de complacerlo y evitar más discusiones”. En este caso queda claro que el agresor no procura las relaciones a través de gestos de cariño, es decir, no se busca de manera armoniosa consensuar el acto sino que se demanda el sexo de manera constante so pena de que se genere algún altercado.

La violencia económica se presenta en menor o mayor grado en las relaciones de pareja. Tal tipo de violencia se constató en varias de las entrevistas realizadas a las féminas. En la segunda mujer entrevistada, Isabel, se evidencia este tipo particular de violencia. Al respecto, la víctima relata lo siguiente: “...Cuando llegué a casa 2 horas más tarde de lo normal, le conté contenta que había traído más dinero y me dijo que no le importaba...” lo que sigue desencadenó en un suceso de violencia física en el cual se encuentra subyacente la violencia económica. Ese tipo de conductas concuerda perfectamente con lo expresado por Mujeres en Igualdad (2009) cuando se caracteriza ese tipo de agresión. En ese sentido, el agresor vigila y controla el acceso de la víctima al dinero. Para ello, le coarta su derecho a trabajar con el fin de que se afecte seriamente su libertad económica. Asimismo, el agresor trata de impedir que la víctima obtenga mayores en sus ingresos –si acaso permite que trabaje- tal como ocurre con la entrevistada a la cual se hace referencia.

Un tipo de incidente que refleja la violencia económica en las relaciones de pareja sufridas mayormente por las mujeres, lo relata la entrevistada Ana Clara, empleada de comercio de 38 años. En ese sentido, la mujer relata lo siguiente: “...Cuando él llegó de trabajar y nos vio con las bolsas de compras se enfureció porque gastamos mucho dinero, según él innecesariamente...” En este caso, el agresor quiere decidir en que gasta el dinero su pareja así como también la cantidad que puede emplear en compras de bienes o servicios.

En otros casos, el agresor no permite que su pareja trabaje con lo cual no solo limita su libertad financiera sino que la sujeta al dinero que él le pueda dar, el cual, en la mayoría de los casos suele ser relativamente corto. En la entrevistada número 12: Isabel, ama de casa de 25 años quien relata lo siguiente: “Como él trabaja demasiado le comente que pensaba salir a buscar trabajo de media jornada para mí y se enojó mucho, dijo que las mujeres tenían que estar en la casa y me dio un golpe en la cara”. En este tipo de situaciones se coarta la libertad de la mujer a obtener un ingreso propio aun cuando fuera pequeño. Adicionalmente, hay que tener en cuenta que las mujeres reciben menor remuneración en comparación con sus pares masculinos que detentan el mismo cargo. Por otro lado, la proporcionalidad en los ingresos percibidos se incrementa en la medida en que el cargo requiera menor preparación académica. Este elemento pudiera estar influyendo a la hora de que el agresor se propone coartar la libertad de trabajar a su pareja. Asimismo, la víctima estaría tentada a pensar que no vale la pena exponerse a una situación de conflicto con su pareja si va a recibir un ingreso precario y además tiene que cumplir con los tareas domésticas. Pues, regularmente el agresor no acostumbra a involucrarse en las tareas del hogar; dejándole toda la carga a su pareja. Sin embargo, esto último tiene mayor vinculación en otro tipo de violencia que se analizará de seguida.

La violencia en el desarrollo personal afecta a las mujeres envueltas en una relación de pareja, más de lo que se piensa. Al respecto, la mujer entrevistada cuenta: “...solo faltaba que llegara él y cuando entro y nos vio a mis padres, los de él y mi hijo reunidos paso directamente a la habitación y no salió más. Fui para hablar con él y me trato muy mal...” En el relato se evidencia un hecho en donde la víctima sufre un tipo de agresión de parte de su pareja, el cual califica como violencia de desarrollo personal porque le impide u obstaculiza que la mujer se relacione con sus familiares. El agresor pretende con este tipo de actitudes, aislar a la pareja. De ese modo será más vulnerable. Puesto que no tendrá un canal de comunicación permanente con sus familiares lo que sin duda beneficia al agresor.

La entrevistada Lourdes de 35 años de edad relata un suceso que bien pudiera calificarse como un ejemplo de violencia de ese tipo. Al respecto, la mujer cuenta: “...estábamos todos listos y

cambiados esperando que le llegara de trabajar y se cambiara para ir a la fiesta. Apenas llegó me dijo que mi vestido no era para esa fiesta...” En realidad, el tema no era necesariamente el tipo de vestimenta que portaba la fémina sino el hecho de que asistiera a una reunión social. De allí que el agresor busca un detalle por pequeño o insignificante que éste sea para empañarle el momento de realización personal a su pareja.

En este tipo de violencia también se ataca al vínculo existente entre madre e hijo. Al respecto, la entrevistada cinco; Ana Lucía, la cual comenta: “...le mostré las cosas que le había comprado a la nena y la ropa que le compre a mi hijo. Se enfureció porque había gastado demasiado...”. En este suceso narrado por la entrevistada, se evidencia una lesión al vínculo entre madre e hijo. Puesto que la madre simplemente salió de compras para compartirles algo a sus hijos y esto que debería ser apreciado por su pareja; fue en cambio cuestionado. La misma mujer cuenta que la primera vez que sufrió una agresión a manos de su pareja fue precisamente por una reunión personal. En esa oportunidad dice que: “La primera vez fue cuando me vio hablando fuera de casa con mi pareja anterior que venía a traer algo de dinero para mi hijo...” Es preciso recordar que de acuerdo con lo señalado por Hirigoyen (2009) el agresor no colabora con el cuidado y crianza de los hijos; sean éstos suyos o no. Además, le prohíbe que se relacione, es decir, que tenga amistades o vida social, tal como ocurrió en el caso de la asistencia a una fiesta o de una reunión con los padres. Por otro lado, el tema de la violencia de género en cualquiera de sus formas incide en mayor o menor manera en la dinámica de la familia. Esta cuestión será tratada en la siguiente sección; teniendo en cuenta que conviene desarrollar las distintas aristas sobre las cuales se fundamenta el problema.

7.4 Incidencia de la violencia en la dinámica de la familia

La violencia de género influye notablemente en la dinámica de la familia, especialmente cuando existen niños de por medio; sean éstos de la propia pareja o de alguna relación anterior. En ese sentido, se les consultó a la muestra seleccionada de mujeres afectadas por la violencia de género con respecto a ese tema. En tal sentido, se les elaboró la siguiente pregunta: ¿El maltrato ha afectado a sus hijos y de qué manera? En ese particular, las respuestas coinciden en afirmar el impacto que tiene la violencia en la dinámica de familia. Así, las respuestas ofrecida por María Luz al respecto fue la siguiente: “Sí, claro. Además, los niños son muy temerosos y se ponen nerviosos ante el primer grito”. En otros ocurre que el agresor actúa con violencia cuando se encuentra bajos los efectos del alcohol o de las drogas. Así, lo hace saber la segunda entrevistada; Isabel cuando afirma que: “sus hijos se ponen en estado de alerta cuando ven a su padre borracho porque saben que en ese momento se puede tornar violento. De

allí que los niños optan por ir a encerrarse en sus habitaciones. No obstante, cuando el agresor se encuentra en su sano juicio suele ser un buen padre; lo que sucede es que el hijo mayor le perdió el respeto y en ocasiones le enfrenta”. Esta misma situación se repite con Lourdes: “Los dos niños más chicos son así muy tímidos y temerosos de su padre, el más grande está inmanejable últimamente y discute con su padre a veces” y con María José: “Si los afectó porque no quieren estar mucho tiempo solo con el padre y si estamos discutiendo ellos se esconden”.

En las entrevistas se infiere que los hijos en ocasiones evitan el trato con los padres debido a esa situación de maltrato hacia la madre y hacia ellos mismos; los cuales les convierte en sujetos asustadizos que están constantemente a la expectativa de que algo malo pueda suceder. Lo anterior confirma lo señalado en los antecedentes; cuando se afirma que los niños que viven en medio de una situación de violencia en la familia; llegan a ser silenciados. Debido a la fuerza que ejercen los padres sobre ellos, particularmente el padre que en la mayoría de los casos agrede tanto a la pareja como a los hijos. Ahora bien, no en todos los casos se dan situaciones en las cuales, los hijos son objeto de agresiones físicas. Sin embargo, hay una afectación a la psique de los niños a causa de la situación vivida.

Por otro lado, cuando viene con hijos de otra relación y luego tiene hijos con la pareja actual; surgen inconvenientes de rechazo por parte del agresor hacia el hijo de la pareja. En ese sentido, vale la pena recordar lo señalado por Ana Lucía de 32 años, ama de casa, que en cuanto a ese tema comenta: “Creo que no termina de aceptar a mi hijo y cada vez que le pido algo para él se pone violento”. Con respecto a cómo es la dinámica familiar, la consultada responde que existe un maltrato permanente hacia su hijo nacido en una relación anterior y hacia ella misma.

Por otro lado, cuando se le pregunta acerca de su impresión con respecto a ese tema; la mujer estima sentir mucha pena. Por cuanto su hijo mayor siente el rechazo del marido, lo cual le afecta sin duda. Sin embargo, la mujer afirma que esa situación era distinta al comienzo de su relación. Esto porque su pareja alega no tener inconveniente con el niño, pero cuando nace el nuevo integrante de la familia –en este caso, la niña- la situación cambió. Este tipo de situaciones crean un ambiente tenso que sin lugar a dudas, afecta la convivencia familiar, lo cual no es poca cosa. En ese sentido conviene recordar lo expresado por Burin y Meler (2010) en cuanto al hecho de que la familia comprende el espacio en donde se generan las interacciones más íntimas y a través de la cual se puede formar y educar a las generaciones venideras.

De acuerdo con lo anteriormente expuesto, la familia viene a ser ese semillero en el cual se forma en valores a los hijos. Por lo que de acuerdo a la forma como ellos perciban el ambiente familiar; buscarán de reproducir ese patrón en el futuro. Puesto que estiman que ese patrón con el cual se criaron comprende el modelo correcto de familia. Por ello, no sorprende cuando algunas mujeres entrevistadas afirman venir de hogares en los cuales se daban ese tipo de sucesos en donde el padre golpeaba a la madre. Esto termina asumiéndose como algo normal o que al menos se debe tolerar.

Precisamente, con respecto al tema de la repetición de patrones de conducta en los niños venidos en adultos, se debe tener en cuenta que aquello que el niño perciba en su infancia lo llevará consigo de adulto. Esos recuerdos, vivencias se constituyen en una impronta que emergerá cuando conforme una unión familiar. De allí que no solo la mujer afectada por la violencia de género lo asume como algo normal que debe ser tolerado sino que el agresor en buena parte de los casos se comporta de esa forma violenta. Pues, eso fue lo que aprendió de sus padres y eso para él viene a ser normal.

Por otro lado, el tema de la violencia familiar se fundamenta en distintas aristas, tal como se refirió al comienzo de iniciada la discusión de este tema. Y es que de acuerdo con Hernández y Limiñana (2005) la violencia familiar adopta cualquier forma, vale decir, violencia física, psicológica o sexual. Así, la violencia familiar se genera entre los miembros de la familia en donde la figura más fuerte –en este caso, el padre- suele ejercer una autoridad desmedida sobre los miembros más débiles: la esposa y los hijos.

Asimismo, algunas entrevistadas refieren continuar con el agresor a pesar de las lesiones sufridas por ella y por sus hijos. Curiosamente, el argumento que dan para continuar con su pareja es que quieren que sus hijos se críen con su padre. Claramente, este patrón de comportamientos negativos tiene una alta probabilidad de repetirse en el futuro.

Otro argumento que esgrimen las mujeres afectadas por la violencia en su dinámica familiar es que no abandonan a su pareja por temor a lo que pueda ocurrirles a sus hijos. Ello se verifica con lo expuesto por Ana Lucía cuando se afirma: “No, temo por mi hijo, tengo miedo que le haga algo si me voy y lo dejo, además tenemos una nena chiquita”. Aquí se evidencia un temor por parte de la madre de que su hijo mayor, fruto de una relación anterior sufra violencia física a manos de su pareja. Además, se tiene una niña que nació dentro de la relación conyugal. El temor de la mujer se basa por un lado en que su hijo pueda ser afectado y por el otro, en que su hija le sea arrebatada o que no pueda salir adelante debido al aspecto económico siendo una niña pequeña que requiere mayores cuidados por

parte de su madre. Esto sin duda, le obstaculiza para procurar un empleo, lo que hace que termine por tolerar la situación. Debido a que percibe que hay muchas cosas en juego.

En algunas situaciones, el tema de la violencia puede alcanzar niveles alarmantes en cuanto a la tensión que se vive. Al respecto, Inés, la niñera de 30 años comenta: “Nos amenazó con el arma a mí diciéndome que si me encontraba otra vez hablando con el vecino me iba a matar mientras mi hijo lloraba y le pedía por favor que parara de gritar y de apuntarme.” Sin lugar a dudas, este tipo de situaciones genera un efecto inmediato en los niños, tal como lo refiere la misma entrevistada: “Mi hijo le tienen terror al padre después que paso eso con el arma, por más que él se quiere acercar al nene me doy cuenta que le tiene mucho miedo”. En este escenario es completamente normal que el niño tiende a retraerse y evite tratar con su padre. Puesto que entiende que puede estar en juego su propia vida. En otros casos, los niños exhiben un comportamiento negativo, lo cual les sirve como una vía para manifestar su parecer frente a la situación de violencia que se encuentran viviendo en su núcleo familiar. En ese sentido, Selena, ama de casa de 42 años reveló lo siguiente: “Tenemos 3 hijos y la del medio tienen muy mal comportamiento, una forma de llamar la atención por los malos momentos que por ahí pasamos...”. En ocasiones, la víctima de la violencia de género desestima que las situaciones de violencia puedan tener algún tipo de efecto sobre el comportamiento de sus hijos. Al respecto, Isabel, ama de casa de 25 años dice lo siguiente: “Mi hijo es bastante callado pero no es su forma de ser, no creo que lo afecte este tema. Además solo lo presencio una vez”.

Como comentario a lo que señalan las víctimas en cuanto a la incidencia de la violencia en su entorno familiar, vale decir que este tipo de eventos de violencia doméstica suelen fijarse en la mente del pequeño aun cuando su madre lo desestime o pase por alto. De acuerdo con lo anterior vale tener en cuenta lo destacado en el marco teórico cuando se da cuenta que todas las investigaciones realizadas en torno al comportamiento de los sujetos afectados por conductas aprendidas en el seno del hogar. Particularmente, en aquellas conductas fundamentadas en creencias patriarcales que tienden a definir al género masculino como la figura que detenta el dominio y la autoridad. Mientras que al género femenino se le encasilla como seres que deben adoptar posturas de sumisión, dependencia y obediencia.

Por otro lado, tal como lo refiere Burin y Meler (2010) la conducta violenta se puede modificar en el niño a través de un cambio en el sistema de valores. Toda vez que al percibir una nueva forma de relación entre los padres que no se fundamente en ese tipo de conductas negativas; al niño asimilará ese sistema de valores como algo acorde a una sana convivencia familiar.

Asimismo, conviene tener en cuenta que el aspecto económico puede tener cierto impacto en la dinámica familiar de la víctima de violencia de género. Un claro ejemplo de ello se desprende de la entrevista realizada a Julia, ama de casa de 43 años, la cual afirma lo siguiente: “Cuando llegaba fin de mes y el dinero escaseaba me maltrataba mucho” Un relato similar lo ofrece María José de 40 años quien también se desempeña como ama de casa: “Siempre fuimos una familia armoniosa, normal, yo me encargo de los niños con el colegio y él se va al negocio. Pero en una época en que la economía estaba mal él comenzó a estar muy molesto, irritable” En los dos escenarios se evidencia una agresión a la dinámica de la familia influenciada por el aspecto económico. De alguna forma, el saldo negativo en las finanzas del agresor desencadena frustración, la cual descarga sobre su pareja. Evidentemente, esto afecta el ánimo de los integrantes de la familia y en otros casos, la limita. Tal como ocurrió con Julia donde a consecuencia de la fijación por el tema económico, el agresor se negaba a tener hijos con la pareja. Por lo que al momento de que la víctima insistiera con esa cuestión, era objeto de violencia.

Acerca de la influencia que tiene la violencia en la dinámica familiar de la víctima, se entiende que está constituye un tipo de agresión que puede tener múltiples causas, las cuales se analizaron en detalle. Sin embargo, conviene analizar de qué manera impacta la violencia de género a la víctima y a su entorno familiar.

7.5 Incidencia de la violencia de género en la víctima y en su entorno familiar

En lo concerniente al impacto que tiene la violencia de género en la víctima se tiene que ésta presenta distintas variantes. Esto conforma a lo que se recogió en las distintas entrevistas efectuadas a mujeres víctimas de violencia de género. Por una parte, la víctima de violencia de género, tal como se reseñó en el marco teórico, a propósito de lo expresado por Sarasua et al. (2007). Esto en el sentido de que la víctima se halla envuelta en un círculo violento en el cual, sufre ataques permanentes, sean físicos o mentales. Por lo que se le hace difícil abandonar esa situación por iniciativa propia. Normalmente, la víctima suela ser asistida por un familiar o amigo, a tomar la decisión de abandonar a su pareja.

El razonamiento anterior se desprende de las consultas efectuadas en los reportes de distintos autores y de las entrevistas realizadas a las víctimas. Al respecto, María Luz, la joven ama de casa, víctima de violencia de género refiere que la primera vez que sufrió agresiones de parte de su pareja lo dejó pasar por debajo de la mesa. En ese sentido, cuenta: “Creí que era algo aislado, no pensé que se repetiría”

Por otro lado, la víctima de violencia de género se ve asaltada por sentimientos de culpa; haciéndose ver a sí misma como la causante de la situación que está enfrentado. La misma entrevistada señala que: “Hay momentos que pensé que era mi culpa cuando demoraba la cena, pero cuando la cena estaba lista y él llegaba alterado me pegaba igual” En este caso, tal como se plantea la situación existe una mezcolanza de agresión del compañero ligada con una especie de masoquismo por parte de la víctima. Esto concuerda con lo expuesto por Sarasua et al. (2007) cuando expresan que la víctima desarrolla sentimientos negativos hacia misma que afectan el desarrollo normal de su personalidad.

Ese cuadro –de acuerdo con los autores y así lo confirma la evidencia- se agrava con el paso del tiempo. En algunos casos, la víctima está consciente de la difícil situación que atraviesa, tal como lo refiere Isabel, empleada doméstica cuando afirma que: “creía que era algo que no se repetiría. Pero después de 3 o 4 veces más ya di cuenta de era un problema sin solución”. Asimismo, la agresión sufrida llega a calar de tal manera en la víctima de violencia de género que termina por claudicar ante su victimario: “no podía enfrentarlo, solo mostrarme más complaciente y sumisa”, refiere la misma entrevistada. Este tipo de actitudes asumidas por la víctima, sin duda afectan su integridad y personalidad; teniendo en cuenta que se auto limita; castrándose y disminuyéndose frente a su agresor. Evidentemente, esto le proporciona un mayor ímpetu a su agresor. Por otro lado, la víctima cae en un idilio ficticio, a tal punto que afirma ser querida por su agresor a pesar de las agresiones sufridas. “Creo que me amaba a su manera, vivimos varios meses felices, después no sé qué pasó, si la bebida le ocasionaba ese cambio de...” refiere Isabel. Aun después de atravesar un cuadro de agresiones permanentes; la víctima piensa que su pareja en verdad le amaba. Esto dificulta que sea consciente de estar en la posición de víctima.

Al momento de entrevistar a Lourdes de 35 años; la víctima de violencia de género alega múltiples causas para no dejar a su pareja. En ese sentido, argumenta que: “...Muchas veces me replanteo si debo dejarlo o no, pero... Lo necesito como padre, como pareja y para poder mantener a la familia” Aquí se percibe una situación en donde la víctima sufre un choque de emociones dentro de sí, lo que le lleva a un agotamiento mental, tal como lo señala Hirigoyen (1999). Así, la víctima pierde la autoestima y piensa erróneamente que no puede seguir adelante sola. Es por eso que solo percibe rasgos positivos en su pareja, tales como el hecho de ser el padre de sus hijos o que él es el sostén del hogar, entre otras. Además, no se imaginan la vida posterior a la ruptura. Por lo que, persisten en aferrarse a una relación inconveniente desde cualquier punto de vista.

María José, la mujer víctima de violencia de género cuenta: “siento impotencia de no saber que decirle cuando comienza a gritar, porque cuanto más trato de calmarlo más se altera...” Evidentemente, la víctima se encuentra inmersa en cuadro violento, del cual difícilmente podría escapar por sí misma. Por lo que en la entrevista se le pregunta si valoró la asistencia a un especialista, particularmente de apoyo legal o social, la mujer estima que no precisa ayuda de ese tipo. Luego, se insiste con respecto a ese tema; preguntándole si asistió a algún psicólogo. Ante esa pregunta, la mujer responde que no contrató los servicios de un psicólogo para que evaluara su situación. Claramente, se observa un cuadro en donde la víctima se niega a sí misma, la posibilidad de superar esa situación. Asimismo, cuando se le pregunta si decidió terminar la relación marital con su agresor, la respuesta fue negativa.

De modo similar ocurre con Ana Lucía, que tiene un hijo mayor fruto de una relación distinta; al que su pareja constantemente maltrata de manera verbal. A pesar de esa situación, la mujer decide continuar con esa relación. La decisión se sustenta en el temor de no saber qué hacer si se quedare sola con sus dos hijos. De hecho, cuando se le consulta acerca de si alguna vez consumió alcohol o si lo consume en la actualidad; su respuesta es: “Si, bebí bastante después que mi anterior pareja me dejó, estaba muy mal y triste. No sabía que hacer sola con mi hijo” De esto se desprende que existe un temor infundado de que no sabrá que hacer de verse como madre soltera. Esto es consistente con lo expresado por Arcas (2014) en el sentido de que la violencia de género ejercida sobre la mujer tiene como fin último coartar la autoexpresión de la mujer; la bloquea al punto de que no puede activar mecanismos de autodefensa y menos aún de anhelos de superación.

Por otra parte, la familia de la víctima sin duda se ve afectada por la situación, tanto la conformada por ella misma y su pareja como por los parientes cercanos, vale decir, padres, hermanos. Estos pueden servir de apoyo y medir en medio de la angustiante situación en la cual se encuentra su familiar. Sin embargo, los detalles de cómo viene a ser ese abordaje se tratarán en detalle en su momento. En cuanto a la incidencia que la violencia tiene sobre los hijos fue ya tratada anteriormente.

Ahora bien, cuando la víctima logra salir del letargo en el que se encuentra, bien sea por cuenta propia o porque fue asistida por alguien más; se salta a una etapa de superación del conflicto. Esto es una etapa en la cual asume su papel de víctima y enfrenta la dura situación con su agresor – pareja. Esa etapa a falta de un nombre particular, se le denomina resiliencia.

7.6 Resiliencia en la víctima de la violencia de género

Las víctimas de violencia de género como se señaló anteriormente, viven en un círculo vicioso, lleno de violencia y frustración. Por un lado, parecen estar conscientes de la situación angustiante en la

cual se encuentran. Sin embargo, consideran que les resulta difícil escapar. Las razones que les sugiere pensar de esa forma son infinitas. Ahora bien, cuando consiguen salir de ese círculo perverso de agresión, entonces ocurre un renacer de su persona, es decir, la resiliencia.

En las distintas entrevistas, al menos en la mayoría de los casos; la víctima una vez consciente de su situación decide abandonar a su pareja. En otros casos no ocurre de esa forma. Sin embargo, para comprender realmente lo que ocurre; conviene contrastar lo que plantea la bibliografía conjuntamente con lo registrado en las distintas entrevistas efectuadas en el trabajo de campo.

Una de las primeras razones por las cuales, la víctima de violencia de género decide abandonar a su agresor – pareja tiene que ver con la percepción de que su vida se encuentra en peligro. Por ejemplo, en la entrevista número uno; la mujer refiere haber reflexionado de la gravedad de su situación cuando vivió tres días de continuas agresiones físicas. Sin embargo, a raíz de una golpiza muy dura dada por su pareja que le dejó en el hospital por un día entero fue que –luego de conversar con sus padres- decidió dejar a su pareja. Por otro lado, la mujer alega que tenía sentimientos encontrados de culpa y miedo pero que ese mismo temor le llevó a afianzarse más en su decisión. Asimismo, la víctima consultada negó recibir ayuda legal o psicológica para afrontar su situación.

En el caso de Isabel; la situación viene a ser diferente. Puesto que la víctima le confiesa su problema a una asistente social. Al responder la pregunta: ¿Le ha contado el problema a alguien?; responde: “A una asistente social que estaba en el hospital y ella me habló mucho y pregunto muchas cosas de mi familia porque le preocupaba mi salud y la de mis hijos. Ella fue la que me animó a denunciarlo”. De allí que al poco tiempo contrata los servicios de una abogada. Además, la víctima refiere asistir a un grupo de terapia de mujeres golpeadas. Desde entonces abandonó a su pareja y consiguió un beneficio legal que la ampara a fin de que el agresor no se acerque a su residencia ni le causa molestia alguna.

De acuerdo con los dos casos descritos, en la primera entrevista, la víctima aun cuando no recibe asistencia legal ni psicológica; decide abandonar a su pareja con el apoyo de su familia. Esto guarda relación con lo expuesto por Velásquez (2003) quien aborda la situación de la violencia desde las dos aristas: quien la padece y quien sabe abordar. En este caso quien la padece –la víctima- logra estar consciente de situación. Por lo que al reflexionar y con algo de ayuda familiar; decide dejar a su pareja.

Para el segundo caso, se aborda la situación desde el segundo escenario, es decir, quien sabe abordar. En este caso, la víctima primero le confiesa los pormenores de su situación a una asistente

social en el hospital donde se recupera de una paliza propinada por su pareja. Una vez que la asistente conoce en detalle su situación, le recomienda presentar una denuncia ante la autoridad competente y que contrate los servicios de un abogado. Además asiste a un grupo de terapia psicológica. De manera pues, que en el segundo caso se hace un abordaje completo con todos los especialistas vinculados al tratamiento de casos de violencia doméstica, particularmente violencia de género. Esto trae como resultado un resurgir de la víctima quien consigue además una orden restrictiva de protección contra su agresor. Así, disminuye la posibilidad de sufrir agresiones en el futuro a manos de su ex pareja y con la asistencia a la terapia estará plenamente consciente de identificar en el futuro, situaciones donde se presente violencia de género que le puedan afectar a ella o a su entorno. Con esto se corrige el escenario de violencia y por otro lado, la mujer servirá de factor multiplicador de la información. Esto a fin de alentar a otras mujeres que en su entorno social se vean envueltas en violencia de género.

En el caso de Lourdes, la tercera víctima de violencia de género entrevistada; se percibe una situación intermedia. Claramente, la víctima sufre de agresiones físicas a manos de su pareja. En cierta ocasión recibe asistencia médica luego de una golpiza. En ese momento, decide ser asistida por un profesional de la psicología. No obstante, no abandona a su pareja; alegando que las parejas eventualmente presentan problemas como cualquier relación humana. De allí que la forma como aborda la situación es a través de los terapeutas a fin de que los asista, tanto a ella como a su pareja. Esto con el objeto de eliminar las agresiones y generar un ambiente de convivencia sano.

De manera pues, que en las distintas entrevistas efectuadas se presenta un abordaje distinto en cuanto al tema de la resiliencia. En el primer caso presentado, la víctima reflexiona y acepta que está involucrada en medio de una situación de violencia de género. Así, con algo de ayuda decide posteriormente abandonar a su pareja.

En el segundo caso, el abordaje de la situación fue más completo porque la víctima llega a ser asistida por un cuerpo de profesionales vinculados al área: asistente social, terapeuta, abogado. Esto hace que la resolución del caso sea más acabada. Por cuanto, la víctima está consciente de su situación y además le asisten los profesionales, lo cual cumple con los dos escenarios planteados en el marco teórico y al cual se hicieron referencia unos párrafos atrás.

Por último, la tercera víctima está consciente de su papel y se deja asistir por un psicólogo, pero no abandona a su pareja con el ánimo de rescatar su relación sentimental. Sin embargo, para ese resurgimiento y recomposición de la relación, la entrevistada cuenta con el apoyo del terapeuta y su pareja también. Esto es perfectamente comprensible. Puesto que, al estar asistida la pareja por

profesionales, se puede alcanzar un ambiente de concordia y armonía en el hogar de la pareja. Sin embargo, todo dependerá de la evaluación que se haga –por parte de los expertos- a tal efecto. Por otro lado, el cambio de mentalidad y el esfuerzo que se haga por resolver la situación es lo que le ayudará, sin duda, al resurgimiento de su persona.

Asimismo, los altos índices de incidencia de casos de violencia de género, suelen tener su origen en la violencia vívida durante su infancia, visto en sus padres. La violencia de género tiene antecedentes particulares caracterizados por el tema de la cultura y las tradiciones. Ese puede ser un factor determinante que se analizará en lo siguiente.

7.7 Antecedentes familiares de las víctimas de violencia de género

Las víctimas de violencia de género –al menos en su gran mayoría- refieren venir de hogares donde sus padres se veían envueltos en violencia de género. En ese sentido, basta con referirnos a algunas declaraciones dadas en las entrevistas. Por ejemplo, Lourdes de 35 años cuenta: “Cuando éramos chicos mi padre golpeaba a mi hermano porque eran de discutir mucho y mi hermano lo enfrentaba” o Ana Lucía de 32 años, ama de casa: “Mi padre era una persona muy recta y nos pegaba y nos daba penitencia cuando no hacíamos las cosas que él o mi madre nos pedía y mi madre permanecía callada”; también Inés, niñera de 30 años relata: “Mis padres eran de discutir bastante pero a mí nunca me pegaron”; o Elisa, de 21 años: “Mi padre era alcohólico y nos pegaba mucho a mí y a mi madre”

En las afirmaciones recogidas en las entrevistas; se pueden distinguir varios objetos de violencia física durante el tiempo de infancia de la víctima. Por un lado, la persona que recibe la agresión viene a ser la víctima junto con sus hermanos. En tanto que la madre no intervenía en la situación. Esto es consistente con lo que plantean Burin y Meller (2010) en el sentido de que el padre aun cuando se encuentra ausente en el hogar durante buena parte del día por cuestiones de trabajo, se convierte en el responsable directo de las agresiones sufridas por la víctima- Esta situación de violencia sufrida en la infancia va creando un patrón de conducta en la víctima, en donde traslada el papel del padre que sale de casa a trabajar al rol que desempeña su compañero sentimental en la actualidad. En este caso, el compañero tendría “el derecho” de golpear a su pareja por cuanto él vendría siendo en cierto modo esa figura del padre para la víctima.

Por otro lado, cuando alguna de las entrevistadas afirma que no recibieron maltrato ni presenciaron maltrato entre sus padres. Sin embargo, se evidencia la violencia de género del tipo psíquico mostrado por las discusiones permanentes de los padres. En la siguiente afirmación cuando habla acerca de la rectitud del padre, el cual hacía sentir esa particularidad cuando no se hacían las

cosas de acuerdo a como se solicitaban; se percibe en cierto modo, ese rol de cabeza de hogar y proveedor. Específicamente en lo relacionado al dominio y control de hogar por parte del padre quien es percibido como una persona “recta” en sus cosas. Ese tipo de percepciones desarrollan en el niño o niña, percepciones que propician y alimentan la violencia como un medio para lograr un fin.

De acuerdo con lo anteriormente descrito, se comprueba lo que señale Hirigoyen (1999) en este aspecto donde destaca que la tolerancia de las víctimas a la violencia intrafamiliar sufrida durante sus infancias, hacen que exista una altísima probabilidad de que reproduzcan ese patrón de referencia en su vida de adultos cuando formalizan una relación en pareja. Ese patrón de referencia viene a ser reproducido tanto por las víctimas como por los victimarios, de acuerdo con lo que expresa el citado autor. Por lo que no extraña al momento de realizar las entrevistas y al consultarles a las víctimas en cuanto a ese tema que ciertamente se verifica ese criterio.

Por otra parte, la figura del padre que ejerce dominio sobre el resto de los integrantes de la familia a través de la violencia y el cual se recoge en las distintas entrevistas efectuadas concuerda con lo que se recoge en el marco teórico. Particularmente, en la definición de la familia basado en la concepción patriarcal. Como se recordará en esa cultura patriarcal, el hombre se percibe como cabeza de hogar y proveedor. Por tanto viene a ser el jefe de familia al cual no se le discuten sus juicios ni sus métodos. Además, el rol que cumple cada quien dentro de ese esquema de concepción patriarcal se encuentra claramente definido. Básicamente, el padre pide o exige y los demás obedecen o se atienen a las consecuencias.

Asimismo, en la violencia de género se advierten acerca de ciertos aspectos relacionados con la conducta asumida por la víctima y por sus parientes dentro de la violencia intrafamiliar. Uno de esos aspectos tiene que ver con el hecho de que la madre no está en posición de proteger a los hijos de los castigos y maltratos sufridos por los hijos a manos del padre. Por otra parte, un rasgo importante de la violencia de género tiene que ver con la persistencia de ésta. En ese sentido, se requiere determinar las causas que están detrás de ello.

7.8 Causas habituales de la persistencia en la situación de violencia de género

Existen varias causas que hacen de la violencia de género, una cuestión que persiste por largo tiempo en las relaciones de pareja. En ese sentido, se tiene la concepción de la sociedad patriarcal de la cual se explicó en detalle a lo largo de la sección anterior. Además de esto, existen otras conductas prefijadas en la mente de la víctima que de algún modo retrasan su salida de ese círculo de violencia en el cual se encuentra. Así, resulta común encontrar afirmaciones en las entrevistas realizadas a las

víctimas que apunta hacia esa dirección. Una primera conducta tiene que ver con la evasión, la cual se evidencia en la siguiente declaración dada por Lourdes: “En realidad creo que me afecta siempre, pasa que trato de no pensar en el tema y aprovechar las veces que vamos a terapia” o bien María José: “Siento impotencia de no saber que decirle cuando comienza a gritar, porque cuanto más trato de calmarlo más se altera”

En la primera afirmación se consigue una clara conducta a evadir la dificultad de la situación quizá con el ánimo de no sentirse agobiada la víctima. En la segunda afirmación se percibe un grado de frustración por parte de la víctima quien se responsabiliza por la actitud tomada por su pareja. En este punto, la víctima ignora que cada quien es responsable de sus propias acciones. Por lo que, la actitud agresiva mostrada por su pareja en realidad no depende de ella sino de la forma como su agresor percibe la situación.

En ambos casos se estima que la víctima encaja en el perfil descrito en el marco teórico. Particularmente, en lo que concierne al ideal de mujer que se configura en la sociedad patriarcal. En esa cultura, la mujer debe ser capaz de tolerar todo a su pareja. Con ello, se busca reducir las discusiones y contiendas dentro del hogar. De allí que la víctima ignora o pasa por alto que en realidad su pareja puede presentar trastornos de la personalidad. Por lo que, la posición correcta que se debe adoptar debe ser la de solicitar ayuda profesional para recuperar la convivencia familiar o abandonar esa relación sentimental inconveniente. Por otro lado, el apoyo de la familia también puede ser altamente valorado si actúa a favor de la convivencia o del rescate de la víctima. Ese apoyo constituye otro rasgo fundamental en la resolución de conflicto que debe ser considerado.

7.9 Apoyo familiar que poseen las víctimas de la violencia de género

El tema de la violencia de género tiene un impacto negativo no solo en la víctima quien la padece directamente a manos de su pareja quien se constituye en su agresor. Esa violencia también alcanza a sus familiares directos que tienen que lidiar con una situación compleja. La entrevista número uno, la cual fue realizada a María Luz recoge las impresiones de una mujer afectada por la violencia y que luego recurre a su familia en busca de apoyo. Al respecto comenta: “...la verdad estaba preocupada por irme y llevarme a los niños. Le tuve que contar a mis padres con los que vivo ahora”. En este caso se tiene una situación en la cual se ven involucrados los parientes de la víctima, específicamente sus padres. La víctima acude a ellos en un intento por encontrar apoyo psicológico y moral ante la situación planteada con su pareja.

Una experiencia similar fue vivida por Serena, la peluquera de 35 años quien decidió abandonar a su pareja por miedo a seguir sufriendo agresiones a cargo de su pareja. En ese sentido, afirma que: “...me fui a la casa de mi hermano mayor, ellos me cuidan mucho” Asimismo cuenta la víctima que la causa que originó su decisión de abandonar a su pareja tuvo que ver con una pérdida de embarazo: “El límite para mí fue el día que pude haber perdido al bebé por el golpe que me dio”. Esa situación afectó doblemente a la familia de la víctima. Por cuanto, pasaron por la pérdida del nuevo integrante familiar y tuvieron que lidiar con el rompimiento de la relación conyugal por parte de su pariente. En ese caso, la víctima decide irse a casa de un hermano en procura de apoyo en ese momento difícil.

En la entrevista realizada a Rocío, empleada doméstica de 23 años; se tiene un caso similar de apoyo familiar hacia la víctima, fundamentado en el otorgamiento de residencia temporal o permanente a la mujer víctima de violencia de género. Al respecto comenta: “Me fui de casa mientras él estaba trabajando, junte mi ropa y algunas pocas cosas y me volví de mis padres” De manera pues, que a lo largo de las distintas entrevistas en las cuales, la familia de la víctima jugó un papel fundamental en la resolución del conflicto a través de la figura del refugio. Sin embargo, existen otras variantes en las cuales, la familia actúa a favor de la víctima.

En ocasiones, la familia de la víctima influye en la decisión de ésta de separarse de su pareja. Toda vez que comprenden que su pariente atraviesa por una situación que amerita una situación drástica. Esto teniendo en consideración que su familiar puede seguir siendo objeto de lesiones físicas leves o graves e incluso, le puede ocasionar la muerte. En la entrevista realizada a una de las víctimas de nombre Selena, ama de casa de 42 años, se da cuenta de la influencia que puede tener la familia de la víctima quien al respecto comenta que le conto a sus familiares: “A mi hermana y a mis padres, ellos me alentaron a separarme”

En algunos casos, la familia sirve de orientación a la víctima acerca de lo que debe hacer, tal como ocurrió con la joven mujer entrevistada de nombre Victoria de apenas 21 años de edad, la cual afirma que: “Fui unos 2 meses a la psicóloga por pedido de mi madre pero después lo dejé, no lo necesitaba”, también en esa misma entrevista, la víctima cuenta que con el ánimo de resolver el problema acudió a su familia para que mediara en el conflicto con su pareja. En tal sentido comenta: “Le conté a mis padres y hablaron con él y dijo que iba a cambiar, pero no resultó”. En esta oportunidad se observa una situación en la que la familia actúa con una doble función. Por una parte, la familia actúa como orientadora –la madre de la víctima- y como parte mediadora; tratando de resolver

el conflicto. En este caso, hubo un apoyo mayor a la víctima por cuanto en su relación de pareja se presentaban hechos de violencia física sumado a un tema de consumo de drogas.

Por otro lado, cuando la víctima cuenta con antecedentes familiares en donde se dieron situaciones de violencia, la vía de escape para una solución venida del ámbito familiar se encuentra cerrada. Por lo que, la víctima puede procurar acciones más drásticas para resolver su difícil situación sino encuentra otra alternativa. En la entrevista número once se evidencia ese tipo de situación particular, en la cual, la víctima no cuenta con apoyo familiar pero en cambio consigue soporte en una persona amiga, un vecino.

7.10 Perfil del victimario en la violencia de género

El perfil del victimario se puede determinar a raíz de las distintas entrevistas realizadas a las víctimas. En esas entrevistas efectuadas a propósito del trabajo de campo que complementa esta investigación, se busca encontrar respuestas a esta y otras interrogantes, por medio de una serie de preguntas. Así, en la entrevista realizada a María Luz de ocupación ama de casa, se efectúa la primera pregunta orientada precisamente a buscar una respuesta que permita construir un perfil del victimario, el cual se trata de Carlos, un constructor de 25 años. Al respecto, se le consulta: ¿Cómo explicaría el maltrato al que se vio sometida? Ante esto, la víctima responde que considera que el hecho de no hacer las cosas como su pareja le pide, es lo que causa el maltrato que recibe. Asimismo, en entrevista hecha a Isabel de 29 años, la respuesta a esa pregunta fue la siguiente: “Creo que como trabajo mucho no le dedico tantas horas como merece un esposo”. En este caso, la pareja de la víctima es un obrero de las rutas de José Luis de 35 años.

Estas dos primeras respuestas permiten desde ya tener una perspectiva del perfil del victimario que se caracteriza en primera instancia, por una aparente justificación de la víctima. Por el otro lado, se percibe una caracterización del victimario que va en línea con lo que expone Velásquez (2003) y que fue recogido en los antecedentes. Particularmente, en lo concerniente al hecho de que el agresor actúa con violencia hacia su pareja por el hecho de sentir que está siendo desobedecido, descalificado o desautorizado. Esto tiene su origen en una aparente frustración que siente al ver en peligro su posición. Desde ese punto de vista, como se recordará, el ideal de varón implica fortaleza, dominio y poder. De allí que el victimario percibe que esas cualidades están siendo de alguna manera “lesionadas” por su pareja ante lo cual actúa con violencia.

En las siguientes entrevistas efectuadas a las víctimas resultan interesante las respuestas que se obtienen cuando se realiza la misma pregunta. Por ejemplo, en entrevista hecha a Lourdes, la ama de

casa de 35 años, la respuesta fue la siguiente: "...se altere cuando las cosas no van bien en el negocio, y tal vez no lo comprendo lo suficiente, pero no sé cómo ayudarlo a que se calme". De esta declaración, se consigue que el victimario se erige como el único que puede controlar todo, incluso cuestiones cuyos resultados dependen de una serie de factores; tal como ocurre con los negocios. En este particular, el victimario cree que puede controlar la buena marcha de los negocios y que es capaz de garantizar los resultados. Por lo que, al tener un revés en los negocios se genera en él, una frustración, la cual buscará de descargar sobre su pareja por medio de la violencia. En este aspecto, el victimario pasa por alto, el hecho de que el éxito de los negocios depende de múltiples factores. Entre ellos, ciertamente se encuentra su desempeño como comerciante, vendedor o lo que fuere sino que otros factores entran en juego y determinan los resultados.

En la entrevista realizada a Lucía, empleada doméstica de 48 años, la víctima refiere que su agresor actuaba con violencia por cuestiones sin importancia. Al respecto señala que: "Yo no entendía por qué se alteraba o que cosa detonaba su enojo, yo creo que él tenía otra mujer y ya no soportaba vivir conmigo y cada vez que los chicos se comportaban mal el explotaba porque decía que no podía estar en paz en su propia casa". En la entrevista que se le realizó a Selenia de 42 años, la víctima responde: "Creo que a veces lo provocaba yo cuando le hacía algunos reclamos y otras veces el venía alterado por algo" o cuando se le pregunta a Maribel de 42 años: "Creo que él estaba frustrado por el tema de que tenía problemas de esterilidad y se desquitó conmigo"

En la afirmación donde se da cuenta de una molestia mostrada por parte del agresor que –en palabras de la víctima- se fundamenta en la sospecha de una aparente aventura amorosa o bien porque los hijos se comportan de manera inadecuada. Ante este cuadro, se tiene una personalidad perversa que apela a una racionalidad en la cual, el agresor no es culpable sino que viene a ser el agraviado. El agravio tiene que ver con el hecho de que tuvo que procurar una aventura amorosa por culpa de su pareja y que los niños en cualquier caso, se comportan de manera impropia porque quieren desafiar su posición. Evidentemente que esto desencadena la ira del victimario ante lo cual no siente remordimiento. Ahora bien, en ocasiones el victimario –así lo señalan las víctimas- aparentemente se arrepienten de sus acciones. Sin embargo, esto ocurre cuando perciben que se les desmorone su statu quo, es decir, su posición de poder, fortaleza y dominio. Especialmente cuando se exceden en sus agresiones y la víctima cae inconsciente o va a parar en el hospital. Este remordimiento, en realidad no es tal –al menos en la mayoría de los casos- sino que se hace con el propósito de recuperar el hábitat, es decir, el entorno en el cual, el victimario seguirá ejerciendo su posición de dominio.

Lo anterior concuerda con lo expuesto por Velásquez (2003) en el sentido de que la racionalidad del agresor se fundamenta en un proceso psíquico que el agresor desarrolla a través de la observación del comportamiento de la víctima. Posteriormente, esto lo utiliza como argumento para justificar su violencia desmedida en contra de la víctima. La idea consiste esencialmente en mantener su poder y a su víctima ante lo cual, hará lo que considere necesario.

Un hecho que refuerza el criterio anterior tiene que ver con una declaración dada por una de las víctimas que al respecto de una agresión violenta sufrida a manos de su agresor comenta lo siguiente: “...hasta que me golpeo en la cara y me rompió el vestido a los tirones y me dijo lo deje en paz, que necesitaba tranquilidad”. De este hecho se desprende que el agresor interpreta como una perturbación, el hecho de que su esposa vista de una manera o de otra. Es decir, la rotura del vestido viene a ser responsabilidad exclusiva de la víctima quien se viste de un modo inadecuado –de acuerdo al criterio del agresor- lo que desencadena la agresión. En esto se refuerza el miedo a lo desconocido por parte del opresor. Puesto que, el hecho de salir de fiesta supone entrar a un ambiente donde la atención va a estar dirigida hacia su esposa porque el atuendo que lleva puesto le hace más atractiva. Eso va en contramano a la perspectiva del agresor. En ese sentido conviene recordar que el agresor comprende un ser esencialmente narcisista, megalómano. Para este tipo de sujetos, la atención debe estar enfocada hacia a ellos (Hirigoyen, 1999). Puesto que piensan que ellos son más importantes que los demás y por tanto, se merecen todo lo mejor.

Por otra parte, el hecho de que el hombre piense que el vestido que carga puesto su esposa resulta inapropiado, tiene que ver con el hecho de que se consideran un patrón de referencia. Por tanto, ellos se erigen como la autoridad absoluta para decidir lo que está bien o mal. De allí que harán lo necesario con tal de restablecer el orden. Por eso no extraña este tipo de acciones violentas.

En la entrevista que se le practicó a Ana Lucía, ama de casa de 32 años, a una de las víctimas de la violencia de género, se evidencia un caso de violencia física y psíquica en la cual, el agresor siente amenazada su posición de poder por la presencia de otro miembro de la familia. En ese sentido, ante la pregunta: ¿Cómo explicaría el maltrato al cual se ha visto sometida? La respuesta de la víctima fue la siguiente: “Creo que no termina de aceptar a mi hijo y cada vez que le pido algo para él se pone violento porque me dice que no le corresponde a él, que le pida al padre del chico y más de una vez me golpea”

En el caso anterior se infiere que el agresor percibe al hijo de la víctima que proviene de otra relación como un extraño, como una especie de contrincante que viene a disputar su posición de

dominio sobre la víctima. En realidad, el victimario considera al hijo de la víctima como un contrario, al cual hay que buscar la forma de despachar. Por esa razón es que se molesta cuando se le solicita recursos materiales para su sustento. Esto se considera inaceptable para el agresor quien opta por maltratar al joven con la esperanza de que abandone el hogar, es decir, su territorio.

Por otro lado, conviene establecer la asociación existente entre la víctima y el victimario en el contexto de la violencia de género a partir del punto de vista psicológico. Esto teniendo en cuenta que el agresor puede desenvolverse en su entorno por la colaboración consciente o no de su víctima. De allí que resulta apropiado considerar esa vinculación.

El agresor cíclico emocionalmente inestable como se sabe, comprende un tipo particular de agresor caracterizado por las reacciones que muestra hacia su pareja. En ese sentido, en las distintas entrevistas suele ser común encontrarse con casos en donde el victimario concuerda con ese perfil de agresor. De allí que se pueden conseguir afirmaciones como las que ofrece Lucía, 48 años, empleada doméstica: "...llegamos a casa me hizo una escena de celos y me dio una bofetada muy fuerte..."; "Creí que era una escena de celos y nada más, que no volvería a pasar" o de Inés, 30 años, niñera "Él siempre fue un hombre celoso, sin motivos, pero es más fuerte que él. No puede verme cerca ni siquiera hablar con ningún vecino"; "Comenzaba con escena de celos y paraba después que me pegaba"

En los aportes que dan las féminas en cuanto a los incidentes de celos que terminaban en violencia física y psíquica se observa un caso típico de agresor cíclico emocionalmente inestable. En donde el agresor actúa de esa forma porque tiene cierto temor a ser abandonado por su pareja y perder el control de la misma. Por lo que su forma de drenar esa frustración es a través de las escenas recurrentes de celos. Además suelen acompañar esas escenas de celos con agresiones físicas, tal como lo refieren las mujeres entrevistadas.

Por otro lado, se perciben ciertos rasgos distintivos de violencia, tales como el control y conocimiento. Como se recordará, el victimario presenta un apetito insaciable por controlar a su víctima. Por lo que ejerce sobre ella el control psicológico. De esa forma no se sentirá defraudado o engañado. Ello se evidencia en algunas entrevistas en donde las víctimas aseguran que su agresor las celaba con los vecinos o con algún familiar que se encontraba de visita o viviendo en la casa de ambos. En ese aspecto conviene traer a colación lo que relata Rosario de 33 años: "Era un problema, porque su hermano vino a vivir un tiempo con nosotros porque se estaba separando de su esposa y mi marido se lo ofreció. No entiendo sus escenas de celos si yo no tenía nada que ver con mi cuñado"

El agresor suele utilizar el tema de los celos para establecer un control brutal sobre su víctima. Pues a partir de los celos, la víctima se siente impedida de formalizar cualquier vínculo con cualquier persona a lo externo de la relación de pareja, sobre todo si se trata de sujetos que pueden eventualmente “arrebatarles” el objeto de dominio. Pues, el agresor –como se sabe– percibe a su víctima como una posesión u objeto del cual dispone como le conviene. Así, los celos se utilizan con una doble intención. Por un lado, se priva a la víctima de establecer algún tipo de alianza o relación con alguien más y por el otro lado, se mantiene bajo permanente sumisión a la víctima. Pues, evitará ampliar su círculo social para no causar inconveniente a su pareja.

Un aspecto fundamental que existe sobre el perfil del victimario tiene que ver con el aspecto patriarcal. En ese aspecto, se consiguen declaraciones en las entrevistas realizadas a las víctimas en donde se tiene evidencia de ese rasgo distintivo. Por ejemplo, cuando se le pregunta a Isabel de 29 años, una de las víctimas para que describan cómo fue su último incidente de violencia; se obtienen respuestas como la siguiente: “Cuando llegue a casa 2 horas más tarde de lo normal, le conté contenta que había traído más dinero y me dijo que no le importaba, que el necesitaba comer a horario y que los chicos tenían hambre y comenzó a golpearme al punto de perder el conocimiento”

En la narración anterior, se tiene un caso típico de agresor donde priva la cuestión patriarcal. En la cultura occidental y fundamentalmente en los países latinoamericanos con mayor grado, se tiene la creencia de que el padre o jefe de familia es quien coordina todo acerca de la dinámica de un hogar. De allí que también regirá los pasos que dará cada uno de los integrantes del grupo familiar y cómo deben comportarse. Por eso en el incidente, el agresor argumenta que tanto él como los niños no comieron porque su pareja no está allí para atender esa necesidad. Por lo que determina que cuando llegue la víctima al hogar “pondrá orden”. Es por eso que cuando llega su víctima a la casa arremete con violencia para dejar claro que él está allí como jefe de hogar para mediar en esas situaciones donde uno de los integrantes del núcleo no se comporta como es debido.

Por otro lado, se advierte que el agresor ejerce sobre la víctima uno de los seis tipos de abuso, particularmente en este caso, el financiero. Así, si el agresor logra mantener a raya a su víctima con la restricción económica, entonces tendrá cercada a su víctima. Si la víctima tiene ingresos económicos limitados será fácil para el agresor controlarla. Por lo que no podrá en el futuro cercano, sublevarse ante su agresor.

De acuerdo con la situación narrada por la víctima, su agresor ejerce la violencia de una manera muy natural. Entendiendo con ello que ese tipo de estrategia es algo completamente válido para

mantener el orden dentro del hogar. Esto concuerda con planteado por Hirigoyen (1999) en el sentido de que el agresor busca a través de la violencia que la víctima se aleje con lo cual la convierte en cómplice. El agresor le hace ver a su víctima que la violencia es un hecho completamente normal y lógico. Por lo que no le debe causar ningún tipo de asombro. La misma entrevistada refiere que: “Creo que me amaba a su manera...” Ese tipo de declaración hace inferir que el tema de la violencia podía ser para ella un hecho natural, normal que el agresor ejercía porque esa era su forma de expresar amor. Esto es completamente falso y además refleja un aspecto enfermizo que predomina en muchas relaciones de pareja. Esto tiene que ver precisamente con ese rasgo patriarcal de la cultura.

Ahora bien, el tema del abuso financiero comprende un elemento mediante el cual, el agresor somete a la víctima a sus designios. Particularmente, en la muestra recogida se observa que en los casos donde sucede este tipo de abusos no se observa la cualidad del parasitismo que también viene a ser un rasgo distintivo del abuso financiero. Es preciso recordar que en el caso de abuso financiero, el agresor también suele vivir a expensas de su víctima, arrebatándole los ingresos que perciba por su jornada laboral. Sin embargo, el abuso financiero encontrado en varias de las víctimas tiene que ver con la limitación que el agresor hace a la víctima para que ésta no vaya a buscar trabajo. Por otro lado, si la víctima tiene algún tipo de trabajo, éste no debe interferir con los quehaceres domésticos. Puesto que el agresor jamás compartirá las tareas domésticas con su víctima.

Por otra parte, en las entrevistas realizadas se les preguntó a las víctimas que si llegaron a tener pensamientos de suicidio. Al respecto, una de las víctimas, concretamente María Luz de 22 años respondió: “Alguna vez tuve la idea pero fue solo por un momento...”. De igual forma le ocurrió a Elisa de 21 años: “Una vez lo pensé, cuando me dejó encerrada en el baño, pensé por un momento en cortarme las venas ahí mismo”. Aunque este tipo de pensamientos se presentó en un par de las víctimas consultadas, vale la pena analizar este aspecto que distingue al agresor. En este punto resulta conveniente recordar que el agresor efectúa su trabajo de dominación sobre la víctima en cuatro escalas.

La segunda escala tiene que ver con el abuso emocional. Por medio de este tipo de abusos, el agresor procura mediante los insultos y desvalorizaciones inducir comportamientos insanos en su víctima. Uno de ellos tiene que ver con el hecho de que la víctima llega a sentirse tan despreciada, acorralada que puede tener en algún momento o en varios, pensamientos de acabar con su vida; tal como refieren algunas de las mujeres víctimas de violencia de género entrevistadas.

Asimismo, se observa en la mayoría de las víctimas que el agresor cumple a cabalidad con la primera escala de la agresión. Como se recordará, en la primera escala se observa un linchamiento del desarrollo personal de la víctima cuando se le exige que debe cumplir completamente con las tareas domésticas. Además, el agresor limita a su víctima a que participe de actividades sociales como fiestas o reuniones familiares. En una entrevista en particular, se observa la molestia del agresor porque su víctima se encontraba en una reunión familiar, lo cual se convirtió en un tema de discusión en la que se presentaron agresiones físicas.

Por otra parte, en las entrevistas, se advierte que el agresor ejecuta con especial énfasis el tema de la violencia física. En este tipo de violencia se tienen todo tipo de agresiones desde empujones a moretones o golpes contundentes. De allí que en las distintas entrevistas, las féminas señalan que: “El más grave fue cuando me empujo contra la pared...”, tal como le ocurrió a María José de 40 años. “Después de la segunda vez que me dio una bofetada...”. Una situación similar la vivió Ana Lucía de 32 años: “...agarró las cosas las tiró al piso y me tomo del cabello y comenzó a pegarme en la cara...”. O como le ocurrió a Lucía de 48 años: “Había muchos momentos de gritos y maltrato en los últimos 2 años”

En esa pequeña muestra de las declaraciones ofrecidas por las víctimas con relación al tipo de agresión física sufrida; se observa todo un repertorio de lesiones. Desde empujones, pasando por bofetadas hasta tirones de cabello y golpes en la cara. Llama la atención que la mayoría de los golpes dados por el agresor se dirigen hacia la cara de la víctima o en todo caso hacia la cabeza. En este sentido, el agresor trata de desfigurar de algún modo el rostro de la víctima, toda vez que el rostro de una mujer reviste particular importancia por el tema de la belleza y la coquetería femenina. Eso lo sabe el agresor.

Acerca de la cuarta y última escala de agresiones referidas en el marco teórico, se tiene a los abusos sexuales. En buena parte de las entrevistas, se advierte acerca de la intención de concretar relaciones sexuales, especialmente en momentos posteriores al incidente de violencia. En este aspecto, vale aclarar que el agresor actúa de esa forma no para manifestar su amor hacia la pareja. Al contrario, lo hace como una forma de manifestar su dominación hacia la víctima. Esto el hecho de que las víctimas dan cuenta de un apetito insaciable por parte del agresor con respecto a este tema. Por lo que no es de extrañar que las víctimas –como en el caso de Ana Lucía de 48 años- señalen lo siguiente: “Si, varias veces. Él era muy insistente con eso y para no darle motivos a discusión yo accedía” y de Inés de

30 años cuando señala que: “Si, muchas veces porque no quiero darle motivos para que se enfurezca y vuelva a pegarme”, en fin.

Tal como se aprecia en las declaraciones anteriores, el tema del abuso sexual correspondiente a la cuarta escala de agresiones que el victimario ejerce su víctima viene a ser un tema que pasa con relativa frecuencia. Sin embargo, no necesariamente viene a ser la norma. En ocasiones, se observa que el agresor no recurre a este tipo de escala de agresiones. En ese sentido, se pueden conseguir declaraciones como la de Maribel, maestra de 42 años quien señala: “No, cuando yo le decía que no él me respetaba aunque se enojara a veces” Curiosamente, en este caso se observa que el agresor no ejerce la agresión sexual como arma para dominar a su víctima. Sin embargo, si empleaba las agresiones físicas de manera regular contra su pareja.

Ahora bien conforme a lo que expresan las víctimas de violencia de género; se puede establecer un perfil del victimario a partir de lo que se infiere en las distintas declaraciones dadas. Por ejemplo, “Yo no entendía por qué se alteraba o que cosa detonaba su enojo, yo creo que él tenía otra mujer y ya no soportaba vivir conmigo y cada vez que los chicos se comportaban mal el explotaba... (Lucía, 48 años)”; Maribel de 42 años: “Creo que él estaba frustrado por el tema de que tenía problemas de esterilidad y se desquitó conmigo”. Este tipo de comportamientos mostrados por el agresor –tal como lo revela la víctima- muestra un perfil que encaja dentro de lo que se conoce como persona paranoica. Esto teniendo en consideración lo que expresa Hirigoyen (1999) cuando dice que este tipo de personas se caracterizan por ser orgullosas y poco tolerantes. Claramente, se puede evidenciar esa conducta cuando la víctima afirma que su pareja se alteraba por cualquier tontería. Por otro lado, cuando Maribel hace hincapié en el tema de la esterilidad y que esto definitivamente influye en el comportamiento de su pareja; entonces se está en presencia de una persona excesivamente orgullosa. Debido a que no procura solucionar su problema a través de un profesional (urólogo) sino que prefiere pagar su frustración con la pareja.

Por otro lado, cuando una de las mujeres víctimas –Ana Lucía- dice que: “Creo que no termina de aceptar a mi hijo y cada vez que le pido algo para él se pone violento porque me dice que no le corresponde a él, que le pida al padre del chico y más de una vez me golpea” muestra un tipo de agresor que se enmarca dentro de la categoría narcisista. Esto conforme al citado autor quien señala que la persona narcisista se caracteriza por creerse más importante que los demás; estimándose como una persona única y muy especial. De tal manera pues que es posible caracterizar al tipo de agresor a partir

de lo que expresan las víctimas, toda vez que son ellas quienes viven en primera persona, los desequilibrios del agresor.

De manera pues, que el agresor se caracteriza por mostrar un comportamiento enfermizo que busca en todo momento mantener el dominio sobre su víctima. Por otra parte, el agresor actúa del modo en que lo hace porque existe cierta permisividad por parte de la víctima. Lo cual le da libertad al agresor para hacer lo que hace. Esa asociación intrínseca entre el agresor y la víctima comprende un tema de interés que vale la pena considerar a efectos de robustecer la investigación en curso.

7.11 Relación víctima – victimario en el contexto de la violencia de género desde la perspectiva psicológica

La relación víctima – victimario en el contexto de la violencia de género se fundamenta en distintos rasgos del comportamiento de los actores involucrados. Por un lado, el victimario desarrolla ciertos atributos al igual que las víctimas, los cuales distinguen uno del otro. Por el otro lado, está la dinámica que va desarrollando la relación de pareja que al ser disfuncional genera síntomas de estrés y angustia, entre otros. Particularmente, en el agresor se pretende tener subyugada a la pareja y todo aquello que amenace esa posición de amo y de señor, suele ser motivo de frustración lo que deviene en violencia.

En lo sucesivo, se va analizar a raíz de lo registrado en las entrevistas de campo, aquello que se considere relevante para caracterizar tanto al agresor como a la víctima. Esto con el fin de modelar una caracterización de la víctima y el victimario.

En la entrevista cuando se le pregunta a la víctima acerca de lo que le pasa o siente al respecto de la violencia de género que padece; es común encontrar respuestas como las ofrecidas por María Luz, ama de casa de 22 años: “Me sentía culpable porque quería abandonarlo y a la vez me daba culpa” o “Me cuesta olvidarme de eso porque además es muy reciente todo. Es difícil superarlo rápido” Por otro lado, cuando se le consulta a la víctima acerca de si hizo algo para enfrentarse a las agresiones y que obtuvo con ello; la respuesta en ese sentido fue la siguiente: “No, nada, no me animaba además tenía miedo que golpeará a los niños si yo lo enfrentaba”.

En un primer acercamiento a la situación planteada, se percibe que la víctima desarrolla sentimientos de culpa por tener la disposición de abandonar a su agresor. Además, se percibe que el conflicto planteado en los términos en los cuales se presenta; resulta una situación difícil de superar. Por lo que la víctima continúa viviendo sumida en la culpa. Por otro lado, el recuerdo de las agresiones

persiste, lo que contribuye a que se consolide un soporte en la víctima hacia su victimario. Esto resulta bastante curioso. Por cuanto percibe la víctima percibe que su agresor es a la vez su soporte o bien, alguien a quien ella debe cuidar.

La situación en la cual se encuentra involucrada la víctima entrevistada compagina con lo que plantea Hirigoyen (1999) quien plantea las dos fases en las cuales se conforma esa relación víctima – victimario. En tal sentido, la fase en la cual se encontraría la víctima tiene que ver con la fase de dominio. En dicha fase, como se recordará, la confusión por la cual atraviesa la víctima, le imposibilita de poder reaccionar al respecto. Asimismo, la duda le asalta a la víctima y esto le hace creer que ella viene a ser la culpable de la situación de violencia por la cual está atravesando su relación de pareja. Otro elemento a considerar tiene que ver con el miedo manifiesto por la víctima en cuanto a las consecuencias que pudiera tener para ella y sus hijos, una eventual separación.

En otros casos, la violencia surge sin que la víctima conozca a ciencia cierta qué fue lo que la ocasionó. En una entrevista hecha a Thalía, empleada de 23 años cuando se le pregunta: ¿Qué hacía para frenar la violencia?, su respuesta fue: “Traté de hablarle pero no pude, era todo muy confuso” En este caso se percibe una mezcla de duda y miedo por desconocer los motivos reales por los cuales, el agresor se molestó. Por lo que, la resistencia ante tal agresión viene a ser la sumisión.

El victimario se vale de una serie de emociones negativas, las cuales genera en su víctima. Esto para mantenerla sometida. Así, el miedo suele ser una forma recurrente por medio de la cual, el agresor somete a su víctima. De allí que al consultar en las entrevistas acerca de lo que hacían las víctimas para frenar la violencia. Las respuestas en ese sentido apuntan hacia una misma dirección, hacia la sumisión de la víctima y por tanto, una supremacía del agresor: “...no me animaba además tenía miedo que golpear a los niños... (María Luz, 22 años). Al respecto, Isabel de 29 años revela: “Me quedaba quieta y sin hablar, era la forma en que él se calmaba más rápido”. Asimismo, María José, ama de casa de 40 años dice: “Trataba de calmarlo pero si no me resultaba me quedaba callada” o bien Ana Lucía: “No hago nada, me quedo quieta porque así pasa más rápido. Pedirle que pare o gritarle es peor” Por otro lado, el tema de la sumisión –como se recordará- genera en la víctima, una acumulación de tensión interior, vale decir, de estrés que viene como consecuencia de aceptar pasivamente la agresión: “Me quedaba quieta, me mostraba sumisa y le pedía por los niños (María Luz, 22 años)”. Por otra parte, las palizas llegan a ser recurrentes. Esto genera en la víctima una serie de eventos a lo interno del organismo, lo cual es propio de la situación de estrés que está confrontando. Así, la víctima se desgasta

física y mentalmente. En tanto que el victimario consigue eludir ese estado de estrés bajo el argumento de que la culpa recae sobre su víctima quien es la causante de sus arranques de ira.

7.12 Asistencia recibida por las víctimas de la violencia de género

La asistencia que reciben las víctimas de violencia de género proviene esencialmente de su entorno más cercano, vale decir, su familia y amigos así como también de la comunidad, fundamentalmente en la figura de los profesionales que pueden ayudar a la víctima: personal asistencial tanto hospitalario como social. Además, está el profesional psicólogo y el abogado que también pueden prestar ayuda. La autoridad también puede aportar solución al tema de la violencia de género, especialmente cuando la víctima es mujer, lo cual suele ser común en los casos de violencia de género.

De allí que en las entrevistas realizadas; se encuentra evidencia que apunta hacia la participación del entorno de la víctima en la resolución de su conflicto. Tal como ocurre con el caso de Isabel de 29 años quine se atrevió a llevar a su compañero José Luis, obrero de las rutas de 35 años: “Me ayuda la abogada que le dije antes, una abogada de oficio y la asistente social me derivó a un grupo de ayuda”. “A una asistente social que estaba en el hospital y ella me habló mucho y pregunto muchas cosas de mi familia porque le preocupaba mi salud y la de mis hijos. Ella fue la que me animó a denunciarlo”.

En primera instancia, la víctima es apoyada por la asistente social quien al verle en las condiciones en las cuales se encuentra (violencia de género) le realiza una serie de preguntas para determinar el grado de complejidad de la situación. Además, le invita a solicitar ayuda legal para resolver su caso. De acuerdo con lo que explica la propia víctima en la entrevista así como los autores que investigan en cuanto al tema; se percibe que la ayuda profesional comprende el tipo de asistencia integral al cual la víctima puede acceder si se decide a cambiar su situación.

De acuerdo con esto, es preciso aclarar que el rol que cumplen los profesionales vinculados al tema de la asistencia a la víctima de violencia de género se centra en prestar asistencia desde el punto de vista psicológico, social y legal. Esto teniendo en cuenta que la situación por la cual atraviesa la víctima así lo exige. Asimismo, los organismos competentes están en disposición de prestar la ayuda pertinente, a los fines de evitar que la víctima siga sufriendo agresiones a manos de su pareja. Así, tanto profesionales como las instituciones contribuyen a generar esa superación personal –la resiliencia que la víctima necesita. De ese apoyo institucional da cuenta una de las entrevistadas cuando afirma que: “Si, lo denuncié, y lo tuvieron detenido dos días”

Por otra parte, en algunas entrevistas, las mujeres víctimas de violencia de género afirman que hicieron todo por mantener la unión familiar. Una afirmación en cuanto a ese tema, se desprende de lo dicho por la propia Isabel: “Siempre quise salvar nuestra pareja y mantener la familia unida y en paz, pero no se pudo, y le juro que lo intenté pero él nunca quiso pedir ayuda por el tema de la bebida”. En esta declaración se observa que la entrevistada procuraba por cualquier medio mantener la unidad del hogar a pesar del grave problema que su pareja presentaba con la bebida. Este tipo de comportamiento de la víctima es consistente con lo planteado en la revisión bibliográfica realizada a propósito de esta investigación.

Particularmente, esto tiene que ver con lo que Hirigoyen (1999) llama el imaginario social, el cual no es sino una cultura arraigada sobre todo en países de Latinoamérica, en los cuales, se valora a la mujer de acuerdo a su capacidad para mantener un hogar. Lo cual quiere decir que la mujer se estima en cuanto a su dignidad, identidad y seguridad por el hecho de que viva en unión conyugal con sus hijos. Pues, para la sociedad eso es lo que le da valor a una mujer. Ese constructo permite que el victimario tenga una especie de “soporte” en la propia sociedad. Pues, ese propio constructo social actúa como una especie de mandato sobre la mujer: Por lo que la mujer víctima de violencia de género, lo pensará dos veces antes que abandonar a su esposo. Por cuanto valora las consecuencias que su decisión tenga para el futuro inmediato.

Asimismo, el tema económico incide en la decisión de la víctima para abandonar la relación de pareja en la cual sufre de violencia de género. De allí que afirmaciones como la de Lourdes de 35 años, emparentada con un capataz de obras de 48 años de nombre Luis Fernando: “No es fácil terminar una relación y más cuando yo no estoy trabajando. Lo necesito como padre, como pareja y para poder mantener a la familia” se escucha con frecuencia en las entrevistas realizadas. Lo que sucede es que la víctima sabe que al decidirse a abandonar a su pareja, tendrá que pagar un alto precio. Esto por aquello de la expectativa que la sociedad tenía en torno a ella y que por alguna razón, se frustró. Además, la víctima tendrá que enfrentarse a un mercado laboral que le resulta adverso.

Por otro lado, el hecho de querer abandonar una relación de pareja que a la luz de los hechos es enfermiza, produce sentimientos de culpa en la víctima, producto del constructo social al cual se hace mención. De allí que conseguir afirmaciones en las entrevistas como la de María Luz quien dice: “Me sentía culpable porque quería abandonarlo y a la vez me daba culpa” no deberían sorprender.

La familia puede servir de apoyo y orientación a la víctima de violencia de género, toda vez que puede evaluar la situación desde otra perspectiva. De allí, que la familia al tener un lazo consanguíneo

con la víctima pueden influir en su decisión de que busque ayuda y además ayudarle en cuanto a recursos materiales y logística mientras supera su conflicto de pareja. En la entrevista practicada a Victoria, estudiante de 21 años; se palpa ese apoyo familiar: “No lo sé, fui (al psicólogo) porque mi madre estaba preocupada por mí, pero a mí no me hacía falta, con volverme a vivir de mis padres y no verlo más a él” En este caso, la entrevistada refiere que su madre le pidió que asistiera a consulta con un psicólogo. Puesto que, al evaluar la situación por la cual estaba atravesando su hija; preciso que la ayuda profesional era necesaria. Sin embargo, la víctima insiste en que no necesita de ayuda psicológica para superar la situación. Sin embargo, hay que ponderar las circunstancias en las cuales se encontraba la víctima. Debido a que estuvo bajo una alta carga de estrés, lo cual tiene sus secuelas. De allí que no está de más que la víctima sea asistida profesionalmente en todos los ámbitos: psicológico, legal, social. Solo así podrá tener un renacer personal lo más cercano al ideal.

En otras ocasiones, la familia también se presta para apoyar a su allegada que está en una situación de violencia de género, tal como se evidencia en la siguiente declaración dada por María Luz en la entrevista del trabajo de campo: “Le pedí ayuda a mis padres ese día que estuve en el hospital, no quería volver más a mi casa, no quería verlo más”. Sin embargo, en este caso se infiere que fue la víctima quien al verse envuelta en una situación de violencia de género; decide buscar ayuda en sus padres. Ahora bien, llama la atención que fue la víctima quien inicialmente solicitó la ayuda y no fueron sus padres de quienes partió la iniciativa.

Lo anteriormente planteado confirma lo expuesto en el marco teórico; en cuanto a que las víctimas suelen ser asistidas en un gran porcentaje por profesionales y en menor medida por los familiares de las víctimas. No obstante, ese tema se ahondará en mayor detalle en la próxima sección.

7.13 Violencia de género en Argentina, un problema de salud pública

La violencia de género comprende una problemática social que se presenta a nivel en mayor o menor medida, dependiendo del nivel cultural de los países y del ordenamiento jurídico e institucional que preste apoyo a las víctimas de violencia de género. Particularmente, en los países de Latinoamérica, el tema de la violencia de género muestra una incidencia importante en comparación con los países desarrollados. Por lo que Argentina no viene a ser una excepción. Sin embargo, con el curso de los años y de una conciencia social más coherente en cuanto a esta problemática; se perciben ciertos avances en cuanto a ofrecer protección social a la víctima, pero queda mucho por hacer al respecto.

De acuerdo con lo que refieren las víctimas, la asistencia desde el punto de vista legal parece funcionar bien en cuanto a ponerle límites a la violencia física propinada por el agresor. Así, las víctimas afirman que sus parejas fueron detenidas y que el mecanismo de restricción funciona. Sin embargo, se advierte cierta debilidad en cuanto a la protección de los menores, especialmente aquellos que son hijos, frutos de la relación. En ese sentido, varias de las mujeres entrevistadas indican que no presentan denuncia por el temor a que su agresor se quede con los niños.

El tema de la patria potestad de los hijos parece estar influyendo para que la mujer no presenta la denuncia por maltrato ante los organismos competentes. Ante esto, conviene recalcar lo que se planteó anteriormente. Particularmente en lo que concierne a la normativa legal, se advierte que existen algunos vacíos legales que perjudican la acción del Estado para asistir y proteger a la víctima de violencia de género.

De allí que vale la pena establecer un marco legal que proteja tanto a la víctima como a los menores de edad en cuanto al tema de la patria potestad; teniendo en cuenta que cuando las víctimas no cuentan con un ingreso fijo les puede resultar difícil retener la patria potestad de los menores. Sin embargo, la decisión que tomes las instancias judiciales deben sustentarse en la apreciación de un equipo multidisciplinario que aborde la situación desde distintas perspectivas. Así, se evitan decisiones erradas que surgen porque la decisión judicial se fundamenta estrictamente en lo jurídico y no en lo psicológico, social, médico. Esto porque eventualmente pudieran presentarse casos de una falsa violencia de género que inclinan la balanza de la justicia hacia el lado equivocado.

Por otro lado, en las entrevistas se señala que la presencia del Estado para mediar en la situación de violencia se presenta luego de un hecho grave de violencia de género. Esto tiene que ver con una limitación legal impuesta por los derechos civiles. Esos derechos civiles obligan al Estado a respetar la privacidad de las personas. Precisamente, en la privacidad es que el agresor puede actuar libremente. En ese sentido, conviene recalcar lo que se señaló en cuanto al papel que debe jugar el Estado; siendo éste garante de los derechos humanos. Así, el Estado debe jugar un papel más activo en la resolución de esta problemática que ciertamente trae consecuencias en lo social y en lo económico. Por lo cual, una acción temprana a nivel institucional supone beneficios no solo para la víctima sino también para la sociedad y el propio Estado.

De acuerdo con las impresiones que se recogieron en las distintas entrevistas; conviene revisar las respuestas dadas a la pregunta: ¿Ha denunciado el maltrato? Ante esa pregunta, las respuestas que se obtuvieron fueron las siguientes: “No, porque me daba miedo a que él se vengara de mi o le haga

algo al resto de mi familia (María Luz, 22 años, ama de casa)”; “Si, lo denuncié, y lo tuvieron detenido dos días (Isabel, 29 años)”; “No, porque no lo considero necesario, tengo fe en que con terapia lo vamos a superar (Lourdes, 35 años)”, “No, porque tengo miedo que me aleje de mis hijos o me lastime más aún (María José, 40 años)”; “No, temo por mi hijo, tengo miedo que le haga algo si me voy y lo dejo, además tenemos una nena chiquita (Ana Lucía, 32 años)”; “Sí, me acompaño mi hermana para hacer la denuncia y pedir orden de restricción (Lucía, 48 años)”, “No, porque tenía miedo y vergüenza a la vez (Serena, 35 años)”, “No, un día decidí irme, lo dejé y me volví a casa de mis padres (Rosario, 33 años)”, en fin. A lo largo de las veinte entrevistas efectuadas, las víctimas refieren ser objeto de agresiones físicas por parte de su pareja. Al menos así se infiere de las repuestas obtenidas; teniendo en cuenta que la violencia física comprende una causa por la cual se puede presentar denuncia. Pues, el tema de la violencia psíquica suele ser más difícil de probar y de penalizar. De allí que si en una pequeña muestra de apenas veinte personas existe evidencia de violencia física, entonces no sería temerario afirmar que la violencia de género en Argentina comprende un tema de salud pública que amerita especial atención dada la incidencia de los casos.

Por otro lado, el Estado así como la sociedad en su conjunto precisan de utilizar ciertas estrategias o herramientas con las cuales puedan intervenir en casos de violencia de género. Así, la cuestión acerca de qué tipo de estrategias se utiliza para intervenir ante una situación que involucre violencia de género comprende otro tema de interés que se abordara en lo que sigue.

7.14 Herramientas utilizadas durante la intervención psicológica en el caso de violencia de género

La violencia de género deja sobre la víctima una estela de daños colaterales, los cuales esencialmente afectan la salud mental y física de la persona. En ese sentido, al momento de efectuar las entrevistas de campo, se les realiza preguntas a las víctimas con el fin de determinar el grado de afectación que tiene la violencia de género sobre su salud. Así, cuando se les pregunta: ¿Cómo sitúa su estado actual con relación a las anteriores? La respuesta recibida por parte de María Luz fue la siguiente: “Es otra cosa, mucho mejor pero no me animo a convivir”. También Selena, ama de casa de 49 años se pronunció con respecto a la misma pregunta: “Estoy de novia pero no convivo, solo se queda a dormir ocasionalmente y nada que ver con mi ex esposo”;

En las dos respuestas se observa que la víctima no muestra interés en formalizar una nueva relación de pareja de manera formal. Esto es perfectamente comprensible por la situación de violencia por la cual atravesó. Sin embargo, se advierte que puede haber una secuela a nivel psicológico que le

impide a la víctima formalizar una nueva relación de pareja fundamentada en la consolidación de un hogar. El miedo a tener que atravesar por la misma situación de violencia de género le lleva a descartar la posibilidad de convivir en pareja. Evidentemente, esto entorpece su desarrollo personal por cuanto, la víctima admite que su compañero sentimental actual representa una diferencia notable en cuanto al trato, en comparación con su anterior pareja. Este efecto colateral a nivel psicológico frecuentemente se presenta en las víctimas de violencia de género quienes luego se niegan a formalizar una relación de pareja.

Otras víctimas en cambio vuelven a repetir la experiencia. De allí que también se pueden conseguir respuestas a la misma pregunta que se orienta hacia esa dirección, como la ofrecida por Rosario, ama de casa de 33 años: “Nunca tuve la suerte de tener pareja amable, los dos casos fueron muy celosos”. Otra entrevistada Lorena, empleada doméstica de 38 años, se expresa: “Mi ex novio consumía drogas ocasionalmente pero no era violento”. Todo esto tiene que ver con un patrón de conducta que se forma en la mente de la víctima y que la lleva a pensar que ella cumple el papel de cautiva de su agresor. Precisamente, ese papel se fundamenta en el complejo narcisista de inferioridad del que menciona Hirigoyen (1999). Cuando la víctima llega a ser cauterizada por el agresor entra dentro de ese complejo de inferioridad y piensa que su vida gira en torno a su agresor. De allí que si la víctima no supera esa situación con ayuda profesional corre el riesgo de caer en una relación similar de la cual salió en una ocasión anterior.

Ahora bien, para hacerle frente a esas secuelas que deja la violencia de género en la víctima se hace necesario un abordaje multidisciplinario. En dicha intervención, el aspecto psicológico viene a ser fundamental para darle una respuesta a la víctima. De manera que pueda superar su situación de la mejor manera. En tal sentido, cuando se le pregunta a las víctimas si recibe o recibió apoyo psicológico a propósito de su situación; las respuestas son diversas. En ese punto, las consultadas responden: “No, la verdad estaba preocupada por irme y llevarme a los niños. Le tuve que contar a mis padres con los que vivo ahora (María Luz, ama de casa de 22 años)”; “Si, voy a un grupo de terapia de mujeres golpeadas...(Isabel, empleada doméstica de 29 años)”; “Hicimos casi 1 año de terapia psicológica los chicos y yo y lo dejamos por un tema económico (Selenia, ama de casa)”; “No tuve apoyo psicológico, no lo necesité porque terminé rápido con la relación (Rocío, 23 años, empleada doméstica)”; “Si, hice terapia después de la separación por el tema de que no pude quedar embarazada y también por la separación (Maribel, maestra de 42 años)”; “Si, en el hospital me asistió una psicóloga, pero no hice terapia (Lorena, empleada doméstica de 38 años)”;

De acuerdo con lo señalado en las distintas entrevistas; se observa que las víctimas de violencia de género acuden a la consulta con el psicólogo. Sin embargo, en un buen número de las entrevistadas se advierte que no asisten a la consulta ni asistieron a propósito de su situación. Simplemente optan por abandonar a su pareja y en otros casos no lo abandonan pero tampoco van a consulta psicológica. Ahora bien, quienes asistieron a la consulta; señalan que asistieron a grupos terapias de mujeres golpeadas. Otras víctimas recibieron ayuda psicológica tanto para ellas como para sus hijos. Esto teniendo en cuenta que los hijos en muchas ocasiones, también sufren las agresiones físicas del compañero de la pareja, el cual es su padre o no. Asimismo, se señala que las víctimas al recibir ayuda psicológica llegan a estar en capacidad de tomar una decisión en cuanto a seguir o no, la relación de pareja.

Por otro lado, las terapias de mujeres golpeadas sirven como estrategia desde el ámbito de la psicología para que las mujeres que fueron víctimas de violencia de género, expresen como vivieron su experiencia traumática de pareja junto con otras víctimas que también atravesaron por esa situación. La idea de reunir a un grupo de mujeres víctimas de violencia de género consiste en crear una relación de compañerismo entre las víctimas. De manera que éstas se apoyen entre sí. Claro, ese apoyo estará bajo la rectoría del profesional psicólogo.

7.15 Estrategia perversa utilizada por el agresor con el fin de someter a su pareja

El agresor dentro de la relación de pareja, se vale de artilugios para mantener a la víctima bajo su control. Para ello, utiliza una estrategia fundamentada en la seducción y en la violencia. De allí que tal como se establecía en el marco teórico. La estrategia devenida en dos etapas, se desarrolla en el mismo orden que se nombran. Primero, viene una etapa de seducción mediante la cual, el agresor cautiva a su víctima y luego viene la violencia que se materializa en las agresiones físicas, psíquicas, entre otras.

Ese comportamiento enfermizo puede intercambiarse a lo largo de la relación, es decir, en la medida en que el sujeto agresor siente que está perdiendo el control de su víctima, actuará para restablecer su posición. Claro, esa actuación variará dependiendo del contexto y de la víctima. Por lo que, el agresor en algunos casos decide actuar como el sujeto “herido” por el comportamiento de su víctima y en otras ocasiones, actúa con mayor violencia para inmovilizar a su víctima. Ese incremento de violencia no necesariamente tiene que ser mediante la agresión física sino que puede ser a través de la amenaza.

Particularmente, el tema de la amenaza se centra cuando el sujeto – agresor se percibe abandonado por su pareja. Es allí cuando recurre a la manipulación psicológica para retomar el control de su víctima. Así, esa manipulación se incrementa cuando la pareja cuenta con niños nacidos dentro de la relación. En ese contexto, logra neutralizar a la víctima si ésta no se encuentra bajo la protección de las autoridades o de un equipo profesional que la asista o si no tiene apoyo familiar.

En las entrevistas realizadas a las víctimas se pueden encontrar distintas variantes del comportamiento del agresor. Esto a partir de las respuestas obtenidas, de las cuales se puede inferir el patrón de conducta que sistemáticamente utiliza el agresor para lograr su propósito. En ese sentido, las víctimas son consultadas en cuanto a hechos que pudieran catalogar como gestos buenos por parte de su agresor hacia ellas. Así, la pregunta elaborada con relación a este aspecto fue la siguiente: Durante su relación ¿Qué actos consideraban que eran de amor? Frente a esa respuesta, las mujeres respondieron de acuerdo con su situación de violencia vivida. Así, las afirmaciones ofrecidas fueron las siguientes: “Cuando me pedía perdón y me prometía cambiar. Y a veces me hacía regalos (María Luz, 22 años)”; “Tenía muchos gestos, me invitaba a cenar a solas, íbamos a pasear los fines de semana con los chicos y nunca siempre me regalaba algo para mi cumpleaños (Isabel, empleada doméstica)”; “Las miles de disculpas que me pedía después de golpearme y que haya aceptado ir a terapia de pareja (Lourdes, 35 años)”; “La forma desesperada de pedirme perdón después que me golpeaba, se veía muy angustiado y arrepentido y siempre me llevaba a cenar para festejar (María José, 40 años)”, “Más de una vez me pide perdón cuando me ve muy golpeada, me abraza y me dice que no va a pasar más, ahí pienso que me quiere, pero cada tanto se repiten los golpes y me decepciona. Pasa que yo lo quiero mucho (Ana Lucía, 32 años)”

En las afirmaciones anteriormente referidas, se observa que el agresor empleaba la estrategia de la seducción perversa con un propósito claro, el cual comprendía la recuperación del control sobre su víctima. El agresor se vale de cualquier cosa para recuperar el control. De allí que si se tiene que mostrar arrepentido, lo hará. Si tiene que regalar cosas a su víctima, lo hará también. Lo importante es volver a recuperar el control sobre su víctima. Además, ese gesto de aparente amor, arrepentimiento se mostrará las veces que sea necesario. De hecho, una de las víctimas refiere que su agresor le pedía perdón una y otra vez, luego de las palizas que le propinaba. Luego, se volvía a repetir el incidente de violencia. La víctima señala que se sentía decepcionaba pero que siente un gran amor por su agresor.

Lo anterior representa claramente el cuadro del agresor descrito en otro capítulo. Al respecto, el agresor emplea un tipo de estrategia que busca paulatinamente doblegar a la víctima a través de

sutilezas. Esos gestos de aparente amor o cariño, luego van precedidos por incidentes de violencia en cualquiera de sus versiones, sea física, psíquica o sexual, en fin. Sin embargo, en apariencia, las cosas suceden “naturalmente”, es decir, el agresor se muestra bueno, amoroso de su pareja y sus hijos. Sin embargo, al poco tiempo surgen los arranques de ira en donde golpea de manera salvaje a su pareja.

Esto no es sino otra evidencia más del patrón de comportamiento del agresor quien maneja a su antojo a su pareja tal como si se tratase de un objeto material y no de una persona con la cual decidió – otrora un día- formalizar una unión, un hogar. “La primera vez que me pegó me pidió mil perdones y pasó mucho tiempo hasta que volvió a ponerse violento (Lucía, 48 años)”. Afirmaciones de este tipo solo evidencian que el agresor buscaba apaciguar la aparente molestia o rebeldía por parte de su pareja. Luego, pasado un tiempo, retoma el camino de la violencia. “La verdad no es un hombre muy romántico, pero verlo llorar y pedirme perdón algunas veces me hace pensar que me ama tanto como yo a él (Isabel, 25 años, ama de casa)” Aquí, se muestra un agresor deshecho en el llanto con tal de apaciguar el ánimo de su pareja que fue víctima de su agresión. El agresor recurrirá hasta lo histriónico con tal de recuperar su objeto de dominio: su pareja.

A una de las mujeres entrevistadas –Ana Lucía, 32 años, ama de casa- se consultó: ¿Qué pensamientos la alentaban para continuar la relación con su pareja? La respuesta de la víctima fue: “Lo quiero y tenemos una hermosa nena y no quiero separarle de su padre” En este aspecto conviene traer a colación, lo concerniente a la circunstancia de violencia. Para la víctima de violencia de género resulta que el objeto amado es también su victimario. A pesar de que ese objeto amado lastima y agrede en la relación de pareja, la víctima afirma tajantemente que no concibe la vida sin él. Por ello, no extraña encontrar ese tipo de respuestas, en donde la víctima –aun consciente de que su agresor le lastima- ofrece mil excusas para perpetuar esa relación. Así, respuestas como: “yo lo quiero mucho” o “es el padre de mi nena” no causa ninguna sorpresa. Esto también tiene que ver con la percepción narcisista de inferioridad que la víctima tiene hacia sí misma.

Por otra parte, cuando se les pregunta a las víctimas como explicaría el maltrato por el cual estaban pasando; las respuestas que se obtienen, básicamente, muestran un desconocimiento de la víctima en cuanto a los motivos por los cuales, su agresor – pareja actúa de ese modo tan violento: “Yo no entendía por qué se alteraba o que cosa detonaba su enojo, yo creo que él tenía otra mujer... (Lucía, 48 años)”. En este aspecto se distingue una característica esencial de la estrategia perversa emprendida por el agresor que tiene que ver con la comunicación. A diferencia de la percepción que tiene la víctima, en la cual, no concibe la vida sin estar al lado de su agresor y al cual, todo le confía; no sucede

así con el agresor. Pues, este percibe a su pareja como un objeto del cual se dispone. Por lo que es completamente natural que el agresor no se comuniqué de manera diáfana y afable con su pareja. Al contrario, se molesta sin que prive un motivo aparente. Además, no participa a su pareja aquella circunstancia por la cual se encuentra molesto. Incluso, el agresor establece entre él y su víctima, una especie de barrera comunicacional, un muro infranqueable. De ese modo, no extraña que las mujeres entrevistadas refieran desconocer los motivos por los cuales, su pareja se molestaba o las golpeaba.

La razón para no comunicarse con su pareja tiene que ver con la forma como el agresor percibe a su pareja. Esto es, como alguien inferior, sin importancia. Por eso, es común conseguirse con señalamientos en varias de las entrevistas, en las cuales, las víctimas refieren que su agresor presentaba problemas financieros en sus negocios o que había algo en sus sitios de trabajo que sabían que andaba mal pero no tenían mayores detalles de lo sucedido por cuanto su agresor no les comunicaba nada.

De acuerdo con lo descrito, se presenta una concordancia de este tipo de conducta mostrada por el agresor y lo que se describió en el marco teórico. En el sentido de que el agresor ve a su víctima como un objeto que cumple una utilidad. Evidentemente con un objeto no se establece ningún tipo de diálogo. Simplemente se dispone de él y ya. Por eso queda claro que no exista un canal de comunicación permanente. Todo lo anterior conduce irremisiblemente a un incremento notable en los niveles de estrés en la víctima. Por cuanto desconoce los motivos que mueven a su pareja a agredirla o que piensa respecto de ciertas cosas. De allí que el desconocimiento de aquello que afecte a su pareja o su modo de pensar, le expone permanentemente a ser blanco de agresiones. No obstante, todo esto forma parte de la estrategia emprendida por su agresor para lograr el control total de la víctima.

Ahora bien, la idea de implementar esta estrategia perversa consiste en mostrar varias facetas a su víctima con el fin de desequilibrarla y que no sepa cómo conducirse ante su agresor: “Creo que no lo provoqué, pero algo debo hacer que no le permite calmarse (Lourdes, 35 años)”; “No sé qué hacer, si el grito es peor y si trato de tranquilizarlo se altera también (María José, 40 años)”. Por una parte, se muestra como un padre amoroso y un compañero cariñoso cuando le conviene: “como esposo y como padre es muy bueno, pero a veces tengo miedo de que... (Inés, 30 años)”. Particularmente, el victimario adopta este tipo de conductas camaleónicas cuando quiere “seducir” a su víctima. En tanto que al momento de sentir que ya tiene a su víctima controlada, actúa con violencia fundamentado en cuestiones de las cuales, su pareja desconoce los motivos. Así, logra mantener cautiva a su pareja. Pues, se muestra familiar, cercano y a la vez, lejano, desconocido.

8. Conclusiones

En atención y repuesta al objetivo principal que se plantea esta investigación y que busca analizar la subjetividad de la mujer que sufre violencia de género y los aspectos de dicha subjetividad que la hacen persistir en una relación violenta, una vez presentados los resultados de las entrevistas se puede concluir que:

El maltrato verbal, psicológico y físico; al cual son sometidas las mujeres por parte de su pareja, con el tiempo, induce a la mujer a un estado de sumisión que, expresado por ellas mismas termina por hacerla sentir culpable de los hechos. Se destaca aquí que, este sentimiento de culpa por ningún motivo tiene validez en una situación de violencia de género pues en todos los casos tal y como lo señala el marco teórico de la presente investigación, esta es una situación inaceptable, que no tiene justificación alguna.

Como lo evidencian los hallazgos, existen algunos factores que, partiendo de la subjetividad misma manifestada a lo largo de la entrevista, caracterizan a la mujer víctima de violencia de género, entre otros se encuentran: la mayoría de ellas están sometidas a la dependencia económica total de sus parejas, lo cual, les produce un temor generalizado por perder el apoyo que reciben especialmente al pensar en el futuro de sus hijos. En contraste, es evidente que existe un gran número de ellas vinculadas de una u otra forma al sector laboral y en este caso su temor se relaciona más con el miedo a sentirse solas y derrotadas en el escenario sentimental. Así mismo, los antecedentes de algunas mujeres en situaciones previas de violencia de género, las convierte en personas más vulnerables ante este tipo de agresores.

Por su parte, el rango de edad es muy variado, no se puede afirmar que las mujeres más jóvenes sean menos propensas a ser víctimas de maltrato, porque claramente se evidenciaron casos en mujeres de 21, 22 y 23 años, que si bien es cierto, salieron con mayor facilidad de la situación de violencia, de todas maneras por algún tiempo, se vieron sometidas a ella y esta investigación considera que son mujeres demasiado jóvenes, que en su mayoría iniciaron la relación de pareja en respuesta a su emotividad y al enamoramiento fantasioso que de primera mano encontraron en la pareja. Por lo anterior, se concluye que, estas mujeres de haber contado con una buena estrategia de prevención al respecto muy seguramente nunca hubieren sido víctimas de la violencia de género.

Con respecto al contexto socio cultural que rodeo la fase inicial del conocimiento de la pareja, los resultados reflejan que las relaciones se inician en situaciones de fiestas de distintos escenarios como bares, discotecas, salones sociales, entre otros, y por tal razón se concluye que, es necesario

ahondar en la indagación del previo conocimiento que tiene el uno del otro, antes de iniciar una relación de convivencia, pues en la mayoría de los casos se evidencia que las conductas violentas comienzan muy pronto después de iniciada la convivencia, el enamoramiento se pierde rápidamente y la mujer se ve enfrentada a una situación desconcertante ante sus expectativas de vida en pareja.

En términos de intervención de la disciplina, se puede concluir que, es indispensable reforzar los niveles de auto estima en las mujeres de la sociedad actual, y para hacerlo se considera que este trabajo debe hacerse en forma mancomunada e interdisciplinaria. Sin lugar a dudas la psicología juega un papel fundamental, debido a que es esta, la disciplina desde la cual debe partir el direccionamiento de campañas publicitarias dirigidas a la prevención de la violencia de género.

Se concluye también, partiendo de los resultados obtenidos que, las mujeres víctimas de violencia de género, tienden a justificar el actuar de sus parejas, en primer lugar, asumiendo la culpa por no hacer las cosas de acuerdo a la voluntad del hombre, y, en segundo lugar, con un anhelo constante por salvar su relación y preservar la figura familiar a costa de lo que sea, así esto incluya la seguridad de su propia integridad. Esta situación sin duda, retrasa la búsqueda de ayuda que hace la mujer cuando ya se identifica a sí misma, como víctima y, por tanto, toma más tiempo que entre en un proceso de terapia, que le permita enfrentar y superar su condición.

Otro factor característico de la mujer víctima de violencia de género, evidenciado en esta investigación, es la falta de decisión por parte ellas, para denunciar a su agresor, la mayoría no lo considera necesario, o, sencillamente no lo hace por temor a las represalias que este pueda tomar en contra de ella. Vale la pena cuestionarse si es porque consideran que al hacerlo simplemente su pareja será juzgada y condenada por esta actitud; desconociendo que un proceso integral de intervención contempla también la terapia para el victimario.

De otra parte la entrevista semi dirigida, que analiza más detenidamente la subjetividad con que viven y expresan las mujeres la situación que las convierte en víctimas, se concluye que, el hecho de que las mujeres se reconozcan víctimas solo cuando son agredidas físicamente, es un aspecto que debe contemplarse con detenimiento, pues ya la evidencia y el respaldo que se muestra en el marco teórico, cuando se alude a (Rico, 1996), narra como un sólo acto de violencia física puede convertirse en un feminicidio, es decir, en este momento es indispensable que a la mujer de la sociedad actual se le eduque desde pequeña para que pueda identificar con claridad una situación de violencia de género desde sus inicios y no hasta que aparezca el maltrato físico, que como es bien sabido, es una de las últimas expresiones de violencia de género. Identificar a tiempo esta situación, es también dar un paso

adelante frente a la oportunidad con que se denuncie la violencia de género ante las autoridades competentes.

El sentimiento expresado por las mujeres entrevistadas en relación a la afectación que sufren los hijos, es una constante en la preocupación de las víctimas hacia ellos. Por esta razón, en todo momento la mujer busca la forma de ocultar los hechos violentos, de manera tal, que los niños no se den cuenta, sin embargo, esta es una situación muy difícil de esconder y, por lo tanto, los niños se educan en un contexto de temor y miedo continuo, especialmente hacia la figura paterna a quien le huyen constantemente y evitan permanecer a solas con él.

Para finalizar es importante concluir que, la mujer víctima de violencia de género, es por lo general una mujer sumisa, noble, que luchará hasta el último momento por defender su relación de pareja, especialmente, con el objetivo único de conservar intacta la figura familiar ante sus hijos, sin pensar que una relación malsana, les puede ocasionar mayores y más graves consecuencias a los niños, que una separación conyugal realizada en los mejores términos.

Como una respuesta al primer objetivo específico, que busca definir el concepto de violencia de género, después de revisadas una a una las respuestas ofrecidas por las víctimas, se dice que, la violencia de género, es todo acto proferido por el hombre en contra de la mujer, que agrede su integridad ya sea, emocional o física, y que producto de estos actos, la mujer termine siendo sometida a un contexto permanente de maltrato y desigualdad, donde a causa de la manipulación de la cual es víctima termine por sentirse culpable de la situación misma de violencia.

El segundo objetivo específico plantea realizar un análisis de la vivencia de la violencia de género por parte de la víctima de abuso. En consecuencia y revisando detalladamente las repuestas respecto a esta inquietud, se concluye que:

En primer lugar, las mujeres prefieren callar y guardar para sí mismas su condición de víctima, muchas veces justificándoles y atribuyendo su conducta violenta a factores externos que nada tienen que ver con la relación de pareja dejando a la institucionalidad fuera del contexto por completo y perdiendo la oportunidad de ser atendidas en su situación por manos de profesionales en el área.

En segundo lugar, se encuentra la constante preocupación de las víctimas respecto a las consecuencias en sus hijos. Los resultados muestran como estos niños, tienen serios problemas de socialización, por un lado, son tímidos, introvertidos, temerosos, algunos son diagnosticados en la escuela como niños con problemas de aprendizaje, y lo peor, en el caso de los niños mayores, se evidencian las primeras muestras de rebeldía, falta de tolerancia y agresividad hacia los demás. Esta

situación, permite concluir tal y como lo afirma (Hirigoyen, 1999), que los hijos de las víctimas cargarán con las consecuencias de la violencia sufrida al interior del hogar de manera directa, convirtiéndose en muchas ocasiones en un agravante y condicionante adicional al sentimiento de culpa que va creando la mujer víctima de violencia de género, aquí se estaría refiriendo que ya no se trata de una sola víctima, si no de varias, dependiendo del número de hijos que haya en el hogar.

En tercer lugar, es evidente que la vivencia experimentada por estas mujeres, es en primer lugar compartida con algún amigo, o familiar, antes que, preferir recurrir a las autoridades, o, a la ayuda de psicólogos especializados en violencia de género. Esto ocurre por cuanto al iniciarse la situación de violencia siempre se genera por parte del agresor la promesa del “no volverá a ocurrir”, y en atención al complejo de culpa que comienza a reflejarse en la víctima, ella considera oportuno esperar un tiempo, antes de acudir en busca de ayuda profesional.

En consecuencia, es indispensable como lo señala (Hirigoyen, 1999), que familiares y amigos de la víctima, se encuentren relacionados e informados con todos los aspectos que enmarcan un contexto de violencia, con el objetivo de generar confianza en la víctima y poder brindarle el apoyo adecuado que siempre será, acudir en su compañía, primero ante las autoridades y luego a terapia psicológica. Es importante recordar que las víctimas al ser sometidas constantemente al maltrato y la violencia, empiezan a ser cada vez más vulnerables, se sienten indefensas y como lo afirman en sus respuestas prefieren quedarse inmóviles ante la situación pensando y esperando que no se vuelva a repetir, cuando por el contrario lo que evidencian es que cada vez estas escenas se repiten con mayor frecuencia y mayor violencia.

El tercer objetivo específico, propone discriminar los tipos de violencia de género que sufre la víctima de abuso, por lo tanto y atención específica a los hallazgos encontrados y a los planteamientos presentados en el marco teórico del presente proyecto de investigación, se concluye que las mujeres entrevistadas han sufrido de los siguientes tipos de violencia:

Violencia psíquica, toda vez que como ellas lo manifiestan en sus respuestas, es muy común encontrar que el hombre antes de pasar a la agresión física, le agrede verbalmente, con insultos, improperios, manipulaciones implícitas en el acto de agresión, condicionamientos específicos en su manera de actuar y pensar; todo lo cual va deteriorando y lastimando su amor propio, al punto que muchas de ellas aseguran sentirse inseguras para poder iniciar una nueva relación, es decir, la marca que deja en ellas la violencia es tal, que de no ser tratada bajo la perspectiva profesional será muy difícil que pueda seguir adelante con su vida.

Violencia económica, en especial las amas de casa, que se someten a convivir bajo escenarios de maltrato permanente, solo por la condición de dependencia económica total que tienen de sus parejas, lo cual es utilizado por los hombres como un mecanismo permanente de manipulación y agresión hacia la mujer. También es importante resaltar que en varias oportunidades el maltrato se da ante una sugerencia o reclamo por parte de la mujer, de su derecho y oportunidad de trabajar y tener sus propios ingresos, o en algunos casos, ante la evidencia de devengar un ingreso superior al del hombre, esta sin duda, es una condición que a muchos hombres les molesta y a manera de manipulación, dicen ser capaces de manejar la economía del hogar en su totalidad, por lo cual no es necesario que la mujer aporte económicamente, y por esto, ante la insistencia de la mujer, ellos responden de manera agresiva mediante el maltrato físico.

Violencia sexual, aquí los resultados no muestran un patrón formal de actos sexuales agresivos y violentos hacia la mujer, a excepción del caso donde el maltrato físico se da por una negativa de la mujer de tener relaciones sexuales con su pareja cuando este se encuentra en estado de ebriedad; pero sí refleja que, como un mecanismo de evasión ante nuevas agresiones físicas, las mujeres en su mayoría terminan cediendo ante las exigencias sexuales del hombre y consintiendo tener una relación sexual aun cuando no la desean. Es decir, su sometimiento y el temor que sienten ante sus parejas las hace vulnerables y débiles para negarse a tener sexo con ellos, y por lo tanto de ninguna manera estas relaciones pueden ser vistas como consentidas por parte de la mujer. La tolerancia que frente a la agresión sexual manifiestan la participantes, es evidenciada en las entrevistas por la gran mayoría de ellas, cuando afirman que acceden a tener relaciones sexuales con su parejas aun cuando no lo desean, para evitar mayores inconvenientes y especialmente que se repita la situación de violencia en su contra, es decir, el sometimiento que hace el victimario abarca todos los aspectos de la integralidad de la mujer, y peor aún, es el pronunciamiento que hacen algunas mujeres al señalar que esto es “normal para las mujeres que son pareja de hombres violentos”. En otras palabras, no encuentran mayor gravedad en este hecho, ni siquiera lo contemplan como un acto también violento.

Finalmente se encuentra la violencia física, manifestada en los golpes, puñetazos, arañones, amenazas con arma blanca, o, arma de fuego, el tirón de cabello, los empujones y en los casos más extremos como los evidenciados en las entrevistas, las golpizas de violencia física desmedida, que terminan por conducir a las víctimas directamente a la central de urgencias de los hospitales.

Avanzando en las conclusiones a las cuales se ha llegado una vez presentados los resultados de las entrevistas, a continuación, tal y como lo propone el cuarto objetivo, se analizan los argumentos que

brindan las víctimas de abuso en situación de violencia de género para persistir en la relación afectiva violenta.

El primer factor de influencia al momento de decidir permanecer en la situación de violencia, se relaciona directamente con los sentimientos que manifiestan hacia sus parejas, ellas confiesan todavía amarlos y estar seguras que ellos a pesar de la situación repetitiva de violencia de género también las aman, por lo cual no se animan a abandonarlos y consideran necesario conceder una nueva oportunidad una y otra vez.

En segundo lugar, se encuentra el ya mencionado deseo de salvaguardar su familia, y para ello deciden convivir bajo las circunstancias que sean, arriesgando su propia integridad y la de sus hijos, situación que no debería permitirse bajo ningún concepto porque como lo sugiere (Hirigoyen, 1999) la violencia de género siempre estará presente en tanto no se acuda a ayuda especializada, pues para este momento el agresor ya ha aprendido a manipular permanentemente a su víctima y es por eso que, aun cuando muchas de las entrevistadas aseguraron que durante la agresión y el acto violento sintieron que era el momento de terminar con la relación, con el pasar de los días, regresan a su estado de vulnerabilidad, y entonces cada vez será más difícil animarse a abandonar el contexto violento que las somete.

En tercer y último lugar se encuentra el temor al abandono, a la soledad, y al hecho de tener que asumir por completo las obligaciones económicas de que rodean a su familia, particularmente a sus hijos. Esto se convierte en un factor determinante a la hora de denunciar, o, no al agresor y la evidencia muestra que una gran parte de las mujeres no denuncia y continua bajo el yugo que le impone la situación.

En concordancia a las conclusiones anteriores, y con el fin de atender al último objetivo de investigación, a continuación, se realiza una delimitación aproximada de los rasgos de personalidad más propensos de mantenerse en relaciones de abuso, partiendo de las características que se han nombrado a lo largo de la presentación de resultados y amparados en los hallazgos encontrados una vez se realizaron las entrevistas:

Ante todo, es importante aclarar que, antes de reconocerse víctimas de violencia de género, Las mujeres no contemplan la necesidad de buscar ayuda, toda vez que como ya se dijo, no es sino cuando se llega al maltrato físico que ellas reconocen un estado de vulnerabilidad y peligro, por tanto, ante gritos, amenazas, manoteos y otras expresiones, consideran que se encuentra en medio de una discusión normal de pareja que no merece mayor atención y que se superará con facilidad. Hablamos entonces de

una mujer noble y sumisa, que siempre está a la espera de un cambio surgido en su pareja como consecuencia de un reconocimiento a estas características específicas en ella, pero que en la mayoría de veces queda defraudada en su esperanza.

Ahora bien, al hablar de los posibles factores predeterminantes para ser vulnerable a la violencia de género, este estudio en particular no reconoce como una característica general que todas las mujeres en su infancia hayan sido víctimas de maltrato, sin embargo, es evidente en aquellas que si lo vivieron una condición de sujeción constante al contexto que la enmarca. Esto es, son mujeres que aceptan fácilmente los condicionamientos de vida impuestos por su pareja, en razón a que de la misma manera tuvieron que aceptar en el pasado la infancia y el modo de vida que les fue impuesto.

Tomando en cuenta que más de la mitad de las entrevistadas aseguran no tener antecedentes de violencia en sus familias paternas y, por el contrario, haber gozado de un ambiente de armonía y cordialidad al interior de esta, surge la duda del porque entonces, toleran, aceptan y se someten cada vez con mayor facilidad a una situación de violencia donde ven agredida no solo su integridad sino también la de sus hijos. Nace aquí, otra posible línea de investigación, que se dedique a romper el paradigma que se ha establecido respecto a la violencia de género y que señala que la gran mayoría de víctimas, fueron también agredidas en el pasado, situación que este proyecto desmiente a la luz de la evidencia generada una vez realizado el trabajo de campo y el análisis de los resultados.

De otra parte, se puede concluir que las mujeres más propensas a permanecer bajo maltrato y violencia de género, son aquellas que desde el inicio de una relación se muestran subordinadas y confieren a la estabilidad de la relación el atributo único que según ellas tienen las mujeres, y que es el de soportarlo todo por la familia, estableciendo una relación directa y equivoca entre el amor y el sacrificio.

Así mismo, y como consecuencia de la manipulación de la cual son víctimas, son mujeres extremadamente condescendientes y aceptadores de actitudes y conductas anómalas que les presentan como normales, las cuales, al volverse repetitivas terminan siendo en realidad aceptables para ellas, y por ello es fácil verlas caer en el conformismo y la justificación constante de dichas situaciones.

Se observa también, una clara falta de identificación, aprecio y significación por el “yo”, de manera que es muy fácil encontrar mujeres que permanentemente se esfuerzan al máximo en la complacencia hacia sus parejas no importa cuanto tengan que hacer, y por eso con facilidad se convierten en personas totalmente dependientes del “otro”, casi al punto de como lo señala el

documento (Gobierno de España, 2009), sentirse esclavas de su pareja, perdiendo totalmente la autonomía y control de sus propias vidas.

Consecuencia del engaño que se va entretejiendo a partir de la condición de violencia y a fin de justificar los hechos, se puede decir también que son mujeres soñadoras y en virtud a esta condición fácilmente idealizan a su pareja y por eso les toma tiempo aceptar la realidad.

Se evidenció también, en aquellas mujeres que permanecieron por mayor cantidad de tiempo sometidas a la violencia de género, tienen una tendencia constante a la negación y justificación de la realidad, de allí lo complejo que les resulta abandonar la condición de maltrato, por lo cual se puede concluir tienen una baja auto estima, son negativas frente a las expectativas futuras, se consideran incapaces y hasta inútiles para afrontar una circunstancia de desprendimiento total de su pareja, a quien le atribuyen todas las capacidades y condiciones que no identifican en ellas mismas.

En contraste con lo anterior y por considerarse información relevante para el objeto de estudio, se concluye que: en relación con el comportamiento de los hombres los resultados muestran que no es una constante en el agresor la dependencia o el alcoholismo, más preocupante aun, es evidenciar como los hombres agreden a sus mujeres en estado de plena conciencia, por lo cual se considera indispensable indagar y estudiar más a fondo las causas que detonan este comportamiento en los hombres, así como sus posibles antecedentes de situaciones de maltrato desde su infancia.

De otra parte, se concluye también que es necesario evaluar la situación y los antecedentes que rodean a la pareja, teniendo presente como lo afirma (Velásquez, 2003) el hombre maltratador, busca ratificar su hombría, y su dominio en el hogar, ejerciendo patrones de conducta intimidantes hacia la mujer, e inclusive hacia los hijos. Por eso es indispensable conocer cuáles son los factores que lo conducen a tomar esta actitud, hasta perder el control de sus propias emociones, perdiendo la habilidad del control y el dominio de sí mismo. Es claro que existen diferentes estudios referentes al perfil del hombre maltratador que se han centrado en atender las posibles causas que, terminan por convertirse en el detonante de la violencia de género en contra de la mujer. Sin embargo, en atención al perfil de las mujeres que fueron entrevistadas y sus contextos, quienes como se mencionó, en su mayoría aseguran no haber recibido ningún tipo de maltrato anterior, si es inquietante pensar que, las mujeres al no saber reconocer cuando se avecina una situación de agresión, ni las características propias de un hombre violento, llegan a ser sometidas con facilidad y casi sin notarlo, ejemplo de ello es el caso de la mujer que aseguró: “sencillamente me golpeo no lo vi venir, cuando me di cuenta ya estaba tendida en el piso”. Esta situación da para concluir que al no tener información respecto a su pasado la víctima, se

confía absolutamente de su pareja y una vez llega la violencia de género y sus manifestaciones, las mujeres continúan pensando se puede hacer algo para preservar la relación.

Así mismo, este análisis ha permitido evaluar cuál es la probabilidad que tienen las participantes de acceder a ayudas de tipo legal y psicológico para la atención de los diversos casos que se presentan de violencia de género y cual el conocimiento que tienen respecto a las formas de apoyo que se ofrecen desde las diferentes instituciones. Al respecto se concluye que:

Revisadas las preguntas que indagan sobre la ayuda a la que recurren las víctimas, se evidencia como debido a que ellas comentan inicialmente la situación a un familiar o amigo cercano, no pueden recibir ayuda idónea, y es porque, en todo caso, los familiares y amigos no poseen el conocimiento profesional respecto al abordaje de este tipo de situaciones y desconocen la importancia que tiene el denunciar formalmente a los agresores, a fin de que todo el grupo familiar reciba oportunamente ayuda especializada.

Finalmente, se evidencia que las mujeres en su gran mayoría no denuncian a causa de la vergüenza que les genera su papel de víctima y asumen unos niveles de tolerancia indescriptibles e inconcebibles, frente a los hechos que las afectan de manera directa, prefiriendo permanecer bajo estas circunstancias. Por lo tanto, es en este momento donde el apoyo familiar al que tanto se refiere (Hirigoyen, 1999), cobra especial importancia, y como se mencionó en el apartado anterior es indispensable que la familia de la víctima este plenamente relacionada con el caso y brinde la información necesaria a las autoridades competentes, con el objetivo de dar fin a la situación de violencia que sufra su familiar o amiga.

Aquellas mujeres que no llegaron a situaciones tan graves, se conforman con abandonar a sus parejas y por ningún motivo encuentran solícito acudir a terapia psicológica, niegan por completo la necesidad de comenzar un tratamiento terapéutico que les ayude a superar la situación traumática de la que se encuentran saliendo. En las respuestas otorgadas por las participantes que terminan por abandonar la situación después de extremados casos de violencia, es fácil encontrar expresiones como: “mientras estuve en el hospital me visitaba la asistente social quien me ayudó, pero después que salí solo trato de hacer mi vida normal”.

Todavía cabe señalar, como la gran mayoría de las mujeres entrevistadas, nunca han contemplado la posibilidad de asistir a terapia psicológica, en este sentido se encuentra una resistencia generalizada, inclusive prefieren guardar silencio frente al tema. Lo cual conduce a concluir que, el mito que rodea la terapia psicológica no ha sido develado y en estas circunstancias es urgente que la

disciplina infiera al respecto, pues en un ambiente ideal se pretende que el abordaje de este tema se pueda llegar a hacer desde la prevención y no desde el tratamiento a víctimas de violencia de género. Es por eso que surge la necesidad de masificar de mejor manera la información que existe al respecto, toda vez que, como se ha manifestado a lo largo de esta investigación, el país cuenta con instituciones y entidades especializadas para la atención de estos casos.

Todas las reacciones y expresiones mencionadas anteriormente, se consideran insoslayables, toda vez que cuando se supera la situación de violencia, es indispensable afirma (Hirigoyen, 1999), que la mujer acuda a terapia. Esta conclusión se relaciona, teniendo presente los sentimientos que expresaron las víctimas en el momento de salir de la relación violenta donde muchas de ellas afirmaron sentir: ira, decepción, frustración, desengaño y hasta rencor en contra de su pareja. De esta forma es evidente que la ayuda psicológica e interdisciplinaria es indispensable para que las víctimas puedan iniciar en su vida un verdadero proceso de resiliencia que le garantice, que esta situación puede ser vista por ella como una mala experiencia del pasado y se pueda referir a lo ocurrido ya no desde la subjetividad que enmarca la situación, sino desde la objetividad que le ofrece la terapia una vez concluye todo el proceso de recuperación.

Por otra parte, se plantea la necesidad de evaluar con mayor detenimiento en una futura investigación las consecuencias directas que afectan a los hijos de las víctimas. Lo anterior, teniendo presente que aquel que hoy es niño, mañana será el adulto, el mismo que tendrá una pareja, muy posiblemente uno hijos, es decir, una familia, y de su experiencia primaria que es la vivida en el seno de su hogar, muy seguramente replicará sus propias experiencias en las nuevas generaciones, tal y como sucede a muchos agresores del presente.

Igualmente se sugiere que paralelo a la atención profesional que reciba la mujer víctima de violencia de género, acudan también los hijos, por considerarse que después de la mujer, ellos son los principales afectados en medio de un contexto de violencia y merecen a la luz de los propios derechos del niño, les sea atendido con prontitud a fin de mitigar las consecuencias que cause en ellos este tipo de violencia.

9. Transferencia de Resultados

Después de realizada la presente investigación, y una vez evaluados los resultados de ella obtenidos, es importante identificar el sector de la sociedad que encontrará en las líneas anteriormente relacionadas un aporte relevante a través de la psicología social y clínica, con el cual se espera contribuir en la búsqueda y establecimiento de tratamientos adecuados que conduzcan al fortalecimiento de los procesos tanto preventivos, como resilientes en las mujeres víctimas de violencia de género, fenómeno que contrario a lo que se esperaría está ganando espacios superiores, debido a su ubicación en los diferentes sectores de las clases sociales sin hacer distinción alguna.

Por lo anterior, se establece como primer sector de atención a cubrir, el conformado por los profesionales del área que tienen a su cargo la formación de niñas y adolescente en etapa escolar, por considerarse que es un momento determinante en la formación del ser humano para brindar y establecer herramientas de fortalecimiento en el auto estima y amor propio, todo ello, si se tienen presente la subjetividad evaluada a lo largo del proyecto y que da fe de como este aspecto es determinante en las mujeres que persisten en este tipo de relaciones. Así entonces, se hace indispensable realizar una intervención desde la psicología social en el sector de la población señalado a fin de prevenir en la futura mujer adulta, ser víctima de una relación enmarcada por la violencia de género.

En segundo lugar, se encuentra la psicología clínica que atiende a las víctimas actuales, y que con toda seguridad encontrarán en esta tesis de investigación una contundente evidencia de la relevancia que tiene la subjetividad de la víctima al momento de tomar o no la decisión de abandonar y terminar con la relación que la convierte en víctima de violencia de género. Así mismo, los resultados hallados se consideran un instrumento importante que puede dar luces respecto a cómo abordar y direccionar investigaciones futuras que interioricen aún más en este aspecto en particular, relacionado con el incremento de las víctimas de este flagelo, donde muy posiblemente sea necesario evaluar una muestra mayor en cantidad y diversidad de casos y entornos socio culturales afectados por la violencia en contra de la mujer.

Finalmente, es preciso manifestar como la investigación y estudio del tema se realizaron con la mayor objetividad posible por tratarse de una problemática que afecta a la sociedad en general y que espera contribuir desde lo que considera su mayor aporte a la disciplina y que es la subjetividad evaluada e identificada como causa fundamental en la permanencia de relaciones violentas, en la prevención, atención y disminución de los índices de violencia de género en contra de la mujer.

10. Aporte Original y Futuras Líneas de Investigación

El resultado de esta investigación aporta a la psicología un parámetro y punto de partida desde el establecimiento de las condiciones subjetivas que las víctimas han develado a lo largo del proceso, para poder dar inicio de una manera más adecuada y orientada a la contribución que la psicología como disciplina busque establecer, a fin de contribuir en el camino hacia la recuperación de la víctima, reconstruyendo sus propios criterios, y la formación de un nuevo proyecto de vida.

Haber establecido como característica fundamental la importancia que demarca dicha subjetividad, permitirá que en el futuro se establezcan nuevas líneas de investigación tanto para la víctima, como para el victimario, con el objetivo de determinar con mayor precisión y a manera preventiva los condicionantes subjetivos que caracterizan a las víctimas y evitar que estos casos se conviertan en situaciones recurrentes, al ser atendidos desde sus etapas primarias, es decir, desde la identificación misma del perfil que permite establecer el resultado encontrado en esta investigación, y que demarca con mayor cercanía lo que sería una posible futura víctima de violencia de género.

No obstante, es claro señalar, que esta investigación es como ya se dijo, el punto de partida hacia la continuidad disciplinaria de los estudios que se deben seguir realizando en las mujeres víctimas de violencia de género, los cuales, con toda seguridad podrán arrojar nuevos e importantes resultados que profundicen en el análisis de la subjetividad y la identificación de características y factores clave en el diseño y desarrollo de nuevas alternativas en el tratamiento y atención de las víctimas, sin dejar de lado las necesidades propias en cuanto a la disciplina, que requiere también el victimario, todo ello amparado en la advertencia relevante que representa la condición subjetiva de los dos: víctima – victimario.

11. Anexos

Anexo 1: Entrevista Semi-Dirigida (Evaluación subjetiva de los hechos)

1. ¿Cuándo comenzó a darse cuenta de que lo que ocurría en su relación era violencia?
2. ¿La primera vez que el se violentó, que pensó?
3. ¿Cómo se desarrollaban las situaciones violentas?
4. ¿Cuándo paraba la violencia y cuándo comenzaba?
5. ¿Qué pensaba mientras su pareja violentaba?
6. ¿Qué hacía para frenar la violencia?
7. ¿Se reconocían momentos previos a los actos de violencia?
8. ¿Ud. considera que su pareja la amaba?
9. ¿Cómo se manifestaba?
10. Durante su relación, ¿Qué actos consideraba que eran de amor?
11. ¿Tuvo relaciones sexuales cuando inclusive no quería?
12. ¿Qué pensamientos la alentaban para continuar la relación con su pareja luego de ocurridos episodios de violencia?
13. ¿Qué la motivo a pedir ayuda?
14. ¿Pidió ayuda en la primera situación de violencia que recibió?
15. ¿Por qué/ Por qué no?

Bibliografía

- Abello Colak, A., y Angarita Cañas, P. (2013). *Nuevo pensamiento sobre seguridad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO - Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Aguilar, A. (2005). *Femicidio... La pena capital por ser mujer* (1st ed., pp. 1-10). Ciudad de Guatemala.
- Alberdi, I. y Matas, N. (2002). *La violencia doméstica. Informe sobre los malos tratos a mujeres en España*. Barcelona: Fundación La Caixa.
- Aleman, Rosa, Álvarez, Marta, Augé, M., Cantera, Leonor, Garriga, Rosa, Hernández, Mariana, Serra, S. (2007). *Protocol.lització de la intervenció individualitzada amb dones que viuen o han viscut violència de gènere*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona.
- Alencar, R. y Cantera, L. M. (2013). “Intervención en Violencia de Género en la Pareja: el papel de los recursos institucionales” en *Athenea Digital*, 13 (3), pp. 75-100.
- Arcas, M. (2014). “Vulnerabilidad en mujeres maltratadas” en *Alcmeon*, Revista Argentina de Clínica Neuropsiquiátrica, vol. 19, N° 1, pp. 53 - 55
- Baca, E. y Cabanas, M. L. (2003). *Las víctimas de la violencia. Estudios psicopatológicos*. Madrid: Triacastela.
- Banchs, M. (1996) “Violencia de géneros” en *Revista Venezolana de análisis de coyuntura*, volumen II/ N°2
- BardWigdor, G., y Artazo, G. (2015). “La maté porque es mía”: femicidios en la provincia de Córdoba. *Revista Latinoamericana De Estudios De Seguridad*, (17), 67-79.
- Belen, C., Barrios, N. y Tipaldo, M. (2015). Plan nacional de acción para la prevención, asistencia y erradicación de la violencia contra las mujeres (2017-2019), Ley 26.485 en *Consejo Nacional de las Mujeres*. Disponible en: http://www.cnm.gob.ar/recursos/PlanNacionalDeAccion_2017_2019Ult.pdf
- Bleichmar, H. (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica*. Barcelona: Paidós
- Boira, S., Carbajosa, P. y Marcuello, C. (2013). “La Violencia en la pareja desde tres perspectivas: Víctimas, Agresores y Profesionales” en *Psychosocial Intervention*, 22 (2), pp. 125-133.

- Boulding E. (1981). Las mujeres y la violencia social. *La violencia y sus causas*. pp. 265-282. Paris: Editorial Unesco.
- Buompadre, J. (2013). *Es necesario acreditar en el proceso la “posición de dominio o actitud machista” en casos de violencia de género?* Especial referencia al delito de femicidio. Buenos Aires, Argentina: Eldial.com
- Burin, M. (2010a). Prevención de la violencia familiar. En Burin, M y Meler, I. (2010). *Género y Familia. Poder, Amor y Sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M. (2010b). ¿Es posible una sociedad no violenta? Promoción de vínculos familiares saludables. La Equidad entre los géneros y las generaciones. En Burin, M y Meler, I. (2010). *Género y Familia. Poder, Amor y Sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M., y Meler, I. (2010). *Género y familia: poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Cantera, L. M. (2007). *Casais e violência: Um enfoque além do gênero*. Porto Alegre: DomQuixote.
- Carrión M., F. (2009). “Femicidio: ¿un asunto exclusivo de mujeres?” en *Ciudad Segura*, (31), 1.
- Castillo, N y Barrios, N. (2016). *Plan nacional de acción para la prevención, asistencia y erradicación de la violencia contra las mujeres*. Buenos Aires, Argentina: Consejo Nacional de políticas sociales de la Presidencia de la Nación
- Centro de Investigaciones Sociales Voices! y Fundación UADE (2015) “Violencia de Género” en *CIS Voices! - Fundación UADE [En línea]*. Disponible en: [https://www.uade.edu.ar/upload/Centro-de-InvestigacionesSociales/01_Estudio_sobre_Violencia_de_genero_\(UADE-Voces\).pdf](https://www.uade.edu.ar/upload/Centro-de-InvestigacionesSociales/01_Estudio_sobre_Violencia_de_genero_(UADE-Voces).pdf)
- Consejo Nacional de Mujeres - (2016). Informe estadístico de casos, línea 144, período agosto 2016 en *Observatorio Nacional de Violencia contra las Mujeres*. Disponible en: www.cnm.gob.ar/recursos/EstadisticasLinea144_Agosto%202016.pdf
- Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer, (1994) Convención de Belem Do Pará, OEA,

- Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer, (1994)
Convención de Belem Do Pará OEA, Dio Bleichmar, E. (1991). *La depresión en la mujer*.
Madrid: Temas de Hoy.
- Correa, V. y Pinto, G. (2009). *Abordajes frente a la violencia familiar desde una perspectiva de género y de infancia*. Buenos Aires, Argentina: Ministerio de Desarrollo Social
- D'Amore, O. (2006). *Responsabilidad subjetiva y culpa*. Aesthetika. Recuperado de:
- Der Ghougassian, K., Otamendi, A., y Ortíz de Rosas, D. (2015). "Violencia íntima, femicidios y armas de fuego en Argentina" *Revista Latinoamericana De Estudios De Seguridad*, 17, 11-35.
- Dio Bleichmar, E. (1991). *La depresión en la mujer*. Madrid: Temas de Hoy
- Echeburúa (2001), *Repercusiones psicopatológicas de la violencia doméstica en la mujer en función de las circunstancias del maltrato*. Universidad del país Vasco, España.
- Echeburúa, E.; De Corral, P. y Amor, P. J. (2002). "Evaluación del Daño Psicológico en las víctimas de delitos violentos" en *Psicotema*, 14 (Supl.), pp. 139-146.
- Escudero, A., Polo, C., López, M., y Aguilar L. (2005). "La persuasión coercitiva, modelo explicativo del mantenimiento de las mujeres en una situación de violencia de género. II: Las emociones y las estrategias de la violencia" en *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.*, N° 96, [Artículo en Línea], Disponible en [000400005&script=sci_arttext&tlng=en](#)
- Expósito F. (2011) "Violencia de Género" en *Mente y Cerebro*, N°48
- Ferreira, G. (1992) *Hombres violentos Mujeres maltratadas. Un modelo integrativo para la comprensión de la violencia*. Editorial Sudamericana. Argentina
- Ferrer, V. (2006) Reseña de "Mujeres maltratadas. Los mecanismos de la violencia en la pareja" de Marie France Hirigoyen" en *Anuario de Psicología*. V 37, N° 1-2, pp. 189-192
- Fleitas, D., De Rozas, O., Otamendi, A. (2012). *Mapa de violencia de género en Argentina*. Argentina: Asociación de Políticas Públicas.
- Garita, A. (2012). *La regulación del delito de femicidio/feminicidio en América Latina y el Caribe*. Ciudad de Panamá, Panamá: Secretaría General de las Naciones Unidas
- Gobierno de España (2009). *Manual de prevención de la violencia de género*. Mujeres en igualdad Buenas prácticas, Gobierno de España.

- Gómez, R. (2009). *Casas de Refugio: Un camino para evitar el femicidio. Ciudad Segura*, (31),
- Herman, J. (2004). *Trauma y recuperación: Cómo superar las consecuencias de la violencia*. Madrid: Editorial Espasa Calpe.
- Hernández, R. y Limiñana, R. (2005). "Víctimas de violencia familiar: Consecuencias psicológicas en hijos de mujeres maltratadas" en *Anales de psicología*, V 21, N° 1. pp 11-17.
- Hirigoyen, M. F. (1999). *El acoso moral*. Barcelona. Paidós.
- Hirigoyen, M. F. (2006). *Mujeres maltratadas. Los mecanismos de la violencia en la pareja*. Barcelona: Paidós.
- Jiménez Rodríguez, N. (2011). "Femicidio/Feminicidio: Una Salida Emergente de las Mujeres Frente a la Violencia Ejercida en Contra de Ellas" en *Revista Logos Ciencia Y Tecnología*, 3(1), 127-148.
- La Casa del Encuentro. (2016). *Informe sobre feminicidios en Argentina*. Recuperado de:
- Labrador, F. J., Rincón, P. P., De Luis, P., Fernández Velasco, R. (2004). *Mujeres victimas de la violencia domestica. Programa de actuación* (2004). Madrid: Ediciones Pirámide.
- Lagarde, M. (2000). *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*. Horas y horas.
- Levinton, N. (2000). *El superyó femenino*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- López, M. (2009). "Los derechos vulnerados de las mujeres: materia para una reforma penal" en *Ciudad Segura*, (31), 2-3.
- Malhotra, N. K. (2004). *Investigación de Mercados: un enfoque aplicado*. Pearson educación.
- Marietan, H. (2011). "No son psicópatas pero lo parecen" en *Revista Argentina de Clínica*.
- Meler, I. (2010a). "La Familia, Antecedentes Históricos y Perspectivas Futuras" en Burin, M y Meler, I. (2010). *Género y Familia. Poder, Amor y Sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Meler, I. (2010b). "La Orientación parental: un dispositivo para la promoción de la salud familiar" en Burin, M y Meler, I. (2010). *Género y Familia. Poder, Amor y Sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, A.,(1985) *C'est pour ton bien*, París, Aubier,1984 (trad.cast.: Por tu propio bien, Barcelona, Tsquets).

- Ministerio de Economía y Finanzas Públicas (2012). Código penal, ley 26.791 en *Información Legislativa y Documental. Gobierno de Argentina [En línea]*. Disponible en: <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/205000209999/206018/norma.htm>
- Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. (2012). *Información Legislativa*. Recuperado de:
- Moliner, M. (1994). *Diccionario del uso del español*. Madrid, Gredos.
- Morrison, A., Ellsberg, M. y Bott, S. (2005). Cómo abordar la violencia de género en América Latina y el Caribe: Análisis Crítico de las Intervenciones. [Documento en línea] Disponible en: http://catedraunescodh.unam.mx/cudh2/catedra/SeminarioCETis/Documentos/Doc_basicos/5_biblioteca_virtual/7_violencia/3.pdf. [Consulta: Marzo 19, 2017].
- Mujeres en Igualdad (2009). *Manual de prevención de la violencia de género*. Mujeres en igualdad Buenas prácticas: Gobierno de España.
- Observatorio Nacional de Violencia contra las Mujeres. (2016). *Informe estadístico de casos. Línea 144*. Recuperado de:
- Oficina Regional para América Central del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH) (2016). *Modelo de protocolo latinoamericano de investigación de las muertes violentas de mujeres por razones de género(femicidio/feminicidio)*. Buenos Aires, Argentina: ONU Mujeres publicaciones
- ONU (2017). Hechos y cifras: Acabar con la violencia contra mujeres y niñas en *ONU Mujeres [En línea]*. Disponible en: www.unwomen.org/es/what-we-do/ending-violence-against-women/facts-and-figures
- ONU Mujeres. (2017). *Hechos y cifras: acabar con la violencia contra las mujeres y niñas*. Recuperado de:
- Organización de Naciones Unidas (1993). Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer. Rescatado de: <http://www.ohchr.org/SP/ProfessionalInterest/Pages/ViolenceAgainstWomen.aspx>
- Osborne, R. (2009) “Apuntes sobre violencia de género”, en *Belleterra*, Ri, Vol 69, N°1 pp 517- 540
- Patró, R., Limiñana, R., y Martínez, F. (2003). *Valores asociados a la violencia en hijos de mujeres maltratadas*. IV Congreso Mundial de Educación Infantil y Formación de Educadores. Málaga, España.

- Patr6, R., y Limi6ana, R. (2005). "V6ctimas de violencia familiar: Consecuencias psicol6gicas en hijos de mujeres maltratadas" en *Anales de psicolog6a*, 21(1), pp. 11-17.
- Pauluzzi, L. (1999). *Violencia Familiar. Comprender y Prevenir*
- Pont6n Cevallos, J. (2009). Femicidio en el Ecuador: realidad latente e ignorada. *Ciudad Segura*, (31), 4-8.
- Prochask, J., Di Clemente C., Norcross J. (1994). "C6mo cambia la gente. Aplicaciones en comportamientos adictivos" en *Revista de Toxicoman6as*, 1, 112.
- Prochask, J., Di Clemente C., Norcross J. (1994). "C6mo cambia la gente. Aplicaciones en comportamientos adictivos" en *Revista de Toxicoman6as*, 1, 112.
- Rico, N. (1996). *Violencia de G6nero: Un problema de Derechos Humanos*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Romero, I. (2004). "Desvelar la Violencia: Una Intervenci6n para la Prevenci6n y el Cambio" en *Papeles del Psic6logo*, 88 (1), pp. 29-35.
- Romero, I. (2010). "Intervenci6n en violencia de g6nero. Consideraciones en torno al tratamiento" en *Intervenci6n Psicosocial*, 19(2), 191-199.
- Russell, D., y Harmes, R. (2006). *Femicidio: una perspectiva global (1st ed.)*. M6xico D.F.: Comisi6n Especial para Conocer y Dar Seguimiento a las Investigaciones Relacionadas con los Femicidios en la Rep6blica Mexicana y a la Procuraci6n de Justicia Vinculada.
- Sarasua B. y col (2007). "Perfil psicopatol6gico diferencial de las v6ctimas de violencia de pareja en funci6n de la edad" en *Psicothema*. V.19, N6 3, pp. 459-466
- Saras6a, B., Zubizarreta, I., Echebur6a, E. y Corral, P. (1996). *Perfil psicol6gico del maltratador a la mujer en el hogar*. En E.Echebur6a (Dir.), *Personalidades violentas* (pp. 111-128). Madrid: Ediciones Pir6mide.
- Segato, R. (2006). *Qu6 es un feminicidio. Notas para un debate emergente* (1st ed., pp. 8 y 9). Brasilia: Serie Antropolog6a.
- Servicio Murciano de Salud (2010). *QActuaci6n en Salud Mental con Mujeres Maltratadas por su Pareja*. Murcia: Ediciones de la Consejer6a de Sanidad y Consumo. [En l6nea]. Disponible en: http://www.guiasalud.es/GPC/GPC_470_maltratadas_compl.pdf

- Soler, C. (2008). *Lo que Lacan dijo de las mujeres, Estudio de psicoanálisis*. Editorial PAIDON. Buenos Aires. Argentina
- Struminger, B. (2017). Las cifras sobre violencia de género, antes y después de Ni Una Menos, en *La Nación*[En línea]. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/2029230-las-cifras-sobre-violencia-de-genero-antes-y-despues-de-ni-una-menos>
- Struminger, B. (2017). *Las cifras sobre violencia de género antes y después de Ni Una Menos*. Recuperado de:
- Toledo Vásquez, P. (2009). *Feminicidio* México: Oficina en México del Alto Comisionado de Las Naciones Unidas para los Derechos Humanos.
- Toledo, P. (2016). “Sistema Penal y Violência” en *Revista Eletrônica Da Faculdade De Direito*, 8(1), 77-92.
- Velázquez, S. (2003). *Violencias cotidianas, violencia de género: Escuchar, aprender, ayudar*. Buenos Aires: Paidós.
- Velázquez, S. (2003). *Violencias cotidianas, violencia de género: Escuchar, aprender, ayudar*. Buenos Aires: Paidós.
- Walker, L. (1984). *The Battered woman Syndrome*. New York: Springer.
- Wigdor, G y Artazo, G. (2015). “La maté porque es mía”: *femicidios en la provincia de Córdoba*. en *Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad*. Volumen (2) N° 17, p.p 67-79
- Zambrano Arrieta, G. (2016). *"Ni una mujer menos". Discursos sobre femicidio en el Ecuador* (Maestría en Ciencias Sociales). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Sede Ecuador.